

---

Sentido intelectual  
en era  
de globalización  
mecánica

---

JORGE ÁNGEL HERNÁNDEZ PÉREZ (Vueltas, Las Villas, 31 de agosto de 1961). Narrador, poeta y ensayista. Preside la Sección de Literatura de la UNEAC en Villa Clara. Dirigió la revista de cultura *Umbral* y actualmente está a cargo de la edición de *Hacerse el cuerdo*, publicación de crítica de la UNEAC que aparece en formato digital. Autor de la columna *Semiosis* (en plural), de Cubaliteraria. Ha publicado: *Sobre un pony de corcho*, Isla de la Juventud, 1985; *Las Islas*, Sectorial Provincial de Cultura, Villa Clara, 1987; *Relaciones de Osaida*, Sectorial Provincial de Cultura, Villa Clara, 1990; *Paisajes y leyendas*, Capiro, 1991 (para niños y jóvenes); *Las etapas del odio*, Capiro, 2000; *El peligro del viaje*, Luminarias, 2001, *Ojos de gato negro*, Capiro, 2006, y *Criaturas finitas y contables*, Unión, 2006, todos en poesía; *La Parranda*, Fundación Fernando Ortiz, 2000; *Ensayos raros y de uso*, Sed de Belleza, 2002. En el género ensayo: *Hamartía*, Capiro, 1995, *Los graduados de Kafka*, Vigía, 2008, y *Hamartía y otros cuentos*, Capiro, 2009, en cuento, *Antojos de tía Místicas* (cuento para niños y jóvenes), Capiro, 2002 y las novelas *La luz y el universo*, Oriente, 2002, *El callejón de las ratas*, Capiro, 2004 y *Carmen de Bisset*, Letras Cubanas, 2004.

Entre otros, ha obtenido los premios Fundación de la Ciudad de Santa Clara, 1989, 2005 (poesía) y 1984 (cuento); *13 de Marzo*, 1989 (poesía para niños y jóvenes); Premio Internacional Mono Rosa, 1995 (cuento); III Bienal de narrativa AHS, 1997 (novela); Becas Dador, Fernando Ortiz, 1999 (ensayo), el Premio Oriente José Soler Puig de novela, 2001; y el Premio Razón de Ser de la Fundación Alejo Carpentier, 2002 (novela). En el 2005 la UNEAC concedió sendos premios Ser en el Tiempo a sus novelas *El callejón de las ratas* y *Carmen de Bisset*. El mismo premio lo obtuvo el poemario *Criaturas finitas y contables*, en 2007. Aparece en varias antologías de cuento y poesía cubanas. Colabora con artículos críticos, ensayos, entrevistas, reseñas, poemas, cuentos y traducciones, en varias publicaciones periódicas impresas y electrónicas.

Le fue otorgada la distinción de Trabajador Distinguido Provincial por el Sindicato de la Cultura, 2001, la Distinción por la Colaboración con la Ciudad de Santa Clara, en 2002 y la Distinción por la Cultura Nacional en 2004. Ha sido considerado como Destacado por la filial de la UNEAC desde el año 1999. Ha representado a Cuba en eventos internacionales de importancia.

---

# Sentido intelectual en era de globalización mecánica

---

Jorge Ángel Hernández

Premio Beca de Creación Bolívar-Martí



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 2011

Edición: Enid Vian  
Diseño interior: Pilar M. Jiménez Castro  
Diseño de cubierta: Yadyra Rodríguez Gómez  
Corrección: Natacha Fajardo Álvarez  
Emplane digitalizado: Madeline Martí del Sol  
Ilustración de cubierta: Título *Balouba* (1961), obra cinética de Jean Tinguely.

© Jorge Ángel Hernández Pérez, 2011  
© Sobre la presente edición:  
Editorial de Ciencias Sociales, 2011

ISBN 978-959-06-1318-0

Estimado lector le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar, por escrito, su opinión acerca de este libro y de nuestras ediciones.

INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO  
Editorial de Ciencias Sociales  
Calle 14, no. 4104, e/ 41 y 43, Playa, La Habana, Cuba  
editorialmil@cubarte.cult.cu

# ÍNDICE

Prefacio / VII

I. Cultura y sentido intelectual / 1

Imperio, decapitaciones y fuentes de inmortalidad / 1

Ideas dominantes, en *incordio post* / 48

Sentido intelectual y resistencia / 81

II. Medios y promedios / 119

Aldea global: mapas interactivos, geografías invisibles / 119

Contraculturas, subcultura y subproducto / 160

Entre el sujeto que regresa y el individuo que grita / 199

III. De lo real insólito a la conformidad eficiente / 235

Trabajo cultural, recurso, capital, etcétera / 235

Cinismo + cinismo = (¿y solo =?)

éxito de ventas / 261

La guerra y la paz: juegos interactivos / 306

Bibliografía / 349



## PREFACIO: EL GRITO EN LA CONCIENCIA

*La libertad que está a nuestro alcance es mayor que la que nos  
atrevernos a vivir. Basta con leer la historia, esa gran maestra,  
para ver cuántos caminos ha podido abrir el hombre con sus  
brazos, cuánto el ser humano ha modificado  
el curso de los hechos.  
Con esfuerzo, con amor, con fanatismo.*

ERNESTO SÁBATO<sup>1</sup>

*Los imperios han creado el tiempo de la historia. Los imperios  
no han ubicado su existencia en el tiempo circular, recurrente  
y uniforme de las estaciones,  
sino en el tiempo desigual de la grandeza y la decadencia, del  
principio y el fin, de la catástrofe. Los imperios se condenan a vivir  
en la historia y a conspirar contra la historia.  
La inteligencia oculta de los imperios solo tiene una idea fija:  
cómo no acabar, cómo  
no sucumbir, cómo prolongar su era.*

J. M. COETZEE<sup>2</sup>

En general, cuando se intenta hablar de globalización, imperialismo, oligopolios, explotación obrera, intercambio desigual, depredación del medio ambiente, destrucción del planeta, fraude financiero, corrupción política, guerras de rapiña, etcétera, la intelectualidad creadora que se encarna en escritores y artistas —postmodernismo mediante— suele ubicarse fuera del problema. No es que de plano esos intelectuales concluyan que es mentira ese teque, o que no

<sup>1</sup> Ernesto Sábato: *La resistencia*, Sex Barral, Barcelona, España, 2001.

<sup>2</sup> La alocución pertenece al discurso del narrador-personaje de la novela de Coetzee *Esperando a los Bárbaros* (1980), traducida al castellano por Concha Manella y Luis Martínez Victorio, edición Debolsillo, México, 2006, pp. 193-194.

es lamentable esta o aquella situación, o que no se requieren soluciones o alternativas de cambio; ante la frustración prefigurada de aspirar a incidir en tales plagas, se asume la tangente y se busca el refugio en el legítimo campo de las estructuras de significación de cada oficio. Y oficios son, a fin de cuentas, la poesía, la escritura, la música y la danza, la pintura y el cine, la actuación e incluso el periodismo.

La hegemonía global del capitalismo tardío, que busca a toda costa paliar su decadencia imperial con la falaz competencia del todos contra todos, ha depredado también las bases del sentido de la creación intelectual. La especialización, tanto académica como de creación artística y literaria, como también de orientación masiva, ha escindido la capacidad social de lo que el intelecto —producto de las propias relaciones sociales y a través de determinados individuos— produce para esa misma sociedad.

Una novela cargada con un lastre de denuncia social, filosofía o ciencia, es obvio, queda fuera del marco receptivo habitual de sus lectores potenciales, no porque estos no busquen las causas de denuncia en los temas a asumir, sino porque necesitan recibirlas en correspondencia con el género, para asimilar en su esencia las ideas. Un lector de relatos busca historias, como también un cinéfilo. Si consiguen serlo, genéricamente hablando, esas historias pudieran contener un indeterminado número de mensajes subliminales que no tendrán que ser asimilados como espurios, o anexos al conjunto último de la obra presentada.

Lectores de poemas necesitan, por su parte, de ritmo y emoción interna, como además lo demandan los melómanos. Una persona que exige esparcimiento, no precisa más que esparcimiento, lo cual, a contrario de lo que en consecuencia ocurre, no debería convertirse en venderle alienación por entretenimiento. Cuando la creación se especializa hasta el punto de alienarse, ella también trabaja en busca de su autodestrucción. De modo que es, más que importante, indispensable, ubicarse en género y estilo para

poder transmitir cualquier idea con eficacia, es decir para que logre trascender el pensamiento abstracto y se concrete en existencia humana. A la consecución de ideas en razonamiento corresponde, por ejemplo, el ensayo, o la monografía que de ensayo se va contaminando. Estas, por supuesto, tampoco están exentas de sus atributos genéricos requisitorios. Y así con cada una de las formas de significación que en la cultura se han ido estableciendo.

No es saludable entonces sacar a los intelectuales de sus normas de oficio para obligarlos a expresarse acerca del horror saturado de tretas imperiales. La rápida conversión en retórica vacía de buena parte de esa literatura contribuye con creces al rechazo. Tampoco es saludable —entiéndase: útil para conservar o restablecer la salud corporal, sano, provechoso para el bien del alma, como nos va aleccionando el diccionario— dejar que huestes de asociados se entretengan en acaparar los caminos por donde todos debiéramos pasar, poblar los terrenos que deben seguir rindiendo fruto a todos o comprar, para enterrarlo, el espectáculo que todos merecemos. No es saludable —beneficioso al cuerpo, insisto— aceptar que unos pocos socaven los cimientos en los cuales se apoya la casa en que vivimos. La individualidad, imprescindible a toda creación raigal, no lo es si no en la propia acción de conjunto en que se desarrolla. Y lo es, precisamente, a partir de que continúa lo adquirido al mismo tiempo en que rompe con parte de ese proceso de adquisición y aprendizaje. Es una relación de intercambio dialéctico que se adhiere al propio curso existencial humano.

Todos y cada uno, somos parte de ese proceso global de imposición de hegemonías; desde los más cotizados productores de cultura, hasta el más simple receptor de sus productos. La industria cultural ha conseguido desviar la atención de las esencias sobre el acto mismo de su puesta en escena. Ha remodelado el escenario de la comunicación masiva, religándolo con el flujo informativo y de consenso,

para partir del efecto en busca de la causa. Tal narcisismo no es, en rigor, un gesto de *hedoné*, como la propia puesta en escena lo rubrica, sino un recurso de naturalización sociológica de las ideas de las clases dominantes. Es, por consiguiente, la nueva circunstancia ideológica de la fase suprema del capitalismo.

Si el intelectual es capaz de reconocer, y retener para sí sus normas de trabajo, puede acercarse a cualquiera de esos temas, por árido que sea su instrumental lingüístico, por estrecho que se halle el espectro de las fuentes. Dejar de razonar desde el discurso mismo, para hacerlo a partir del sostén referencial y hacia la tesis predicha y demostrada, es síntoma que con frecuencia indispone al pensamiento intelectual, enfermedad que separa, y con ello limita, el diálogo vital que debe transcurrir entre los varios sectores que expresan el saber.

Es además, y entre muchas otras cosas, un síntoma resultante de la consecución negativa de la tradición profética en la que a veces se estancan los saberes. De modo que el peso de la tradición significada por lo que en la sociología se ha llamado profecías del pasado, impone su sentido de obstrucción a la emergencia de transformaciones revolucionarias en el pensamiento. En ese mismo orden se invade el consenso global del pensamiento con normas jurídicas vigentes, deudoras de la ideología del Estado de Derecho y asimismo orientadas hacia la victoria en el litigio antes que al argumento ético. Y aunque estas normas se presentan más como estrategias comunicativas, en construcciones lingüísticas concebidas para el uso común, son en esencia estructurales: se arraigan y se transforman como astucias.

La necesidad de defender los conflictos de intereses recupera así su consenso legitimador de estructuras hegemónicas que naturalizan la concentración de la riqueza, la expansión de las desigualdades sociales, y, sobre todo, el arbitraje legal por parte de la ideología dominante. Por ello,

urge indagar en el funcionamiento interior de sus estructuras, teorizar acerca de cómo se van insertando en los diversos planes de la evolución cultural.

La invasión de las normas jurídicas vigentes, orientadas en pos de la victoria en litigio antes que a la ética, es, más que lingüística, estructural: se arraiga y se transforma en atendida astucia, en golpe que la necesidad de defensa presenta como permisible. Por ello, urge indagar en el funcionamiento interior de sus estructuras, teorizar acerca de cómo se van insertando en los diversos planos de la evolución cultural.

La humanidad que despega al siglo XXI vive en estado perenne de supervivencia, en selección natural indiscriminada, es decir, en un medio ambiental en el que el depredador de mejor adaptación conseguirá sobrevivir hasta que el canibalismo lo lleve al exterminio. Y ese depredador es, sin más letras, un imperialismo que con pagada etiqueta de imperio, reformador y consecuente, se proclama, se enseña del ser y el pensamiento. Podemos ignorarlo, con el infalible argumento de que desapareceremos antes de que por fin se descuelgue el definitivo cierre humano. Podemos desconfiar de tantas predicciones de apocalíptico tono y estudios sostenidos a fuerza de cálculo global, y ausentarnos de todas sus neblinas. No obstante, cada uno de los focos que permanecen, o surgen, en pos de la continuidad humana, de la posteridad cultural, son de inmediato atacados por los agentes voraces de lo efímero. Nada puede durar lo suficiente, para que sea necesario vivir reconstruyendo, sin arraigo por nada, sin conciencia de historia y de cultura. Podemos esquivarlo con pura creación artística, con obras literarias que también son demanda imprescindible en la cultura que pide no largarse al vacío, no perder el presente ni el futuro. Y también es posible acometer el riesgo. Aventurarse, con toda la noción semántica del término, en los dominios que el imperioso transcurrir pospone y que, por ello, son ocupados por fuerzas de exterminio, por depredadores de eficiencia suma.

En tanto se trata de un fenómeno enmarcado dentro de la fase imperialista del capitalismo, el proceso de globalización neoliberal acentúa las diferencias sociales, al mismo tiempo que enmascara las formas de diferenciación. Las redes globales son uno de esos mecanismos de enmascaramiento.

De igual modo, el procedimiento de inclusión-exclusión se corresponde, antes que con los ciudadanos del planeta, con los mecanismos de legitimación para insertarse en los diferentes niveles en la lucha por las hegemonías, por el control y dominio de ese mismo planeta sobre el cual deben tenerse similares derechos y responsabilidades. Si las transformaciones tecnológicas no parecen directamente relacionadas con inmensos núcleos de población de los países del Sur, aunque en todos se sufren sus consecuencias, entonces el proceso incluye a todos, aunque sea a costa de acentuar sus niveles de desigualdad. La clase dominante impone, sin embargo, la idea de que se trata de juegos de exclusión y de inclusión, cuando no del resultado al que conduce el uso más eficiente de las tecnologías y los recursos naturales. Así se legitima además el saqueo, el despojo de esos recursos que sirven para enriquecer a una contada minoría en tanto las mayorías luchan por sobrevivir del mejor modo posible en sus diversas circunstancias alienantes.

El pluralismo democrático no ha sido si no la estandarización del consenso de la ideología dominante. Este se ha establecido a partir del fortalecimiento de la privatización, que obliga a los partidos políticos a convertirse en grupos de interacción social sin el necesario poder de decisión sobre los destinos de la nación y, cada vez más, sin interés en mejorarlos. El capitalismo ha avanzado hacia la conformación de un Estado cómodo, al que adjudica todas las culpas que corresponden al sistema social. Por ello, cambian sistemáticamente los partidos gobernantes que encarnan los papeles del Estado; por ello, además, no solo se le

atribuye al Estado la responsabilidad de Gobierno sino todo lo que tiene que ver con asistencia social y políticas sociales y, aun más, cargar con el financiamiento de los fracasos económicos de riesgo. Las intenciones de transformar la sociedad desde las propias estructuras democrático-capitalistas reciben, pues, la más airada oposición, con agresiones, guerra sucia, desinformación e intervención militar. La instigación a la rebeldía actúa como elemento de cargo legitimador de los golpes de Estado o las alianzas cínicas.

Nos enfrentamos a una superposición del vacío teórico como causa de la preponderancia del pensamiento conservador. La sociología del socialismo, en su espectro más amplio y de mayor divulgación desde el sistema mismo, apenas ha conseguido dedicarse a desacreditar las “teorías sociológicas burguesas”, en el concreto ataque a sus manifestaciones inmediatas, en respuestas áridas a preocupaciones serias, esenciales, y ha evadido así lo que necesita en condición requisitoria: una indagación profunda en las relaciones de producción de su propio sistema de acuerdo con las circunstancias reales que no puede dejar de enfrentar.

El socialismo europeo se dedicó a estructurar la proyección de sistemas políticos, antes que económicos, por lo que debilitó sus posibilidades de naturalización de las relaciones sociales de producción. La rigidez de los sistemas políticos puestos en función, y la estrechez del marco cultural de requisito, frenó de plano el desarrollo del sistema. Se necesita entonces la búsqueda, experimentación y puesta en marcha de modelos económicos que permitan a las construcciones políticas desarrollarse, en lugar de atrincherarse en los diversos estatutos que, por momentos históricos, van dando resultado.

La visión del poder como ejercicio autoritario y supraindividual del líder, o el caudillo, absolutiza el papel psicológico del sujeto social, obviando incluso que el enfrentamiento y la polarización de los diversos liderazgos dependen de que

las circunstancias socioculturales concretas permitan su despliegue y desarrollo como líder. No es posible concebir líderes *in vitro*, como tampoco es posible establecer sociedades *in vitro*. Una transformación estructural, en la sociedad, incide, según el nivel de relación, en el resto de las estructuras sistémicas. Ello, si tenemos en cuenta que un sistema no es sino un conjunto de estructuras dialécticamente concatenadas que permiten la unidad general en tanto dinamitan, cuestionan, subvierten, los componentes internos de estructuración.

Cuando desde el sistema se impone una transformación, que desestabiliza su propio orden sistémico, es índice de que sus componentes internos no se hallaban lo suficientemente encadenados como para resistir las tensiones impuestas y contener las incidencias de ruptura que determinarían el cambio. Cuando la transformación se impone desde una estructura interior del sistema, contradiciendo su esencia, significa que el sistema ha pasado a una fase artificial del sostén de sus bordes y fronteras. Sistema y estructuras internas componentes están imprescindiblemente relacionados en la sociedad. Separarlas, incluso para una búsqueda epistemológica, conlleva al riesgo de la comprensión parcial, sectaria incluso. El sistema debe evolucionar a partir de las relaciones internas de sus estructuras, que son las que detectan las necesidades concretas, inmediatas, del devenir social en las relaciones productivas. Si así ocurre, el desarrollo es sistémico. Si las transformaciones son globales, verticales, el desarrollo es antisistémico. Esta paradoja ha estado presente, con mayor o menor intensidad, en la aplicación del socialismo, lo cual, lejos de acelerar su proceso evolutivo, lo ha retardado.

Los patrones psicosociales, en tanto son respaldados por juicios de valor subjetivos latentes, son difícilmente rebatibles, como se supone ocurre con los patrones legales, asentados en la ley y los procedimientos de jurisprudencia. El mando-obediencia de los Robinsones que llegan solos a una isla desierta, por tomar un ejemplo clásico, dependerá,

enseguida, de lo que cada uno sea capaz de producir para la subsistencia del conjunto. ¿Se trata de naufragos? Entonces trabajarán para salir. ¿Se trata de emigrantes? Trabajarán para prosperar. ¿Se trata de castigados por algún poder? Trabajarán para legitimar —o reordenar— el pasado causante de su condena. El líder que manda, trabajando en apariencia menos, cumple un papel direccional, de organización estructural entre el conjunto necesario para integrar el desarrollo. Si mistifica su papel, entonces explota al que produce, pues deja de actuar en relación estructural para hacerlo verticalmente. Por eso el futuro predice que deberá ser eliminado del curso social.

Un signo, en su condición primaria, es expresivo, de ahí que se enuncie con el supremo y autosuficiente objetivo de expresar algo. Del mismo modo, si ese signo carece de capacidad de expresión, pierde su condición y se convierte en entelequia. Lingüístico, gestual, sonoro, pictórico, danzario, poético... depende de un proceso de codificación que habrá de hacerlo pertinente, que lo coloca en condición de significar. Relativo a la sociedad, como conjunto de relaciones productivas en constante transformación e intercambio, los hechos sociales, como los viera Durkheim, los gestos, sonidos, imágenes, se convierten en signos de expresión social. La sociedad ocupa entonces el puesto institucional de la lengua: se presenta como un estatuto terminado de comportamiento. Las circunstancias sociales ocupan el campo de expresión del habla: subvierten la intencionalidad de lo estatuido de acuerdo con las circunstancias objetivas. Los elementos funcionales inmediatos ocupan el puesto de los funtivos, sobre los que recae el ejercicio pragmático de la relación significativa.

La investigación en el signo, y en los procesos de significación social, profundiza en lo que percibimos como una mirada general en la filosofía y, específicamente, en la filosofía marxista, la cual atiende a las leyes y procesos más generales que actúan como rectores de la sociedad. Las circunstancias específicas y su puesta en función deben

esclarecer la orientación específica de ese conjunto de generalidades. La economía, en tanto expresión, de acuerdo con Lenin, se estructura como un elemento subsistémico, o incluso como un subsistema si nos referimos al tipo de economía, y no a circunstancias de relación específicas, de la sociedad. Si expresa, entonces significa. Pero la economía, por cuanto se halla en directa relación con la satisfacción de necesidades primarias materiales, y además de adquisición de elementos icónicos de superioridad, constituye un foco esencial para el empleo pragmático del signo social. Y por si no bastara, la economía es fundamental para crear las condiciones de transformación social, de revolución y bienestar común. De ahí la incidencia de la economía política en todas las esferas de las ciencias sociales. De ahí también la necesidad de determinar cuándo la economía política opera como una semiosfera epistemológica, cuándo opera como un constructo de sentido y cuándo lo hace como un icono. Son modos de mirar la sociedad a través de sus signos, del signo social para estas circunstancias de responsabilidad intelectual que el estatuto presente del planeta necesita.

Así he ido adentrándome en lo que debe ser *Sentido intelectual en era de globalización mecánica*, irónicamente parodiante, pues no sigue las pautas marcadas por Walter Benjamín, aunque rescata el espíritu de elección individual que las figuras principales de su escuela consiguieron a pesar del casillero-resumen en que están siendo ubicadas desde que otras directrices del saber han puesto en evidencia sus limitaciones. Como es arduo enfrascarse en relatos o poemas, también lo es comprender que algo queda debajo, oculto en esas aguas subterráneas del género y la idea. Pero vale advertir que, como en las aventuras heroicas o como en las novelas de tesis, algo ocurre en el mundo que los intelectuales a cargo de forjar el arte y la literatura no debemos obviar. Lo queramos o no, ese algo nos pasa la factura (valga la elemental contigüidad de la

figura), nos cobra la tranquilidad y nos convierte en espectadores sorprendidos, o, lo que es lo mismo, en víctimas forzosas, de sus giros globales.

El nuevo paradigma de conformidad apremiante que también en el saber se entroniza, ha conseguido sobredimensionarnos. Y ha logrado además adaptarnos a su respiración, configurarnos de acuerdo con su ritmo de juego. Si se le deja ser mecánica en efecto, la globalización nos tendrá devorados aun antes de que el planeta haya entregado sus reservas. Tales temas merecen que la intelectualidad se detenga a sopesarlos, que acampen siquiera alguna vez en sus terrenos. Cada uno de acuerdo con su norma individual posible: no es un llamado a filas; tampoco un grito de teniente de escuadra.

La elección es, o debe ser, libre, aunque ni optando por buscar un refugio ni decidiendo enfrentarse a las hegemónicas, los sistemas globales que se han puesto en marcha reaccionarán con actos altruistas, reconocimientos de culpa, inversiones de retribución común o presiones para que ningún abuso de poder se enseñoree en la gente. Seguirán depredando en tanto nos sonríen, en tanto nos conjuran con declamatorias libertades, en tanto nos reprochan quejarnos a destiempo. Las guerras —en frío o en caliente; de rapiña o de saqueo indirecto; posicionales o antagónicas—, el espionaje —político, militar, empresarial, financiero, tecnológico—, la supeditación social, las listas de los propietarios y las cifras que ocultan, más que informar ganancias, crecimientos negativos, “olvidables” pérdidas colaterales, llaman a hablar con claridad del resultado posible. Con demasiada frecuencia las estadísticas parecen invenciones, erratas a las que no vale la pena corregir. Urge entonces leerlas en detalle, auscultar en sus signos, más allá de su aritmética, para que la intelectualidad sume su forja de futuro posible, de vida soportable en un concepto histórico sin fin, evolutivo.

Es mi punto de vista, desde luego. Un derroche de optimismo ingenuo sería, para el caso, una forma eficiente de

competir en la carrera común hacia el suicidio. No obstante, como es, o debe ser libre la elección, aquellos escritores y artistas que aspiren a mantener para su obra su profundo sentido intelectual, en vida propia y además en vida de la tradición, necesitan pensar en cómo es posible detener esa carrera global que nos depreda, alternativa atendible para escabullirse siquiera sutilmente del torrente.

Tal vez porque el capitalismo ha terminado por parecerse, más que al sistema social que reconquista el planeta, a una criatura fabular, actante que apenas si retiene su expresividad terrible, empleado de nómina del repertorio Stephen King, hemos dejado de hacerle resistencia, o hemos cedido al modo estructural con el que suele aparecer como guardián de una crítica de plena libertad. Pero esa criatura, fantástica en principio, monstruosa solo en el más allá de la ficción, ha seguido creciendo, se ha adaptado, ha levantado una casa planetaria y nos ha puesto a bregar para pagarle el derecho a vivir en condominio. Es preciso empezar a socavar sus bases. Trabajar, en fin, porque no deje un legado que una vez más consiga naturalizarse.

Tanto la visión de planeta como la visión de futuro son globales, de modo que arrancamos llamando a incidir en un fenómeno global con método global, lo cual, si así se deja, se vuelve una contradicción en vicio. Las presiones miméticas provienen de sistemas actuantes capaces de reproducir sus fundamentos en nuevas circunstancias. Razonar es un modo —uno más— en el que suelo adentrarme intentando trascender el saber con soluciones teóricas concretas. Convencido de que es parte de mi propia condición de intelectual, intento sumergirme en la estructura profunda que me alumbre las claves del sistema (un sistema que oprime, y otro que vendrá, si se construye). La fórmula no se halla, por desgracia, en un cofre guardado en una isla cuyo mapa atesora algún fulano, sino en la propia marcha del trabajo y en el propio trabajo de reformularla toda vez que sus guías interiores levanten barreras insalvables, callejones de salida al abismo.

El pensamiento intelectual requiere una llamada a su esencia estructural, a sus normas de género, sin restricciones ni prejuicios que alcancen mutilarlo, sin negaciones de plano ni asunciones dogmáticas, de ser posible todo, para llamar a debate y reflexión la esencia de muchos pensamientos, de ideas entrecruzadas que, por opuestas que surjan, algún fruto darán si sabiamente se aprovechan. Así se me presenta hoy día el sentido de la saqueada frase martiana *todo al fuego, hasta el arte, para hacer la hoguera*. Si llamea el pensamiento profundo, el discurso que pide razonar desde conciencia propia, desde el uno individual al uno que es sujeto común, es de esperar que el flujo globalizador se revele en su esencia, muestre sus focos vulnerables y sea forzado a replegarse.

Petición esta que habrá que salvar del optimismo ingenuo para alcanzar la subjetiva certeza del saber, a través de la duda objetiva del método que guíe, sea cual sea el que se escoja. Para reconocer la aplicación del pensamiento que los intelectuales debemos rescatar en la cultura misma, se prefigura este libro, no para gastar estrategia demostrando la intrínquilis de un método, o la universal, regional, local o relativa validez de alguna teoría. Se intenta, como objetivo esencial, analizar con pensamiento profundo el papel de la intelectualidad, y la expansión de ese sentido intelectual a los sectores de creatividad popular, en medio del proceso hegemónico de globalización mercantil para todos y cada uno de los órdenes sociales.

No se trata únicamente de visualizar, describir, revelar las estructuras y sistemas y hasta deconstruir sus posiciones, sino de *ensayar* (percibirlo a manera de ensayo) acerca de las condiciones, posibilidades y deberes de responsabilidad a que estarían llamados intelectuales y personas con necesidad de conciencia. No es, sin embargo, un ensayo programático, ni normativo, acerca de la conducta, sino una búsqueda de reflexiones capaces de atender al porqué de una línea de dirección diferente bajo el embate del

fenómeno de dominio global que, en la hora de hoy, aplica y extiende sus métodos con impunidad y eficacia. Como se ha escrito un ensayo de tesis y fundamentación antes que un ejercicio de arenga, una búsqueda teórica antes que una circunstancia de alarma, sí se ha hecho imprescindible el análisis de la formación cultural en los diversos sectores de la sociedad, desde los órdenes globales hasta los periféricos, para reconocer que la cultura de elaboración no deja de tener su raíz analógica en la formación de lo popular, al tiempo que lo popular se reconstituye absorbiendo lo adelantado por la elaboración artística e intelectual.

Estas tesis de fondo, planteadas primero en mi ensayo *La parranda*<sup>3</sup> y desarrolladas después en *La huella de Tersites*,<sup>4</sup> sirven de base a un acercamiento de valoración cultural de la cultura en los marcos económico-sociales y, siempre que se inserte en la construcción sistémica determinante, en los órdenes políticos. Le corresponde a este libro, entonces, relacionar los fenómenos globales de sometimiento con los factores culturales —en presencia o ausencia— que deben incidir en su operatividad. A partir de ello, la responsabilidad de los intelectuales del sector reconocido como cultural pudiera quedar más clara en su llamado, menos colgada de la percha del deber a ultranza o de la entrega, ascética y sincera, a la estructuración interna de la propia creación.

La globalización hegemónica y depredadora no es ni un designio divino ni un mal inevitable. Tanto el esquinazo —evitar adentrarse en su saturación, pretender estar fuera de su alcance bajo cualquier astucia simbólica— como su aceptación fatalista, de conforme consenso, les facilitan el ya abonado camino hacia el encumbramiento. No obstante,

<sup>3</sup> Jorge Ángel Hernández: *La parranda*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2000.

<sup>4</sup> Inédito. Parte de los conceptos básicos se hallan además en la mayoría de lo que he publicado en mi columna *Semiosis (en plural)*, del sitio digital Cubaliteraria.

la conciencia social aún se mueve a partir de lo que el ser social encuentra cotidianamente, incluido en ello las normas del pensar, el razonamiento simbólico y la aprehensión artística, y urge tomarse en serio el análisis profundo de un fenómeno que intenta devolvernos a la era de los dinosaurios, con su final de destrucción incluido.

Aunque existen ensayos e investigaciones al respecto, además de actos concretos, como pueden serlo las obras —libros y hechos— de Susan George y Naomi Klein, de las cuales me he nutrido, mi inconformidad se orienta hacia el hecho de que en la mayoría de los acercamientos a este fenómeno, el punto de vista cultural se va quedando relegado, mencionado apenas como «producción inmaterial» (a mi modo de ver un concepto parcial e insuficiente), o concebido como un elemento posible, es decir, no estrictamente imprescindible, en esa búsqueda por contener la hegemonía globalizadora así como el proceso de entrega del futuro humano a la mano invisible del mercado.

Flexible y autosuficiente —siempre y cuando el asunto no se presente como antisistémico— la hegemonía global mercantilista genera su propio germen de eficiencia, de modo que es necesario comenzar a generar, también a nivel de pensamiento profundo, tanto el sostén para la resistencia como su proyección sistematizadora. Demasiados fenómenos que asimilamos de manera superficial responden a este hecho y merecen ser vistos desde esta perspectiva. Por ello, pensar desde la teoría no es solo posibilidad sino también, e imprescindiblemente, responsabilidad de los intelectuales. La banalización, propia de los conglomerados sociales que bajo normas alienantes se relacionan, no es un fenómeno que se condicione en sí mismo, sino un sostén cardinal del ejercicio de dominio global. Tal vez por ello las búsquedas teóricas se han quedado en el dominio de sectores bien delimitados y se ha evitado su expansión interpretativa hacia el interior de la sociedad en general.

*Sentido intelectual en era de globalización mecánica* busca insertarse fuera de esas zonas hábilmente ocupadas

por la teoría que no desmienten la permanente eficiencia del proceso global, en algún sitio interior de esos otros sobresaltos de vacío, allí donde se necesite —como se necesita un poema, una canción, un espectáculo de baile en el teatro— pensar de manera diferente y arriesgarse a tomar el camino en consecuencia. Ello condicionado por mi particular manera de suponer que, puesto que estamos sometidos a una guerra cultural, no muy fría, por cierto, es necesario ganarla a través de procesos que le impongan la paz, que le reclamen no manifestarse en condiciones de guerra.

Pensar, y razonar a través del pensamiento.

Eso debe bastar para un despegue. Debe alcanzar siquiera para un grito que llame a la conciencia.

# I. CULTURA Y SENTIDO INTELECTUAL

*Si me pedís que vuelva otra vez donde nací  
yo pido que tu empresa se vaya de mi país  
y así será de igual a igual,  
y así será de igual*

LEÓN GIECO<sup>1</sup>

*La guerra imperialista es un levantamiento de la técnica, que se  
cobra  
en el material humano las experiencias a la que la sociedad ha  
sustraído su material natural.*

WALTER BENJAMÍN<sup>2</sup>

*Al ganar su independencia, la cultura comienza un movimiento  
imperialista de enriquecimiento que es al mismo tiempo el ocaso  
de su independencia. La historia que crea la autonomía  
relativa de la cultura y las ilusiones ideológicas sobre esta  
autonomía se expresan también como historia de la cultura.*

GUY DEBORD<sup>3</sup>

## Imperio, decapitaciones y fuentes de inmortalidad

El síndrome de la aldea global que invadió al pensamiento universal en la segunda mitad del siglo XX, sustituye, en su obsesiva maquinaria de absorción, la ideología del progreso

<sup>1</sup> León Gieco: “De igual a igual”.

<sup>2</sup> Walter Benjamín: *La obra de arte en la era de la reproducción técnica*, edición digital, [www.philosophia.cl](http://www.philosophia.cl) / Escuela de Filosofía Universidad ARCIS.

<sup>3</sup> Guy Debord: *La sociedad del espectáculo*, cap. 8, Tesis 180, en URL: [http://www.pamiela.org/sociedad\\_espectaculo/Espect0.htm](http://www.pamiela.org/sociedad_espectaculo/Espect0.htm)

por la ideología de la comunicación. Esta sustitución no representa, aun cuando suele ser aceptado con frecuencia, un síntoma evolutivo del desarrollo histórico-social del universo. Se trata, en esencia, de un mecanismo inserto dentro de la complejidad cultural de la fase suprema del capitalismo. Auscultar la estructura interior de sus sistemas de significación revela hasta qué punto la historia, lejos de llegar a límites de extensión, se ensancha en su profundidad, reclamando una mirada mucho más integral respecto al conocimiento con el que debe ser interrogada.

El patrón, sin embargo, seguirá siendo el reclamo de una revolución tecnológica que sobre sí misma delimitara los marcos de la aldea global, convertir en errática ilusión la importancia de los extremos beligerantes en la propaganda de guerra y descartar la ideología, sobre todo el plano de la expresión cultural, por la estrechez de proyección y las cerradas normas de expansión interna que la caracterizan en el transcurso de la Guerra Fría. Así se proclama el fin de las ideologías, lo cual expresa en realidad el deseo de terminar de una vez y por todas con la viciada propaganda de enfrentamiento, y se confía, paradójicamente, en el paquete publicitario que rodea al desarrollo de la tecnología. Para la crítica de la industria tecnológica se ha hecho difícil deslindar la necesidad de desarrollo de la utilidad dominante que el uso de las tecnologías ha tenido. No basta con asociar los proyectos de financiamiento con sus objetivos, pues también es posible, como lo ha sido, poner el desarrollo tecnológico al alcance de muchos y forzar, siquiera en perspectiva, a exigencias respecto al empleo instrumental de esos adelantos tecnológicos.

Este deseo será empleado con eficientes resultados para crear los patrones de descrédito de todo cuanto se afiliaba al pensamiento comunista, palabra esta última que será sustituida por autoritario, o totalitario, para, además de asociarla al fascismo, cortar toda posibilidad de matizar, mediante vías alternativas afines, cualquier acercamiento de tendencia marxista. La reacción contra el impacto que el

sonido del sputnik creó en el mundo entero, fingía estar sacrificando su propia proyección ideológica a favor de la revolución tecnológica.

La decapitación del tiempo de las ideologías, proclamada por Bell y entusiastamente asumida por un amplio espectro posterior de pensamiento ideologizado, ejerce una proyección subjetiva sobre la idea que atribuye falta de objetividad al pensamiento de los intelectuales. Como si Marx, Engels, Lenin, Weber, o tantos otros clásicos, no hubiesen acudido a ejemplificaciones de obras literarias. En tanto, este patrón de juicio desideologizador determina que a la reflexión científica le está destinado el papel requisitorio de predecir y proyectar con incuestionable exactitud. Así, sus presupuestos quedan asumidos en el espectro general del mismo modo en que el creyente acepta la imposibilidad de equivocarse de la voz suprema. Al eliminar, tan subjetivamente, el papel de la ideología en el desarrollo de las relaciones sociales de producción, se le concede carta de ciudadanía, con patente de corso, a la alienación ideológica que va a sufrir el pensamiento universal, saturado por el carácter denotativo de la propaganda de guerra.

El mito del fin de las ideologías, advierte Armand Mattelart, se reedita en el pensamiento conservador cada vez que se impone, por su parte, acallar al pensamiento liberador y al empuje de quienes creen y aspiran a conseguir un mundo perfectible.<sup>4</sup> La ilusión, pues, de un mundo global, intercomunicado, sin ideologías, sustenta, de una vez y por todas, la idea de que ha concluido la condición imperialista del imperialismo. Nada hay menos científico que esta afirmación y, sin embargo, en nombre de la ciencia —y de las ciencias todas— se predica y se establece, más que como axioma, como credo básico de sentido común.

Luego de que en la última etapa del siglo XIX, sobre las entusiastas normas de progreso y desarrollo industrial, se

<sup>4</sup> Armand Mattelart: *La comunicación-mundo: Historia de las ideas y estrategias*, Siglo XXI Editores, México, p. 161.

ha llevado a cabo un acelerado proceso de creación de naciones, con la consiguiente compartimentación de las posibles fuerzas de tensión periférica que puedan entorpecer la expansión imperialista, las exposiciones universales, como punto de impulso a las relaciones internacionales y a la potenciación del comercio entre ellas, funcionan bajo la mitificación de la amistad y el bien entre esos pueblos. Al concebirse como expresión de los grados de “civilización y progreso” de las naciones, estos despliegues exhibicionistas fungen, significacionalmente, como una demostración de fuerza y poderío no solo de las naciones sino además, y con marcada importancia, de las firmas y consorcios expositores. Se sientan así las bases de conformación de los patrones psicosociales que figuran el éxito y, con él, las evidentes alternativas por las que se puede apostar en busca de desarrollo nacional y, por consiguiente, de ascenso individual.

Las exposiciones universales que han de engrasar la bisagra que une a los siglos XIX y XX, a diferencia de las medievales, que eran puntos de venta inmediata, con un ejercicio de acumulación del producto para su adquisición directa, se montan con el objetivo de vender las maquinarias y los modos de producción, o sea, de vender el núcleo estructural del capitalismo como la mejor manera de acercar a los pueblos y garantizar el progreso y desarrollo de las naciones. El mundo transita, en ese instante de la historia universal, por un estado de alienación obrera que necesita formas de expresión simbólica para reconvertirse. Las esperanzas de cambio del sistema social amenazan la esencia del capitalismo, por lo que se hace necesario revertirlas, no solo a partir del ejercicio coercitivo del poder, que es un método de duración limitada, sino contando con el intelecto de la masa. El prolongado proceso de conquista del sentido intelectual rompe su búsqueda expansiva a partir de estas exposiciones universales. Con lo que se emprende, por sus requisitos de comunicación, la búsqueda

de patrones psicológicos de valoración que puedan asociar al espíritu del capitalismo con la idea predeterminada de buen vivir y justificar así cualquier medida radical de expansión imperialista. Más allá del “espíritu del tiempo imperial” que les sirve de inspiración, nos dice Mattelart, las exposiciones universales se expanden en su papel a partir de coloquios, conferencias, etcétera, que se producen alrededor o a propósito del suceso.

Se trata, en efecto, de un mecanismo de conquista que sitúa su estrategia en el proceso de socialización que la industrialización global proyecta. La esperanza de cambio, y de progreso, inevitable para el ser humano, se canaliza hacia el individuo aislado en el capitalismo de fase imperialista. El éxito personal suplanta al crecimiento y desarrollo social, con lo cual, entre otras cosas, se legitima el papel de los explotadores, convirtiéndolos en personajes de éxito, en ejemplo de cómo conquistar el triunfo en la difícil competencia social.

Estos patrones se generan de conjunto con la idea de que el proceso se conjuga con la disminución de los niveles de regulación mercantil. Así se garantiza la puesta en marcha de estructuras funcionantes hegemónicas que, en superficie, se muestren como ilusiones de alcance de los más competitivos, escalables desde cualquier plano de la sociedad, aunque en profundidad respondan a las legitimadas garantías de dominación capitalista. La asociación de la CIA con los más grandes empresarios estadounidenses, a los que, paradójicamente, financiaba, consagra, medio siglo después, este proceso de integración de los poderes hegemónicos que la fase imperial necesita para no ir al abismo a pesar de las crisis.

En el establecimiento y ejercicio de la hegemonía geopolítica se combinan cuatro sectores estratégicos fundamentales:

1. El potencial del poderío militar, garantizado a partir de bases militares, intervenciones directas e indirectas, asesoría y tutelaje.

2. Las características territoriales, demográficas. étnicas, políticas, sociales y culturales.
3. Los recursos naturales, la industrialización y el desarrollo tecnológico.
4. La capacidad financiera y sus posibles direcciones de intereses.

Los Estados Unidos relanzan al siglo xx el sistema económico a partir de este concepto de ejercicio hegemónico, con el objetivo de condicionar cualquier circunstancia arbitraria o desagradable respecto a las medidas, con las condiciones de guerra. Su economía infiltraba grandes dependencias de la producción armamentista, aun sin que estuviesen involucrados en una guerra directa, en tanto el Estado había conseguido un 56 % de participación en la asignación presupuestaria a Desarrollo e Investigación.<sup>5</sup>

Gianni Vattimo y Atilio Borón, cada uno desde su particular norma analítica, reconocen la necesidad de un estudio como el emprendido por Michael Hardt y Antonio Negri en su muy publicitado *Imperio*. Para el argentino, se hacía necesaria una actualización que revisara “las deficiencias de los análisis convencionales de la izquierda en relación con las transformaciones experimentadas por el imperialismo en el último cuarto de siglo”,<sup>6</sup> en tanto para el italiano su importancia radica en la constatación de “la caída de todas las hegemonías, desde el poder de los estados hasta la vigencia de las diversas culturas, a favor de una globalización de la mentalidad y hasta de los afectos, determinada por la imposición del mercado a nivel universal”.<sup>7</sup> Ambos son sin embargo radicales en cuanto a las conclusiones que el tratado ofrece, pues mientras Vattimo advierte como imposible conseguir la emancipación sobre

<sup>5</sup> *Ibidem*, pp. 138-139.

<sup>6</sup> Atilio Borón: *Imperio e imperialismo*, Fondo Cultural del ALBA, La Habana, 2006, p. 26.

<sup>7</sup> Gianni Vattimo: *Ecce Comu*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, p. 18.

la base de un modelo orgánico, voluntaristamente esbozado en el estudio, Borón, con acuciosa mirada crítica, recorre el carácter de conformidad imperialista, globalizadora y hegemónica, al que se inclinan sin remedio las deducciones del Imperio.

“La aceleración del proceso de mundialización acontecida en el último cuarto de siglo —afirma Borón— lejos de atenuar o disolver las estructuras imperialistas de la economía mundial, no hizo sino potenciar extraordinariamente las asimetrías estructurales que definen la inserción de los distintos países en ella”. La globalización, agrega líneas después, “consolidó la dominación imperialista y profundizó la sumisión de los capitalismo periféricos, cada vez más incapaces de ejercer un mínimo de control sobre sus procesos económicos domésticos”.<sup>8</sup> De modo que, aunque consigan dejar planteado el reto —que en expresión de Vattimo consiste en “intentar la construcción de una sociedad libre incluso en las nuevas condiciones de la globalización que no es únicamente económica sino que involucra profundamente nuestra mente y nuestros afectos, deseos y sueños”— el resultado al que los autores de *Imperio* nos convocan llama a seguir esperando, o sea, a seguir aceptando como estándar histórico la nómina esencial de relaciones con las que el propio imperio ha conseguido designarse de ese modo, en tanto se le permite continuar con paso firme hacia su destrucción.

De acuerdo con estas perspectivas, el mundo atravesaba, mal que pesara, por una circunstancia de hegemonía global que colocaba a la lógica imperial en condiciones favorables para asentar buena parte de los terrenos conquistados y para expandirse hacia otros que habían conseguido escabullirse en ciertos intersticios relativamente autónomos. Así vista, la dominación del capital sobre los valores de uso necesarios para la subsistencia de la población, se admitían como estado natural, no solo de conformidad

<sup>8</sup> Atilio Borón: *Imperio e imperialismo*, ed. cit., p. 28.

existencial, sino además, y con marcada importancia, con irrefutable certeza epistemológica. “En el mundo imperial, el economista, por ejemplo, necesita de un conocimiento básico de producción cultural para entender la economía, y del mismo modo el crítico cultural requiere un conocimiento básico de los procesos económicos para entender la cultura”, se recomienda en *Imperio*.<sup>9</sup>

Esta necesidad de llamar a solucionar el problema que el curso de la especialización genera, revela hasta qué punto el pensamiento intelectual, forzado por la proletarización de sus sectores, ha usado la necesidad de especializarse más en carácter de refugio, como defensa ante la competencia en el propio proceso de producción de valores culturales, que como vía de profundizar en lo específico para retribuirlo al conocimiento común y general. Con ello, la circunstancia vital ha regresado a llamar a la intelectualidad a sostenerse, en carácter de ente asalariado, antes que a pensar sin demasiado temor al afrontar los riesgos que su pensamiento expreso entrañaría. El cúmulo de implicaciones afectivas que podían encausar la reflexión intelectual ante la sociedad, cede terreno al ejercicio práctico que el mercado considera confiable. La codificación evolutiva de la libertad de expresión, declamada a tal punto en la modernidad que se fue convirtiendo en cita de relleno antes que en axioma a valorar en pleno desarrollo, ha terminado por aceptar el régimen contractual con que ese imperio procede a perpetuar su imagen, a convertirla en altar donde cualquier santo podrá ser colocado a condición de que respete y adore su estructura global.

Conocer la producción cultural implica, antes que recibir ese producto básico de creación, reconocer los mecanismos de intercambio y aceptar en lo posible el orden de los contratos sociales que la presión económica define.

<sup>9</sup> Michael Hardt y Antonio Negri: *Imperio*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2000. URL: <http://www.pixfolder.com/images/5095.pdf>, p. 7.

Entre la demanda y la oferta complacida operan circunstancias de negociación en las cuales, en tanto los agentes económicos gozan de plena representación jurídica —incluso en condiciones de arbitrariedad— la parte demandante apenas cuenta con espejismos de respaldo a partir del enfrentamiento que pudieran organizar los propios analistas e intérpretes que, para realizar ese su trabajo, deberán ser empleados. En consecuencia, y por lógica formal de orden primario, la masa intelectual se ve llamada a enfrentar, en complaciente aceptación, el Nuevo Paradigma.

Y la visión de principio en que *Imperio* se adentra convocaba a aceptarlo sin ambages: “El nuevo paradigma es tanto sistema como jerarquía, construcción centralizada de normas y producción extendida de legitimación, extendido por todo el mundo. Se ha configurado *ab initio* como una estructura sistémica flexible y dinámica, articulada horizontalmente”.<sup>10</sup>

Esa estructura sistémica, entonces, se totaliza, se convierte en orden a la vez heredado y generado: “La totalidad sistémica tiene una posición dominante en el orden global, rompiendo resueltamente con toda dialéctica previa y desarrollando una integración de actores que parece ser lineal y espontánea”.<sup>11</sup>

Aconseja, pues, este análisis que es apenas posible insertarse en esa maquinaria sistémica global. Mal necesario. Fatalidad contingente que habrá que resolver mediante un comprensivo discurso de adaptación a esa vorágine depredadora naturalizada por el capitalismo, que a su vez conseguirá un mejor asentamiento de las condiciones imperiales:

El desarrollo del sistema global (y del derecho imperial, en primer lugar) parece ser el desarrollo de una máquina que impone procedimientos de contractualización continua, que conducen al equilibrio sistémico —una

<sup>10</sup> Ídem.

<sup>11</sup> Ídem.

máquina que crea un continuo pedido por la autoridad. La máquina parece predeterminar el ejercicio de la autoridad y la acción a través de la totalidad del espacio social. Cada movimiento está fijado y puede buscar su propio espacio designado solo dentro del propio sistema, en la interrelación jerárquica que le ha sido acordada. Este movimiento preconstituido define la realidad del proceso de la constitucionalización imperial del orden mundial —el nuevo paradigma.<sup>12</sup>

Por mucho menos que esto, desde las propias bases de consenso de la maquinaria informacional hegemónica, unidireccional, homogénea y, *sine qua non*, totalitaria, regímenes socialistas y democracias populares son acusados de antidemocráticos, dictatoriales y totalitarios, sin piedad y sin derecho a incidir en las estructuras de razonamiento y argumentación. El proceso de legitimación democrática queda, en tales circunstancias, reservado a pequeños ajustes de presión socioeconómica que se irían consiguiendo con sufridas agonías determinadas por los esquemas contractuales de la paradigmática imperial.

En condiciones de imperio, dado que sus actores no avizoraban eventos inmediatos para asumir líneas de cambio radical, las bases intelectuales quedaban reconstituidas en carácter de Nuevo Paradigma. Se trata de un pacto que lleva la expansión imperialista a un plano cultural específico, minando las posibilidades de un sector que hasta ahora no se veía sometido por completo a los golpes de ritmo de la hegemonía global. La tensión bipolar, más en las zonas intermedias que en los polos extremos, más en circuitos críticos internos de cada cual que en los declamatorios ataques entre bandos —aunque en ninguno faltasen argumentos válidos y aun cuando los extremismo justificasen los angustiosos rechazos nihilistas en diversos sectores del saber profundo— garantizaba un espacio de reflexión y análisis crítico que atemperaba el libre proceder de esos extremos.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 18.

Aceptar que esa nueva condición paradigmática es estructura de cierre evolutivo para la humanidad, es acaso una manera de insertarse con buenos resultados de tipo individual en la confusa batahola de la competencia. La desorientación de la izquierda política, en parte agotada por la ósmosis de diferencias normativas dogmáticas internas del sistema social, detenida por el callejón sin salida de no entender para su identidad sistémica el necesario flujo del intercambio comercial global, luego de la dispersión natural, facilita la supeditación legítima del logos imperial, el pensamiento conforme que descoloque al caos de la desigualdad creciente como caos del paso sostenible de la humanidad, y lo relegue a circunstancia forzosa que al fin, y en su dinámica, conseguirá regularse.<sup>13</sup> Con ello,

<sup>13</sup> En su estudio, Hardt y Negri avanzan explícitamente en esta dirección: “el Imperio pone en marcha una dinámica ético-política que yace en el centro de su concepto jurídico. Este concepto jurídico incluye dos tendencias fundamentales: primero, la noción de un derecho que se afirma en la construcción de un nuevo orden que abarca la totalidad del espacio de lo que se considera civilización, un espacio universal, ilimitado; y, segundo, una noción de derecho que abarca a todo el tiempo dentro de su fundación ética. En otras palabras, el Imperio presenta su orden como permanente, eterno y necesario”. [p. 15] “La ley doméstica y la supranacional están ambas definidas por su excepcionalidad. La función de la excepción es aquí muy importante. A fin de tener control y dominio sobre una situación tan completamente fluida, es necesario garantizar a la autoridad interviniente: (1) la capacidad de definir, cada vez de un modo excepcional, las demandas de intervención; y (2) la capacidad de poner en movimiento las fuerzas e instrumentos que de diversos modos puedan ser aplicados a la diversidad y pluralidad de acuerdos en crisis. Aquí, en consecuencia, ha nacido, en nombre de la excepcionalidad de la intervención, una forma de derecho que es, realmente, un derecho de la policía” (...) “El poder jurídico de mandar sobre la excepción y la capacidad de desplegar fuerza policial son, por lo tanto, dos coordenadas iniciales que definen el modelo imperial de autoridad”. [p. 20] “Tras una nueva teoría del valor, entonces, debe formularse una nueva teoría de la subjetividad que opere principalmente a través del conocimiento, la comunicación y el lenguaje”. [p. 29] “las grandes potencias industriales

también el pensamiento que busca el bien común, sin determinaciones de juicio político de izquierda, se ve forzado a actuar en justificación de sus preceptos, a ceder el espacio que le corresponde para atrincherarse en un conglomerado mínimo de conceptos. Negri y Hardt no son, en verdad, ajenos al fenómeno, de ahí que aseguren:

Contrariamente al modo en que muchos posmodernistas consideraban que ocurriría, sin embargo, la máquina imperial, lejos de eliminar las narrativas maestras, en verdad las producen y reproducen (en particular narrativas maestras ideológicas) a fin de validar y celebrar su propio poder (...) Los despliegues de la máquina imperial son definidos por toda una serie de características nuevas, tales como el territorio sin fronteras de sus actividades, la singularización y localización simbólica de sus acciones, y la conexión de la acción represiva con todos los aspectos de la estructura biopolítica de la sociedad.<sup>14</sup>

Las narrativas maestras con que la fase imperial se va condicionando como sociedad estable, como sistema social consecuente, son, dicho con la propia expresión de estos autores, aunque con las cursivas añadidas, “*en particular* narrativas maestras *ideológicas*”. La ideología de la clase dominante, aún, y durante el enfebrecido influjo *post*, continúa dominando el espectro ideológico rector. ¿Han sido baldíos los esfuerzos por resistir y cambiar su impunidad? ¿Se ha nadado para quedar de cualquier modo en la orilla? ¿Será momento de “recapacitar”, de adaptarse al ineludible concurso de ese proceso global? Así lo pidieron,

---

y financieras producen no solo mercancías sino también subjetividades. Producen subjetividades dentro del contexto biopolítico: producen necesidades, relaciones sociales, cuerpos y mentes —es decir, producen productores”. [p. 31].

<sup>14</sup> Michael Hardt y Antonio Negri: ob. cit., p. 33.

con conformidad erudita e ineludible carácter predictivo, estudios de esta línea. En consecuencia:

El fin de la dialéctica de la modernidad no ha resultado en el fin de la dialéctica de la explotación. Hoy día casi toda la humanidad está en cierto grado absorbida o subordinada a las redes de la explotación capitalista. Vemos ahora una separación aun más extrema entre una pequeña minoría que controla enormes riquezas y las multitudes que viven en la pobreza en los límites de la debilidad. Las líneas geográficas y raciales de opresión y explotación establecidas durante la era del colonialismo y el imperialismo, en muchos aspectos no han declinado sino crecido exponencialmente.<sup>15</sup>

Y aunque, como es predecible, el resultado consecuente de sus conclusiones desemboque en líneas diferentes en este ensayo, que buscará los canales de reinserción del sentido intelectual en medio de la globalización mecánica, es importante retomar su señalamiento de que, “entre las diversas figuras de la producción hoy activas, la figura de la fuerza de trabajo inmaterial (involucrada en la comunicación, cooperación, y la producción y reproducción de afectos) ocupa una posición crecientemente central tanto en el esquema de la producción capitalista como en la composición del proletariado”.<sup>16</sup>

Esa fuerza de trabajo inmaterial incluye, pongamos por ejemplo entre uno de los muchos posibles, a los psicoanalistas, especializados en clasificar —al menos— los afectos y desafectos de sus clientes. (¿Deberíamos escribir pacientes? ¿Acaso locos, casi locos, frustrados, necesitados de afecto?). En general, la clientela del psicoanálisis muestra un trauma común: necesidad imperiosa de resolver, en el nivel simbólico de su propia existencia individual, el problema de que necesita desprenderse del peso de la alienación

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 40.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 47.

que los escolta en sociedad. Las móviles enciclopedias de relación causal que nutren las explicaciones representativas de los clientes, no les entregan si no excursiones turísticas por el ámbito de los significados, despojando de paso a la semiótica de sus implicaciones sociales y, aun más, de sus realizaciones culturales.

El psicoanálisis, cada vez más empeñado en aprehender en una buena fórmula el curso interno de los seres humanos, ha convertido su incidencia social tanto en especulación teórica gremial como en negocio de tasas elevadas. El esquema de producción capitalista ha salvado su gremio al religar el malestar reinante con la nomenclatura de clasificación que la persona —que puede permitirse pagar el tratamiento— esté dispuesta a admitir, alternando contexto social, familiar, con individuo. Los resultados culturales que dejan sus pesquisas se han infiltrado en zonas de “dominio inmaterial” como lo son el cine y la literatura y han alcanzado una cuota importante de llamadas de atención y líneas de comportamiento. No es esta, en sí misma, una causa directa del efecto de lógica imperial, sino una ruta encontrada en el transcurso de la competencia y la necesidad de hallar solución a ciertas categorías de problemas humanos. O sea, un acto de eficaz aplicación del nuevo paradigma en condiciones de supervivencia, en plena aceptación de que el organismo social se halla en un determinante momento de su proceso de selección natural. Aunque no debe obviarse, por demás, el papel determinante de la psicología a todo lo largo de la confrontación este-oeste.

La condición imperial, que pretende ser establecida en el discurso teórico de *Imperio*, y de no pocos de sus entusiasmados seguidores, como si fuese un actante en el plano global de la dominación, es decir, como un elemento que influye, sin determinarlo, en el sentido significacional concreto, actúa en verdad como un componente normativo —regulador hegemónico— en el significado de la acción reivindicadora y emancipadora del trabajador, sea cual sea el sector al que se encuentre vinculado. Una protesta,

en el contexto del empleo inmediato de cualquier empleado, se revierte contra sus posibilidades de ascenso, de mejoras salariales, de condiciones laborales y, casi de inmediato, a favor de su propio despido.

La competencia en el mercado de fuerza de trabajo, profundamente escalonada, garantiza el accionar lógico de la reproducción laboral para la explotación. El carácter “problemático”, es decir, rebelde, antisistémico, de un artista determinado suele acarrearle la pérdida del espacio en el circuito promocional y, en consecuencia, su reducción por falta de sustento. Si consigue continuar con su creación, sin convertirse de golpe en un asalariado a petición, su radio de acción quedará reducido a un alcance local que, aunque importante, apenas rebasa el impacto de la naturalización global de la cultura con la que debe competir. De ahí que, aun cuando los medios nos propongan casi a diario prototipos rebeldes, un ejercicio de profundización crítica permite colocar sus límites estructurales y sus consecuencias sistémicas.

Advierte Susan George que es imposible llamar al pago de impuestos empresariales en las convenciones donde los empresarios ponderan largamente las virtudes, bondades y efectos positivos de sus propias iniciativas y productos.<sup>17</sup> Ello no debe indicar, sin embargo, que ese proletariado en efecto ampliado hasta sectores no siempre investigados en la teoría convencional, haya dejado de vender su elemental condición de fuerza de trabajo ni se haya desprendido de su condición de clase social. Por ello, en circunstancias tales, se hace imprescindible que las luchas se expresen en ámbitos locales, pues de esa forma la idea de atender a sus demandas tendrá concretas posibilidades de aceptación por parte de aparatos represores y de dueños de empleos.

La nomenclatura específica de una compañía, atacada de pronto por demandas y protestas de sus trabajadores,

<sup>17</sup> Susan George: *Otro mundo es posible si...*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, p. 81.

aunque debe ser extensiva —y lo es en el plano de los significados, en la expresión simbólica— a las demás compañías explotadoras tanto de sus asalariados como de sus clientes, se deshace en el intento de equipararla, pues los subterfugios legales actúan boicoteando cualquier tentativa de generalización. El derecho a huelga, por ejemplo, sin repercusión concreta en el sector empresarial, termina incidiendo solo en el sector político, donde resulta mucho más fácil la suplantación de sujetos como vía de descargo de culpabilidades.

La facilitación del monopolio a partir de la tendencia a privatizar la gestión empresarial, con la consabida flexibilidad itinerante de la ubicación productiva, propicia una relación de conformidad y aceptación por parte de los sectores laborales, tanto aquellos de vínculo directo a la producción como los encargados de generar esos valores conocidos como inmateriales. Aunque intangibles y susceptibles de interpretaciones interesadas, no son “puro idealismo” superfluo, pues de insertarse en la cultura misma de los contextos con los cuales dialoga, pueden alcanzar índices de influencia determinantes y deben incidir en el transcurso de la propia sociedad en su estructura “material”, es decir, en la reproducción de las relaciones productivas. Resultados parciales de organizaciones y movimientos lo confirman, dado que, siempre que la piedra de toque ha girado en función de un golpe efectista, mediático, o de un subterfugio legal tecnicista, la vuelta posterior ha degradado la permanencia de las conquistas, en tanto aquello que se inserta —siquiera con menos prebendas cumplidas— en el accionar cultural de los sectores demandantes, difícilmente puede ser eliminado. El caso del legendario *exbeatle*, John Lennon, puede ilustrar acerca de hasta qué punto es desigual por estructura el espectro global del ciclo migratorio y en qué medida son reguladas las transformaciones sobre la expansión imperialista a través de un orden legal legitimado por el propio ejercicio de manufactura de la ley.

La complacencia analítica que accede a conferir legítimo proceso a la fase imperial, salvando con gradaciones sus degradaciones, conjetura además que los flujos migratorios se implantan en grados admisibles de armonía universal. La persona que emigra, tanto si parte de una decisión individualista, como si asume el papel de agente de contribución al sostenimiento familiar —e incluso en carácter de conservador espontáneo de puntuales tradiciones culturales— considera ese acto una salida de escape, un recurso admisible ante la necesidad de paliar el descalabro personal, familiar y, sin conciencia de ello, del núcleo sociocultural del cual procede. La migración, si así puede llamarse, transnacional de la empresa, termina realizándose en términos de explotación, facilitando a ese posible emigrante elementales condiciones de empleo y competencia. Ella no implica medios de transculturación, sino, por lo general, depredación de la cultura local y, en casos más felices, aculturación, es decir, sustitución de valores culturales autóctonos por símbolos, y sobre todo iconos, de la expresión superficial del muestrario cultural asumido en la contienda.

Si fuesen globales los ciclos migratorios, no se acusarían las cifras crecientes hacia los países desarrollados, a donde va la mayor parte del capital financiero que el mundo reproduce. El flujo migratorio de trabajadores se presenta como una tabla de salvación que, sin constituirse por fuerza en salida egoísta, sino usualmente en gesto por salvar la familia, se traslapa en apoyo a esos centros de dominación económica y supeditación cultural. La superpoblación de emigrantes en espera de empleos garantiza la existencia de un proletariado elemental —calificable de acuerdo con la nomenclatura clásica, abstracta, de empleado manual, seudofabril— que no solo abarata los empleos sino que actúa como factor de división, de flexibilidad disociadora, para su misma clase. Y, si globales fuesen los ciclos financieros, no regresaría a los grandes centros financieros el 95 % de

las utilidades por el tráfico de drogas que a través de paraísos fiscales se blanquea ni sería posible conseguir mano de obra barata y cada vez más explotada, con el florecimiento de maquilas, mediante el movimiento constante de la empresa cada vez que surgen denuncias o peligros de reclamos sindicales. Y tampoco le sería imposible a un autor de novelas, o a un cantautor, ser globalmente reconocido sin necesidad de pasar a formar parte del ejército contractual de las editoriales y disqueras hegemónicas, sin la construcción del aparato de difusión y propaganda de su imagen, más que de la propia sustancia de su obra.

La presunta fase imperial del imperialismo remite a una vuelta de tuerca en la condición alienante de las masas, y en la alienadora producción de las diversas capas de trabajadores, incluido un sector amplio de profesionales, que por necesidad actúa dentro de normas de ese proletariado flexible. Culturalmente, no solo se depredan las bases de las tradiciones, sino que se busca una garantía de que las nuevas válvulas de escape que recomponen la expresión simbólica sean superficiales, concretas y efímeras.

El trabajador que emigra a un país desarrollado deja atrás su conciencia de clase, pues debe cambiarla, en desventajoso ejercicio de valor de cambio, por la posibilidad de subsistencia real de su familia y, en otros casos menos "altruistas", por un estatus icónico de bienestar. Los profesores latinos que consiguen empleos en centros universitarios estadounidenses, reciben el peso de la discriminación día por día, aun cuando en efecto su salario les permita adquirir una cantidad de bienes materiales superior a la que hubieran podido tener en sus países de origen, incluso extender esa ganancia al campo del consumo espiritual, culturalmente forjado. Tan eficaz se hace esta práctica, que aunque en ámbitos privados abundan anécdotas y testimonios, muy pocas veces asumen la actitud, no ya de denunciarlo, sino de trabajar para crear paliativos al respecto.

Artistas y escritores se alinearon también, y de inmediato, a los tópicos normados por los índices de venta y de

ganancia, buscando a toda costa la posibilidad de entrar en los catálogos promocionales de las fuentes de empleo. Así, felizmente alienados con la alineación, el sector cultural, e intelectual, vierte odas seguras a su bien reconocida libertad de expresión. Una libertad de expresión que no se reconoce en dos aspectos que habrán de serle consustanciales para poder actuar, en efecto, libre: respeto ciudadano y responsabilidad social. Los tópicos de la libre expresión se nutren, en esencia y en medio de las circunstancias de la hegemonía global, de dos cualidades básicas: diatriba y especulación. Se especula, se presume, se descalifica en bloque y sin argumentación, empleando dogmas de opinión que, aunque corroídos, pululan aun desde el ámbito mediático, y se archiva el caso mediante el desvío de la atención hacia otro, idéntico en estructura pero diferente en sus protagonistas.

Y en tales escenarios de la fase imperial, donde el mercado global ha traspasado al flujo financiero el papel que cumplía la fuerza laboral destinada a elaborar mercancías, objetos, bienes de consumo, se producen embates culturales a través de mareas migratorias. Su dirección natural se da de forma simple, elemental, casuística, y no global, como se acuña con frecuencia, dado que, mientras el emigrante forzoso de los países y las zonas empobrecidas se ve condicionado a adaptarse con rapidez a las normas culturales vigentes bajo los dominios empleadores, el emigrante que hace el viaje a la inversa —escaso en número, cierto, pero que en general logra insertarse con autoridad en los contextos nuevos— crea focos de contaminación transcultural que han de servir también a la hora de interpretar la invasión subcultural con que la hegemonía imperial se implanta como estatus único posible. Los idiolectemas que nutren el nuevo paradigma imperial, se camuflan así como cultura, como progreso civilizatorio y cosmopolitismo.

Cuando consigue insertarse en los niveles culturales de la sociedad, el intercambio desigual de mano de obra y

mercancías opera también en términos de cuestionamiento de clase, en general carente de conciencia, de estatutos que orienten su actitud y, mucho menos, de empeños organizativos, pero sí efectivo en los niveles inevitables de la significación. Si esto es así en condiciones abiertas de desigual intercambio, lo es mucho más cuando los estados alcanzan grados relativos de independencia del mercado global, al que es imposible regular hoy en día no solo a nivel de paraísos fiscales, sino siquiera en el ámbito de la pequeña empresa que se endeuda y a la vez se asegura mediante asociaciones para luego concluir en burbujas y, si ha crecido lo suficiente en la especulación, en los jugosos paquetes de rescate.

Si, como aseguran Hardt y Negri, el intento de aislarse del mercado mundial, bajo la hegemonía del imperio, conducirá a “una forma de dominación más brutal por el sistema global, una reducción a la pobreza y la debilidad”,<sup>18</sup> ¿por qué, si se supone y así se reconoce de plano por el polo imperial, los Estados Unidos deciden imponer a Cuba un bloqueo económico como medida eficaz para la desaparición definitiva del sistema socialista? Si, como es de suponer, nuestro “caprichoso aislamiento” de su hegemonía habrá de conducirnos sin remedio a perecer por hambre e incapacidad de sostener las estructuras de gobernabilidad, ¿para qué aplicar medida tan impopular, añadir otra “mancha” a su continua política de dominio hacia todas las zonas de América Latina, a la que necesitan mantener como trastienda geopolítica?, ¿para qué atizar un ejemplo de oposición y resistencia?, ¿para qué, en fin, gastar tanto dinero en Guerra Fría? ¿Cómo es que la industria cultural que se decide a asimilar obras de cubanos —y de latinoamericanos y tercermundistas en general— clasifica casi con exactitud los tópicos que deben definir las obras, de los cuales, y a pesar de las profundas diferencias culturales, es posible

<sup>18</sup> Micahel Hardt y Antonio Negri: ob. cit., p. 248.

extraer un punto común: exotismo distanciable desde una mirada superior, tópicamente desarrollada?

No es solo, aunque ello funcione y sirva de pretexto, un asunto de inserción comercial, de apuesta por la obra que se supone será aceptada por la línea de consumidor que puede retribuir la inversión, en dimensiones culturales cuyo peso específico descansa en elementos estéticos, éticos, de significación y comunicativos, sino, en orden de principio, buscar la garantía de permanencia de leyes de mercado para cualquier horizonte de la creación. Como se apela a la lógica rectora del mercado, a la cultura bajo el eje industrial que garantiza la ganancia, se hace creer que no importa cual posición político-social habrán de asumir los creadores, sino cuánta demanda son capaces de alentar, y de satisfacer; un ejercicio de convertir el todo en parte, para dejar que esa parte en sociedad se interprete como el todo. La diferenciación socialista, en tanto en su esencia conserva ambas categorías, es decir, ser socialista y antagónicamente diferente, apunta a una posibilidad de desarrollo alternativo no dependiente del sistema global de flujo financiero, aunque esa independencia no pueda traducirse en ignorancia, en ese caso a riesgo de exponerse a un nuevo tránsito al vacío.

La búsqueda de una repartición racional de la riqueza, de una distribución lo más equitativa posible de la producción, de un ejercicio de facilitación del nivel profesional, de una apertura plural al mundo de las oportunidades, arriesga, en efecto, la nomenclatura hegemónica de la expansión imperialista, del dominio imperial y del capitalismo financiero con que se pretende solventar la crisis. No importa si con nuevas crisis, nuevas guerras, nuevas plagas, nuevos métodos de expansión y conquista, pues, los propios países dominantes se saben dependientes del mecanismo global de *financiarización* que han puesto en marcha, en tanto las fluctuaciones del mercado mundial —primero mediante burbujas e inversiones chatarra, luego, y en con-

secuencia, a través de la caída de las bolsas, y más tarde con las cínicas quiebras de los grandes consorcios—, desarticulan cualquier posibilidad de equilibrio económico a cargo del Estado. La expansión capitalista de la era de globalización mecánica es, más que fabulosamente imperial, de esencia imperialista, marcada, eso sí, por la candidatura de polos diversos imperiales para acceder al sitio de dominio hegemónico. Ello propicia, en efecto, la aparición de un pensamiento crítico capaz de manifestarse en medio de las tensiones polares del círculo imperial, aunque termine por disolverse la posibilidad de reconocer por igual el que de las saqueadas periferias procede.

Para Samir Amin, esa expansión capitalista que se convierte en centro focal de la globalización —término al que suele sustituir el mejor solventado de mundialización—, se manifiesta en un sentido abiertamente imperialista, ya que, en su criterio, el imperialismo no deviene el “estadio supremo del capitalismo”, sino que se constituye en su “carácter permanente”.<sup>19</sup> Considero, por mi parte, que las concepciones de Lenin y de Amin, relacionadas con el carácter esencial del imperialismo, no son tan contradictorias como a simple vista pudiera parecer. La “fase suprema” ha demostrado que posee una capacidad de reestructuración en su distribución entre crisis, por lo que tiende, no solo a figurar su permanencia, sino a buscar los escaños de recuperación en reediciones de ese estado permanente de conducta imperialista. Esa constante, invariable en esencia aunque diversa en su estructuración interna, dispone de un marco de ejecución polarizada. En tanto los productos para el mercado circulan globalmente, sin alterar las relaciones desiguales y por ello instaurando sus bases perceptivas en el gusto común, en la ilusión estética de las

<sup>19</sup> Samir Amin: “Capitalismo, imperialismo, mundialización”, en *rodelu.net*, octubre 19 de 2001, URL: <http://www.rodelu.net/amin/amin01.htm>. Salvo indicación, las siguientes citas de este autor se tomarán de la misma fuente.

crecidas masas de consumidores, las fuentes de empleo quedan reguladas por marcos nacionales y, sobre todo, por sectores de hegemonía cuyo ritmo depende del curso en las finanzas antes que de la eficiencia productiva.

El proclamado fin de la industrialización no responde, pues, a una obsolescencia de la industria, sino a un momento de saturación de su historia productiva que, muy pronto, comenzaría a dar fe del costo de sus consecuencias. Así se cumple una vez más el ciclo de desigualdad, al asentarse en la estética primigenia del consumidor, obligado a subvalorar, primero por la retribución monetaria y en consecuencia en su valor simbólico, el producto que de sí emerge. Al regresar del ciclo de elaboración industrial, ese producto a consumir se ve sobredimensionado. La “mundialización controlada” se muestra, en primer término, como un proceso social, pues se fundamenta “en compromisos sociales históricos que “integran” (o que se proponen integrar y lo logran en gran medida) las clases obreras en el centro, las clases populares en el Este y en el Sur”. “Social —aclara Amin— no es sinónimo de socialista, aun si este calificativo ha sido empleado a diestra y siniestra al servicio de los proyectos societarios en cuestión”. En segundo término, esa “mundialización controlada” aparece bajo una característica de representación nacional “en el sentido de que los compromisos son definidos en el marco de los Estados políticos construidos por políticas sistemáticas de los poderes públicos nacionales”.<sup>20</sup>

La decapitación de la eficiencia de los estados nacionales para la distribución de la riqueza en equilibrio, si de capitalismo se trata, se salta el capítulo de la investigación de campo en los fenómenos correspondientes a las aplicaciones prácticas de las normas rectoras de la sociedad. Mucho más, ni qué decirlo, el capítulo de análisis sincrónico de los impactos que impone a la cultura. Es decir, se suelta al león, vistosamente peinado y perfumado,

<sup>20</sup> Ídem.

hambriento, en la explanada donde espera el mono atado en sus extremidades. Si por casualidad se tratara de un mono capaz de intentar escabullirse aun en esas condiciones, se le aplicarán los sedantes efectivos, para que nada entorpezca el espectáculo. Profesionales, intelectuales y artistas con frecuencia se suman al número de circo y vitorean junto al proletariado y hasta se lanzan al ruedo para clavar con energía sus astas (una vez que el león se sabe lleno, se supone). Pero una crisis se precipitaba, y se hacía necesario trabajar por esconderla, o por transfigurarla al menos. Con claridad, Samir Amin lo expuso:

Los poderes de turno están preocupados exclusivamente por la gestión de esta crisis y son incapaces de encontrarle una solución. Detrás del discurso neoliberal mundializado se esconden, pues, políticas perfectamente coherentes de gestión de la crisis cuyo único objetivo es el de crear salidas financieras al surplus de capitales, como manera de evitar lo que más teme el capital: la desvalorización masiva. La “financiarización” es la expresión de esta gestión, tanto a nivel nacional como a escala mundial. Las elevadas tasas de interés, los cambios fluctuantes y la libertad para realizar transferencias especulativas, las privatizaciones, al igual que el déficit de la balanza de pagos de los Estados Unidos y la deuda externa de los países del Sur y del Este, cumplen estas funciones.<sup>21</sup>

Sin embargo, el flujo informacional, intercambiando los visos de serial televisivo con el manejo difuso de las causas, consiguió hacer invisible este tipo de criterio y centró la atención, de pronto, en recorridos históricos de las tendencias económicas globales. Casos como el de la estafa de Madoff son asimilados de ese modo, en tanto se rescata el utópico llamado a la responsabilidad ética del mercader que, quiéralo o no, está siempre a punto de ser desplazado

<sup>21</sup> Ídem.

por la competencia y se ve llamado, sin opciones, a trabajar sordamente por una apropiación desigual de la riqueza.

Los territorios conquistados por la monopolización, luego de la entrega de la plaza por el socialismo europeo, implicaban, más que a regiones del mundo, al ámbito de determinación del Estado. Ese era el enemigo a conquistar, el instrumento a someter; de ahí que la negociación requisitoria de la expansión neoliberal radicara en el acto primario y conclusivo de privatizar. La privatización presentada como alternativa de eficiencia, legal, económica, cultural, ante el fracaso de todo proyecto de sistema socializador, aunque este no apuntara siquiera a tímidas propuestas de corte socialista. Así, apenas quedaban en acción de resistencia legítima frentes que, como el ecológico, actuaban desde la propia lógica institucional habilitada por las pautas legales del capitalismo. El necesario crecimiento de la expansión territorial busca los sitios de reserva, como las regiones polares o las selvas, y se le hace imprescindible hallar la vía legal para invadirlos.

Para el polo norte, en tanto se trata de un territorio aún no parcelado, no sometido a la lógica del título de propiedad, se aplicará el convencional reparto imperialista, distribuyendo el derecho de tenencia entre naciones de ineludible poderío. Para la Amazonía, considerada por los ecologistas como el pulmón del planeta y ya enmarcada dentro de territorios pertenecientes a naciones, se procederá mediante el endeudamiento del Estado (en tanto Estado y en tanto aparato de gobierno, papel que asumiera el reelecto presidente peruano Alan García con irreversible entereza) y se encomendará a la eficiencia de la privatización. La lógica institucional de la resistencia ecologista se resiente, hasta perder lo ganado, cuando intenta que el conquistador acuda a un sentido ético contrario al de su propia naturaleza de conquistador. Por ello, un texto como *El informe Lugano*, de Susan George —escrito en el más cínico y “realista” tono— que remeda una supuesta

investigación a fondo que permita la permanencia del sistema, se vuelve amargo en el plano receptivo general e, incluso, da la impresión de ser incontestable.

La mundialización polarizada recibe, pues, su garantía de crecimiento a través de cinco monopolios que, de acuerdo con la lista clasificatoria de Samir Amin, se orientan en las siguientes direcciones:

1. el monopolio de las nuevas tecnologías;
2. control de los flujos financieros a escala mundial;
3. control del acceso a los recursos naturales del planeta;
4. control de los medios de comunicación;
5. el monopolio de las armas de destrucción masiva.<sup>22</sup>

El dominio de estos cinco monopolios se hará pertinente a partir de lógicas de acción que en los capitalismo periféricos crean una circunstancia común de desventaja, aunque variable en detalles, ayuda a predicar la inoperancia de los estados-naciones. Los elementos directos de su puesta en marcha dejan en abstracto la representación del monopolio en tanto hacen localizables dispositivos concretos de su ejecución en el proceso productivo, así como en las circunstancias de sobrevivencia, consumo, confort y ostentación del poder adquisitivo. La desaparición de la bipolaridad ha permitido que estas direcciones, reguladas en parte antes de 1990, crecieran de acuerdo con su ritmo natural de expansión. Así, los trabajadores se vieron en el torrente de la descolocación sin saber a qué atenerse, sin una dirección que recogiera sus necesidades, a merced de esas mejoras que los empleadores decidieran ofrecerle. Como en la propia significación expansiva del capital germinan importantes tensiones, sistémicas, pero de enfrentamiento entre empresas y consorcios, estas medidas actúan

<sup>22</sup> Esta clasificación, que aparece en el texto que hemos estado citando, fue usada por su autor en varias de sus obras, pues constituye una de las líneas focales de su fundamento teórico.

en virtud de la información y, sobre todo, como campo de extensión legítima de los preceptos democráticos en que idealmente se habrá de fundamentar la sociedad.

Por ello, debe agregarse al listado el control, codificado en extremo —a veces por el contrario: retirando las fuentes de financiamiento— que se ejerce sobre esferas que actúan en el nivel simbólico de los ciudadanos, como el deporte, la educación y la cultura, extendida esta desde sus expresiones artísticas hasta sus manifestaciones folclóricas o de conductas naturalizadas por la tradición. Y añadir además la puesta en práctica de la manufactura legal, tanto en los órdenes locales como en la desigual puesta en marcha del ejercicio internacional del derecho.

De entre las lógicas imperiales que han marcado la sociedad de postguerra en la segunda mitad del siglo xx, la de la ley ha conseguido asentarse tal vez como ninguna. Los marcos legales actúan como fuente aritmética de legitimación, a tal punto, que las sucesivas invasiones, ilegales a la vista de cualquier constitución, se justifican a partir de injerencias cuyo objetivo se plasma en la declarada intención de intervenir a tiempo en el transcurso de prácticas ilegales de pueblos a los que es necesario invadir y someter. Luego de la conquista a sangre y fuego, del exterminio de la población civil, junto a la militar, en lugar de asentarse por el territorio, la potencia hegemónica busca adueñarse del control político de las naciones sometidas para garantizar, mediante marcos legales, habilitados al pie de los mismos ajustes de capitulaciones, la explotación de los recursos y el librecambio desigual.

La contradicción histórica que impedía su permanencia a los imperios, es decir, la necesidad de controlar mediante efectivos propios los territorios conquistados, y generar asentamientos mediante los cuales pudieran neutralizar las rebeliones, se suplanta con el dominio a través de la gestión empresarial, con la expropiación del derecho a explotar los recursos, para lo cual se establecen los endeuda-

mientos, que llevan, a la postre, a la entrega legal tanto de esos recursos como de la industria que en hipotética fábula ayudará al desarrollo de la propia nación.

El carácter privado de la empresa encubre, siquiera en el concurso legal con que esos mecanismos de expansión y expropiación son legitimados, la condición imperialista del reparto del mundo. Cuando Lenin enumeró los cinco rasgos del imperialismo, el último, la conclusión del reparto territorial del mundo, apenas olfateaba el mecanismo de máxima eficiencia: la globalización neoliberal. El espejismo de su eficacia social estuvo acompañado de sucesos hasta el momento inéditos, susceptibles de ser manipulados en lógica simbólica de causa-efecto. Los presidentes de naciones, hasta entonces impunes luego de sus mandatos, fueron llamados a los tribunales, aunque es cierto que los resultados de los juicios se perciben aún en inalcanzable lontananza en relación con cuanto debe reclamarles la justicia, como se pudo apreciar en los casos del peruano Fujimori, del chileno Augusto Pinochet, este último con poder y dinero de fondo como para gastar la amarga broma de esperar a morir antes de que pudiera hacerse efectiva cualquier sentencia sumaria en su contra.

Estas aplicaciones de la vara mágica legal distan de ser puestas en práctica bajo pautas desideologizadas, como con tanto bombo se ha preconizado. Imperio de la ley estrictamente imperial, donde la ciudadanía no se adquiere por compartir, de cierto modo, el espacio y las normas productivas, sino por la incidencia en la reproducción ideológica. Fuera del logos rector condicionado, se acumulan los bárbaros, los que no han conseguido agenciarse para sus designios el curso de las normas legales, aun cuando en los manuales se les considere técnicamente iguales. Así, los habitantes de la Amazonía siguen siendo, a los ojos de la cultura global universal, bárbaros, tribus cuya conquista y colonización responde al desarrollo civilizatorio. De igual modo, la sociedad mapuche aparece como un exótico grupo

de presión al que sería posible conceder ciertos paquetes de prebendas con tal de que no renuncie a su limitado espectro de incidencia étnica local.

Todo este imperio de la ley, en medio, por ejemplo, del tranquilo desempeño de paraísos fiscales en los cuales se refugia, e incluso se fomenta, el flujo ilegal de grandes capitales obtenidos a través del tráfico de drogas, el comercio clandestino de armas, la prostitución, el juego o la extorsión. En ellos, se fue generando un promedio anual de blanqueo de 1,5 billones de dólares, sin que se pretendiera aceptar con seriedad que hacían falta soluciones, sino, por el contrario, desmontando cualquier peligro de adoptar medidas de enfrentamiento radical, cualquier posibilidad de proponer, para su contención, la construcción de un orden social equitativo. Y es que la ley funciona, en el ámbito de lo representativo, como la garantía legitimadora del estatus democrático. Una vez alcanzado el estatuto legitimador, siquiera en perspectiva, el ámbito legal se redefine como el marco mediante el cual se establece la nomenclatura de rivalidad de los partidos políticos, mucho más orientados a ocupar escaños de poder y gobierno en los sectores internos de las naciones, que a generar las alternativas políticas que van prometiendo en sus campañas: La Democracia Representativa, con todos sus vicios, como perspectiva legal única, totalitaria, capaz de contener cualquiera de las lógicas de socialización que puedan generar alternativas. Para su ejecución, los mandatos legales dependen de intervenciones de orden policial, de un cuerpo de regulación ciudadana mediante el cual se garanticen sus designios.

A escala global, esa policía obedece por completo a la aplicación de pactos concertados para que las potencias imperiales, tanto a través de los consorcios de invasión militar como de los empresariales de bienes, servicios y productos de expresión simbólica, desarrollen y afiancen sus nomenclaturas y, perfilado el dominio policial, se

propaguen las estructuras que conforman el logos. Lo legal, en tales condiciones, se supedita a la especialización de lo demostrativo, en lógica del todo desigual. La intelectualidad profesional, así, no solo enfrenta el peligro de ir al desempleo y pasar al silencio si no capta en su bien los órdenes del logos, sino que se expone al dominio de la ley, donde las réplicas huelgan una vez que en términos globales se establezca su pase hacia el descrédito.

Cualquier salida del libreto global, incluso en reconocimiento de alternativas de antemano tachadas por la lógica icónica de las hegemonías, podrá traducirse en cesantía de contrato (con procedimiento legal intachable) y en un terrorismo editorial legitimado en los medios de comunicación masiva al servicio de los empleadores, al que no se le exigen demasiados índices de contención. Se trata de un sistema que, aun cuando finja tolerar, y desdeñar, la opinión beligerante, permanece atento a sus evoluciones y sale al paso allí donde olfatee peligro.

Un ejemplo modal lo ofrece la amenaza de procesamiento legal que el grupo empresarial PRISA, por medio de la gerente comercial de la edición internacional de *El País*, Irene Hes, le transmitiera al periodista español Pascual Serrano, luego de que este desconstruyera el mecanismo de guerra mediática del periódico contra el presidente venezolano Hugo Chávez. El llamado, vía correo electrónico, se basaba en los exclusivos derechos mundiales que habían adquirido sobre las columnas de opinión de Mario Vargas Llosa, que, paradójicamente, el periodista citaba de acuerdo con las normas internacionales del derecho de autor.<sup>23</sup> Son seres acaso demasiado humanos, con condiciones básicas humanas sometidas a un mecanismo insaciable de competencia, los que sustentan el espíritu del capitalismo. Inteligentes. Capaces. Competitivos. Preparados

<sup>23</sup> Ver "Represalia de *El País* contra el periodista español Pascual Serrano", en *La Jiribilla*, La Habana, 17 al 23 de noviembre de 2007, año VI, no. 341.

para insertarse a toda costa en el ambiente de depredación que deberá regir las relaciones económicas. La selección natural competitiva, creciente, encaminada a la autodestrucción, no corresponde a la estructura significacional de la evolución histórica, ni es inherente al concepto de civilización, sino que es condición del espíritu básico del imperialismo y, por requisito en el curso de su legalización, de un estatuto global cuyo concurso de legitimación se apoye en la propia condición de imperio.

Por ello, si bien es cierto que en su fase suprema el capitalismo afronta un conglomerado de crisis, también lo es que ha conseguido descargar las consecuencias sobre las propias tensiones del sistema y, por extensión, debilitar las posibles resistencias. Al recomponer, con el abandono del régimen fordista de producción, tanto las relaciones contractuales como las incidencias simbólicas de las clases dependientes de sus salarios, el sistema religa el centro focal en que la explotación del empleado se produce y reubica la atención en la supervivencia misma, no importa a costa de qué ni de quiénes. Se trata del viejo resultado alienante en circunstancias diferentes. De ahí que los adelantos científico-técnicos e incluso los estándares de vida, sean promovidos desde las bases mismas del sistema, pues de ellos depende la recolocación en esas circunstancias emergentes.

Si el avance científico de la humanidad ocurre inevitablemente, si las metas ganadas en campo de *confort* serán puestas a prueba de cualquier manera, se dice la pragmática eficiente de su ideología, es mejor dirigirla de manera que dependa de las líneas de producción del dinero que tan bien nos mantiene y mejor además que de algún modo se laven las manchas del pasado. Como la crisis del sistema repercute también en el proletariado, en los profesionales de oficio y los sectores mejor remunerados, la organización sistémica aprende a descargar sobre las relaciones de sobrevivencia y recolocación social buena parte de las

responsabilidades, lo que depende en gran medida de cómo se oriente a diario la cultura. Por ello, industria cultural y cultura industrial no se distancian si no para crear la necesaria interacción dialéctica. Cada persona, en esta vorágine, está llamada a salir, para sí misma, de la circunstancia crítica, de modo que atenderá a cualquier boquete de salida que se le presente, posponiendo los elementos superfluos de su vida.

Un viejo chiste cuenta que un sabio, que atravesaba en bote un lago, recriminaba al remero no saber filosofía, literatura, ciencia... A cada respuesta negativa reaccionaba advirtiéndole que perdía una parte de su vida. Cuando el bote, de pronto, comienza a hacer aguas, el remero le hace una única y sencilla pregunta:

—¿Sabe usted nadar?

A la respuesta negativa del sabio, responde reconstituyendo la anáfora con que la fábula acumula su argumento:

—Pues ha perdido usted toda su vida.

La moraleja es sencilla y muy intencionada: debes saber lo necesario para sobrevivir.

Como la risa es resultado concluyente, realización de tiempos significacionales simultáneos que no admiten segundas regresiones, no vale la pena detenerse a razonar que de cualquier manera el remero vive perdiendo la mayor parte de las partes de su vida, que su carácter de empleado lo aliena en condición humana a la pragmática misma de la sobrevida, en tanto el sabio, aun cuando ninguna tabla lo lleve a respirar de nuevo, se habrá salvado en las propias tradiciones del saber. Ante la crisis, no obstante, parece mejor salvar la vida para después recolocarse, antes que entregar la existencia de inmediato. Así la fábula, al ser interpretada en sí misma, mediante caracteres definidos por sus limitaciones contrarias, descarga sobre lo inmediato su simple moraleja. Y lo más importante: contrapone radicalmente al sabio y al obrero.

Cada parábola, es cierto, se ve interpretada de acuerdo con el devenir histórico, en relación dependiente de las

tendencias que consiguen mantenerse vigentes, de modo que la fábula de la explotación capitalista, en su fase imperial, se reconstruye a partir de nuevas circunstancias apremiantes.

El dominio absoluto sobre la conciencia de clase, a la que se suplanta con el síndrome de la eficiencia que conlleva al éxito, independientemente de cual sea la procedencia social, garantiza el despliegue de la dominación sin que se vea en la necesidad de afrontar otros embates que no sean las tensiones internas del sistema. La lógica depredadora de los conglomerados empresariales en desesperada competencia, desvía la atención sobre el particular efímero de los empleadores. El debilitamiento del Estado, por su parte, condiciona el crecimiento de la especulación financiera y obstruye la inversión en empresas productivas, lo cual influye aún con más crueldad sobre el trabajo cultural, carente de políticas de protección y desarrollo que le permitan rescatar sus tradiciones y reconstituirlas en nuevos marcos de intercambio significacional. El flujo electoral garantiza, además, que esa pérdida de soberanía de los estados a favor de consorcios financieros sea cada vez más creciente, en tanto las campañas se inscriben dentro de las normas pactadas, legitimadas y legalizadas por las prescripciones que dan como régimen único de justicia el acto sistemático de elección de nuevos candidatos.

Y este imperio legal, si bien se ordena a través de los sistemas de empleos, mediante reglas y estrategias de estratificación, se hace viable a partir de un entramado cultural que globaliza el estatuto.

Para desarrollar un mercado de expansión internacional, antes es necesario crear una actitud de aceptación que valore la producción procedente de los Estados Unidos como superior, por eficiente, a cualquier otra. Ni es tarea sencilla ni se consigue en laxos plazos de inyección de propaganda. Se necesita que el ser social modele su conciencia justo en esa dirección. De ahí la monopolización en el ámbito de la

industria cultural, las inversiones crecientes en la promoción cultural y hasta el financiamiento a empresas que, en rigor elemental, solo podían dar pérdidas en el plano económico. La moda, aun cuando en sentido tópico procede de París, debe ser regulada por la imagen que la potencia proyecta, en todos y cada uno de los sectores sociales. De ahí el rápido proceso de apropiación y transformación del vestuario, así como de los instrumentos electrónicos para la diversión y el esparcimiento.

La tecnología japonesa, en busca de ese mercado de frontera, adapta la apariencia al gusto occidental, es decir, a la nomenclatura de aspecto que rigen los Estados Unidos mediante el cine, la televisión y las revistas. Los numerosos filmes indios, así como los más contados australianos, copian las fórmulas de banalización de las películas de acción que el cine norteamericano exporta. Ello, con el proclamado objetivo de insertarse en el mercado internacional, aunque con el cierto resultado de quedar por completo bajo su dependencia. La conclusión del reparto del mundo no es, pues, únicamente geográfica, y geopolítica, sino además y con igual importancia, cultural. Se pone en marcha entonces un mecanismo de producción de la cultura que mucho preocupó a Adorno, Benjamín, Marcuse y otros integrantes de la Teoría Crítica.

La globalización neoliberal se afianza dentro del marco de la dominación imperialista, marcado en primer orden por el dominio militar y la hegemonía creciente de los poderes financieros en función de su propio crecimiento. El sistema-mundo que cada vez se recompone globalmente, sufre un giro de ósmosis mecánica que pone en riesgo creciente la integración cultural diferenciada del planeta. Esa élite que maneja la circulación transnacional del capital, aun cuando genere declamatorios discursos de viciados fundamentos de diversidad, se recompone, en su propia necesidad de subsistencia y en su eficiente manejo de la selección natural, en cerradas y específicas pautas de tipo cultural.

La norma de la ganancia exige una conducta religiosa fundamentalista que conlleve a vivir en ciclos de ganancias. De ahí que privilegien la creación de alternativas forzadas, en lo superficial diversas, que respondan a líneas de expresión elemental. De ahí que el ejercicio del poder que se implanta hacia el dominio hegemónico necesite limpiar de profundos fundamentos las bases generales del consumo cultural. La pasarela entre recurso y producto de consumo, en la cultura, está poblada de marcas tentadoras y se presenta, por cómoda y libre de engorrosos ejercicios de comprometimiento, expedita en su imagen de trayecto.

Tiempo y espacio del proletariado mundial dependen cada vez más de líneas directrices ideológicamente sometidas al sistema global de significación. Del mismo modo en que un narcotraficante se camufla creando fundaciones antidroga, publicitando sus cheques para luchas contra el flagelo, etcétera, el discurso hegemónico proclama un proceso de desideologización para poder contener en el suyo el espectro ideológico que debe sustentarlo. Aunque el poderío militar, la evidente “mano invisible” de la especulación financiera y el manejo seguro de las leyes y el derecho, garanticen en última instancia el cumplimiento del dominio global, este no sería permanente si no recibiera también la contribución del espectro en que se ejercen los significados.

Un orden dominante, cruel y despiadado desde sectores de inversión económica, se justifica en el sujeto a partir de lo que llega a significar la competitividad y la eficiencia individual. De este modo, el individuo se somete a un enfrentamiento con su propio yo, y se convierte en sujeto alienado por obra y gracia de su “incapacidad” de llegar a alcanzar categoría de triunfador. Se impone entonces suministrarle su dosis de “desalienación” desde el propio interior del sistema rector que tantas oportunidades le ha ofrecido. El consumo fácil, lo más barato posible, al tiempo que contentivo de estatus económico de progreso, pasa

a definir sus líneas de comportamiento. Es un proceso de iconización de lo que, en principio, culturalmente actuaba en el nivel simbólico. El “nuevo paradigma” global de globalización garantiza que el código se estreche y, sobre todo, que la élite hegemónica pueda dejar cada vez más sus funciones de dominación a las escalas subsiguientes, hasta llegar a sectores de franca periferia.

Las normas democráticas, como canon de tono universal y eterno, han sido vehículo fundamental para la transmisión de valores hegemónicos globalizadores, predefinidos para considerarse a sí mismos como los únicos focos de opinión objetiva de la polis mundial. Los procesos eleccionarios, sometidos a reglas de juego que mal ocultan intereses de gesto inversionista, intervienen en la búsqueda de medidas de cambio y de transformación para la sociedad en general. El beneficio social, desde el punto de vista de la empresa, parte de su enriquecimiento, es decir, de la posibilidad de apropiarse, siempre y en crecimiento, de un por ciento desmesuradamente superior de los bienes producidos por ese proletariado que se supone mejora con las inversiones.

Al considerar recurso a la cultura, como necesidad de salvación, se define este sentido a favor de legitimar la existencia del capitalismo con su natural ciclo de depredación. Intelectuales y artistas pueden, sin embargo, desempeñar un papel determinante en tales circunstancias, pues no son a tal grado prescindibles. Del mismo modo en que la mano de obra especializada no es fácilmente reemplazable, el empleo de intelectuales o artistas para soporte de empresas estandarizadas no se convierte en asunto de coser y cantar. Se impone entonces generar un estatuto de demanda que llame a los intelectuales a satisfacerlo por propia voluntad antes que por inducción de nomenclaturas hegemónicas. La regulación maniquea del sentido intelectual procede a través de la competencia en el sector que necesita cubrir esa demanda, es decir, entregar su condición de

fuerza laboral en el camino al bien social, pues se entrega un pensamiento que se supone contribuya a tales objetivos.

Como el Estado funciona en el punto giratorio entre las potestades económicas y las políticas globales, se ejerce una presión mediática, al mismo tiempo que una coacción financiera, sobre aquellos proyectos estatales que tratan de reivindicar el derecho de apropiación de masas hasta ahora enajenadas por la producción directa. El caso de Evo Morales, en Bolivia, con su lucha por la nacionalización de los hidrocarburos y las tensiones con REPSOL-YPF, en el inicio de su período de gobierno —y posteriormente con la abierta guerra de separatismo a la que fue forzado, precisamente porque contaba con una aplastante mayoría de respaldo—, muestra hasta qué punto las empresas se saben dispuestas a sacrificar a favor de sus propios intereses de enriquecimiento no solo el bien social, sino las gradaciones de su propia clase.

Culturalmente, esto adquiere matices de esquema significativo, de manera que, cuando un intelectual se integra a la petición de derechos del proletariado, queda de inmediato sentenciado por la esquemática acusación de peón, repetidor, no creativo, carente de imaginación, etcétera. La industria, en su sentido empresarial, no tiene en cuenta a este intelectual en su supervivencia, mucho menos en su carácter identitario como creador y menos aun en su angustioso esfuerzo por hacerse de una clasificación estética. Si lo llama, es solo a condición de emplearlo como agente de pura propaganda, aun cuando su fuerza se sostenga, como en el caso de Mario Vargas Llosa, en una novelística sólida.

En su intervención ante el Congreso de los comunistas de Rímni, Gianni Vattimo advierte:

A la profecía de Marx sobre la proletarización progresiva que tiene lugar en la sociedad de mercado, se agrega hoy, inédita, también la proletarización informática, o simplemente informativa. No solo la gran

mayoría de la humanidad no puede disponer de los recursos económicos del planeta, sino que también gracias al “progreso” tecnológico está sujeta a un control de su vida privada que no tiene parangón en las sociedades del pasado. Los dos aspectos de la proletarianización, como es fácil ver, se enlazan: la exclusión de la gran mayoría de la humanidad para el uso de los recursos (el 15 % consume el 85 %) impone una defensa cada vez más militarizada del mundo rico, lo que, aparte del empobrecimiento gradual de las clases medias de este mismo mundo, vuelve la vida de todos —salvo la de los pocos que tienen la información— cada vez más intolerable.<sup>24</sup>

De este modo, el Estado no solo se convierte en garante de la hegemonía global de los consorcios, sino además en chivo expiatorio de los índices de desigualdad e injusticia que de inmediato sus prácticas arrojan. El pensamiento acude, sin remedio, a una plaza de mercado cuyas normas se definen a partir de la inflación de la demanda, con lo que se genera un ideal curso adaptable de la oferta. No obstante, Francis Fukuyama adjudicaba un carácter incompleto a la victoria del liberalismo, tras el también hartado publicitado fin de la Guerra Fría, la ideología y, en consecuencia, la historia. Lo fundamentaba en un triunfo relativo a la esfera de las ideas y de la conciencia, en tanto no se alumbraba aún en el mundo real y material. Su criterio apuntaba, con marcado carácter de sentencia acuñada, a que ese triunfo se iría materializando, puesto que ya se evidenciaba un crecimiento de la cultura de consumo en el “mundo derrotado”. Por prescripción facultativa, el pensamiento liberal, es decir, el proceso creciente del neoliberalismo económico, se encuentra llamado a imponerse

<sup>24</sup> Gianni Vattimo: ob. cit., pp. 31-32. La desproporción porcentual del consumo y producción de la riqueza ha continuado aumentando desde entonces.

a lo largo del mundo occidental. Esta aseveración no respondía en esencia, y aunque de esa manera haya sido presentada, a un tipo de aserto predictivo, sino a una convocatoria a la que se hacía necesario responder para imponerse en la debida norma, para enfrentar —léase insertarse— en esa panacea liberal del intercambio económico que a la larga debería imponerse.

Conoce este analista que “la ideología no se limita a las doctrinas políticas seculares y explícitas que asociamos habitualmente con el término, sino que también puede incluir a la religión, la cultura y el conjunto de valores morales subyacentes a cualquier sociedad”,<sup>25</sup> por lo cual es preciso ganar un buen terreno en esas otras zonas donde es posible mover el pensamiento y de las que partirán los focos futuros de oposición a esa ideologización que presume de surgir desideologizada y que, en jugada de interés político, consiguieron proponer con efectivo resultado.

La operación de Fukuyama, en su proclamación socarrona del fin de la historia, consiste en apropiarse de una de las técnicas del método de Marx: voltear —colocar de pie— una teoría a la que en perspectiva se analiza de cabeza. Así, la supeditación de lo ideológico como elemento compulsivo del cambio en el mundo socialista, se aviene a ese ejercicio de volteo filosófico que por necesidad concluye en un axioma sofístico. Ello está en Marx y, paradójicamente, en Fukuyama. Y en tanto el filósofo encamina su teoría hacia la búsqueda de un bienestar común y equitativo, hacia las vías que propicien al proletariado una ruta a la emancipación, el analista estructura la felicidad común a partir de la conformidad con el sometimiento de las clases sociales al ritmo del mercado libre.

<sup>25</sup> Francis Fukuyama: “¿El fin de la historia?”, en *The National Interest*, verano 1988. Artículo basado en la conferencia que el autor dictara en el John M. Olin Center for Inquiry into the Theory and Practice of Democracy de la Universidad de Chicago, Estados Unidos. Cf. edición digital.

La compra-venta hegemónica, rectora de todos y cada uno de los procesos culturales, es, en su visión, apenas un alguien que en las tardes corre para mantenerse en forma, enfundado en su mono deportivo. La ideología, precisamente, reconviene en “devolvernos” el libre mercadeo luego del puente socialista. Ello porque Fukuyama se halla profundamente preocupado por el carácter materialista de las teorías económicas vigentes, lo cual es necesario someter a un giro idealista, en el más semántico sentido. No creo, por consiguiente, en el atributo de ingenuo con que se calificara su adoctrinamiento, como tampoco responde a un acto de ingenuidad el resultado “utópico”, de conformidad para obtener la eficiencia, al que terminan convocando en *Imperio*, Hardt y Negri. Ambas nociones, material e ideológica —base y superestructura además— se integran al contexto cultural con importancia, con necesaria relación estructural de causa-efecto, en intercambio de funciones, tal y como operan los elementos contentivos en el interior del signo.

Imperialismo y totalitarismo socialista no son, como se ha signado a vuela pluma, y sin cesar, anversos de una misma moneda, aun cuando a los ojos de un análisis que evada el pensamiento profundo y la relación estructural-dialéctica compleja muchos de sus métodos se interpreten como análogos y hasta no pocos de sus síntomas se descubran como susceptibles de tales interpretaciones. Para partir de un ejemplo, el empleo del cinismo, en ambos, se revierte en resultados opuestos, pues la dominación imperialista ha conseguido asentarse encima, y en alta medida gracias a la capa de cinismo con que se viste el cúmulo de operaciones legitimadoras, legales y propagandísticas, que le sirven de escudo ante el análisis.

Las tendencias totalitarias socialistas, en tanto dependen de una relación que implica a la cultura de los ciudadanos internos del sistema —pues es la cultura, antes que los medios, maniatados por el temor y la estrechez de miras,

la que se encarga de juzgar sus condiciones— sufre en alto grado la deslegitimación por el cinismo. La aplicación de mecanismos fundamentados en axiomas cínicos, que ha sido eficiente en la búsqueda del estatuto imperial del imperialismo, se hace consustancialmente contraria en condiciones de socialismo en el poder y, como sí lo demuestra la historia del estalinismo, profundamente antisistémica.

¿Se dispersaron realmente las fronteras ideológicas? ¿No se entroniza de manera global, y bajo imposición a sangre y fuego mercantil, una ideología que toma de escudo a la desideologización, hasta conseguir el desarme de las zonas que puedan ponerle resistencia?

La recurrencia al hilo rojo de eficiencia del neoliberalismo no es si no un sofisma que voltea de cabeza el papel que los sectores culturales deben desempeñar ante la contención del capital como rector de la conducta humana. No se trata de lanzarnos a copiar una vez más aquellos manuales —la errata pudiera quedar si escribiésemos Manuales— con que se rellenaba el vacío ideológico que tanto ayudó a establecer, también forzosa y globalmente, un descrédito de todo aquello que oliese a socialismo.

La imposición de las hegemonías globales no depende solo de transacciones más o menos elementales de compra-venta de los estamentos culturales, las tradiciones y costumbres, sino además de la paciente formación de un gusto subcultural capaz de hacer pertinentes metasignificados espurios con los cuales se afianza la relación comunicativa de extrema superficialidad. A la demanda de un arte por parte de las masas, se responde clasificando esos niveles insuficientes de interpretación como valores de necesidad estándar, como norma rectora, con lo cual se garantiza no solo un límite de reclamación de las clases pobres, sino además la desaparición de nuevos paquetes de demandas. Los polos imperialistas, ante la reacción de los sectores de resistencia popular —más que ante la propia competencia de grupos de poder financiero que, si bien se

acuchillan entre sí, se cuidan de minar el sistema— reaccionan llamando al exterminio, a la eliminación de la diversidad, empleando un discurso de cinismo político que proclama el derecho al pensamiento plural en tanto mediatiza el mensaje en un estándar subcultural requisitorio.

En esa dirección reconocía Fukuyama que “tanto la economía como la política presuponen un previo estado autónomo de conciencia que las hace posibles”, lo cual, en sus peticiones explícitas, debe ser completado con la dosis exacta de idealismo. No obstante, mediante los estados autónomos de conciencia, es decir, en el razonamiento a fondo, es factible apuntar sus intenciones. ¿Cómo se entiende que, en tanto acusa al propio sistema liberal de estar marcado por el materialismo, considere que las bases filosóficas marxistas-leninistas de las sociedades socialistas sean un “encantamiento” “absurdo y desprovisto de significado”?

En medio de la ineficiencia, la burocratización y los extremos de barbarie ideológica que desvirtuaron de plano al socialismo, la operatividad de los significados sostuvo los focos de resistencia al liberalismo mercantil, a la fascinación por su eficiencia. El burócrata inculto, que Ernesto Guevara consideró asalariado dócil al gusto oficial, o sea, un reproductor de chata ideologización mecánica, no es en esencia diferente del tecnócrata que va entregando su vida a la máquina eficiente del mercado.

Si en el socialismo aparecieron los censores por docenas, se debió a que por centenas aparecieron las obras de creación. Si cundieron ejemplos de banalización valorativa del arte, se debió, en principio, a que la sociedad se había liberado de las trabas hegemónicas impuestas por el juicio estético burgués que controlaba e inducía las tradiciones y solo después a las prácticas espurias que alcanzaron cabida oficial y estamento rector. Toda sospecha de “problema ideológico” con que los focos de poder intervenían en la creación, y aun en la elección cultural recreativa, se reconvenía por los antecedentes culturales que el propio sistema convirtió en accesibles.

Esas medidas bárbaras, ególatras, inhumanas y anti-culturales que nos sirven de ejemplo negativo y que deberían convertirse en objeto condenable, no para medir con vara semejante sino para impedir que se propague el castigo como norma, esos horrores tristemente anecdóticos, se hacen pertinentes solo a partir de que lo cultural se expande dentro del sistema. El capitalismo hace que esos errores parezcan impensables porque las causas que los originan son también impensables para su sistema de relaciones sociales. La hegemonía del juicio, traducida en mercado, trabaja para garantizar los límites de la socialización de la cultura. Y una cultura en la que todos actúan de modo interactivo es, desde luego, impensable para el capitalismo.

No hay que perder la criatura dada a luz por el sistema socialista, aunque parte de sus métodos de esterilización no fuesen de plausible higiene. Aconsejable es no confundir errores antisistémicos con principios sistémicos, como también es preciso debatir, proyectar, ensayar, acerca de la insostenibilidad de ciertos principios sistémicos ante la proyección del carácter natural humano y frente a la incidencia hegemónica global de la siempre visible mano invisible del mercado.

La propaganda globalizadora privilegia, en desproporción escandalosa, el disparate antes que la creación. Si usted denuncia a cualquier agencia de prensa un maltrato recibido, una censura arbitraria y malintencionada, cualquier irregularidad que, en efecto, debemos evitar, tendrá posibilidades ciertas de hallar su cobertura propagandística. En cambio, si hace llegar una lista de actividades de tipo cultural, como conciertos de Sinfónicas, lecturas de esos mismos poetas, descargas de trovadores, espectáculos de agrupaciones de carácter "culto", difícilmente consigue que la nota aparezca y ni pensar conseguir publicar un reportaje, sacado incluso en gestión propia, sin reclamar, según la ley vigente, desembolso a la publicación, si no media un acuerdo previo de compra-venta, tras el cual se han de

valorar con precisión qué representan, para las consecuencias empresariales, esos agentes a divulgar. Eso, en enunciado cabal, es corrupción; en términos socioculturales deviene corrosión.

El llamado de Francis Fukuyama se presentaba así orientado a demostrar que es preciso abandonar las “pretensiones ideológicas de representar formas diferentes y más elevadas de sociedad humana” a favor de un liberalismo cuyo padrón democrático, en política, pueda alinearse cada vez más rápido al principio rector de los valores mercantiles. Los lazos entre la sociedad que se bifurca en estados posthistóricos y estados aún atrapados en la historia —cannon que con eficiencia de agente de bolsa globalizara Fukuyama—, y la idea de un imperio armónico que descansa su proceso emancipatorio del proletariado creciente en los intercambios de resistencia —presentada por Hardt y Negri—, contienen evidentes puntos de coincidencia y coincidentes engranajes para reconocer como propio y natural, bajo matices culturales, el nuevo giro en la aplicación del quinto rasgo del imperialismo.

En ambas propuestas, la marcha del mercado común, rector cada vez más a nivel global, supedita el sentido intelectual de cambio, e incluso de producción de valores que puedan sustentar un desarrollo, es decir, una evolución creciente, a la aceptación del cúmulo de relaciones competitivas con el que vamos avivando nuestra propia alienación. Y ello atañe tanto a los profesionales y científicos que como intelectuales consiguen manifestarse en el contexto social global, como a los integrantes de la nómina de esos sectores que venden como tal su fuerza de trabajo especializada. La lógica de la ciencia, insiste Fukuyama, conduce irresolublemente al capitalismo.<sup>26</sup>

<sup>26</sup> Francis Fukuyama: *El futuro después del fin de la historia*. Conferencia dictada en el Centro de Estudios Públicos de Chile, el 13 de noviembre de 1992, edición digital traducida al castellano.

La economía de planificación, al concentrarse en el control directo de todas y cada una de las ramas del intercambio comercial, pierde lo que cree preservar: el control de los flujos de intercambio y, en consecuencia, la reconstitución de la eficiencia. Este es un ejemplo de error antisistémico, pues se trata de una aplicación de conductas normativas que obvian los funitivos internos de la práctica económica que deben actuar en categoría subsistémica en el interior del sistema socialista; no obstante, es interpretado por Fukuyama como una idea aberrada dentro del propio espectro teórico que fundamenta la puesta en marcha de la formación económico-social.

El evidente desarrollo de la sociedad industrial dentro del socialismo, recibió los efectos de evitar verse sometido al ejercicio crítico de superación dialéctica y, en la dinámica de esa resistencia acrítica, encargar su defensa a asépticos declamadores del paraíso terrenal. Estas cuestiones pesaron más que su (supuesta) no viabilidad en el mundo de la competencia mundial. Así el socialismo europeo se va a pique justo por falta de planificación centralizada, pues se trataba de catalogar en término simbólicos al desarrollo antes de darlo por constatado en la vida cotidiana. Cuando la comprobación empírica daba como resultado los malos usos de la planificación central del Estado, se acudía a una declamación de fe que supeditaba el valor de la ideología a propaganda de campaña inmediata.

Pero la planificación no es, o no debe ser, una especie de orden militar que el ejército cumple con disciplina y devoción, aun cuando a cada momento se encuentre con absurdos, sino un instrumento jurídico dinámico que garantice su puesta en marcha a partir de los grados de desarrollo social y cultural alcanzados y en relación directa con las metas. De no aplicarse en tal sentido, el desarrollo de un pensamiento intelectual para la sociedad que necesita trascenderse, creando sus propios caminos, se convierte en anónimo esfuerzo de Sísifo y, sin remedio, se enfrenta al

peligro de retroceder ante el arsenal de la legitimación basado en el espíritu de progreso del capitalismo.

De ese arsenal parte, por cierto, tanto la ideología neoconservadora como la neoliberal, las cuales juran haber presenciado el fin de las ideologías. No es un asunto, siquiera, de reconocimiento individual, sino de indisposición en el campo receptivo para las ideas que prefiguren cambios y, sobre todo, que pongan en tela de juicio aquello que se ha validado bajo la acción de estamentos hipócritamente desideologizados. En la marcha sistémica de la globalización, la mercancía es un fetiche que determina el proceder de su rector más de lo que este consigue conducirlo.

Del mismo modo en que el ventrílocuo fracasaría, es decir, no vendería su acto sin el títere que va a manipular, el productor arriesga la semejanza de su yo en el producto. De la misma manera, incluso, los medios comunicativos asimilan, a la par y además antes, el espectáculo que van ofertando los fetiches. Una receta, servida y promovida con delirante placer, para reconvenir los descargos de la desigualdad en las normas mediáticas, en el papel persuasivo de las comunicaciones.

Aprehender, entonces, la era de las comunicaciones como un intercambio estandarizado de información, codificada a tal punto que apenas renueva sus normas significacionales, es el golpe de gracia a la transformación desde la individualidad intelectual. Con esta directriz, la crisis se resuelve solo en virtud de la conformidad con la crisis, y no a partir de una búsqueda de alternativas que logren sobreponerse a sus contradicciones. Convenir que la comunicación debe ser un universo de sentido elemental, sometido por principio al consenso de un gusto general manipulado hacia el vacío de sentido, protector a toda costa de la fascinación instantánea por la imagen patinada, conduce a reducir cualquier nivel de experimentación creativa que no se ajuste al sayo diseñado.

La fascinación por la imagen que el *spot* publicitario nos descubre, al ver sus fuentes reducidas a un marco conceptual

estrecho, con fronteras en líneas paralelas y horizonte infinito y forzoso, se transforma en vicio por la imagen fascinante y, de inmediato, en una convención que facilita, sin lugar a análisis, el certificado de fascinante para esa imagen, vacía a pesar de sus derroches técnicos. Es el grado nulo de la significación que tan bien sirve al argumento de los cataclismos que habían sostenido las éticas fronteras de la modernidad.

El fin de las ideologías, y de inmediato el de la historia, marcan el despliegue global de la proletarización alienada del sector intelectual. En tanto el llamado socialismo real, puramente sintáctico al atenerse apenas al grado superficial de la doctrina, relegaba al sentido intelectual a un apéndice de su programa de doctrina política, rindiendo la plaza a través de la propia resistencia, el capitalismo global llamaba a los intelectuales a reducir a una línea el valor de su instrumento de comunicación. Comunicar a costa de no reestructurar el plano de los significados y menos aun arriesgar el uso de signos y símbolos en medio del proceso de extensión del pensamiento. La ideología quedaba atrás, más que por una razón de peso argumentada, porque la moda consistía en no sobrecargar con un discurso viciado el enunciado. El teque, la muela, el discurso vacío, reiterativo, consignatario, llevado a delirio de neoclasicismo vulgar entre sus promotores, constituyó el modelo fácilmente rechazable en el que se basó la ideología que proclamaba el fin de las ideologías, y asimismo los programadores de historia que imponían la muerte de la historia como proceso de ascenso natural al ideal democrático.

Cuando la Fundación Ford, como otras, fungió de intermediaria del dinero que la CIA colocó en la cultura en la era de postguerra, no se trataba, siquiera, de mecenas en busca de reconocimiento, aunque se proclamara así a bombo y platillo, sino de negociantes que, tras un declamado deber patriótico, facilitaban operaciones de manipulación y aniquilamiento cultural a escala universal. No

era, pues, un reconocimiento social, ni cultural, ni intelectual, lo que sus propietarios buscaban, sino un estatus de acción que, a la par que los reconociera en un nivel confiable para los índices de crecimiento del sistema, proporcionase un nuevo filón en las ganancias. Es difícil saber, después de todo, de dónde viene el dinero con que se financian aquellos proyectos culturales que, por su naturaleza, no deben arrojar retribución a corto plazo.

### Ideas dominantes, en *incordio post*

El surgimiento de la sociología, en tanto reclamo de una ciencia que pudiera analizar, entender y ayudar a buscar soluciones a los profundos problemas sociales que la modernidad expandía —sobre todo a contrarrestar una posible expansión de las radicales teorías marxistas—, presenta uno de los rasgos que se manifiestan en el espíritu mismo del capitalismo y, en su continuidad histórica, en la propia evolución del pensamiento sociológico que, aunque de forma conflictiva, convive además con el espíritu creciente del imperialismo. Asimismo, habrá de expandirse, desde el cada vez más amplio espectro de las ciencias sociales, hacia otras disciplinas del conocimiento.

Max Weber, cuyas teorías acusan interesantes y astutos puntos de contacto con las ideas de Marx, acudió a la cultura para recabar el imprescindible humanismo que las sociedades necesitan para su evolución. Sabía, desde luego, que era un aspecto en el que Marx apenas había esbozado un grupo de ideas, en general relacionadas con el tema principal que analizaba. La cultura, imprescindible, en efecto, se presentaba como el campo propicio para que las ideas dominantes no fuesen desbancadas por la llamada a la revolución social. En el protestantismo se hallarían, según Weber, las bases espirituales que podrían transformar el sistema en su interior, conteniendo los evidentes procesos

de deshumanización que la expansión del comercio generaba. En un momento importante de su obra, se enfoca en las correspondencias posibles de la burocracia y, sobre todo, en predicciones acerca de qué sobrevendría de la consecución de un sistema socialista. Omite, sin embargo, el papel del consumo, y su conversión productiva en consumismo, como fuerza motriz del propio espíritu del capitalismo y evade aceptar como determinantes las conclusiones marxistas acerca de la economía dentro del propio régimen capitalista. No obstante, Richard Sennet considera coherente su obra “como crítica de cierto tipo de carácter”, tanto en su propósito como en su ejecución, por cuanto “la ética del trabajo de este tipo de hombre no le parece a Max Weber una fuente de felicidad humana, y tampoco de fuerza psicológica”.<sup>27</sup>

Posteriormente, estructuralistas conservadores como Talcott Parsons, indagaron en los mecanismos de conservación del sistema a partir del reacomodamiento de los conflictos internos de la sociedad, siempre en función de no aceptar las circunstancias alienantes del sujeto en paralaje. Charles Wright Mills se encarga de resumir —“traducir”, lo llama— la teoría de Parsons en el capítulo “La Gran Teoría” de su libro *La imaginación sociológica*.<sup>28</sup> En unos pocos párrafos, en unas cuantas frases de análisis agudo, con insistencia hiriente, y aun sin asumir las cuestiones teóricas relativas a la alienación del sujeto social, demuestra cómo es posible entender dónde se hallan los valores del acercamiento teórico y hacia qué derroteros se dirige el sentido general de su teorización.

“Entre los investigadores sociales —apunta Mills— no hay serias diferencias entre quienes observan sin pensar y

<sup>27</sup> Richard Sennet: *La corrosión del carácter*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, pp. 109-110.

<sup>28</sup> Charles Wright Mills: *La imaginación sociológica*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1966, pp. 44-67. Traducción: Florentino M. Torner.

quienes piensan sin observar; las diferencias más bien se refieren a qué clase de pensamiento, qué clases de observación y qué clases de vínculos, si es que hay alguno, existen entre ambas cosas”.<sup>29</sup> Por consiguiente, la obra de los que considera no sin ironía “grandes teóricos” acusa una “sistemática ausencia”, consistente en que “todo pensador consciente de sí mismo debe conocer en todos los momentos —y ser capaz, en consecuencia, de controlarlos— los niveles de abstracción en que está trabajando. La capacidad de ir y venir de un nivel de abstracción a otro con facilidad y claridad es señal distintiva del pensador imaginativo y sistemático”.<sup>30</sup> Así pues, añade Mills:

En torno de palabras como “capitalismo”, “clase media”, o “burocracia”, o “minoría del poder”, o “democracia totalitaria”, hay con frecuencia connotaciones embrolladas y oscuras (...) Alrededor de esas palabras hay con frecuencia series “compuestas” de hechos y relaciones, así como factores y observaciones meramente supuestos. También éstos deben ser cuidadosamente clasificados y aclarados en nuestra definición y en nuestro uso.<sup>31</sup>

Conclusiones como esta, acaso, desterraron a Mills de posteriores focos de investigación y, sobre todo, generaron patrones descalificatorios mediante acusaciones de ideologización. Su eficiente intento de entender la esencia de esta línea teórica esencial de legitimaciones dentro del sistema lo dejaron al margen del pensamiento que iba en emergencia una vez que los mecanismos de la Guerra Fría ofrecían sus primeras circunstancias concretas de terreno ganado, de objetivo reacondicionamiento en el plano de las ideas dominantes. “Pretendiendo exponer «una teoría sociológica general», los grandes teóricos exponen en realidad

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 52.

<sup>30</sup> *Ídem*.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 53. Suyos los entrecomillados.

una esfera de conceptos de los cuales están excluidos muchos rasgos estructurales de la sociedad humana, rasgos reconocidos durante mucho tiempo y de manera exacta como fundamentales para comprenderla”.<sup>32</sup>

La modernización implicaba el desarraigo del campesinado, la discriminación de las tradiciones y la supeditación a un estatuto laboral que, una vez que permitía la acumulación de objetos de producción industrial en el contexto familiar como medidor del grado de confort alcanzado, camuflaba a la perfección el estatus alienado de la clase trabajadora. Por si no fuese suficiente, la conciencia interior de la clase trabajadora se orienta, bajo ese proceso que homologa modernización y desarrollo, hacia la aspiración de salir, por gestión y esfuerzo individual, de esa condición de clase que lo aliena. Para su imaginario, los complejos procesos de progresión de la economía aparecen como vías irreductibles del progreso de la sociedad. Los tres ámbitos de los impactos de la modernización, según Mattelart, fueron: la planificación familiar, la innovación en el campo y las nuevas tecnologías educativas.<sup>33</sup>

El surgimiento de los llamados estudios culturales presenta, en uno de sus principales espectros, la reiteración de este rasgo. Como también lo hicieron Comte, Durkheim, Spencer, los adelantos de la ciencia, conjuntamente con las nuevas circunstancias de las relaciones sociales, son investigados en busca de soluciones y, sobre todo, de axiomas predicativos que generen escuela. Armand Mattelart, considera que esta “nueva semántica de las relaciones internacionales solo se concibe a cambio del abandono de la noción de *dependencia*”.<sup>34</sup> Es decir, que se hace necesario eliminar del panorama científico las bases del conflicto,

<sup>32</sup> Ibídem, pp. 53-54.

<sup>33</sup> Armand Mattelart: *La comunicación-mundo: Historia de las ideas y estrategias*, Siglo XXI Editores, 2003, p. 226. Traducción: Gilles Multigner.

<sup>34</sup> Ibídem, p. 279.

para reconvenir en estructuras de autocomplacencia los problemas sociales.

Esto equivale —agrega Mattelart— ni más ni menos, a la desaparición lingüística de las relaciones de dominio y de la larga historia del desigual intercambio en el transcurso del cual se ha construido el *sistema-mundo*. Más operativamente, en el campo de las negociaciones internacionales, esta noción de interdependencia prepara la legitimación de las acciones que tienden a someter el ejercicio de la soberanía nacional, al principio de defensa de los *intereses comunes* al conjunto de la *comunidad mundial*. Paradójicamente, el concepto de *interdependencia* hizo su entrada en los grandes organismos internacionales con motivo de la adopción, por la Asamblea General de las Naciones Unidas, en 1974, del principio de nuevo orden económico internacional. El reconocimiento de la *interdependencia* fue, en realidad, la moneda de cambio de una promesa de participación del tercer mundo, como miembro de pleno derecho, en la gestión de una economía internacional y de un mundo que dejaban de ser bipolares (desarrollado/en vías de desarrollo) para metamorfosearse en *globo multipolar*.<sup>35</sup>

Mattelart y Naomi Klein, como otros, adjudican al accionar de una nueva cultura el pensamiento empresarial, lo cual es solo parcialmente cierto, pues el hecho no abarca todas las aristas del problema. Es decir, solo a partir de que el concepto de cultura queda definitivamente usurpado en ese proceso de figuración que seduce al sentido intelectual del receptor masivo. Las normas de conducta expresan, en efecto, los modos culturales en uso. Pero las normas de conducta empresarial que la propaganda predica en sus diversas variantes no son, esencialmente,

<sup>35</sup> Ídem. Suyas las cursivas.

modos de conducta cultural, sino exponentes performáticos del éxito, figuraciones del sentido que buscan cautivar del mismo modo en que, en otras circunstancias históricas, lo hiciera la Iglesia con las vidas de santos.

Herbert Schiller, junto con otros muchos —apunta el propio Mattelart— prefirió la noción de *imperialismo cultural* que definió de la forma siguiente: “El conjunto de los procesos mediante los cuales una sociedad se introduce en el seno del moderno sistema mundial y la forma en que su capa dirigente es inducida, mediante fascinación, presión, fuerza o corrupción, a modelar las instituciones sociales para que se correspondan con los valores y estructuras del centro dominante del sistema o a convertirse en su promotor”.<sup>36</sup>

Así pues, según apunta Jean Lojkiné,

La sociología ha tenido siempre un estatuto extremadamente marginal en el pensamiento marxista. La razón de ello es que contiene a la vez las divisiones disciplinarias que quieren aislar a la economía (dominada por la corriente neoclásica) de las ciencias sociohistóricas (la escuela weberiana constituye a este respecto una excepción), a la evolución propia del marxismo, pero también y tal vez en primer lugar a un ataque a la obra misma de Marx.<sup>37</sup>

Si la teoría marxista se hubiera contentado con la postulación del cambio y la transformación social, la sociología apenas hubiera necesitado levantar su edificio teórico con el marcado objetivo de contrarrestarla. En tanto, como lo expresa Mézárós con exactitud, “Marx demuestra que lo que está en juego es la *necesidad* de una superación

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 255.

<sup>37</sup> Jean Lojkiné: “Por una sociología del capital”, en *Youkali, revista crítica de las artes y el pensamiento*, no. 5, pp. 181-198. Cf. p. 181. URL: <http://www.youkali.net>

*real* de la reificación de las relaciones sociales de producción”<sup>38</sup> (indispensables como consecuencia histórica del capitalismo y la modernidad, pero, una vez que el mecanismo creciente del capital reproduzca sus ciclos de reproducción, históricamente retrógradas e insostenibles), la sociología enfrenta el aterrador espejo de su vencimiento.

De ahí que muy oportunamente Meszáros señale:

La *universalidad* de la visión de Marx resultó posible porque logró, partiendo del punto de vista del trabajo asumido críticamente, identificar la problemática de la enajenación en su compleja totalidad ontológica, caracterizada por los términos “objetivación”, “enajenación” y “apropiación”. Esta adopción crítica del punto de vista del trabajo significaba concebir al proletariado no simplemente como una fuerza sociológica diametralmente opuesta al punto de vista del capital —lo que sería permanecer en la órbita del segundo—, sino como una fuerza histórica *autotrascedente*, que no puede dejar de superar la *enajenación* (o sea, la *forma* históricamente dada de *objetivación*) en curso de la realización de sus fines inmediatos, fines que coinciden con la “reapropiación de la esencia humana”.<sup>39</sup>

Como ciencia, la sociología no va a estar exenta de una limitación antes señalada por Marx para las disciplinas del conocimiento: mirar a la sociología desde el punto de vista de la sociología. “En el momento del surgimiento triunfante del capitalismo —ha apuntado Meszáros—, las concepciones ideológicas predominantes tenían que ser aquellas

<sup>38</sup> István Meszáros: *La teoría de la enajenación en Marx*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, p. 116. Esta obra es un valioso y esclarecedor trabajo de investigación acerca de la vigencia y validez de la teoría marxista de la enajenación, de la cual soy, en buena medida, complacido deudor.

<sup>39</sup> *Ibíd.*, pp. 62-63. Suya las cursivas y los entrecorillados.

que adoptaban *una actitud positiva* con respecto a las tendencias objetivas de tal desarrollo”.<sup>40</sup>

En 1991, con su acostumbrada ironía, aguda y visceral, el venezolano Luis Britto García se lamentaba al convencerse de que, en contraste con la seguridad de los postulados que se habían generalizado en 1968, los paradigmas del futuro enrumbado hacia el progreso y las conquistas sociales se habían ido viciando en medio de los mecanismos de puesta en práctica de sus sistemas. Considera por ello que “hemos presenciado la desestabilización del sistema imperialista, y el estallido de la peor crisis —a la vez económica, energética, monetaria, política y social— de la historia”.<sup>41</sup>

Los efectos de esta crisis conducen, de acuerdo con su criterio, a que el variopinto mundo de los nacionalismos, así como las peculiaridades religiosas y culturales, pasen a actuar como “factores determinantes de la escena mundial”. Tanto es así, que la inflación del carácter étnico de los conflictos que en ciertas zonas del planeta continúan produciéndose, por parte de la propaganda estudiadamente dirigida, justifica el proceso de expansión imperialista y promueve la regresión alienante de esas gradaciones culturales que en la vida de los sitios en conflicto necesitan tener su curso más o menos estable de manifestación. “A la economía de la abundancia ha sucedido la estrechez de la austeridad”, aserta Britto García y asegura además que el desafío principal apunta a “encontrar modos de vida, de producción y de desarrollo distintos de los mortíferos y contradictorios propios del sistema norteamericano”.<sup>42</sup>

El contraste que brinda el panorama general universal, al comparar, atendiendo solo a una parte de sus síntomas, el cúmulo de predicciones, y aun de esperanzas, con el curso

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 27. Mías las cursivas.

<sup>41</sup> Luis Britto García: *El imperio contracultural: del rock a la postmodernidad*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 2005, p. 6.

<sup>42</sup> *Ídem*.

tomado por las manifestaciones humanas, se muestra impresionante y ayuda a fomentar el síndrome de decapitación para los llamados grandes discursos de la modernidad. Resultados contrarios al ciclo de las profecías, planteadas bajo el tranquilo influjo de hechos inmediatos, avivaban el ansia de resolver el problema de las asignaturas suspensas aboliendo de un golpe la propia asignatura, o evadiendo el examen para alegrar después que, en tanto ninguna prueba ofrecía su constancia del suspenso, sería imposible considerarse como tal. En el párrafo introductorio del ensayo que recién hemos citado, se da esta panorámica:

En vez de la iluminación sicodélica, diez millones de adeptos participan de la regimentación cuartelaria, cuando no de la beatería suicida predicada por los gurús, los iluminados, los reverendos y los maharis his de los nuevos cultos. En lugar de la utopía antiautoritaria, hemos presenciado el volcamiento de las masas y de parte de la juventud hacia el cinismo, cuando no hacia el neofascismo. El desenfreno orgiástico del pop ha sido sustituido por la ñoñería de la *nostalgia*, la celebración salvaje del rock por la regimentación sifrina del *disco*; la liberación sexual por la nueva gazmoñería; la aventura intelectual por el caticismo de los nuevos filósofos y el racismo de los nuevos conservadores; las feministas han sido devueltas al fregadero por un sistema industrial que no ofrece colocaciones; el *underground* ha sido cavado, minado, procesado industrialmente y comercializado. En lugar del triunfo de la juventud, hemos visto su ingreso en una madurez desilusionada y malthusianista. Los países industrializados importan mano de obra que constituye marginalidades cada vez más vastas y más discriminadas. Los latinoamericanos hemos contemplado la vuelta al clasicismo de buena parte de los integrantes del boom, la destrucción de regímenes progresistas y su sustitución por dictaduras

fascistas, la entrega económica de nuestras patrias en aras de doctrinas neoliberales momificadas, y el crecimiento de marginalidades no integradas dentro de sociedades en niveles críticos de miseria. En vez de los esplendores de Acuario, nos amenazan las ponzoñas de Escorpión. En lugar de la paloma de la paz, planea sobre nosotros la sombra de la guerra.<sup>43</sup>

O sea, hay una diferencia esencial entre una predicción teórica que ignora el conjunto de elementos sociales a su alrededor, manejándolos a favor del diseño de sus propias convenciones académicas, y el devenir social de esos conjuntos sometidos a hipótesis. Mucho han demostrado filósofos, sociólogos, psicólogos y otros exponentes de la postmodernidad la supuesta inoperancia del precepto marxista de que las ideas dominantes de una época se hallan conectadas con la propia clase dominante, ello adjunto al precepto que abolía, casi por decreto de sapiencia, la intención de advertir cualquier vestigio clasista en las manifestaciones culturales.

La decapitación de las ideologías, y de la historia, incluye la decapitación de las diferencias de clases y, por consiguiente, la decapitación de las características de especificidad de las diversas expresiones culturales. El modelo eficiente, con sofismas a la manera de Peter en su fondo escolástico, termina planteando un proyecto de entrega a la homogénea manipulación del gusto. Cuando Max Weber propuso la neutralidad de la ciencia como condición para el saber dentro del espíritu cultural capitalista, lo hacía impulsado por la revelación de Marx de la participación condicionada del científico en la búsqueda de resultados en su propio trabajo, sobre todo en el campo de lo que hoy conocemos como ciencias sociales. Weber se orienta así a la validación del protestantismo como espíritu vivo de neutralidad, y así también, el postmodernismo va a acudir

<sup>43</sup> *Ibíd.*, pp. 6-7.

a la parcelación individual, a ultranza transgredido, del aparato categórico, para contrarrestar la hegemonía alcanzada por el sentido de aplicación de las categorías universales que la filosofía clásica, y no solo el marxismo, han encumbrado en ejes un tanto matemáticos.

Jacques Derrida se asombra del carácter de novedad que en la década del 90 alcanzaron las prescripciones del tipo Fukuyama. Ese impactante descubrimiento, en su opinión, no es más que un ejercicio de *dejà vú* que los pensadores postmodernos estuvieron planteando desde la década del 50 y durante toda la segunda mitad del siglo xx. De ahí que en esas conferencias que de inmediato se convertirían en su libro *Espectros de Marx*, lance con irónico desdén esta advertencia:

Los temas escatológicos del “fin de la historia”, del “fin del marxismo”, del “fin de la filosofía”, de los “fines del hombre”, del “último hombre”, etcétera, eran en los años cincuenta, hace cuarenta años, el pan nuestro de cada día. Este pan de apocalipsis no se nos caía ya de la boca. Con toda naturalidad. Con la misma naturalidad con que tampoco se nos caía de la boca aquello que, después, en 1980, denominé “el tono apocalíptico en filosofía”.<sup>44</sup>

Igualmente adentrado en variaciones de traducción que van a recolocarse de acuerdo con las normas culturales receptivas, Derrida apunta al inicio de este otro ensayo que a sí mismo le permite citarse, las diferencias que van del hebreo al griego, hasta llegar al francés, y que en ese transcurso trasladan la esencia contemplativa del vocablo original en advertencia —sabida, iluminada, sufrida— de la

<sup>44</sup> Jacques Derrida: *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*, cap. 1, “Injunciones de Marx”. Edición digital de *Derrida en castellano*, URL: <http://www.jacquesderrida.com.ar>. Traducción: José Miguel Alarcón y Cristina de Peretti. En francés: Éditions Galilée, 1993. Las siguientes citas del autor proceden de la misma fuente.

destrucción. De modo que el punto de partida, que busca en la deconstrucción las múltiples esencias del texto, regresa al final, y mucho más, a una concepción de texto que a partir de esa, su propia condición, se ha definido. Como no intenta mostrarse ajeno al devenir universal, ajustadas a esa transformación apocalíptica que la filosofía refleja un tanto a la manera del poeta, las predicciones que decapitan los paradigmas apenas hurgan en la llaga, sin anunciar posibles curaciones. De ahí que su punto de partida se enfoque a percibir como “fastidioso anacronismo” “el alarde mediático de los discursos actuales sobre el fin de la historia y el último hombre”, sobre todo “para aquellos con quienes he compartido ese tiempo singular, esa doble y única experiencia (a la vez filosófica y política)”.

En ese instante de la historia, cuyo fin sobreviene según el mayoritario acuerdo académico, ha transcurrido una parábola en la cual el sentido apocalíptico se ha quedado vacío y ha cedido el bloque de significación al curso eficiente del mercado. El Estado-nación, analizado en perspectiva histórica por parte de los agentes promotores de la decapitación de las narrativas maestras, carga la culpa del retroceso experimentado y deja libre el camino a una globalización empresarial, con sobrecargo de simplificación en el nivel simbólico que diariamente mueve el intercambio en sociedad.

La dinámica de exposición debe, para ello, fundamentarse en aprehensiones fragmentadas y arrastrar además objetos de análisis que en lo posible evadan los sistemas globales, compuestos por varios sistemas internos, con los cuales se habrá de complementar. Para mantenerse, la dominación global necesita que la crítica de sus mecanismos de acción y de intercambio no se establezca a partir de una mirada sistémica integral, capaz de cuestionar los órdenes de validez en la confrontación. La especialización postmoderna, que partía de una necesidad de ver la fenomenica de la cultura en el nivel profundo que merece, terminó

por viciarse a través del ejercicio mismo de su fenomenología. El postestructuralismo, por ejemplo, no sustituyó al estructuralismo a partir de su último —y a mi entender bien alto— momento de tope en el proceso de análisis, sino en los intersticios de su complacencia por los paisajes estructurales y, en muchos casos, en variaciones de retroceso propuestas ex profeso.

Tras el repliegue al ejercicio paisajístico estructural de la escuela checa, los grupos de Tartu y Moscú se aniquilaron en rivalidades epistemológicas que fueron bien aprovechadas por aquellos que estaban interesados en limpiar la profundidad ideológica del saber científico dentro del propio sistema socialista. La metodología del marxismo en el poder evadió, de esta manera, el carácter universal del método dialéctico en que el conocimiento debe alimentarse y, en lugar de trabajar con categorías universales, detuvo su curso y las redujo, para dejarlas estancadas dentro de su círculo interno de interpretación.

Desde este punto de vista, la reacción postmoderna es, además de legítima, inevitable, pues se hacía necesario dinamitar los síntomas y reacciones de estancamiento y retroceso que estos agentes de la aplicación del marxismo habían llevado a una especie de fórmulas de producción aritmética. Pero también así, el desenvolvimiento de la corriente *post* concluyó en un proceso análogo de aritmetización, viciado por la infinitud de sus parcelas hermenéuticas, y reconvirtió en receta universal la búsqueda del individuo en el análisis.

El propio Derrida revela este lamento:

Algo de este fastidio transpira por otra parte a través del cuerpo de la cultura más *fenoménica* de hoy día: lo que se oye, se lee y se ve, lo que más se *mediatiza* en las capitales occidentales. En cuanto a los que se entregan a ello con el júbilo de un frescor juvenil, dan la impresión de estar retrasados, un poco como si fuera

posible tomar aún el último tren después del último tren, e ir todavía con retraso respecto a un fin de la historia.<sup>45</sup>

A estas alturas, luego de la rendición de los estados europeos que habían mantenido el socialismo, el libro de Daniel Bell, *El fin de las ideologías*, cumplía aun subliminalmente su periplo de divulgación, bajo un nivel de cuestionamiento que apenas surtía efecto, como si la moda de glosarlo, y hasta de parodiarlo, fuese una camisa de fuerza, cómoda y a la moda, que por contigüidad con su varita mágica, concedía dignidad y saber desprejuiciado. Y aunque las críticas llegaran desde mucho antes, la sensación de haber engavetado la ilusión de un posible sistema socialista se sintetizó, convirtiéndose de plano en un axioma al cual se le exime de interrogatorios. En obra posterior, Bell daría un giro de justificación histórico-simbólica a su acto de decapitación de las ideologías y diría Diego donde dijo Digo respecto al socorrido libro, limitando el alcance de la decapitación al agotamiento de las viejas ideas políticas del movimiento radical y con ello la pérdida del entusiasmo en los intelectuales.<sup>46</sup> Por consiguiente, se creaba la fórmula de oponer un gesto de desilusión epistemológica al dogmatismo teórico que en el socialismo alcanzara ejercicio de poder y consecuencias bárbaras. Y ello se traduciría en una crítica radical, devastadora, centrada solo en los desmanes de los burócratas de izquierda, en tanto se dejaba el análisis estructural, dolido pero conformista—acaso reformista en los mejores casos— para el *contradictorio* acontecer de la cultura en el capitalismo.

En similar dirección, cumpliría su parábola el tratado con el que Hardt y Negri se incorporaban al cúmulo de exposiciones. La construcción última de *Imperio*, de acuerdo con el apasionado análisis de Atilio Boron, nos propone

<sup>45</sup> Suyas las cursivas.

<sup>46</sup> Daniel Bell: *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1977.

como resultado único posible el de un “izquierdista irracional e inmutable, que frente a los desafíos planteados por la globalización insiste en oponer una resistencia local a un proceso que es, por su naturaleza, global”.<sup>47</sup> No estamos, a pesar del recorrido en círculos, en el mismo sitio, sino en un nuevo estanco en el paso a la conformidad, en la legitimación del cinismo, por su inevitable carácter, no solo debido a que se autogenera, sino además porque aquel que pretende enfrentarlo carece tanto del poder de intervenir directamente como de la dimensión global de análisis que habría de requerir.

Uno de los más agudos, y lúcidos filósofos de la postmodernidad, Jean Baudrillard, se defiende de la simplista teoría del reflejo aduciendo que el arte “no es nunca un reflejo mecánico de las condiciones positivas o negativas del mundo, es la ilusión exacerbada, el espejo hiperbólico”.<sup>48</sup> Agobiado por la exacerbación de la imagen ahíta de banalidad como entidad de inevitable consumo cultural, y además por el giro que toma el propio arte una vez que, como objeto, se vuelve una gota en medio de un mar cada vez más turbulento, en tanto como esencia se desarrolla dispuesto a parecerse a ese otro que lo está desvirtuando, sentencia que “En el mundo dirigido a la indiferencia, el arte no puede más que contribuir a esta indiferencia: girar en torno al vacío de la imagen, del objeto que ya dejó de serlo”.

Y en esa vorágine de aceptación de la avalancha, agrega: “El arte en su conjunto no es otra cosa que el metalenguaje de la banalidad”. Ese *metalenguaje de la banalidad*, que en obras como la de Andy Warhol se ha expresado, no consigue, sin embargo, contrarrestar el metadiscurso

<sup>47</sup> Atilio Boron: *Imperio e imperialismo*, Fondo Cultural del ALBA, Ciudad de La Habana, 2006, p. 45.

<sup>48</sup> Jean Baudrillard: “Duelo”, en *Fractal*, octubre-diciembre, 1997, año 2, volumen II, no. 7, pp. 91-110. URL: <http://www.fractal.com.mx:80/F7baudri.html>. Salvo indicación, las citas siguientes de este autor se toman de la misma fuente.

banal con que el receptor general va superpoblando sus cotos de cultura. El mismo artista repetiría después su acto revolucionador consiguiendo apenas un aura de sainete, lo cual el francés advirtió con precisión.

Las ideas dominantes, también a lo largo del crecimiento del dogma del socialismo experimentado como real, eran las ideas del funcionariado a cargo de cuidar el poder. Aunque Milovan Djilas clasificó a esta nomenclatura como “nueva clase”, no merece, en rigor, el calificativo, pues, en los más compactos sectores, actuaba como un gremio de elegidos, no por sentirse herederos de mandatos divinos sino por definirse como depositarios de llevar adelante la fuerza de la historia. Es difícil que en tales circunstancias se esté dispuesto a colocar en riesgo el trabajoso orden conseguido por el simple hecho de admitir una incondicional libertad en los niveles de producción cultural, aun cuando los axiomas generales del sistema previeran que así debía ocurrir. Por ello, la teoría del arte como reflejo de la realidad, reducida a una simple fórmula aritmética que no hallamos ni en las más apresuradas apoyaturas de Marx o Engels a la hora de usar obras literarias para argumentar acerca de las condiciones económico-sociales de determinado lugar o período, queda aplicada en dirección inversa: la tarea del artista socialista es reflejar la complaciente visión del funcionariado a cargo. Si bien se entiende, justo aquellos que se sentían designados por mandato histórico a cuidar las conquistas emanadas de las narrativas maestras del marxismo, habían emprendido aplicaciones *post*, minando hasta la saciedad el terreno.

En sentencia que pudiéramos asociar a este fenómeno, Baudrillard asevera:

Todas la utopías de los siglos XIX y XX han expulsado la realidad de la realidad, y nos han dejado en una hiperrealidad vacía de sentido, ya que toda perspectiva final ha sido como absorbida, digerida, dejando nada más que una superficie sin profundidad como

residuo. Puede ser que la tecnología sea la única fuerza todavía capaz de religar los fragmentos dispersos de lo real, ¿pero dónde se ha ido la constelación del sentido? ¿Dónde se ha ido la constelación del secreto?<sup>49</sup>

La *constelación del sentido* se estaba dejando secuestrar por el efecto cotidiano de la industria, desorientada en medio de la fascinación del avance tecnológico que llegaría a transmitir como espectáculo en vivo el horror destructivo de la guerra. De la mano de la desilusión intelectual había llegado ese proyecto de hiperestilización estética que tanto desilusionó al propio Baudrillard y que en concreto objetivo apunta (aun hoy y hacia el futuro) al control de los recursos del planeta. Los marcos del imperio, antes de ensancharse por medio de la ocupación física, se expandían a través del cine, la televisión y audiovisuales como el video-clip, cuya importancia es capital para crear campos de cultivo que legitimen en el consumo diario la demanda. Con la invasión de los medios, imprescindibles aun cuando estén banalizados, la desilusión, la abulia, la tolerancia cínica, se convierten en salidas viables para la persona que necesita sobre todas las cosas sobrevivir como persona humana.

Así continúa Baudrillard su exposición:

Fin de la representación entonces, fin de la estética, fin de la imagen misma en la virtualidad superficial de sus filtros. Sin embargo —y aquí se encuentra un efecto paradójico quizás positivo— parece ser que, al mismo tiempo que la ilusión y la utopía han sido expulsadas de lo real por la fuerza de todas nuestras tecnologías, por medio de esas mismas tecnologías la ironía se ha pasado hacia las cosas. Habría una contrapartida a la pérdida de la ilusión del mundo, que resultaría en una aparición de la ironía objetiva de ese mismo mundo. La ironía como forma universal y

<sup>49</sup> Ídem.

---

espiritual del mundo. Espiritual en el sentido de pensamiento vivo que surge del corazón mismo de la banalidad técnica de nuestras imágenes.<sup>50</sup>

Sin embargo, aquí también es importante atender al hecho real, tangible, comprobable, que permitió a las clases bajas acceder no solo al arte sino también a la cultura. De posibles agentes receptores, pudieron superarse a través de la aprehensión cultural como para lanzarse a cambiar aquello que estaba relegando sus posibilidades básicas de evolucionar. Si el sistema imperante hubiera sido un vulgar capitalismo de Estado, la disposición a aplicar cambios no hubiese encontrado el mismo grado de voluntarismo, el mismo entusiasmo por revolucionar, pues se trataba de adquirir la plena dignidad desde un orden cultural.

El modelo de orden socialista sí había recibido la inyección que llevaba al desarrollo, aunque tal vez no la vacuna contra los virus internos que el complejo accionar del trabajo generaba. ¿Otra ha sido la historia? ¿Otro el resultado de abrazar con tanta ingenuidad la libertad mercantil? Simplificar el concepto, en nombre del sistema, sembraba minas de tiempo en el propio subsuelo del sistema. La nomenclatura partidista y gubernamental del socialismo prescindió, desde muy temprano, de adquirir un sentido profundo de cultura, una capacidad intelectual para el debate, la demostración y el convencimiento, y recurrió al viejo método de la coacción, el rumor cargado (como en los dados que se manipulan) y la indisposición a cualquier intento de ejercicio polémico. Los comandos teóricos, que también se sentían los elegidos para transmitir el pensamiento, se atrincheraron en un grupo de axiomas aritméticos y sintagmas consignatarios que en poco tiempo se hicieron anodinos y, por consiguiente, actuaron también como termitas en el vasto interior del sistema socialista.

<sup>50</sup> Ídem.

La expresión de enfrentamiento al capitalismo, transcurrido ese proceso y refiriéndonos siempre al orden cultural, dejó de ser simbólica para hacerse solamente icónica. Esto lo percibe la sensibilidad popular y, aun cuando en la medida en que su estatus alienante lo lleva a adaptarse a consumirlo, habrá de rechazarlo una vez que la oportunidad se le presente. De ahí que encontremos sistemáticamente el recurso de la ironía, y la parodia irónica, en las manifestaciones cotidianas de lo popular. Y esa oportunidad se había estado fraguando desde que el bloque socialista triunfara en la Segunda Guerra Mundial, cuando el capitalismo se supo en desventaja. Llegaría, acaso sorpresivamente, de la mano de dos fenómenos que alcanzarían una expansión simbólica intencionada y eficiente: la tragedia de Chernobil y el derribo del muro de Berlín.

La Unión Soviética, con un poderío militar superior, aunque con una base industrial y tecnológica dejada atrás por una especie de superestructura nuclear, se entregó como si no fuese más que un ejército de espectros desarmados. La República Democrática Alemana (RDA), con una población cultural que hubiera sido un reto revolucionario para la Alemania Federal, se decidió a involucrar, a dejarse timar solo por el concepto ilusorio de libertad que el capitalismo había ubicado en el nivel icónico de la sociedad global. Esta especie de mónada ideológica, reconvertida en un patrón psicológico en nombre de la supuestamente necesaria desideologización, sería el caballo de Troya de las ideas dominantes que impondrían el cambio. Tal vez por ello, aunque en ningún momento se arriesga siquiera a insinuarlo, Derrida se atreve a referirse al *Manifiesto comunista* de este modo:

Ningún texto de la tradición parece tan lúcido sobre la actual mundialización de lo político, sobre la irreductibilidad de lo técnico y de lo mediático en el transcurso del pensamiento más pensante —y más allá del ferrocarril y de los periódicos de la época, cuyos poderes

fueron analizados de manera incomparable por el *Manifiesto*—. Y pocos textos fueron tan luminosos a propósito del derecho, del derecho internacional y del nacionalismo.<sup>51</sup>

Se pasa muy fácilmente de lo *desajustado* a lo *injusto*, advierte además en tanto analiza varias traducciones al francés de la frase de Shakespeare *The time is out of joint*. De la misma manera, las búsquedas postmodernistas, intentando rescatar aquello que iba quedando fracturado en la interpretación factual que decía ser heredera por antonomasia de los grandes discursos de la modernidad, como el marxismo, giraban hacia interpretaciones de valor.

Estas interpretaciones, lejos de abrir el camino, lo cerraban, pues iban desacreditando, por principio, e incluso degradando en el uso pragmático académico, la herencia de las declaraciones de valor y las validaciones de lo justo, todo en medio de un contexto que también hacía global y estricto el modo de interpretación. El propio Derrida establece un largo periplo de juego sonoro y significaciones semántico-lingüísticas (donde el francés y el inglés se pasan la batuta con tranquila arbitrariedad) por las proposiciones poético-asertivas de Hamlet, para aclarar que no es posible engavetar a Marx, aunque también es necesario verlo en varias direcciones, lo que en su personal estilo se encamina a la extrema atomización de los preceptos, a la fatiga local de las categorías universales.

No es importante en este punto definir si es necesario seguir tal o cual línea, o si mejor fuera saltar indistintamente, según anuncie el aburrimiento, de una a otra, sino poner de manifiesto que, también en el postmodernismo, se dejó fuera la posibilidad de que la praxis teórica, y la ejecución diaria de lo que esa teoría pedía para la sociedad, acaparase en ella misma el cúmulo de desviaciones, los riesgos de probar y no haber obtenido los deseados resultados.

<sup>51</sup> Ídem.

Las intenciones postmodernas de multiplicar las vías de exploración del texto cultural y de la sociedad —conceptos estos que se fusionaron hasta confundirse en la epistemología misma— fueron dejando callejones sin salida que, ocupados por la nutrida aplicación de disciplina académica, se llenaron de malogradas ideas inteligentes. De la misma manera en que las direcciones hegemónicas de aplicación de las utopías modernas secuestraron la realidad para recomponer una realidad hiperreal, como lo advirtiera Baudrillard, las antiutopías postmodernas, de las que su pensamiento forma parte, invadieron lo real con una realidad forzada al perenne castigo de buscar su propia alteridad, anfibológica por definición.

La discursividad postmoderna, a pesar de enunciar la existencia de infinitos relatos de inspección hermenéutica, en contraposición con los cánones que han estado viciándose en la práctica analítica, optó por insertarse como una especie de vanguardia que habría de trabajar, insistente, por el revés de los metarrelatos referentes de la herencia moderna. Luego, existe una contradicción entre sus predicciones y la experiencia resultante del discurso. Deviene entonces paradoja pues, en tanto se predica el carácter infinito de la interpretación del texto, es necesario totalizar el concepto del texto para que todo el análisis encaje al intentar que la perspectiva propuesta discurra sin contradicciones. La discursividad postmoderna regresa, a partir de su propia diversidad de propuestas, a los callejones sin salida de la extensión moderna de la herencia del modernismo. Al retroceder, o abandonar las proposiciones estructurales, en la dialéctica que el método requiere, el aire *post* comienza a perder su potencialidad y opta por la suplantación mediante asertos tautológicos. Esta lógica, no obstante, necesita también de una especie de aplicación en universo propio, de prueba de autoexamen hacia el interior, para dejar definida su efectividad.

Y aunque los pensadores de mayor rigor de la era *post* habían encontrado los cierres y contradicciones que oxidaban las bisagras de los grandes discursos de la modernidad, los niveles de recepción se aferraron a esquemas modernos a la hora de intentar entender qué reclamaba ese inconforme discurso que inquietaba al mundo. En tanto se atacaba en bloque a la sabiduría heredada, se asumía como canon ese inteligente espejismo de juegos analíticos donde lo probatorio cambiaba de lugar a toda costa, intentando descomponer no solo el arsenal canónico sino también el contracanon. Este ritmo de análisis introspectivo sometía la aprehensión cultural a un accionar asistémico ajeno al que se aprecia aun hoy día. El grito postmoderno terminaba por ser víctima de uno de los problemas que Marx no se propuso y que en el transcurso de la historia se convertiría en estigma para los resultados lógicos de su espectro teórico: la falta de exposición profética, predictiva, para el transcurso de las regulaciones y el proceso evolutivo de las próximas formaciones económico-sociales.

Esta “carencia”, que bien ilustra el sentido común del clásico alemán, quien tuvo la decencia de no mostrarse superior a los pensadores de generaciones subsiguientes, se transfiguró en moda una vez que el siglo xx tomaba su último aliento de despegue. Fue entonces cuando la explosión del pensamiento, y de las actitudes emergentes en la sociedad, demostró, sin más recurso para la apelación, que la utopía de la evolución histórica en formaciones económico-sociales sería sustituida por un esplendor de predicciones lógicas. Mientras, la mano invisible del mercado rector iba tomando posiciones, acudiendo allí donde pudieran usarlo como necesario, convirtiendo la esencia utilitaria del producto en su propio espejismo. O sea, descargando cada vez más sobre los valores de cambio los valores de uso. Esencia, a fin de cuentas, de las ideas de la clase dominante, esa que bien se ha dedicado a incrementar el control del flujo del dinero.

El estatuto postmoderno, más que no saber, según François Houtart, “configurarse como alternativa social (política, económica y jurídica)”,<sup>52</sup> evade el incómodo requisito de arriesgarse a través de esa configuración. Ello, a mi entender, debido a que el proceso natural de configuración, al aplicarse a partir de sus propios estamentos lógicos, los ubicaría en una incómoda contigüidad con aquellos metarrelatos e incluso aquellos índices de desigualdad y banalización que han estado criticando. Al vivir parasitariamente de la modernidad, como lo expresa Jesús Conill,<sup>53</sup> la postmodernidad está obligada a operar con los funitivos culturales del legado moderno y, por consiguiente, a corresponder también con el conglomerado en que las ideas dominantes van alcanzando su eje de legitimación.

En opinión de Alain Touraine, la diferencia esencial entre los cierres de los últimos siglos se establece a partir de que, en tanto en el XIX los cambios que se planteaban para lo inmediato aparecían enmarcados dentro de lo social, vistos en el centro del prisma del “trabajo, la producción y las relaciones de producción, las clases sociales, los derechos sociales, el derecho al trabajo, etcétera”, en el XX “los problemas que observamos tienen que ver con los fines de la actividad colectiva y no con los medios”, por lo cual los problemas que generan se vinculan mucho más con la cultura y la personalidad.<sup>54</sup>

Como rasgo distintivo primero, Touraine indica la desaparición de las instituciones, es decir, “la rápida destrucción de los sistemas de control de la actividad económica

<sup>52</sup> François Houtart: *Mercado y religión*, Editorial de Ciencias Sociales-Ruth Casa Editorial, La Habana, 2007, p. 44.

<sup>53</sup> Jesús Conill: *El enigma del animal fantástico*, Tecnos, Madrid, 1991. Citado por Houtart en *Mercado y religión*, ed. cit.

<sup>54</sup> Alain Touraine: *Las transformaciones sociales del siglo XX*. Discurso de apertura a la Primera Reunión Provisional del MOST (Intergovernmental Council of the Management of Social Transformations Programme), París-s 7-10 de marzo de 1994, en URL: <http://inicia.es/de/cgarciam/Touraine01.htm>

(los sistemas políticos, sociales, legales y culturales)”, lo cual es parcialmente cierto, pues, en tanto el sistema imperial se determina como estándar de vida, como sistema al cual se llega en el concurso natural de las transformaciones gestadas dentro del marco necesario de la propia centuria, no se concibe a sí mismo en ese marco institucional que la modernidad ha puesto en crisis. Ello provoca, como segundo rasgo, el triunfo desmedido del individualismo pues, ante el carácter global de los resortes de intercambio, el ciudadano se transforma en un consumidor *ad hoc*, capaz de percibir los rasgos alienantes del argot cultural que lo sojuzga, pero incapaz de transformar el cerco informativo que continúa respondiendo al dominio social. El tercer rasgo intenta concentrar a sus antecesores, ya que esas “fisuras y fracturas” “aparecen y se extienden en un mundo sin instituciones, un mundo cuya perspectiva es a la vez global e individual”.

He aquí un ejemplo de análisis por suplantación. Se pretende que los fines suplantán a los medios, llegando al punto de ignorar la conformación de los nuevos aparatos institucionales. A la vertiginosa destrucción de las instituciones sigue, no obstante, la no menos vertiginosa creación de otras. El instrumento rector de la expansión imperialista, consagrada en *Imperio*, es de suplantación. Mal que pese, la dirección última del postmodernismo suplantó —en ósmosis de la dirección que tomaban las ideas de la clase dominante, aunque en muchos de los más ilustres casos su dirección se levantaba contra— la crítica sistémica por la crítica fragmentaria de la circunstancia en crisis. El interrogatorio al modo *Alice in Wonderland*, que es punto de partida para el cuestionamiento, ocupó el sitio de las conclusiones parciales. Tanto el intelectual como el receptor que resuelve la necesidad del sentido en el nivel aprehensivo, se convirtieron así en Sísifos dichosos, arrastrando preguntas y respuestas que convertían a la realidad en su representación, fenómeno que, como se ha dicho antes, preocupó a Baudrillard.

Al llamar la atención sobre el carácter cultural de las transformaciones imperiosas que plantea el siglo XXI, debemos entender que a lo largo de la centuria anterior, más que los propios derechos laborales, la retribución económica y el reconocimiento de clases, se ha estado depredando a la cultura, en pos de un orden que, en tanto se declara plural, diverso, garante de la democracia, reacondiciona el sistema de funcionamiento para situarse en la escala primera de la selección natural.

Las aplicaciones del neoliberalismo, tras su eficiencia saldada a partir de las empresas transnacionales y a través del flujo financiero irregulado, inciden en el comportamiento general de la sociedad y, con ello, en los estándares culturales que habrían de catalizarse en las relaciones de consumo y comunicación. Devienen, por tanto, vehículo propicio al dominio imperial de la expansión imperialista que hegemoniza el cierre del pasado siglo y mucho más el despegue del siglo XXI.

En tanto el eje de las desigualdades separa a clases, gremios y sectores sociales, la conducta general en que deben implicarse los juicios culturales renuncia gradualmente al riesgo de la diversidad. Ante la imposibilidad, básicamente humana, de conocer el fenómeno en su esencia, el habitante del planeta responde a una actitud que, por ósmosis significacional, recibe de fuentes predeterminadas, elaboradas con cálculo económico. Cuando el intelectual renuncia a atender a la industria cultural, a insertarse alternativa, críticamente en los flujos que lo implican, se abstiene incluso de incidir en la industria eleccionaria. No es tan solo un asunto de asociar las consecuencias al grado de pertenencia clasista, pues la intelectualidad constituye el sector más revolucionario dentro de las propias clases altas, o medias. La “burguesía liberal”, en ocasiones más liberal de lo que muchos estudiosos marxistas han querido admitir, y también más conservadora de cómo el pensamiento hegemónico la ha considerado, constituye, aun en tales

condiciones, un factor de alteridad en el proceso de reificación del producto cultural.

Antes de que se entronizara la invasión del dominio empresarial neoliberal, había estado ocurriendo una invasión cultural a contrasentido, prevista para suplantar los marcos de significación social y facilitada al correr de la existencia, desde la hegemonía industrial de lo simbólico. La promoción de industrias culturales que, incluso en sus mejores ejemplos, cumplen a fin de cuentas el pacto mecánico de dejar a la vista un número vital de estándares que se irán cristalizando en las costumbres, ha actuado como infantería eficiente, y además como brigada de zapa, en el marco de la Guerra (¿Fría?) cultural. Lo que Fukuyama identifica como “la común herencia ideológica de la humanidad” no es más que un consenso de aceptación mediatizada, y estandarizada, de las gradaciones subculturales puestas en significación a través del mercado en su ejercicio de control hegemónico, de objetivo vital para sobrevivir y prosperar, y de sometimiento a deterioro a través de la negociación para su práctica concreta. El objetivo era claro, viable incluso, en ese instante: engrasar los canales de mecanización de esta actitud suplantadora de lo cultural, para que las circunstancias de desigualdad creciente que se avienen sean toleradas como normas de equilibrio, como reconocimiento a los grados de eficiencia.

El llamado declamatorio del socialismo a convertir al ser en un individuo insaciable de trabajo productivo se tradujo, justa y lógicamente, en falta de productividad, en ausencia de meta cultural, en suplantación de sus merecidas retribuciones por bonos icónicos de gloria y sacrificio. No obstante, la tuerca había dado el giro de gracia cuando va a su final el siglo xx, sin que los pensadores que aportaban el material de legitimación teórica —siquiera a través de citas descontextualizadas— tuvieran la posibilidad de regenerar las bases de sus tesis ni aun de aclarar los rumbos de sus disecciones. Por ello Britto García asevera que

“la “muerte de las ideologías” postmodernas es mucho más radical (...) que la de los “conservadores serios” de Daniel Bell, que por lo menos aceptaban “el Estado social” y “el sistema de economía mixto”. Para los neoliberalistas, lo político debe ser sacrificado en aras de lo económico: la anulación del Estado es prerrequisito de la omnipotencia del mercado”.<sup>55</sup>

Jesús Martín-Barbero advirtió, por su parte, que declarar como “agotada” y “clausurada” a la modernidad acusaba una intención de “querer escapar a la complejidad de las contradicciones del presente refugiándose en la nostalgia de un tiempo premoderno idealizado con el que se trataría de amoblar el futuro”.<sup>56</sup> Sabía en ese momento que se avenía sobre la sociedad el decreto (en un sentido semántico-legal que actuaría de manera simbólica sobre los diversos niveles receptivos) del cierre de la era moderna, la cremación o la condena a fosilización, en su defecto, del discurso moderno que la historia de la humanidad debía continuar heredando. De ahí que señalara además que “para los neoconservadores la modernidad es bienvenida mientras ella sea ciencia y técnica que aceleren el crecimiento capitalista y hagan más eficiente la administración, pero no cuando la modernidad, desde su sensibilidad moral y estética, entra en colisión con ese crecimiento y esa eficiencia. Entonces se vestirá de postmodernidad lo que no es otra cosa que antimodernidad conservadora”.

Pero aquellos que se atrevieron a sostener señalamientos de este tipo serían de inmediato aplastados por la sofisticación de la postvanguardia postmoderna mediante las evidencias que arrojaban los supuestos progresos del vapuleado campo socialista y las estadísticas del crecimiento

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 283.

<sup>56</sup> Jesús Martín-Barbero: “Euforia tecnológica y malestar en la teoría”, en *Diálogos de la Comunicación*, abril 1988, no. 20; *Diálogos*, noviembre 1998. URL: [http://www.infoamerica.org/documentos\\_pdf/martin\\_barbero4.pdf](http://www.infoamerica.org/documentos_pdf/martin_barbero4.pdf). Las citas siguientes de este autor proceden de la misma fuente.

económico de las grandes potencias y hasta de no pocos países en desarrollo. La predicción de Martín-Barbero, sin embargo, se convierte en aserto: “Una poderosa cultura del “eclecticismo” va a transformar al postmodernismo en un pensamiento *afirmativo* que abandona la transgresión y renuncia a la crítica”.<sup>57</sup>

Se integraba entonces al contexto un fenómeno de valor nada subalterno: la desideologización de la izquierda. La militancia, con sus diezmadadas filas de simpatizantes, cedió a las reglas de la sociedad del espectáculo, aceptó el ritmo de guerra cultural con que el mercado iba ganando posiciones hasta hacerse global e imprescindible. La humana necesidad de obtener resultados concretos y contables, llevó a esos grupos a negociaciones, luego de las protestas, que establecieron un sistema de cómoda recepción para los empresarios y políticos, mediante el cual se protestaba para negociar, en regateo, al tiempo que se renunciaba a entrar en profundizaciones acerca de las causas. Más que fundamento ideológico, se aplicaba la norma de lograr estrategias inmediatas, orientadas a promover el efecto dominó que podía presionar temporalmente a las hegemonías. La consecuencia de esta inmediatez supeditó a la consecuencia social, así como el carácter local e individualista de esos mismos resultados contables suplantó a la enorme esfera de lo sometido mundialmente. El presupuesto *flexible* del trabajo, sometido a su efímera representación de empleo, transformó también el rumbo de la proletarianización intelectual y condicionó la dirección académica mundial.

Fue la academia, tanto como la ola de manipulación mediática, agente cardinal para asentar el curso de globalización en la entrada de la postmodernidad, al colocar en acción las teorías que la entronizan. Su poca preparación para recepcionar con objetividad distanciada la ola de cambios bruscos que sobrevino durante el período de virus

<sup>57</sup> Ídem. Suya las cursivas.

postmoderno, y su falta de estructura interna para generar alternativas parciales, encumbró en forma de pensamiento único a aquellas teorías que proclamaban el fin de los sistemas modernos cerrados en el pensamiento. Como ocurre con los movimientos revolucionarios basados en la crítica superficial, la postvanguardia postmodernista cayó en la trampa del cambio por el cambio, de la trasgresión y del cuestionamiento a ultranza, aun cuando sus elementos de malestar cultural se fundamentaban en epistemas a los que debemos atender conscientemente.

El pensamiento del postmodernismo es también un grito de pavor, una alarma que lleva el doble fondo del padecimiento —oculto, reprimido, disfrazado con cínico antifaz— ante el irreversible holocausto, y además el instinto de pura salvación individual ante el alienante trazado de la circunstancia. Detrás subyace, en efecto, un exterminio masivo de los individuos, un deterioro de sus signos vitales de conciencia, una industria que fuerza el pulso del gusto popular hasta dejarlo en nada, presto a recibir aun cuando en el fondo el producto se rechace.

Alex Callinicos, ensayista y profesor en universidades británicas por más de un cuarto de siglo, concluye que el objetivo cardinal del cambio operado en los principales centros universitarios de su país, inmerso entre la “mezcolanza de funciones sociales” que se proponen de manera explícita, consiste en la subordinación directa a las necesidades del capitalismo neoliberal.<sup>58</sup> Sus prioridades, nos dice, se orientan a partir de los intereses de los grandes negocios para la formación de profesionales que trabajen en pos de su rentabilidad. Así, “pasan de ser instituciones eruditas a convertirse en centros de lucro detentadores de cambio y divisa extranjera para la economía”.

<sup>58</sup> Alex Callinicos: “Las universidades en un mundo neoliberal”, en rebelión.org. Traducido de *Universities in a neoliberal World*, Bokoarks Publications, Londres 2006.

A tal fin —añade—, la expansión se hace por lo barato, pues los recursos por estudiante se rebajan drásticamente, y se anima a las universidades, departamentos y académicos a que compitan entre sí. El hecho de pasar de las becas para estudiantes a los préstamos y los gastos de matrícula obliga a muchos estudiantes a trabajar muchas horas para mantenerse mientras se preparan para la vida de asalariados. Nada de raro, pues, en que los estudiantes más pobres se vean desanimados en el momento de ir a la universidad.<sup>59</sup>

No se trata, sin embargo, de un fenómeno aislado, en el plano de los mecanismos en marcha para cada nación, sino de un instrumento de recuperación del concurso esencial de las ideas dominantes en una escala global capaz de reducir el planeta a una simple aldea. El mismo Callinicos lo advierte de este modo:

Esta transformación dista mucho de ser única. En todo el mundo se está presionando a las universidades para que hagan el mismo tipo de cambios. Esta reestructuración de la educación superior es parte de un proceso económico y político mucho más amplio, incluso literalmente global, conocido por el nombre de neoliberalismo. Abrazado por casi todos los gobiernos del mundo, así como por las élites de los negocios y medios de comunicación desde que lo iniciaron Ronald Reagan y Margaret Thatcher en los años ochenta, el neoliberalismo intenta sujetar todos los aspectos de la vida social a la lógica del mercado, y hacer de todo una mercancía que se puede poseer privadamente y vender y comprar por lucro.<sup>60</sup>

Este *boom*, que estallaría a finales de la década del 90 con las llamadas *punto.com*, proclamó la panacea del beneficio

<sup>59</sup> Ídem.

<sup>60</sup> Ídem.

creciente del capitalismo y consiguió desplazar, al menos temporalmente, la producción de bienes materiales hacia la de servicios nominados como inmateriales. Los servicios materiales no son, sin embargo, bienes culturales que puedan asentarse en el ámbito de los conocimientos. Responden, de plano, a un momento necesario de cambio en el impulso de la neoliberalización global y, sobre todo, a una imposición de los mecanismos de dominio a partir de la abrumadora mayoría del concurso intelectual.

La fascinación por los adelantos tecnológicos, lógica, consecuente una vez que permiten radicales progresos en el trabajo, se dirige en función de un pensamiento único que, por demás, no es solo pensamiento, sino supeditación de cualquier elemento para la resistencia mediante la lucha de clases. La proclamada obsolescencia de los conflictos clasistas, suplantados por los tópicos de eficacia empresarial inmediata, no solo hacía retroceder las direcciones históricas del proletariado, sino planteaba además un ultimátum de liquidación al pensamiento legitimador de la búsqueda de emancipación social. Se trata de un sustancial proceso de reificación de la importancia del conocimiento, sobre todo en relación con sus fines. Y, esencialmente, de un golpe de gracia a la proletarización de la intelectualidad.

Luego de sopesar y comparar estadísticas de financiamiento que redundan en concepto de salario, Callinicos arguye que, como resultado del *star system* académico, las universidades pagan exorbitantes cifras a figuras de reconocimiento mundial en tanto dejan una masa de académicos que luchan por mantener sus bajos salarios con altos contenidos de trabajo, al tiempo que son asediados por otra masa de contratados temporales que buscan ascender de modo individual en el estatus. No solo, como lo dice el intelectual británico, se produce una división desigual del trabajo en el sector académico, sino que se fomenta, desde las propias fórmulas institucionales del

conocimiento, convertido en bienes al servicio de la empresa, la revalidación del individualismo como patrón de jerarquía que conduce al éxito.

La universidad, con sus planes investigativos, no es precisamente una fuente de conocimiento, una institución que genera pensamiento para la sociedad, sino una pista en la que los más aptos deberán demostrar su competitividad. La competencia es, pues, sistémica, una vez que se extiende al ámbito de los diversos centros, al tiempo que se hace intensiva entre los individuos que luchan por vender su fuerza de trabajo intelectual.

En apenas una década, en la del 90, según lo demuestra en su documentado recorrido Naomi Klein, las empresas productoras de grandes marcas lograron desdibujar casi por completo las fronteras entre publicidad y educación.<sup>61</sup> Ello, al suplantar, desde el espectro mediático y para el ámbito general del conocimiento, la introducción de tecnologías renovadoras con el éxito de ventas del sector empresarial y, sobre todo, gracias al debilitamiento y servilismo del Estado en sus funciones naturales de garantizar la educación pública.

La demanda de graduados capaces de explotar al máximo los adelantos tecnológicos obliga a los colegios, pobres y ricos, según se apliquen las escalas, a negociar formas de patrocinio empresarial. Así, los representantes de las marcas reifican el contexto académico con la ideología de éxito de sus productos y hasta consiguen insertarse como imprescindibles en los planes de estudio. No se trata solo, aunque es la parte más visible del esquema, de un ejercicio de suplantación a través del dominio de la propaganda, sino también y esencialmente, de un determinante episodio en el proceso de recontextualización del mercado como ordenador absoluto de las estructuras sociales. Por consiguiente, también desde la perspectiva mercantil se va a reordenar el concurso esencial de las ideas dominantes.

<sup>61</sup> Ibidem, cap. 4: "Las marcas y la enseñanza", pp. 100-120.

Aunque el vehículo fuese, en principio, la inserción de propaganda comercial directa en los programas educativos a cambio de la facilitación de los recursos tecnológicos, y continuara con la invasión de todos los espacios, desde el material escolar convencional hasta cualquiera de los contextos gastronómicos, las nomenclaturas ideológicas suplantando el éxito, construido como una narrativa maestra, mediante ese canal propagandístico con el destino a seguir para triunfar en la vida. La propaganda no solo invade el ámbito escolar, sino que se presenta a contrapelo de los propios modelos de enseñanza, alentando como indispensables sus apócrifos actos de riesgo y rebeldía.

Una ideología fetiche que se transmite a través de la propia adoración fetichista de la mercancía y, sobre todo, en el nombre de una libertad desideologizada que debe liberar al individuo de las trabas institucionales que a cada paso de su vida lo sojuzgan. Así la zanahoria. Para que las ideas de la clase dominante cuenten con un tiempo precioso de funcionamiento ante focos de resistencia aislados, escasamente efectivos. De otro modo la cosecha, con todo el engranaje institucional en función de los fines históricos a los cuales la clase dominante se ha orientado.

Al suplantarse como esenciales los fines por los medios, en un contexto donde los medios se habían especializado para continuar la garantía de los fines eternos, el pensamiento postmoderno se lanzaba al ruedo más deseoso de hallarse ante el muro que cerraba la salida de su callejón, que de enfrentarse con las posibles salidas y, sobre todo, de arriesgar su propia condición alienante de proletarización de lujo. Como diría Roque Dalton en uno de sus impresionantes poemas, el ser social jugaba ping-pong con la conciencia individual. Este ping-pong neoliberal ha necesitado la explosión de la mayor crisis sistémica de la historia del capitalismo para encontrar nuevas direcciones en el pensamiento y, tan importante como, en el accionar de los estados-naciones que pretenden salirse de las condiciones

de estados orgánicos sustentadores de la condición imperial. Aun así, las ideas de la clase dominante se pasean libremente por el foro global, orientando las principales direcciones de la época hacia la consecución de sus fines.

## Sentido intelectual y resistencia

Por más que a partir de la desaparición de la bipolaridad de poderes en el mundo se han emprendido estudios acerca de las potenciaciones imperiales en el ámbito económico, geopolítico, o ecológico, la esfera de lo cultural se ha mantenido al margen, apenas con acercamientos que desde la filosofía, la sociología o, en menor medida, la antropología, se dedican a abordar determinadas aristas del problema. La diversidad de instrumental teórico, potenciada por la diversidad en la perspectiva de los comentaristas, convierte en diálogos de sordos a muchos de estos acercamientos, lo cual aleja el problema de su objeto de estudio y lo traspasa al del método de análisis.

El pensamiento de hoy día parece mucho más preocupado por establecer líneas normativas de ortodoxia metodológica antes que por aceptar conclusiones importantes que procedan de vías ajenas a las tendencias que en las parcelas asumidas se toman como válidas. Se ha producido una escisión en ocasiones insalvable entre las exposiciones teóricas y ensayísticas. Se dejan para la teoría un juego de malabares taxonómicos, salpicados de obvios comentarios acerca de la metodología de análisis de cualquier fenómeno, cuanto más especializado mejor, en tanto para el ensayo queda el discurrir especulativo que evade las demostraciones a profundidad. Así queda expedito el ambiente para que los decapitadores del pensamiento decreten, en sensacional hallazgo de lamentación, algo así como la muerte de los pensadores y dejen planteadas, más bien plantadas, las condiciones para cortar el paso a cualquiera que ose retomar el curso de tales tradiciones.

De este modo, se cierran los accesos para que aflore el dinamismo de las ideas que a través de la creación intelectual se manifiestan, pues el riesgo de basar la exposición en fundamentaciones y razonamientos se concreta, si no en ridículo, al menos en átomo de olvido. El tránsito de lo que se lee, como factor de opinión, en la prensa continua y lo que hallamos después en los libros es a tal grado brusco que se convierten en geografías entre sí inaccesibles, en mundos paralelos y sin comunicación. Los ensayistas, cuando emplean para sus notas de confirmación lo leído en la prensa, suelen hacerlo como llamada destinada a certificar que el asunto no ha sido sacado de la manga en el momento, sino apuntado en tal publicación, acaso seguido con sana paciencia de investigador. En general, lo obtenido son cifras, estadísticas o ejemplos de manipulación, silencios o denuncias amañadas.

Falta entonces la búsqueda del pensamiento desde ese mismo espacio, al que se ha considerado ya sin más remedio como contenedor de lo ligero, con lo que concedemos crédito a la idea de que el conjunto de lectores es incapaz de comprender temas a profundidad. Incluso cuando se le permite a intelectuales entrar en la palestra de la publicación compleja, profunda y razonada, se le ubica en las clasificadas casillas de "Opinión", lo cual en términos mediáticos actuales se traduce en cuestiones solo para especialistas que, cuando llegan a ser decodificadas, apenas representan la opinión de uno, algo muy personal que no es necesario secundar. Y esto se da al punto de que, en tanto ese autor de la columna de opinión, pongamos, se responsabiliza ante cualquier ataque o reacción con su individual criterio, cuando pasa a ser citado bajo intención mediática, se transforma en autoridad irrefutable. La puesta en marcha de la mediatización banal genera más limitación al pensamiento profundo y va desterrando el sentido intelectual del diario acontecer del ciudadano.

Para Marshall McLuhan, se trata de una “estrategia artística indispensable”<sup>62</sup> que consiste en generar en principio la solución para luego ir creando los problemas que a esa misma solución conduzcan. O concebir incluso el efecto para luego ir acumulando situaciones que a ese efecto lleven. O sea, “comenzar por el problema para buscar entonces la solución”, lo cual supone adecuado para una sociedad que encauce de manera lenta su proceso industrial —y además la orientación mental de sus consumidores—, pero que reproduce mayores problemas en una sociedad que lleve a alta velocidad estos aspectos. De ahí que, en general, su obra pase de interrogarse acerca de las consecuencias que puede traer el incesante progreso de la tecnología, a un determinismo tecnológico que se transforma rápidamente en optimismo voluntarista.

Se vacía de sentido la crítica del contexto de industrialización de la sociedad global y se le rellena con el proceso de validación de esos elementos de naturalización del sistema. Se trata solo, y a fin de cuentas, de un brillante estadio tecnológico que bien podemos tenerlo como fin. No hay, por consiguiente, un verdadero flujo de diversidad de opciones, sino líneas de uniformidad. Por coincidencia, los propietarios de los medios de divulgación concentran su poder y extienden su dominio, poblando el escenario de cuanto se difunde y hasta creando opositores de paja. De este modo, el honor de la libertad de expresión queda salvado a la usanza de la virginidad antigua: con la sábana de la mancha dignificadora tendida en el cordel.

El pensamiento intelectual no solo enfrenta una presión global desde las construcciones epistemológicas entronizadas por la difusión, sino además un juicio *a priori* negativo, censor, de su manera de ver supuestamente personal, minoritaria. Y este juicio que *a priori* es negativo, se reclama

<sup>62</sup> Marshall McLuhan: “Media and the Structured Society”, en *The McLuhan Dew-Line Newsletter* 2/1 (july 1969[b]):3). Mía la traducción.

en un conjunto ex-post con fines positivos. Tal como las fuerzas mercantiles actúan a partir de su interés de incremento de sí mismas, las concepciones acerca de cuanto se lanza como público al espacio público, responden a un interés ético de propietario. Al actuar tras su psicología de dueño, parece merecer el por ciento de la riqueza de la cual se apodera y, por tanto, un equivalente, en decisión, del por ciento de toda la opinión que lo rodea. Cuando, desde una zona geopolítica que no pueda controlar en esencia, alguien se enfrenta y argumenta un resultado diverso de criterio, la reacción se traduce en borrar, descrédito mediante, los flujos de opinión. Si se trata de un intelectual de prestigio que escribe desde la propia geografía mediática con quien, por conservar la ropa, se emplea la estrategia de no despedirlo llanamente, la avalancha de artículos-mentís vendrán a saturar el panorama, a desfilar en pasarela, apuntando la moda que ha de llevarse en la próxima estación.

No basta, en el contexto global, con crear una publicación, una editorial, un canal o una red radio-televisiva, pues el nivel de presión será tan alto, que apenas conseguirá un número pequeño de identificaciones. Estos brotes, no obstante, suelen ser de calidad, por lo que actúan directamente en los niveles simbólicos. Esa es la brecha por la que debe cruzar el intelectual que no pretenda ajustarse al libreto de las hegemonías alienadoras, de donde quiera que estas surjan. Estrecha e insegura en el transcurso plural de la existencia, pero a la postre agradecida si con profesionalidad, y hasta con algo de apasionamiento, se consigue llevar.

Además de garantizar que se exprese la menor cantidad posible de enemigos potenciales, el acaparamiento de los medios de difusión del criterio a lo largo del mundo garantiza el efecto de verdad por saturación e insistencia de cuanto se sostiene. Y así mismo, es estatus de naturalización del cinismo mediático que impone su superioridad sobre las bases del propio poder adquisitivo. A esto hay que

sumar el creciente descrédito en que ha ido cayendo la opinión en general, partiendo tanto del sensacionalismo como del cinismo periodístico, y llegando al resbalón académico de las teorizaciones de impacto. Este punto suma al contexto una especie de aprovechamiento óptimo de la duda, ya que no suele ser de interés del consumidor de información indagar en el fondo de lo que se le informa y resuelve del modo más humano posible: acudiendo a su sentido común. Como se escamotean elementos y de diversos modos las conclusiones son dirigidas, queda en desventaja para un juicio exacto. Si menos del 15 % de la población se ha estado apoderando de más del 85 % de los recursos del planeta, en materia de opinión esa estadística pudiera hallarse en un grado de desproporción aun mayor.

Un mito insostenible de la modernidad, que ha pasado sin muchas variantes al contexto *post*, es el que propone a la noticia en código objetivo, verídico, comprobación *ad hoc*. Se trata de convertir al mito en una falacia semiótica eficiente, capaz de extender el campo de sus leyes internas a la zona general de las verdades. Curiosamente, y a pesar de que sabemos hasta qué punto la prensa es manipulación, apoyar a pie de página según publicaciones noticiosas se convierte en un recurso de seguridad. Es tan difícil desmentir una noticia falseada, que aun en el caso de que se le ofrezca la tribuna adecuada al ofendido, los lectores optan por desconfiar de ese mismo acto de defensa. Páginas de argumentación probatoria se ven desplazadas por un simple titular bien colocado. La brega intelectual deberá terminar, en esos cruces, en el agotamiento, la deserción o el viraje. Hasta el momento, este ejercicio está más cerca de la visión de Foucault —en tanto son las hegemonías financieras las que rigen los marcos y normas de opinión— que de las propias acepciones que se declaran marxistas ortodoxas. La calumnia continúa su curso gracias precisamente a que el mito funciona como elemento de legitimación de la conciencia social.

Contrariamente a una opinión de Marx que no pocos marxistas se tomaron al pie de la letra, el mito no desaparece, sino que se reestructura en nuevos elementos capaces de rescatar subliminalmente los significados que han marcado el trayecto del cual la aprehensión tradicional ha de nutrirse. Abandonar la tradición, negarla de plano o combatirla a rajatabla, aun cuando esta aparezca mucho más respondiendo a los intereses mercantilistas y depredadores de la oligarquía que bien consigue lactar de los aires postmodernos, sería alejarse del contexto en que el intelectual pudiera ejercer niveles de opinión cambiante.

La tradición no es espuria, pues se afianza en sentidos que la sociedad necesita para su interacción. La sustitución de las religiones por una religión del ateísmo —empírico, científico o fanático— es una vuelta atrás, acaso irreparable, en la dialéctica del conocimiento. Todos y cada uno de los ejemplos en los que se han aplicado métodos análogos, han conllevado a consecuencias traumáticas.

La competencia global va empedrando el camino de intelectuales y artistas con operaciones de trueque desigual, de cambio más o menos a destajo de cuanto consiguen generar con el talento propio; y a ese producto cultural con el que buscan sostenerse, se le hace cada vez más difícil responder con plenitud a su voluntad individual, pues a la hora de ofrecer, como cualquier trabajador asalariado, la competencia de sus servicios, no son los valores profundos de la obra los que operan, mucho menos el posible curso posterior de las ideas en oferta, sino las posibilidades de inmediata utilidad que el comprador alcanza a adjudicarle. A menudo, películas de grandes directores se convierten en puro producto acumulado; por obra y gracia de la opinión previsora de sus productores, o sea, de la definición que en primer orden coloca a la ganancia obtenida, con la inversión financiera como plenipotenciaria. Preceptos intelectuales y direcciones artísticas de análisis crítico quedan sin incidencia incluso en el contexto local en que se expresan.

Pero la intelectualidad necesita de una divulgación adecuada para transmitir y expandir su pensamiento, así como de una remuneración propicia, siquiera elemental, para continuar produciéndolo. Su prestigio se arriesga entra las disyuntivas de proyectar una ideología cuestionadora y el estatuto de proletarización en que desempeña su oficio. La industria que lanza al intelectual a la publicidad, lo aliena, siquiera parcialmente, del estatuto último de la libertad humana. Este estamento contractual incide sobre los resultados epistemológicos, mucho más en condición de conservadora autocensura, de postergación de la idea divergente, que las propias restricciones directas sobre lo planteado. Y se regula así la posibilidad de cambio dentro del sistema que al imperio responde.

¿Saturación del mercado *versus* viabilización de la demanda de lectura?

Este es el punto de iconización del símbolo en la industria editorial: se generan *a priori* los efectos para poder transitar con éxito de venta el curso de las situaciones. Se determina, pues, que el valor procede, o solo se realiza a través de la industria cultural.

Sometido a la lógica industrial de la cultura, la desarticulación del sujeto creador se presenta como un resultado inevitable; se convierte en actor que ejecuta el desenfrenado papel del éxito en pos de la sobrevivencia; un actor que, aun a sabiendas de que desempeña uno de esos amañados *reality shows*, se resiste a admitirlo y busca a toda costa la naturalidad de su actuación, la posibilidad de que las situaciones se designen por sí mismas a partir de otros giros imprevistos. La industria cultural, solvente en los recursos y oportuna, salvadora en efecto, pues para producir el arte o practicar la fe es necesario antes estar vivo, se viste con el tópico traje de William Tell, legado por Schiller y transfigurado en icono por la propia industria, y enfoca su ballesta hacia el sujeto.

Se exageran las circunstancias del drama cada vez, es cierto, pero si algo de fondo no quedara en el acto, difícilmente conseguiría reproducirse. Los elementos del drama se suceden, vertiginosos, subliminales siempre, para adquirir en remate el beneficio de la duda. El actor se abre al riesgo de creerse el auténtico recurso de la representación, en tanto la industria se empeña en presentarse, con modestia de simple, como única salida para arribar a la ansiada dignidad humana. Será suyo entonces el aplauso, al haber puesto en riesgo la vida de quien su fama sostiene, ya que, como se ha visto, en tanto ella es única, el sujeto es un ente intercambiable, un aspirante al puesto cuyo salario puede negociarse con soltura.

Nada deben los espectadores al sujeto, pues sus traumas, individuales *per se*, apenas se vislumbran tras el susto de no haber sucumbido en ese instante. Aun cuando llegase al triunfo, la categoría de sujeto persistirá en verse alienada, es decir, fuera de su condición natural de producir cultura, pues ese estatus “transitorio” de sometimiento se levanta sobre la base de una permanencia real con apariencia efímera.

Más o menos de este modo se presenta la fábula que a diario relaciona a la industria cultural y al individuo, ese que, ante la mano invisible, agradece que el curso de la flecha aún no descienda. Por consiguiente, el sujeto que “acepta” convertirse en objeto de la industria cultural, parte de una relación en el proceso electivo entre dos sistemas alienantes: elaborador industrial del subproducto, con ciertas posibilidades de retribución económica; o productor de fragmentos culturales, con escasa esperanza de retribución. Como no faltan las líneas de intercambio entre esta partición binaria, como las vidas ocurren en sucesos a tal punto abigarrados por la consecución existencial que es necesario elegir a los indispensables para cualquier relato, se extiende el rumor, con académicos murmullos y afanosas anécdotas, de que la crítica es canto a la utopía y de

que es ilusoria la frontera. No por gusto Napoleón Bonaparte, con hábil vocación de mando y mirada imperial, arengaba a sus soldados haciéndoles creer que cada uno llevaba el bastón de mariscal a la cintura.

En tales circunstancias, la idea de que existe una opción electiva ante el bien acotado arsenal de la cultura, es baldía en esencia. Al convertir los productos culturales en un resultado de trabajo, y responder con ello a la lógica del capital, artistas, escritores, pensadores, y además editores, curadores, promotores, entre los muchos que actúan en el interior del sistema cultural, están obligados a contrapesar las decisiones, por soberanas que surjan, para que el resto del proceso en que su obra deberá insertarse no se transforme en nada o, en el peor de los casos, en síntoma de fracaso. No es saludable para ninguno de ellos aparecer en el dominio público como una especie de rey Midas del fiasco. De ahí que, aun cuando decida proteger la cultura a toda costa, el sujeto se enfrenta a una forzosa autocracia de la industria.

Elegir la cultura, en medio de un dominio mayor que trafica a su antojo con los índices definatorios de la recepción, es como atenuar el hambre cortando porciones “prescindibles” del cuerpo único con que nos arriesgamos cada día a trabajar. Parecerá pesimista, a la manera de Adorno, pero es así a fin de cuentas, aun cuando las conclusiones de la escuela de Frankfurt merezcan no pocos de los ajustes que con el paso del tiempo han provocado. Las bases, no obstante, conservan su vigencia, del mismo modo en que podemos regular el paquete de características del imperialismo que sube al siglo XXI a través de la lista dispuesta por Lenin en su teoría acerca de su establecimiento como fase suprema del capitalismo.

Las líneas ideológicas determinantes de la globalización responden, en el ámbito de la cultura, a una constante puesta en marcha del valor inmediato, negociable, de cada producto. Una obra de arte es, ante la ley, y sin que importe

su contribución a otros sectores de la sociedad, una cosa, un objeto tasable, un bien ganancial que, en esa condición, no pertenece por entero al creador, pues en última instancia, y en caso de que tenga la suerte de verse escoltada por normas de contrato y compromiso firmado, sobre los resultados de su comercialización puede tener derecho, además de las partes que así se legalizan, un cónyuge legal que ha dejado de ser elemento afectivo en la vida individual del creador. De este modo, el sujeto, al saberse *parte* en un contrato legal, reconoce también su desarticulada posición en el contexto social en el que deberá ser aceptado.

Las ideas de la clase dominante se valen, de ese modo, de las regulaciones disciplinarias que perpetúan la eficacia del poder al someter cada época a su norma. Si el ser humano desarrolla el modo de producción del pensamiento a partir del modo de producción que le regula su existencia, debe ajustar parte de ese ideal a las reglas forzosas que del modo de producción hereda. No es la cultura una excepción. Por ello se ha venido trabajando con fuerza en su supeditación a mercancía, en la disminución de su capacidad simbólica a favor de una capacidad de representación social. La venta de obras de arte depende de inversiones, no del gusto, mucho menos de sus valores en el curso de la historia del arte, en donde se inserta aun cuando se haya elaborado a contracorriente.

La galería espera por un inversionista, al cual sus asesores anuncian que mañana las obras habrán de aumentar en su valor. Las editoriales apuestan por autores que puedan convertirse en un negocio. La vigencia extendida de los contratos —en general de cinco a diez años para autores forzados a entrar por el aro— expresa esa seguridad de apostar por el negocio. Como se cuenta solo con lectores intuitivos y con especialistas, no con adivinos, se establece la norma de contratación a largo plazo. Cuando el filón apunta, se acumula el proceso de inversión con una promoción impactante, desmesurada si la coyuntura

se presenta propicia, y se equilibran además los órdenes de retribución.

La seguridad del sujeto productor de cultura depende de la existencia de una necesidad de consumo real, tanto en los niveles de aprehensión espontánea como en los de recepción profunda, de aquello que elabora. De ahí que la propuesta que nos llama a una resistencia inmanente ante un sistema hegemónico capaz de traducir a mercancía los gestos culturales, los bienes simbólicos y hasta los iconos elementales, no sea si no una salida posterior, de desespero ante el acorralamiento, por haber entregado ese producto a una relación que se define en la estricta compra-venta.

El capitalismo imperial actúa sobre la cultura como un depredador, por ello se muestra más eficiente en crear círculos de acción sostenidos sobre la base de fines inmediatos. Es a tal punto lógica su acción, indiscriminada a tal medida, que de esa misma fórmula parte la producción crítica de los mecanismos del sistema. Las contradicciones entre el pensamiento, o sea, el cúmulo de las ideas de esos sectores críticos, y las ideas elementales de los apoderados del orden regulador son a la vez profundas e insignificantes. Profundas porque se reconoce el carácter depredador, de selección natural de los órdenes sistémicos y, por consiguiente, de su incidencia en la cultura, e insignificantes porque a partir de ellas no se establecen bases de transformación reguladoras, o revolucionarias, del sistema.

La cultura ha devenido un recurso más de explotación para el cual se establecen, con intangible parsimonia, las normas legales en vigencia. En virtud del sistema de formación económico-social, el sujeto es llamado a sacrificio, para lo cual se entrega sin determinarlo en conciencia. El carácter sistémico del sistema de relaciones sociales se consolida sobre la base de que el sujeto, en condición alienada, evita analizarse en perspectiva, por cuanto se ve forzado a repetirse en un ciclo de autovaloración dependiente de la propia relación que el sistema le va a proporcionar.

Paradójicamente, en lugar de contemplarse a sí mismo como sujeto, se observa en condición de objeto competitivo. El placer de disfrutar el producto cultural y la capacidad de apreciación para ese punto de disfrute, se ven simplificados y forzosamente convertidos en una nueva instancia que obliga a la persona a “aceptar” el paquete que se le prepara para su consumo. No se trata de un círculo vicioso lógico y exacto sino de un procedimiento en el que la individualidad de la persona que se prepara para el consumo —una vez alienada de su condición de sujeto—, necesita la confirmación representativa de su estatuto de percepción, lo cual se realiza en superficial idilio a través de lo que se comercializa en grande, incluido en el paquete la tan publicitada libertad de expresión y de opinión.

De este proceso no está exento el sistema socialista, desde luego, aun cuando se haya intentado una evidente resistencia a las perspectivas de legitimación directa gracias al mercado y la popularidad. Sus directivas ideológicas son claras en ese sentido, pero no así sus perspectivas de aseguramiento que, en sus grados más obsesivos de ansiedad crítica del “sistema salvaje”, no solo ignoran, o ignoramos, que sus efectos negativos se arraigan gracias a su carácter de ley, así resaltado por Marx, sino que esas normas se traducen a la propia formación económico-social. *Traduttore: traditore*. El colapso soviético, advierte István Mészáros, se explica “como parte integrante de la crisis estructural del sistema del capital”.<sup>63</sup> Por atractiva, seductora, forzosa, económicamente resultante que aparezca, la idea de “traducir” la eficiencia del capitalismo imperial como salida para cubrir las necesidades culturales del sujeto, no es si no una ruta al retorno del sistema alienante.

La mayor parte de los errores del socialismo hasta ahora parece estar conectada con uno esencial: declamar en

<sup>63</sup> István Mészáros: *Socialismo o barbarie. La alternativa al orden social del capital*, Editorial de Ciencias Sociales-Pasado y Presente XXI, La Habana, 2005, p. 37.

contra del chivo expiatorio del capitalismo como sistema de ser-para-el-suicidio-humano en tanto se deja fascinar por su eficiencia de depredación y, en simultánea lógica, declamar el carácter irreversible del propio sistema socialista, en tanto las semillas que deben sostenerlo se abonan con productos de ideología química que apenas le consiguen frutos enjutos y perecederos a muy corto plazo. De aquí parte el “pecado original” de la barbarie ideológica cuya culpa recae en principio en lo genéricamente nombrado como estalinismo, pero de la que no se libran ni siquiera los críticos acérrimos del socialismo.

El paso de la categoría de individuo a la práctica del individualismo es en efecto estrecho, difícil de evadir; pero aun así es un peligro necesario para garantizar la existencia de un individuo capaz de colocar a la cultura en desarrollo. El salto dialéctico no debe producirse a costa de evadir los riesgos, sino a partir de que es posible resolver el paso a través del peligroso laberinto salvando para el individuo la esencia cultural que le compete después de haberse arriesgado a asimilar la estratagema. Se precisa, por ello, la facilitación de relaciones que permitan a ese individuo creador expresarse para la sociedad, incluso para zonas en las cuales sus conceptos individuales corren el riesgo de anularse.

Una cultura socialista debe considerar condición irrenunciable la reducción al mínimo posible de los efectos traducibles del capitalismo, lo cual conlleva, obviamente, una perspectiva de financiamiento que dependa de una visión capaz de detectar esas salidas antisistémicas que, por su eficacia, se van quedando instaladas dentro del sistema. El aparato ideológico que necesitamos debe ser conceptual, no normativo; debe hallarse arraigado en el sistema, dispuesto a someterse al proceso permanente y permanentemente efímero de la significación, para resistir el efectivo peligro de convertirse en galería de iconos que, aunque declamen simbolizar grandes ideas, han perdido ese efecto, han sacrificado su capacidad simbólica.

La lógica autónoma de la relación mercantil, dentro del socialismo, no constituye más que un asidero análogo a la platónica ética de la banda de ladrones, una salida que, al tiempo que se hace inaceptable hundir la cabeza cuando vemos que azota —ya que la banda de ladrones del mercado se erige en hegemónica—, hay que salvarla a partir de prácticas que a ella misma le sean antisistémicas, de alternativas que fuercen lo menos posible al creador a ese género de opciones ficticias, entrecomilladas, que su relación medio-fin hace absolutas.

Cuando se trata de supervivencia, la salida asumida suele terminar en legitimación. Asimismo, la superficialidad declamatoria de barniz ideológico “traduce”, bajo un camuflaje relativamente fácil de desentrañar, los mecanismos heredados de esa propia lógica y actúa en el interior del sistema bajo la lógica de una comunidad de termitas en constante expansión. Aunque superficialmente así se asuma, no es el grito el que constituye la esencia cultural del rock, más bien le obstruye el camino, lo llama a la fascinación por la imagen que en sí misma se vicia y de sí misma se alimenta. Es también una trampa fabular mediante la cual la industria recoloca al sujeto que se aferra al rock, pleno de vida cultural en sus esencias, y para ella antisistémico si en ese estatus se atreve a continuar.

Lo que se pone en juego al asumir cierto grado alternativo de cinismo mercantil de buenas intenciones —y se somete al paso del sistema contractual fundamentado en valores predeterminados por la mediación utilitaria de la mercancía— es la condición individual del individuo. Subvalorar la cultura como agente de comunicación efectiva de significados esenciales para la condición humana conduce a esa especie de círculo vicioso en el que la flecha lanzada da la vuelta y nos golpea la espalda. En términos de cadenas de razonamiento para un mismo ser humano, este precepto se reduce a un giro retórico de la teoría misma, por cuanto se impone el cansancio de esperar el efecto de la flecha arrojada, cualquiera que este sea.

Una fábula de la India milenaria coloca a un grupo de ciegos dispuestos a describir cómo es el elefante. Como cada uno se aferra a una parte diferente de sus colosales miembros, las descripciones son erróneas, no por mentir ni porque no se correspondan con aquello que cualquier vidente puede comprobar en cada uno de los casos, sino por incompletas, por ignorar y omitir lo que se ignora. Se trata de describir al elefante, ese que los lectores tenemos diseñado, no sus partes aisladas. El resultado es risible, pues de las muchas conclusiones concretas, comprobables, emerge una conclusión última equívoca, causa directa de la limitación personal de quienes nos enseñan lo que saben.

Cualquiera que observe, por distracción siquiera, el comportamiento de los ciegos sabe que es imposible que, en el ámbito de lo real, la fábula transcurra de ese modo. La sensibilidad y la capacidad de percepción de estas personas les permite advertir que de ningún modo han conseguido recorrer por completo al elefante con el tacto. Pero se trata de una construcción de creación para un razonamiento externo a la materia prima misma de la fábula. Los referentes a atender no atañen a la capacidad de los ciegos, limitada pero no inútil, sino al comportamiento inútil de los seres humanos que deciden borrar de su campo de visión el resto de las piezas con que debe completarse el elefante.

La condición intelectual, queda reducida al estatuto contractual que rige las normativas de comportamiento en el conglomerado del “nuevo proletariado” mundial. Va a verse cada vez más lejos de ser un posible catalizador de ideas que conduzcan a acciones de cambio para la sociedad en su sistema integral y, sobre todo, de ideas que valoren acciones que apunten a indicarnos los caminos posibles para llegar a alternativas de futuros que puedan prescindir de la influencia directriz del intercambio mercantil. Como lo ha demostrado la historia universal del siglo xx, no basta con desear el proyecto de una nueva sociedad ni con implantar un régimen global que se declare en camino de su eliminación,

pues la revolución, al concebirse en términos planetarios, siquiera desde los marcos dominantes europeos, no parte de cambiar todas las bases estructurales del capitalismo, sino de insertarse en su flujo para contrarrestar sus embestidas de voracidad. Y ese proletariado intelectual, cada vez más sometido a una lógica de sobrevivencia, la cual se determina en su propia pertinencia a través del reconocimiento público y la garantía de contratos lo menos abusivos posible, se abstiene de enrolarse en las filas de los desheredados; cuando más, se asume el constructo instantáneo de incomprendido-superhéroe, para llamar la atención sobre su juicio personal e insertarse al cabo en alguno de los anaqueles de todo el andamiaje.

Las academias trazan planes temáticos y direcciones de estudio; las fundaciones que otorgan becas establecen al detalle los parámetros a tener en cuenta para las concesiones, en tanto escritores y artistas se conforman con gestos epatantes, dirigidos hacia determinados objetivos concretos, locales, reducidos por su propia intención, aun cuando puedan contener esencias mucho más generalizables.

Immanuel Wallerstein llama la atención acerca de cómo nuestra tradición ha polarizado los efectos de utilidad que nos ofrecen la ciencia y las humanidades, reservando para la primera la incuestionable exactitud y relegando el saber de los intelectuales, es decir, sus posibilidades de expresar una verdad, a un casillero de elección alternativa y, en el mejor de los casos, dudosa. Esta separación, que aún continúa gozando de mayoritaria anuencia, hace del científico un infalible Sherlock Holmes, en tanto queda para los intelectuales el papel de Míster Watson. No es poco, a fin de cuentas. Las dos posiciones que desde el siglo XIX y durante el XX se desarrollaron al respecto, ubican dos fuentes del saber intelectual: Max Weber y Antonio Gramsci.

Para escapar del dominio de los intelectuales nacionalistas de derecha en la academia alemana —escribe Wallerstein— Weber insistió en la legitimidad de la

neutralidad valorativa. Y para escapar del dominio del liberalismo centrista en la arena intelectual italiana, dominio representado por la neutralidad valorativa, Gramsci insistió en la organicidad de los intelectuales, la que luego fue interpretada como si significara la subordinación de esos intelectuales a los líderes políticos.<sup>64</sup>

La neutralidad valorativa y sus derivados, cuyo centro se ubica en la objetividad científica, pretende obviar el hecho de que cada descripción de un fenómeno, aun basada en experimentos que la ciencia acepta como válidos, presupone una prescripción de implicaciones siquiera indirectas en la sociedad. Acerca de ella, Wallerstein opina:

los defensores de la neutralidad valorativa se presentan a sí mismos, como creadores de un espacio para la prosecución del saber en todas sus formas, defendiendo a quienes practican este saber tanto frente a los órdenes establecidos de la Iglesia, el Estado o la Comunidad, como también frente a las contraórdenes que representan los movimientos antisistémicos. De este modo, la justificación de la neutralidad valorativa es autorreferencial. Su práctica consiste en afirmar que ella representa no solamente la vía preferida, sino incluso la única vía para la adquisición de la verdad. Su defensa es pensada, por lo tanto, desde la idea de que ella crea *per se* un bien para el conjunto de la sociedad/Estado/sistema-mundo. Además, se arguye que este bien se cumple mejor si el control sobre los posibles abusos en torno a los privilegios que este sistema ha dado a los especialistas se ubica dentro de la propia corporación.<sup>65</sup>

Ahora bien, en tanto el capitalismo garantiza, a través de la hegemonía absoluta de las relaciones de mercado,

<sup>64</sup> Ídem.

<sup>65</sup> Ídem.

que no se integren todos los recursos humanos a la relación afectiva en que capital y trabajo se ven complementados, el socialismo asume como condición previa este reto y lo coloca en la base de sus presupuestos culturales y de financiamiento. Esto hace que se produzcan síntomas de malestar psicológico de índole opuesta en el interior de ambas formaciones económico-sociales.

Al capitalismo se le concede el beneficio de la parcelación en la responsabilidad y, sobre todo, en la culpabilidad. Al socialismo, en cambio, se le cargan las decisiones generalmente de carácter sistémico, convirtiendo, por ejemplo, la ineficiencia empresarial en culpa del sistema que predica la distribución equitativa. Los vagos, oportunistas, recostados, incapaces, malversadores y hasta estafadores que, como en todas las sociedades imaginables, se producen, no son, para la neutralidad tópica de la crítica intelectual, individuos, sino sujetos-marionetas del sistema en curso. La competitividad sacralizada por el capitalismo no solo borra la carrera de trampas por la individualidad y el reconocimiento, sino que alza una cortina de humo por delante de los índices precapitalistas, en los que se incluye el trabajo esclavo y la explotación de menores, tanto en sectores productivos como en el mercado del sexo.

Finalizando el siglo xx, Amartya Sen llamaba al Estado de Bienestar a asumir los papeles regulatorios de la sociedad, toda vez que la economía de mercado depende, para su buen funcionamiento, de una estrecha interrelación entre todos los sujetos implicados.<sup>66</sup> En primer término, según Sen, este Estado debe proporcionar la ayuda necesaria a aquellas personas que no pudieran sobrevivir, con un determinado estándar de vida, sin la ayuda del Estado. Así quedarían armonizadas la economía de mercado y la

<sup>66</sup> Amartya Sen: "El futuro del Estado del bienestar". Conferencia pronunciada en el Círculo de Economía de Barcelona, en *La Factoría*, febrero 1999, no. 8. URL: <http://www.lafactoriaweb.com/articulos/amartya.htm>

gestión estatal, puestas en una perfecta *sintonía*. Esta sintonía es, en rigor, complacencia con el propio proceso alienatorio del sujeto en el trabajo y, en el campo intelectual, un disfraz de la condición depredadora que lo proletariza.

La sociedad interdependiente que ha de generar el Estado de bienestar se convierte en una armonía legitimadora del modo de producción capitalista. El mismo Sen reconoce que la inflación ha de convertirse en un problema, por cuanto esta, desde el punto de vista de su amigo banquero Michel Bruno, solo es perjudicial para la economía si llega a ser muy elevada. Sin embargo, toda inflación moderada tiende, por naturaleza, a elevarse, por lo que no estamos ante una paradoja sino ante una ley que, por consiguiente, genera desigualdad, desempleo, alienación. Es decir, si la inflación moderada se juzga beneficiosa para la economía, principalmente en su relación con el PIB, cómo se va a regular en manos de las transnacionales que se globalizan y sobrepasan con creces cualquier posibilidad de ser estatalmente reguladas. Aunque el Premio Nobel de Economía considere que el trabajo infantil existe, simplemente y a veces por necesidad, aun cuando ello sea injusto, es preciso advertir que el socialismo decanta toda forma de contrato infantil, y, además, cualquier forma de explotación de su mano de obra. Es algo de lo que no puede ser acusado el sistema.

De acuerdo con los presupuestos de Gramsci, el carácter orgánico del intelectual se forma en relación con todo el entramado social, aunque ligado en especial a los grupos dominantes, a partir de los cuales extiende y complejiza a los componentes de su propia función.<sup>67</sup> De ahí la suerte de dominio, en el proceso de asimilación, que se crea alrededor de los intelectuales. Además, que sea difícil también, para la persona que ejerce el intelecto, debatirse con limpieza a la vera de estructuras sociales que, al tiempo

<sup>67</sup> Antonio Gramsci: *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Editorial Lautaro, Argentina, 1960, pp. 15-16.

que posibilitan su incidencia en sociedad, pueden ponerse en riesgo a causa de sus propios presupuestos y, lo que es peor y acaso inevitable, por la compulsión de ideas que no resulten por completo acertadas. La creación de intelectuales orgánicos no debe ser, sin embargo, una especie de fábrica del intelecto, sino un proceso de intercambio intelectual, de confrontación y especialización del pensamiento, donde el riesgo del error no se condene, sino que se analice de manera crítica y, si así las circunstancias lo permiten, se debata con profundidad y sin llegar a consecuencias de perjuicio personal.

Para Edward Said, “el intelectual es un individuo con un papel público específico en la sociedad que no puede limitarse a ser un simple profesional sin rostro, un miembro competente de una clase que únicamente se preocupa de su negocio”.<sup>68</sup> Su carácter orgánico, por tanto, se definiría en los niveles representativos que su expresión pueda alcanzar. “Para mí —agrega Said— el hecho decisivo es que el intelectual es un individuo dotado de la facultad de representar, encarnar y articular un mensaje, una visión, una actitud, filosofía u opinión para y en favor de un público”.<sup>69</sup>

Las presiones de la profesionalización de los intelectuales se basan, según el propio Said, en la especialización, el culto al peritaje experto y la relación directa con el poder en el ámbito del trabajo, de la obtención del salario.<sup>70</sup> Polarizar, sin embargo, estos preceptos, posibles y a mi entender en buena medida necesarios, condiciona aun más al individuo a esa fábula en la que deberá ser soporte del que para sí se reserva el beneficio de la gloria. La condición de servicio, en tanto se vea condicionada, y no constituya una elección que por necesidad de expresión individual

<sup>68</sup> Edward Said: *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Paidós, 1996, pp. 29-30. Traducción: Isidro Arias.

<sup>69</sup> Ídem.

<sup>70</sup> *Ibídem*, pp. 85-89.

se asuma, perfilará espurios resultados y minará el transcurso evolutivo de esa imprescindible condición para la sociedad futura.

No basta, sin embargo, con garantizar mediante el sistema social la resistencia al librecambio, al intercambio desigual del capital, a la reproducción del sistema de depreciación, pues eso lo consiguió muy temprano el socialismo, sino que hace falta continuar explorando los mecanismos de tensión una vez que el sistema plantea su estatuto en la sociedad. La riqueza proviene, aún, del esfuerzo humano sobre la explotación de los recursos naturales mediante la evolución tecnológica, y a través de sistemas de contratación; por consiguiente, esta puesta en marcha no deja de enfrentarse al riesgo de producir y reproducir injusticia y de dejar impunes las manifestaciones de egoísmo indolente de los ciudadanos que se dedican a acaparar el plusproducto inmediato.

¿No es el intelectual un trabajador más, que ha pasado a formar parte del nuevo proletariado global y que, por tanto, debe sostenerse, y sostener a su familia, de algún modo? Si, por otra parte, conseguimos que de las clases pobres emerjan los talentos que puedan actuar en el propio sector intelectual, y manifestarse sin complejos como tales, ¿de qué van a vivir? ¿Cómo habrán de soportar el peso de las desigualdades en las cuales su propia existencia ha transcurrido? ¿Cómo los intelectuales van a generar sus modos de sustento fuera de las instituciones en un mundo que depende de ellas para la inmensa mayoría de sus relaciones?

Incluso cuando se crean instituciones de tipo alternativo —etiquetadas como “no gubernamentales”— en la inmensa mayoría de los casos estas se conforman a partir de programas organizativos que equilibran, por fuerza, el grado abierto de sus objetivos altruistas, de beneficencia, ayuda, etcétera, con la operatividad de su inserción en el contexto económico-social. La idealidad de la independencia

choca con la objetividad del imperativo existencial, tanto en el sector institucional como en la proyección de los intelectuales que actúan de manera independiente. Cualquier indicio de emancipación, por alto que parezca, está obligado a dialogar, al menos, con un elemento capaz de contenerlo, ya sean contratos concebidos al mínimo detalle como advertencias y regulaciones ético-morales de hegemonía global, que ponga en discurso el equilibrio entre la puja individual de quien elabora y expresa un pensamiento propio y aquellos que deben recibir las consecuencias colectivas de su asimilación.

El error de establecer recetarios purgados por la inmediatez, y en dirección adjunta a ciertos intereses de poder individualista, le costó al socialismo su primera gran derrota, al menos en el campo de lo cultural, donde el abono contaminante surgía a cada paso del curso oportunista. Queda en descargo que puede convertirse en enseñanza histórica si con profunda relación lo valoramos. Ineludible será, por tanto, no banalizar las esencias vigentes del marxismo, en cuanto al modo de ver la relación entre el contexto social referente y el paquete de predicciones asertivas, y el estamento filosófico en relación con el sentido sistémico de los hechos concretos, casuísticos a pesar de su precedencia y su incidencia global; sobre todo, para no dejar a merced de manipulaciones espurias el terreno que se ha ido conquistando.

La suplantación de los servicios sociales por servicios profesionales es, en consecuencia, un síntoma de las secuelas del capitalismo financiero. En este ejercicio se circunscribe la supeditación de los papeles del Estado al de la propia economía de mercado. Y asimismo, el condicionamiento de la política a un ejercicio estructural eleccionario que en muy poco transforma el curso de las relaciones en el interior de la sociedad. Apunta Norbert Lechner que “la política no es solamente acción instrumental, sino también expresión simbólica; frente a una sobrevaloración de

su dimensión cognoscitiva (calculabilidad), hay que destacar su dimensión normativa y simbólica, regulando y representando las relaciones sociales”.<sup>71</sup>

Según él mismo, la política descansa en cuatro estadios:

- I. El orden: leyes naturales o construcción social.
- II. Técnica e interacción.
- III. Acción instrumental y expresión simbólica.
- IV. Subjetividad y formalización.

Históricamente, a partir del siglo XIX, lo relativo a la política y el Estado se corresponde con “la fragmentación del proceso social” en ámbitos discontinuos, los que habrán de constituir las partes interactivas, dialécticas, del todo. La lucha de clases parte del desmoronamiento de los límites de esos ámbitos discontinuos del proceso social; así, cuando un ámbito recibe la tensión de uno de sus subsistemas correspondientes, liberaría sus límites y establecería en una nueva —diferente— circunstancia a la lucha de clases. En tanto Lechner comprende a la política como “la lucha que busca ordenar los límites que estructuran la vida social”, recae sobre ella la responsabilidad general, abarcadora, a veces total y totalizadora, sobre todos los componentes de la sociedad.

Es entonces natural que un subsistema de economía liberal, que separa la economía de la sociedad, intente desacreditar a la política y, con todos sus recursos, la conduzca a conformarse con hacerse dependiente de sus normas, de su supremacía determinista y reguladora. Este paquete de normas, en principio, es retransmitido como natural, *sine qua non*. El primer paso, pues, consiste en determinar su propia superioridad, tal como lo hace cada uno de los sistemas religiosos, aunque esta superioridad viene apoyada —dado el curso de la historia y el propio desarrollo del

<sup>71</sup> Norbert Lechner: “Especificando la política”, en Carlos Cabrera Rodríguez (comp.): *Sociología política. Selección de lecturas I*, Editorial Félix Varela, La Habana, 2004, pp. 12-33. Cf. p. 29.

capitalismo— por demostraciones científicas. Las demostraciones científicas son, en general, axiomas lógicos en los cuales el sistema de significación responde a relaciones directas, sintagmáticas, de causa-efecto, que se aprehenden de manera estática, permanente, ajenas al cambio que la significación propone en su condición efímera. La instantánea resultante del proceso causa-efecto se convierte en demostración científica, presentada como comprobación de la verdad. Ello garantiza que la sociedad considere legítimo permanecer dentro de ciertos límites de cambio social, político, y que establezca su recorrido hacia dentro, ejecutando la hobbesiana guerra de todos contra todos en tanto dibuja, o figura, el libre devenir de la mano invisible de Smith.

La acumulación de subdivisiones, en tanto son parte de las tensiones de desarrollo dialéctico, acumulan nuevos cuestionarios y, sobre todo, nuevos puntos a recontextualizar en ese transcurso de avance de la ciencia. Las ciencias sociales, propias de la lógica de razonamiento, se encargan de establecer estos patrones de uso psicológico.

Las construcciones políticas que se erigen sobre la base de la hegemonía, trabajan para crear iconos de manipulación, con los cuales no solo se estandarizan las normas de comportamiento en relación con las necesidades del cambio social, sino que además se promueven transformaciones de base icónica que llevan intrínseca la ilusión del cambio, en tanto se va reconstituyendo el estatus. Así se consigue la paradoja: se libera la necesidad social de transformación en tanto, con el fracaso autoinfligido, se genera un patrón en la conciencia social que acusa la inoperatividad de cualquier intento de transformación sistémica. De modo que, mientras se concede como posible cambiar la sociedad, se le considera también, por contingencia ineludible, como un simple estamento utópico. Lo mejor sería, demostrado el caso, regresar a un darwinismo social con un añadido de ayuda y asistencia humanitaria. Se trata de

un patrón de irónico cinismo que campea por su respeto en la medida que se afianza en su condición imperial el neoliberalismo imperialista.

Según Maquiavelo, y de acuerdo con Lechner, “el conocimiento técnico político descansa en la calculabilidad del mundo”, o sea, en el cálculo de la necesidad a través de la cual se consigue determinar las direcciones de la voluntad humana. Así lo piensa McLuhan en su ramo y así mismo se aplica en los patrones icónicos que se enfocan en líderes políticos que han osado enfrentarse abiertamente a la hegemonía imperial. Se busca así incrementar el proceso de saturación significacional, de modo que la percepción gradual del icono garantice, de cualquier modo, una deslegitimación *a priori*, en bloque, natural de toda su gestión; estandarice, por demás, esas codificaciones de hegemonía dominante como variable óptima de legitimación.

La complejidad del pensamiento es un proceso pertinente a partir de gradaciones y niveles de especialización. La manipulación de la masa mediante patrones de comunicación se coloca, entonces, sobre la base de que la masa no se especializa en la ciencia política, en tanto ciencia, sino en la práctica del ejercicio resultante de la política. De ahí que en la democracia representativa se coloque al voto como paradigma rector, ineluctable. Un diez por ciento es, sin embargo, muy significativo para los niveles de equilibrio social. Como en general los porcentos de diferenciación en los procesos electorarios acusan márgenes más estrechos, el caos significacional interno se interpreta como diversidad y se le concede una nueva carta de ciudadanía a la consecución cotidiana de la alienación. En ese transcurso, la práctica laboral se presenta como un ejercicio de especialización masiva, y del mismo modo, la industria del entretenimiento.

El neoliberalismo genera multiplicidad de oficio, contratación a destajo y a corto plazo, con lo cual, aunque se predique mejoría, se garantiza la alienación de la clase

trabajadora respecto a su posible especialización: no permitir que la clase trabajadora se desarrolle en su especialización natural relativa al ejercicio resultante de la política. Nada de sindicatos como parte de este mecanismo de manipulación masiva, de ahí que se insista en proclamar su fin y en exacerbar sus fracasos; despolitización enunciativa de cualquier grupo u organización que surja, por cuanto ello suplanta, ocupando el lugar, al proselitismo político que se necesita para continuar ejercitando el paquete de ideas dominantes de la clase dominante.

Lechner, siguiendo a Gramsci, entiende que la significación es la que convierte en relación social a la realidad material. Las delimitaciones ideológicas, dice Gramsci, llevan a los seres humanos a tomar conciencia de las contradicciones estructurales. En tanto toda producción material supone una producción de significados, no unívocos ni pre-determinados, no estáticos ni inamovibles, la realidad “es, a la vez, una objetivación material y simbólica de la actividad humana”,<sup>72</sup> por lo que, al percibirse ambigua, esa realidad depende, según Lechner, de los códigos interpretativos. De ahí que considere que “los códigos culturales son ejes articuladores que estructuran ambigüedad”.<sup>73</sup> Ese carácter ambiguo de la codificación cultural permite a la clase dominante regenerar su ideología, llevando a un punto de cinismo su prédica desideologizadora.

No hay codificación que no conduzca a un acto significacional ni hay significación sin la preexistencia del código, no por obvio debemos pasarlo por alto, ya que, al concentrarnos principalmente en el campo de los códigos, podemos saltarnos unos cuantos pasos de la dialéctica de la significación y de sus consiguientes interpretaciones. La interpretación genera un ego que busca su condición identitaria por estas vías de proyección en relación negativa respecto al otro que se ha legitimado socialmente. El sujeto

<sup>72</sup> *Ibidem*, p. 24.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 25.

social, visto desde puntos de vista discontinuos, no solo históricamente sino también disciplinariamente, bajo interrupciones sintagmáticas, genera ese ego que habrá de identificarlo, con el que se relacionará en el orden de las significaciones, en las figuraciones que el sentido social coloca en su sistema de relaciones productivas.

Si la discontinuidad presupone el núcleo de la estructura dialéctica, del cambio, esta se crea en tensión con la continuidad reinante. Pero esos bloques discontinuos de subsistemas se conforman en búsqueda de una nueva continuidad del subsistema. Este erige sus bases y trabaja para garantizarlas, en tanto la formación de otros elementos subsistémicos discontinuos comienza a generar nuevas confrontaciones.

La recurrencia pendular depende, pues, de la necesidad de legitimación de la discontinuidad emergente que acude a un momento anterior de la historia, en su composición epistemológica, para conseguir esa legitimación. Se trata en verdad de reinterpretaciones, para las cuales es esencial el punto de vista legitimador de la propuesta emergente, posible, realizable de acuerdo a los códigos que el imaginario social coloca en uso.

Hay que tener en cuenta que las estructuras de legitimación anteriores, que de algún modo han comenzado a hacer resistencia a las discontinuidades, reinterpretaron a su modo la figuración epistemológica, para legitimarse en tensión con el sustrato precedente, que constituía el núcleo de establecimiento presente. No se trata solo de un mecanismo de estructuración histórica, diacrónica, pues es incluso más frecuente que se ponga en acción hacia los diversos cursos interiores de la sociedad, desde el plano de la producción material, los bienes y servicios elementales, pasando por la cultura y sus múltiples ramificaciones de expresión, hasta llegar a las ciencias mismas.

La posibilidad, entonces, lo es porque proyecta, desde su discontinuidad, la contingencia de hacerse continua. Es aquí

donde socialmente actúa con mayor sentido lo simbólico, en un grado más específico, local, respecto a lo significativo. La política es un campo propicio para llevar a cabo las manipulaciones. Sus ámbitos de combinación se camuflan en la interacción dialéctica del proceso civilizatorio y actúan sobre relaciones de corta duración, iconizando el sentido. Una vez que el acelerado proceso de establecimiento de patrones significacionales mediáticos se ha establecido como circunstancia de mercado, se crean las codificaciones políticas a partir de esos mismos patrones que se presentan en bloque. Luego, el proceso de argumentación se deja a axiomas sofisticados que den por hecho el sentido previamente construido. Desde las exposiciones universales, hasta los monopolios comunicacionales —prensa, academia, ONGs, Internet— se ha ido convirtiendo a la política en un ejercicio tecnocrático que solo se revierte en estadísticas.

La resistencia revolucionaria, apenas se había estado limitando a señalar su carácter de falacia, pero no a trabajar por insertarse de modo antisistémico en el interior del sistema. Las posibilidades que ha anunciado el socialismo a través de las urnas, en América Latina, que en principio no parecieron tan peligrosas al neoliberalismo, han conducido a una desenfadada escala de militarización. Estos sistemas, como el venezolano, el boliviano y en cierta medida el ecuatoriano, dan fe de sus posibilidades de cambio social una vez que se mantiene la coherencia en el programa y se va trabajando con la masa. También, desde luego, acusan retrocesos, encontronazos y hasta medidas contraproducentes, que en buena medida atañen a las propias contradicciones sistémicas, pues se trata de ir avanzando hacia un socialismo sobre las bases de un Estado de Bienestar fundamentado en el mercado.

El Estado, precisamente, delimita lo que Iuri Lotman define como *semiosfera* social que es mucho más amplia que la semiosfera política en la que puede proyectarse. En tanto el sujeto social se expresa en todos los ámbitos del

saber de la sociedad, el Estado solo se expresa plenamente a través de su política. La empresa —de producción material, cultural, etcétera— genera entonces el patrón que la legitima como eficiente, a la vez que descarga sobre el Estado, impersonal por cuanto cambia sus personas en períodos cortos, las responsabilidades negativas. En no pocas ocasiones, los propios consorcios contribuyen generosamente a financiar las campañas electorales, con lo cual no solo están garantizando su supervivencia, sino su correspondiente paquete de superación del Estado que ellos mismos han financiado a partir de individuos que, en muchos casos, apenas buscan escalar también sus puestos en el sector empresarial.

El progresivo proceso de debilitamiento del Estado en las últimas administraciones estadounidenses, acaparadas por empresarios que malbarataron sus posibilidades políticas para realzar sus monopolios, refleja el resultado de la paradoja signifiacional de la representación del fracaso del Estado, a la vez que a este se le atribuye el deber de ocuparse de la sociedad en pleno, mientras el sector empresarial solo es responsable de su propia ganancia y del desarrollo social que ese ejercicio pueda generar.

El reto, entonces, del socialismo alcanzado por las urnas, no se ubica solo en encargarse de una sociedad depauperada por las desigualdades, sino también en la necesidad de avanzar en el trabajo político que le permita ir transformándose como Estado participativo. La paradoja se expresa sobre todo en que, en tanto el fin del Estado socialista es marchar hacia su desaparición, solo a condición de su fortalecimiento en el período de tránsito se hace capaz de garantizar su avance. Ello trasciende, por tanto, la nomenclatura ideológica.

La garantía de servicios sociales que este sistema arrastra, reclama una mayor eficiencia económica, una mayor esencialidad de la industrialización y, lo que más lejos se avizora, una reestructuración de los niveles simbólicos de

estatus social. El estatus social depende, ahora mismo y globalmente, de la contabilidad de objetos marcados por los monopolios, de las estadísticas financieras, no de la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales que el socialismo preconiza. Y no es esto un desiderativo de inspirada ética siquiera, sino un requisito para la igualdad de oportunidades en el transcurso de las relaciones productivas y, al mismo tiempo, la posibilidad de discriminación de acuerdo con el aporte de cada cual. Los igualitarismos no solo mutilan la individualidad del individuo; minan además los órdenes sistémicos de la colectividad en marcha.

Cuando Lechner interpreta al ritual político de las concentraciones como “una atrofia de la subjetividad por la formalización burocrática”, crea patrones estáticos de interpretación, cediendo al riesgo del pecado original de la hermenéutica. El montaje espectacular de ciertas concentraciones políticas busca, en un plano de formalización burocrática, la legitimación de decisiones, la figuración de la unidad que, aun cuando en esos ámbitos y subsistemas de discontinuidad se presente necesariamente de modo diverso, cambiante, en oposición dialéctica, en fin, requiere una síntesis de esencias sistémicas de sentido para organizarse como unidad política que sea capaz de extender su ejercicio al conjunto de las relaciones sociales.

No es igual, ni siquiera análogo, el argumento neoconservador que la llamada a la colectivización socialista. La ideología neoconservadora monta su ritual de hegemonías sobre una base previa de preparación de los patrones de codificación, recurriendo a sus mecanismos comunicacionales y, sobre todo reconstituyendo la ruta de un sistema que ha probado ya diversos casos de legitimación. La civilización socialista —aun cuando se trate de líderes o cámaras de poder más o menos efímeros y hasta miméticos o usurpadores—, se expresa de modo diverso, participativo, a través de la unidad política representada en el ritual. El

neoconservador, el neoliberal, el capitalista, en fin, se fundamenta en la estratificación total de la sociedad, en la naturalización de la existencia de las clases sociales, arraigada sobre la base de que es posible escalar mediante el éxito naturalizado por el propio sistema social.

El socialismo ha de colocar, incluso en la burocratización que fracasó en Europa del Este, un sistema de codificación que opere sobre la base de toda la sociedad para la igualdad. Es, en efecto, total, y totalizante, pero solo en el orden de la síntesis política, en el ámbito de la ideología que atañe a la aplicación de las estrategias sistémicas. Como no hay clases dominantes, si no grupos en el poder, la sociedad participa, se familiariza, se socializa en un grado infinitamente mayor que en el capitalismo y, con ello, aunque no llegue a cubrir tantas de sus necesidades y aspiraciones (una buena parte de ellas formalizadas por los patrones de la ideología capitalista, por la acumulación estadística de objetos de consumo etiquetados) le ha ganado un largo trecho a la alienación.

¿No se cumplen los preceptos de igualdad que se predicán? ¿O sí se cumplen, en un desarrollo social, progresivo, interno, conflictivo, dialéctico?

Al colocar en una misma dirección perspectiva a ambos sistemas, se ignoran sus mecanismos internos de significación y, por consiguiente, se plantea el problema de la interpretación desde una clasificación ideológica, aplicada y constantemente legitimada por el capitalismo, en sus diversas fases. Se trata de una interpretación política análoga a la del padre que evade analizar los elementos en disputa que sus hijos esgrimen por una problemática inmediata entre ellos, y opta por castigarlos a ambos por igual, atrofiando el proceso educativo en una doble dirección y con un mismo resultado significativo: (de)mostrando a uno que el mundo es injusto, y que no vale la pena reclamar justicia, en tanto al otro se le (de)muestra que siendo pícaro, mintiendo y tergiversando, se obtienen beneficios de la injusticia del mundo circundante.

En una nueva circunstancia, con los papeles invertidos, los hijos comprobarán, en propia experiencia, cada uno de los axiomas. Mientras la fórmula se mantenga, quedarán preparados para la guerra de todos contra todos y para erigirse en más aptos, o conformarse con perder. Todos son, sin embargo, patrones de figuración de lo que Marx llamaría falsa ideología, es decir, un constructo ideológico que violenta, estandarizándola, la estructura del signo, para dar la ilusión de un significado previamente construido.

Si es cierto, como Lechner lo señala, que al no existir igualdad material entre los hombres, la unificación solo puede ser formal, o aparente, que es lo que significa el uso del concepto formal en este caso, también debe serlo en la medida de la proporción en que se materializa esa búsqueda y puesta en marcha de la igualdad. Así, pues, en tanto mayor sean las expresiones materiales de la igualdad entre los sujetos sociales, mayor será el grado de unidad que el sistema social pueda manifestar. Los predicadores comunistas de la panacea euro-soviética que anunciaron el arribo al Dorado del sistema, cometieron una ingenuidad semejante a la del espontáneo propietario de la gallina de los huevos de oro. Al formalizar, como pretende Lechner, es decir, al reconstruir como una representación la delimitación entre los agentes sociales, no se hace otra cosa que disfrazar la permanencia de la división clasista con rituales sociales que van naturalizando, mediante la iconización de los símbolos y los significados, la desigualdad.

En general, las diatribas contra el Estado, como institución, se basan en prácticas de estados particulares, focalizadas y convertidas en generalidad, sin tener en cuenta su función signica para la comprensión integral de la institución. Spencer puede ser un ejemplo, de ahí que se autoproclamara socialista, pues se centra en verdad en el particular Estado capitalista que ha creado las bases para formar el imperialismo. En el capitalismo, en tanto sistema que permite la equiparación de los valores fetichistas con la

expresión cultural, la ideología política necesita configurarse sobre la base de representaciones, de montajes pre-determinados que van a formalizar demostraciones pragmáticas que luego calzarán las ciencias. El socialismo, para conjugarse en su expansión hacia la sociedad, requiere de una práctica analítica constante, que le permita ir desprendiéndose de los referentes de alteridad capitalista, consumistas y alienados. Las limitaciones de la crítica interna, intrasistémica y no antisistémica, generan dos problemas que ponen en riesgo la consecución del sistema: retardan y atrofian el proceso de socialización.

La atrofia se produce a partir de que, de cualquier modo, la empresa se nacionaliza, etcétera, lo cual repercute en la dinámica de la sociedad y transforma las normas culturales de comportamiento, que deberán ejercer bajo una doble línea de conflictividad: el correspondiente a su propio desarrollo, a su evolución y búsqueda de identidad signifi-cacional, y el correspondiente a la hostilidad con que los propios representantes de la política obstaculizan el camino de la socialización.

Socialización no implica, obviamente, socialismo. Por tanto, si se socializa y al mismo tiempo se obstruyen los mecanismos estructuradores del sistema, se retarda el proceso, se le obliga a actuar dos pasos hacia atrás y uno adelante. De modo que, el Estado socialista, que ejerce durante el largo período de tránsito los mecanismos de dominación de la sociedad en función de su unidad sistémica, deberá hacerlo bajo la plena conciencia de que esos mecanismos habrán de hacerse cada vez más superfluos, menos imprescindibles. Su fortaleza, y su eficacia última, dependen de su capacidad para socializar los recursos productivos del modo más equilibrado posible. Esto incluye el objetivo primario de las pertenencias, lo cual no se diseña si no es a condición de desarrollar una cultura que sea capaz de arraigarse en esa su condición cultural y no a costa de su industrialización. Ganar la batalla de la cultura, abandonada

en pleno proceso por el sistema euro-soviético, indicará un estadio de verdadero desarrollo en la cimentación del socialismo. En ese punto, la ética podrá dejar de ser un estamento moral coercitivo para actuar como necesidad y fin.

Un ejemplo, sacado de la marginalidad, del mundo de la ilegalidad institucional cubana, son las lidias de gallo, en las cuales no media, al menos directamente, un ejercicio coercitivo de la ley en tanto las normas éticas de uso se cumplen, en general aunque no estrictamente, por parte de los jugadores. Se pagan las apuestas y hasta se devuelve lo ganado si se descubre que hubo trampa en el transcurso de la lidia. Ahora bien, ¿responde esto a que la sociedad se comporta mejor por sí misma, sin mediaciones estatales? La verdad es que, por el hecho de ser ilegal, es decir, por la coerción que implica el mal mayor de acudir ante la justicia, los participantes de las lidias de gallo optan por no tensionar las circunstancias hasta hacerlas salir del ámbito local de su concertación. Se conjugan en este caso dos elementos en contradicción: las lidias de gallos permanecen en la conciencia del cubano por retransmisión cultural; aunque en lo personal no las disfruto, debo reconocer que el ciudadano ha sabido recomponerlas sobre la base de un sentido primordialmente cultural, aprehendiendo sus significaciones en el desarrollo de la tradición. Tradición que no está fosilizada en el tiempo, sino que se revitaliza de acuerdo con las circunstancias sociales inmediatas, aplicando las variantes de cambio que el folclor necesita para permanecer.

Los mecanismos reguladores de control social, que el pleno ejercicio práctico del socialismo debe ir haciendo cada vez más superfluos, dependen, cada vez más, de que el ejercicio de la política se socialice hasta los grados internos de la sociedad, de que se haga una práctica por parte de las masas, para que entonces las masas contengan los intentos de manipulación que pueden sufrir, y que sufren, desde los mecanismos de dirección. Las asambleas de barrio del

Poder Popular, creadas en Cuba para un mejor ejercicio de gobierno participativo, constituyen una institución de avanzada, en teoría al menos, para un más pleno desempeño del socialismo. Sucede, sin embargo, que las asambleas de las instancias inmediatas superiores actúan direccionalmente sobre los procesos de planteamientos de problemas y necesidades y, sobre todo, volatilizan luego una buena parte de esas reclamaciones, creando un patrón de inutilidad para el mecanismo institucional.

Así, los ciudadanos se alejan de la asamblea de barrio, y evaden el planteamiento de los problemas, en tanto el funcionariado, lejos de mostrarse socialmente abarcador, se conforma con abstenerse al ámbito local de su gestión personal. Se trata, paradoja adentro, de un mecanismo análogo al que aplican las alcaldías de los estados en el capitalismo; sin embargo, el propio mecanismo, en su esencia, contiene todas las bases de superación de las limitaciones de la democracia representativa. ¿Cuántos de los problemas que le llegaron a Fidel en aquel proceso de reestructuración del Período Especial habían sido canalizados mediante las asambleas de barrio o de circunscripción?

Tal práctica, atrofia en tanto desacredita una institución de democracia revolucionaria socialista que puede conjugar su continuidad institucional con la discontinuidad de la superación de las necesidades sociales. También retarda, puesto que, al analizarlo transversalmente, en un mecanismo de aplicación de los resultados causa-efecto de circunstancias ajenas, consideradas como análogas, se tiende a desacreditar a la formación institucional misma, es decir, se ejecuta al árbitro cuando no se puede llegar a la victoria en el partido. Por si no fuese suficiente, corta un momento esencial de la expresión individual en medio de una sociedad que se caracteriza por su alto grado de socialización.

En tanto los adelantos tecnológicos sirven con eficiencia a la fusión de compañías, es decir, para el rápido accionar de los consorcios transnacionales, suele confundirse su

papel a la hora de poner en práctica la resistencia. Como en la época de la rebelión contra las máquinas, en la que se interpretaba a través de sinécdoques aritméticas los elementos de avance en la tecnología, ciertos focos de resistencia cultural reaccionan en contra de proyectos, a los que por significación contigua culpan, y de descubrimientos y adelantos científicos que no consiguen entender. Se confunde el valor de los resultados de investigación, del trabajo, con el método de explotación de ciertos elementos. Esto, lejos de proyectar unión y fortaleza sobre los movimientos, corroe sus bases, pues lo que se instaura como desarrollo en la tecnología alcanza siempre, y cada vez más rápido, su implantación en las condiciones sociales.

El espíritu negativo de aquel luchador que se halla condenado a actuar a la riposta, crea, en el orden inmediato de la puesta en marcha de códigos y significaciones, una limitación de los alcances futuros en su carrera. La historia de tantas organizaciones que luchan por el bien pasa por el entusiasmo, la confusión ante la demarcación estructural del enemigo, la división interna, frustración y, desde el campo de observación externa, la evaluación rotundamente negativa. Si bien se declama un precepto de unidad, la asimilación de los rasgos diferenciadores se convierte en sectaria en un por ciento amplio de la ejecución práctica.

Al atender al papel de la religión como elemento de resistencia a la regeneración de desigualdades e injusticias del mercado, François Houtart propone que el integrista religioso es acaso una consecuencia de la occidentalización de la cultura y de la destrucción de las bases materiales de existencia de ciertos pueblos, que movimientos emergentes, como los de tipo pentecostal, son “fruto de la destrucción de los vínculos sociales tradicionales”, que el reforzamiento de la ortodoxia institucional de la Iglesia se explica por las consecuencias de transformación de la sociedad occidental, que el individualismo cultural se origina, parcialmente al menos, en la crisis institucional y que la

búsqueda de identidades tiene también su origen en prácticas tradicionales religiosas de tipo precapitalista.<sup>74</sup> Sin embargo, y aun cuando estos elementos no dejen de hallarse en la médula de la resistencia ante el avance de la depredación cultural de los agentes globales de dominio local, en tanto esas consecuencias, o efectos de las causas que los fuerzan y refuerzan, son parte de la estructura de intercambio mediante la cual se garantiza la lógica reproductiva de las desigualdades de clase, así como las hegemonías grupales, tampoco reconocen y encuentran soluciones viables e, incluso, ante la presión política y el deterioro humano que sus propios componentes sufren, terminan siendo pasto mediático como arquetipo de fracaso, de error, extendiendo el estigma al reclamo emancipatorio.

Estas manifestaciones se inscriben dentro de una lógica estructural que acude a síntomas antes que a estructuras, que busca —consciente acaso de su imposibilidad física y material de ir más allá— curar el mal a partir de sus efectos visibles y no de las causas profundas del entramado social. Saber que las causas de discriminación y aculturación son generadas por la formación económico-social tampoco, y mucho menos, soluciona el problema, pues el resultado tiende a presentar el sistema como inamovible, regenerativo, y se renuncia a trabajar para cambiarlo.

La resistencia orgánica del intelectual no deberá encontrarse atada a una salida grupal, a recursos de asociación que, en última instancia, arriesguen su capacidad especulativa, sus posibilidades de experimentación en el orden de su propia creación individual. No hablo, por supuesto, de atomización por norma deductiva, sino de búsqueda plural desde el punto de vista del individuo que ha de saberse sujeto y parte integral de la colectividad en la que sus ideas pudieran hacerse efectivas. La asociación de los intelectuales necesita estructurarse sobre bases que soporten la polémica

<sup>74</sup> *Ibidem*, p. 45.

y, ante todo, la posibilidad de que opiniones encontradas, antagónicas incluso, se desarrollen en ese contexto asociativo. Y de la misma manera es posible integrar al ciudadano al pensamiento colectivo, no solo creando espacios de participación crítica y de análisis, sino trabajando porque estos funcionen en sentido práctico, sin desvirtuar su esencia, que no es solo democrática sino además contentiva de su futuro desarrollo.

Una salida local a un problema global, si es efectiva, es decir, si promueve el equilibrio social y permite que sus operadores humanos se reconozcan y evolucionen culturalmente, puede ser una alternativa a la presión, más que simbólica, modal. De ahí que manifestaciones en apariencia aisladas de emancipación sean atacadas con saña por las potencias a cargo del dominio mundial. No es que en ellas se termine el proceso, sino que justo de ese modo empiezan. Entonces, y para que no se disuelvan en el peligroso arquetipo del experimento errado, deberán resistir y progresar, como entes materiales, pero también en sentido cultural, arrastrando las bases simbólicas que permiten el curso comunicativo interno y alcanzando metas objetivas culturalmente intrínsecas.

El pensamiento intelectual tiene entre sus exigencias, además de detectar los elementos antisistémicos que surjan como operadores corrosivos, analizar sus posibilidades en términos de reproducción estructural, a niveles globales, para salir de los imprescindibles mecanismos de plaza sitiada que tanto tientan a las injusticias. El curso de las relaciones globales se aviene como irreversible para el mundo, por tanto, urge crear los marcos para que tanto el individuo como la diversidad de sujetos consigan expresarse, reconocerse y complacerse con su propia evolución cultural. Eso que Inmanuel Wallerstein llama “el vórtice de las actividades”, lo enfrentamos a diario. Si cada intelectual, y cada persona con conciencia de ello, decide no dejar pasar de largo al menos uno de esos vórtices, algo vendrá de resultado en la difícil misión de resistir.

## II. MEDIOS Y PROMEDIOS

*Hay en efecto un butacón,  
pero está vacío.*

NICOLÁS GUILLÉN<sup>1</sup>

*La industria de las relaciones públicas produce, en sentido literal,  
consentimiento, aceptación, sumisión. Controla las ideas,  
los pensamientos, los espíritus.*

NOAM CHOMSKY<sup>2</sup>

*Esta cultura posmoderna global, que es, sin embargo,  
norteamericana, es la expresión interna y superestructural de un  
nuevo momento de dominación militar y económica  
de los Estados Unidos en  
todo el mundo: en este sentido, como ha sucedido en toda  
la historia dividida en clases, el reverso de la cultura  
es la sangre, la tortura, la muerte y el horror.*

FREDRIC JAMESON<sup>3</sup>

### Aldea global: mapas interactivos, geografías invisibles

Cuando comienza el siglo XXI, la industria cultural capitalista ha recorrido un trayecto acelerado de lucha por la hegemonía que, en tanto presiona para dominar las circunstancias

<sup>1</sup> Nicolás Guillén: "El cosmonauta", en *Obra poética, 1958-1972*, Bolsilibros Unión, La Habana, 1974.

<sup>2</sup> Entrevista publicada en *Le Monde Diplomatique*, agosto 2007. Traducción: Mabel Sarco, en *Mariátegui. La revista de las ideas*, URL: <http://www.nodo50.org/mariategui/index.htm>

<sup>3</sup> Fredric Jameson: "El posmodernismo como lógica cultural del capitalismo tardío", en *Ensayos sobre el posmodernismo*, Ediciones Imago Mundi, Buenos Aires, 1991, p. 20. Traducción: Esther Pérez [*Casa de las Américas*, La Habana, 1986, no. 155-159].

que subvierten su orden en el interior del sistema, se descarga sobre niveles simbólicos. Cuando se aviene el escándalo y difundido triunfo sobre los estamentos de su contrapartida socialista, en cambio, es abiertamente brutal. Llegados a ese punto de la historia, la ideología neoliberal descubre que son más expeditos los caminos para coronarse y sentar, en connivencia activa con la práctica del libre mercado, su hegemonía en cada uno de los niveles de la existencia humana.

El desplome global de los extremos polares que se habían adaptado para resistir, y el surgimiento de innumerables filones de inversión a ganga, en los países que recién abandonaban el socialismo, reordena como norma adaptativa la deculturación. En menos de una década, los valores culturales alcanzados a lo largo del siglo se supeditan a un estatus de “producción inmaterial” que apenas alcanza sentido si se convierte en relación mediática de impacto. El punto de giro, sostenido en las reglas de la condición imperial en la que se debate el mundo, descansa en el efecto contractual, en la estadística que apunta solo a la ganancia líquida, en el cínico culto al efectivo. El socialismo, se dice, en un chiste que crece en amargura, es el período de tránsito entre el capitalismo y el capitalismo. La deculturación, sin embargo, se había estado gestando a través de la cultura misma.

Los artífices de la Guerra Fría, luego de haber comprendido su posición de desventaja tras el triunfo soviético en la Segunda Guerra Mundial, apostaron por dos direcciones en el campo de las relaciones sociales: el exhibicionismo de la competencia comercial y la sutil ocupación de la cultura. La llamada “lógica cultural del capitalismo tardío” tuvo por fin sus resultados pragmáticos: había asentado las normativas estándar del gusto universal.

Con el cine y el rock a la cabeza, cumpliendo aun a contrario el papel de tapadera apolítica, su producción cultural se reciclaba en producto *sine qua non* para el sostenimiento del mercado mismo, con el condicionado convoy

de la práctica gradual privatizadora. El largo período de sostenimiento de códigos estables en la norma genérica dificulta, y en la mayoría de los casos imposibilita, la difusión universal de un producto que subvierta las reglas. La revolución tecnológica, tras instrumentar un inmediato acceso a geografías virtuales que en perspectiva física e histórica aparecían por completo inalcanzables, reacondiciona ese alcance y redefine el Universo como aldea. La aldea es en rigor imposible, pero las normas de conducta en que la evolución digital transcurre no hacen si no asegurar las líneas de dominio a través de un uniforme estamento de presentación simbólica.

El proceso de mediatización de la opinión, y de la conducta que como cultura ha de expresarse, no puede ser sometido de manera inmediata a la iconización que garantiza el vacío de sentido en el contexto diario del acontecer humano. Para que ello ocurra deben confluír al menos dos circunstancias operativas en el campo de la significación social: primero, que los códigos pertinentes para garantizar la estrechez deseada en los significados se encuentren asentados en el receptor como para que este termine por aceptar que demanda la propia línea de sentido la cual se pretende entronizar; segundo, que la situación existencial del receptor enfrente un grado de reducción de alternativas que faciliten ese condicionamiento de la elección del producto.

La libertad individual, en el plano de la interpretación, se ve condicionada por líneas de conducta que actúan sobre el individuo en forma de paradigmas sedimentarios, los cuales ayudan o contrastan con los resultados interpretativos. El más anárquico de los sujetos arrastra en conclusión un sustancial número de sedimentos ya codificados, incluso si se trata de alguien que a toda costa pretende marcar notorias diferencias interpretativas. El ámbito simbólico mediante el cual la comunicación humana trasciende el nivel del lenguaje, predice y orienta el resultado de la interpretación individual.

La industria cinematográfica, como ejemplo modal, y la avalancha de producción televisiva, son tal vez los patrones más investigados en este proceso. Ello responde a que muy pronto se revelaron como un prodigio de eficacia, por su adaptabilidad al curso de la expansión masiva. Alcanzado el dominio de este punto, se facilita la misión de contrarrestar cualquier influencia intelectual que intente oponerse a las esencias sistémicas de la masificación subcultural.

El trabajo a favor de la suplantación de la cultura no fue ni por mucho exclusivo de estas zonas de mayor grado de expansión popular, sino que estuvo dirigido a sectores de más profundidad de pensamiento, a zonas cuyas claves se definían más en órdenes de estética que de función social explícita, más en una línea ética focalizada en los propios requisitos de la creación que en sus itinerarios receptivos. Los requisitos, sin embargo, no variaban en unas y otras geografías. El orden hegemónico se enfrentaba a la necesidad de resolver el conflicto histórico de expansión de los imperios —ocupar los territorios conquistados de modo tal que no se detenga el proceso creciente de conquista— en el ámbito de la geografía mental, es decir, en el nivel de la cultura sancionada como válida para el comportamiento social de convención. Si bien este nivel de la cultura se caracteriza por demorar en adaptarse, es también el que con más firmeza se asienta una vez que se han cumplido los preceptos receptivos. Al avanzar hasta este punto de conquista, se hace muy trabajoso cualquier intento de negar o borrar elementos de esa cultura sancionada como válida, e incluso introducir direcciones que alteren o transformen desde dentro su concurso sitémico.

Las posibilidades de correlación entre las normas de efectividad de la industria y las características tecnológicas en que el cine y la televisión evolucionan, definen a ese territorio como idealmente propicio para acondicionar el proceso de dominio global en la cultura. Así, los mapas culturales dependen mucho menos de trazados limítrofes que de bloques de expresión que se mueven bajo fronteras difusas, aunque

nunca demasiado extendidas en sus bordes últimos. Se trata de una figura que expresa, tras su apariencia anfibológica, la conjunción de los tópicos mediante los cuales se habrán de asentar los modos de codificación que deben garantizar la eficiencia sistémica.

El habla común hace que cuando una persona que se dispone a viajar entre localidades ve que se acerca un ómnibus procedente de alguna población determinada, se valga de un ejercicio de contigüidad figurativa y anuncie que ya se acerca, por ejemplo, Sagua. Sus compañeros de espera comprenden al dedillo este acto de síntesis enunciativa aun cuando, sin excepción, estén dispuestos a aceptar que no es en efecto la ciudad la que de pronto se traslada. No obstante, uno de mis amigos, filólogo y al mismo tiempo humorista, solía responder, sin inmutarse:

—¿Viene Sagua?! Avísame cuando pase el parque, que quiero subirme un rato a su tertulia.

Al reajustar al sentido literal, el de la lengua, la figura del habla, se reconstruye como un chiste en el legítimo uso de la significación. Es un error gramatical que, al serlo, contiene la necesidad de expresar la circunstancia a través del mayor grado de síntesis posible.

Los mapas que definen el dominio global en la cultura responden, por su parte, a la combinación del sentido de la lengua con la lógica de desplazamiento de los puntos geográficos. En la tragedia *Macbeth*, este se complace en tomar la primera parte de la profecía, o sea, la que le anuncia que su muerte o su ruina solo llegarán cuando el bosque de Birnam suba a Dunsinane. Como le pareciera al personaje, siguiendo la convencional y acreditada lógica de la existencia así como el comportamiento táctico de la naturaleza, suponemos que es imposible que los bosques se desplacen, que jamás han de avanzar hacia nuestro castillo con la evidente intención de eliminarnos. Pero el bosque de Birnam sube a Dunsinane, no lo olvidemos, gracias a una astucia de avance militar, en un paisaje muy agradable a la visión humana. Y una vez que se reubica el código,

mediante el cual Shakespeare convierte en realista un acto de figuración, es en efecto posible el sin sentido. Se comprueba de hecho lo que el conflicto entre la lengua y el habla hacía irresoluble.

La conjunción del mecanismo industrial —cuyos valores de sentido focalizan como estatuto primario la lógica de la configuración y reconfiguración del dinero— con una producción cultural de alta demanda, garantiza el traslado de contextos geográficos, el intercambio desigual interactivo de normas de conducta que suben, camufladas, al nivel cultural. Fue el cine el mapa que mejor se adaptó para cumplir la maniobra de desplazamiento una vez que la necesidad de dominio se planteara. La condición de la imagen en movimiento reveló de inmediato su alto potencial y fue invadida por la lógica histórica del capital, el cual se garantiza, más que por sí mismo, a partir de que las alternativas sociales confluyen en la necesidad de hacerlo una demanda.

Los Estados Unidos, bajo una explícita marca de potencia, se convirtió en el artífice del mapa en expansión a los diversos territorios culturales. Y fue el cine su bosque-camuflaje, con la televisión y los medios de prensa de ejército de apoyo. Su desarrollo condujo a que, hacia finales del siglo xx, más del 75% de todas las recaudaciones por películas fueran a las arcas de los productores estadounidenses, de donde salía apenas el 5% de la producción total del planeta. Compraban, en cambio, para exhibir en su propio territorio, menos del 2% de cuanto en otros países se ofrecía. Y asimismo, el 75% de las exportaciones mundiales de programas para televisión procedía de la propia industria norteamericana.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Ignacio Ramonet: *Propagandas silenciosas. Masas, televisión y cine*, Fondo Cultural del Alba, La Habana, 2006. Traducción: Isora Acosta Real. Ver “Falsas apariencias”, pp. 15-20; “Las masas manipuladas”, pp. 21-33. Herbert I. Schiller: “La fabricación de un consenso descerebrado en Estados Unidos. Para hegemonía del «business»”, en *Le Monde Diplomatique*, julio-agosto de 1999.

Si alta nos parece la desproporción, atendiendo apenas a los reportes estadísticos, mayor se hará su impacto si comprendemos que este fenómeno se expande en cada una de las sociedades del mundo a través de la distribución irregular, por préstamo, piratería, exhibición subvencionada por instituciones y otras formas no recogidas en los informes tributarios. Con la reproducción mecánica ilegal, así como con otros modos didácticos o de beneficencia informacional, las productoras dominantes consiguen que se complete el impacto global de la estructura de aldea propia que ellas se han encargado de construir con mucho celo. Las pérdidas económicas, acerca de las cuales se publican sin cesar quejas y amenazas de medidas legales, se ven al mismo tiempo resarcidas por la acción simbólica que opera en el nivel cultural de la sociedad al reclamar a toda costa, o sea, a través del poder simbólico de la moda, satisfacer esa demanda antepuesta, promovida con creces por el propio aparato que rige la industria cultural. El escaso proceso de recepción interna dentro del espacio cultural estadounidense se reparte, en cambio, mucho menos en circuitos públicos de largo alcance que entre instituciones creadas para garantizar el estudio del resto del mundo, o para distribución en sectores migratorios que necesitan relacionarse con sus tradiciones de origen.

El ámbito académico aporta, en sus circuitos, un desequilibrio absoluto en cuanto a la relación entre los centros de estudio y programas financiados para investigar al resto del mundo y las instituciones de este tipo que para sí mismos existen en la mayor parte de los continentes restantes, de donde no debe excluirse el entorno europeo. “El Manhattan Institute, en Nueva York —revela Herbert Schiller— es uno de esos centros de producción de información de encargo. Su misión, explica su presidente, es «desarrollar ideas y ponerlas en circulación entre el gran público», con ayuda, precisamente, de la «cadena alimentaria

de los media». ”<sup>5</sup> La especialización académica, científica, de estas instituciones que gravitan sobre bases que se supeditan a la impunidad mercantil, genera un ambiente de legitimación social para esa maniobra global expansionista de los mapas que habrán de erigirse en dominantes.

El poder probatorio de las estadísticas, con las que siempre se acompañan estas performáticas intervenciones, usurpa su categoría científica para dirigirse hacia la construcción de una ideología en apariencia desideologizada. De ahí que, según continúa informando Schiller, “sin escatimar en invitaciones masivas a periodistas, funcionarios, dirigentes políticos, etcétera, a sus desayunos-debate, con un personaje que interviene para tratar el tema que se haya escogido para esa fecha, este instituto es de los que, informa *The New York Times*, han “desplazado el centro de gravedad político neoyorquino hacia la derecha”. Ese desplazamiento del centro de gravedad neoyorquino no se limita al ámbito geográfico estadounidense, sino que se compulsa a través de las redes mediáticas a los capitalismos hegemónicos, los periféricos y las sociedades de resistencia. Es un fenómeno estandarizado por los dispositivos de reproducción global de la información que tiene eco, además, en el ámbito institucional y, sobre todo, en un imaginario superficial que convierte en quimera referente esos estándares de vida.

Una vez que la fábula del camino hacia el éxito a través del talento, la constancia, junto a un indefinido número de virtudes, pierde efectividad como presentación de ficción, la actitud testimonial asume su papel. No se trata, clama el decir del éxito representándose a sí mismo, de invenciones, de folletines, sino de un testimonio de vida que es palpable. Los antiguos valores se supeditan, eso sí, a la constancia en el triunfo, a no renunciar a hacer a cada minuto más dinero. Y el dinero, en tanto fetiche de alienación

<sup>5</sup> Hebert I. Schiller: “La fabricación de un concurso descerebrado en Estados Unidos...”, en *Le Monde Diplomatique*, 1999.

de la conducta existencial y en cuanto gestor eficaz de los deseos humanos, difumina no pocas tentativas de cuestionamiento interno. Hay gente tan pobre, sentencia un humorista, que solo tiene dinero. El dinero, contrapuntea otro, no hace a la persona, no hace al amante, no hace a la moral; el dinero apenas hace... falta. En esa misma línea, el grupo de excéntricos musicales argentinos Les Luthiers interpreta un delicioso *jingle* que nos dice: "Usted..., usted, que frecuenta el éxito como una costumbre más; usted, que triunfa con la misma naturalidad en los negocios y en los deportes más exclusivos; usted, que está habituado a que los hombres lo respeten y las mujeres lo admiren; usted... ¿no puede decir cómo hace?"

Así también el *marketing* mina el terreno para el asentamiento de su eficiente programa de depredación. Agrega Schiller que un numeroso grupo de organizaciones, como la Brookings Institution, la Heritage Foundation, el American Enterprise Institute y el Cato Institute, entre las más citadas, "sirven de vectores discretos de la "voz del *business*," por lo que "la información que se sirve al público se encuentra contaminada desde sus orígenes". El carácter discreto de esos vectores es, una vez que despega el siglo XXI, cada vez menos discreto, pues han puesto en práctica la eficacia promocional de seducir a través de mostrar que se está al día y que no pararán de transformarse en tanto se reclamen nuevos elementos de consumo. A la necesidad de conocer las estructuras internas del éxito en sociedad (que ha suplantado a la idea de bienestar) y su evolución histórica (suplantada por paquetes biográficos de famosos) que surge entre las masas como parte de su búsqueda de expresión cultural, responden acondicionando escaparates de venta, exhibiendo productos que cada vez valen menos por sí mismos, por lo que están llamados a representarse a través del fetiche del mito en que se envuelven. Se agrega a esto la legitimación, mediante premios de tentador monto económico y un influyente soporte

mediático, de figuras emergentes que se comprometen con el paquete neoliberal de la ideología que ha de regir las normas del comportamiento. Y en ocasiones, es obvio, también consiguen atrapar figuras de importancia cultural que les permiten mostrar una presunta limpieza de sangre ideológica y machacar con los tópicos de la libertad de expresión.

¿Hacia dónde enfocar el cambio de las dos décadas últimas del siglo xx en materia de manipulación de masas?, se pregunta Ignacio Ramonet, y de inmediato responde que habría que concentrarse en dos puntos: “la irrupción de Internet, y la nueva ofensiva cultural norteamericana”.<sup>6</sup> El orden de prioridad, a mi juicio, debe ser inverso, pues corresponde a la industria cinematográfica el papel preponderante en ese intento de instaurar como predeterminado el comportamiento natural de la cultura. El propio Ramonet apunta, siguiendo a McLuhan, que la llegada del cine y su expansión al mundo hicieron que este actuara a manera de anuncio ante las masas de todo el universo. De ahí que, cuanto “llevaban, comían o utilizaban los actores y actrices se convertía en un anuncio más eficaz que el que nadie hubiera soñado jamás”.<sup>7</sup> No se trata de un proceso mecánico de aplicación mediante el cual las ideas que reclaman la puesta en marcha de un consumo devorador e insaciable se traducen en prácticas sociales de imitación servil. De ser así, hubiera bastado con un fajo reducido de filmes para ganar para siempre la batalla. La idea de un mundo global sumergido en una orgía de consumo, más que enmarcar el fenómeno del mercado en relación con la cultura, se desentiende de puntos esenciales de focalización en que lo cultural se expresa.

Menos visible que esas estructuras de producción y de difusión de la ideología —advierte Herbert Schiller—

<sup>6</sup> Herbert I. Schiller: “La fabricación de un consenso descerebrado en Estados Unidos...”, ed. cit.

<sup>7</sup> *Ibídem*, p. 21.

la dinámica del mercado contribuye todavía más eficazmente a asegurar a la policía de las ideas, particularmente en las industrias culturales. Aquí se trata más que de analizar su peso en el exterior de valorar su impacto calamitoso sobre la población norteamericana. La nación que sus dirigentes proclaman “indispensable” es también la que las “fuerzas del mercado” condenan a ignorar las creaciones del resto del mundo.<sup>8</sup>

La mentalidad hegemónica conduce, a partir del orden sociocultural que convierte en paradigmas los significados parciales, a un egocentrismo dogmático que va adquiriendo carácter de orden natural. Los índices del gusto, con sus implicaciones éticas y estéticas, se constituyen en dogma una vez que es imposible recepcionar lo que de otra zona cultural procede. Como codificación elemental de referencia, se instaura una especie de enciclopedia de arquetipos capaz de distanciar satisfactoriamente, es decir sin participación objetiva, cualquier interrupción de estamentos ajenos en el estatuto de consolidación de valores con que la hegemonía se siente protegida.

Por ello, en general las culturas del lejano o medio Oriente, del África o de América Latina, son presentadas, más por el cine en sus productos de acción y sus comedias —aunque también por la televisión y la prensa en general e incluso por expresiones culturales de valores intrínsecos—, con una dosis de estilización exótica que los sectores de consumo rector reclaman como norma comunicativa. Así se fundamenta el arquetipo, desde aquel viejo paquete que establece que, si eres inglés no deberás ser si no puntual, correcto y sexualmente frío, si francés infiel con el cónyuge, si latino una máquina sexual, etcétera, hasta la actual norma de codificaciones estáticas que hace a todo colombiano un narcotraficante, terroristas a los árabes, etarras

<sup>8</sup> Ídem.

a los vascos, mafiosos a los rusos y brutos a los africanos o a los aborígenes australianos.

Hay sin embargo grados de aceptación comunicativa entre las manifestaciones de clase que ejercen el dominio y las manifestaciones de clase que aceptan la dominación, las cuales se establecen en medio de la dinámica que indistintamente plantea los isomorfismos entre individuo y sujeto. Y hay además un uso espurio del índice estadístico acerca de la efectividad mediática, pues las prácticas encuestadoras omiten de la geografía global a aquellas personas que no se corresponden con el uso del carácter global de su propia geografía. Así se generan nuevos órdenes de legitimación sobre la base de desequilibrios que terminamos aceptando como no atendibles, como excluidos por antonomasia. No solo entre personas (los considerados) y bípedos implumes (la población en abstracto), sino además, junto con otros repertorios, entre los órdenes que enfrentan cualidad y calidad.

En primer término, es atendible la desproporción existente entre las personas que disponen de un acceso a Internet y el resto de la población con un nivel educacional apto para asumir su uso. Ello indica que, al asumir este como canal que por excelencia globaliza, dejamos automáticamente fuera de la geografía total a aquellos que no acceden a los ámbitos geográficos virtuales. Luego, en el paso lógico siguiente, debe atenderse a la proporción entre los usuarios que disponen apenas de un instrumento pragmático de comunicación a distancia —incluido en ello el ramo informativo-noticioso— y los que se desempeñan en un interés de crecimiento del saber y la cultura. Esta estadística, que es acaso imposible de obtener, que fluctúa además de acuerdo con la circunstancia de vida de la persona misma, impone un nuevo giro al modo operativo, el cual resuelve aplicando la exclusión a todo aquel que no se advierte como “incorporado” al proceso. Por último, y no menos importante, la proporción entre la calidad del plano receptivo y la de los emisores.

La retórica que el uso de programas de computación va definiendo como activa, ineludible para que su práctica pueda instaurarse como pertinente, determina los límites de la diversidad y, en medio del gesto por la supervivencia, reduce el riesgo de experimentar con nuevos marcos expresivos. A tal punto los códigos genéricos dominan el estatuto general de significación, que aun sabiendo que debajo de la propia piel de los que van poblando la extensa galaxia de las redes se agazapa el elemento humano de la diversidad, la imperiosa nostalgia por la comunicación suscribe el estatuto de su curso presuntamente uniforme. Nunca antes, un vocablo estuvo más necesitado de ser preciso en su resultado semántico ni una señal más urgida de cerrar el código. El cuasi infinito acceso —según la gratuidad, los niveles de costo, la economía de hipervínculos y el propio nivel del producto que se ofrece en sí— depende en absoluto del relámpago significacional que llame a detenerse. De ahí que una de las soluciones puesta en práctica por la inmensa mayoría de los sitios Web consista en esa tira de enlaces e hipervínculos que se recomiendan o que al desgair se dejan señalados.

La seducción se ejecuta a partir de un sistema de señales en el cual las variaciones posibles son cada vez menos variables. Así se configura el escenario de la aldea global, lo que no es otra cosa que la parcelación de las informaciones vitales para el conocimiento en compartimentos estancos de disociación concentrada. Hay en efecto un butacón desde el cual nos sentimos habitantes activos de todo el universo, mundializados hasta el tuétano, pero estará vacío en tanto tomemos la parte visible del *iceberg* por el todo sumergido en la congelación.

En el ciberespacio, la potenciación propagandística de nombres garantiza en cierta medida el efecto inmediato de atracción. Un grupo de figuras cuyas obras se leen poco, mal, mediante resúmenes y recensiones o simplemente no se leen, marca los altares del juicio para dejar de fondo, y

en sesgo marginal, cualquiera de las tendencias que pueda concentrarse entre los intersticios de lo que el devenir reclama no precisamente en función de una inmediatez que se disuelve en el acto mismo del consumo, sino en pos de los valores de significación que de cualquier modo el futuro va a apresar. Cuando se crean comunidades que por intereses afines se conectan, muestran en general una necesidad vital, individual, de recuperar las posibilidades de asociación comunitaria, la confesión de amigo, la desenfada y abrupta circunstancia del comportamiento doméstico. La proliferación de *bloggers*, tras una rápida inspección de las motivaciones, y exceptuando aquellos que surgen conjurados por la autoridad de las personalidades que los fundan, da fe del predominio de esta cadena de síntomas enfocados a la recuperación de una utopía perdida en las culpas del pasado.

El carácter geográficamente remoto de las asociaciones (limitadas en principio por la barrera del idioma y luego por las diferencias culturales que llaman al riesgo de la incomunicación y enseguida por la radical diferencia informacional del universo inmediato, etcétera y, sucesivamente, etcétera) no hace sino estimular la magia de andar por casa en compañía de extraños a los que en última instancia no es necesario ni agasajar ni rendir cuentas. Asoma en el trasfondo el fantasma de una libertad utópica perdida —instrumentada por el imaginario aunque jamás conseguida en tiempo físico— que tantea proyectarse en un segundo ciclo de oportunidades.

La sociedad moderna, al apostar a un humanismo de excepción, no de sistema (utópico una vez que deberá desarrollarse en el interior de una sociedad forzada a generar deshumanización) perdió su infancia de forma prematura y ha sucumbido a lo largo de tales circunstancias al mito de la responsabilidad exenta del asueto. El éxito de los videojuegos, los cuales funcionan en plena ilusión de intimidad, en diálogo secreto entre la máquina y la persona,

quien aprovecha el lance para rescatar algunos de los fragmentos perdidos de su infancia y proyectarlos a su futuro utópico y perdido, descansa en buena medida en la necesidad de purgar el sobrecargo de conductas que el conglomerado moderno alistó como ideal.

Por otra parte, y también en reacción infantil, la entrega de energía personal al pasatiempo electrónico —tanto si se trata de los muchos de carácter vacío, por esencia alienantes, como de otros, que los hay, de corte educativo, previstos con pedagogía y entretenimiento de base cultural— suple el papel de los psicoanalistas para las multitudes. Agobiado por los hilos que rigen la sociedad en que se encuentra, el *homo luden* electrónico opta por el vicio del juego, por liberar virtualmente la energía simbólica que a manera de información cultural ha ido acumulando en su memoria y en su proyección física incluso.

También se acusa en el espontáneo habitante del ciberespacio, saturado por la afluencia de ríos sin desembocadura en que los resultados de la postmodernidad nos van dejando navegar, una pérdida del espacio doméstico habitual que por imaginario se ha heredado. La intimidad de la máquina, al ofrecerse como condición virtual, al dar la posibilidad de actuar con identidades supuestas sin que ello entrañe demasiado peligro de desenmascaramiento, permite al usuario el ensayo sin el peligro del costo del error. En trasfondo, guiña además el ojo de la necesidad de generar misterios, la congratulación narcisista con la superchería.

La frontera entre la alienación virtual y la reconvencción necesaria del asueto es tan estrecha, tan fácil de mover, y de manipular interesadamente, que los puntos de vista que afloran en la red se suceden sin estamentos precisos para acuerdos. El usuario, en tanto un punto más en la superpoblada galaxia, corre el riesgo de perder, además de la infancia y de la intimidad doméstica, su condición de sujeto y, en el mismo trasvase, su condición de individuo. De

algún modo actúa como cobayo de aquellos que, respaldados por una solvencia competente, van a adueñarse de los bloques de atracción y a crear nuevos estándares de reconocimiento global.

El punto de partida se halla, luego de tanta avalancha de tecnología globalizada, en la escisión entre el ser que deviene instrumento seguro del trabajo, sujeto alienado en medio del curso de la supervivencia, y el otro, previsto para el comunismo y cada vez más acosado, que hace del trabajo una vía principal para el mejoramiento humano. El proceso de proletarización gradual del sector intelectual, y de la aplicación del intelecto en los espectros masivos, propone un índice de libertad que es en esencia irrealizable, toda vez que la fuerza de trabajo no alcanza aún la libertad auténtica de contratarse a voluntad personal y de acuerdo con el más humano devenir de sus necesidades. Lo que llamamos globalización, opina Ignacio Ramonet, “es una segunda revolución capitalista”.<sup>9</sup> Y Susan George, luego de alertar que el vocablo “solo significa la última etapa del capitalismo mundial y el marco político que le ayuda a desarrollarse”, concluye que la globalización neoliberal es “el resultado de más de dos décadas de decisiones políticas concretas tomadas por los actores más poderosos del sistema mundial”.<sup>10</sup>

En consecuencia, el individuo que produce, recepciona e impulsa hacia nuevas dimensiones los valores de uso cultural, apenas consigue trascender la condición alienante del sujeto. En tales circunstancias, se disparan los índices de percepciones erróneas, no solo a causa del fraude y las mentiras emitidas por los medios que les sirven de referente, sino también por el imprescindible proceso de síntesis conceptual que necesitan llevar a cabo en medio de una saturación informacional que en general no sitúan como suya.

<sup>9</sup> Ibídem, p. 19.

<sup>10</sup> Susan George: *Otro mundo mejor es posible si...*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, pp. 17, 19.

La simple decodificación crítica que pudiera aplicar a su cultura individual el sujeto receptor pasa por un esfuerzo humano equivalente a un proceso de trabajo que en general no será retribuido y que, por ello, quedará en la casilla de la asignatura pendiente, en el desván de las posposiciones. Los más burdos manejos de la información, como por ejemplo aquellos que enfocan con descaro las dificultades de los sistemas sociales emergentes que intentan poner coto al avance desmedido de la privatización de empresas y recursos naturales, pueden ser desmentidos con elementos que la propia galaxia de Internet expone, en acceso viable. Sin embargo, es mucho más objetiva la limitación de tiempo del usuario que la necesidad de aperebirse de la objetividad con que esa información le llega. Las intuiciones, entonces, se apuran a invadir el nivel de los conceptos. Y allí campean por su respeto los estamentos subliminales que pueblan el conjunto. Por otra parte, cuando los tópicos ideológicos se marcan por esencia previa, crean un contexto de superpoblación de perspectivas que, en lugar de beneficiar esa necesidad de objetivación global del individuo, anuncian su cansancio clásico.

Así, de esta manera básicamente humana, el flujo informacional porta como un componente del sentido la condición alienante del sujeto. Lo global a tu alcance —resumen los axiomas mediáticos en el atribulado nivel de compromiso de la mente humana— es una selva difícil, peligrosa, improductiva, que podemos poner a tu disposición en pocas líneas, espléndidas imágenes y algunos hipervínculos comprobatorios. En tanto la rosa es una rosa es una rosa, esta verdad es verdad porque es verdad. Si lo has visto suceder ante tus ojos, es porque un *dejà vu* no es fruto del vacío y no ocurre, por tanto, baldíamente. Con mayor eficiencia que ningún otro medio que le precediera, incluidos el cine y la televisión, la gestión manipuladora de la imagen, en relación no explícita con el sentido aunque en directa asociación visual, adquiere grados seguros de eficiencia técnica.

En la medida en que lo virtual persiste en refractar la realidad, va dejando de hacerse proyección utópica para reconvertirse en esencia de lo real. Por cuanto la pantalla, que el sujeto domina a voluntad, se desplaza en minutos por cualquier recoveco del planeta, el mundo se reconvierte en un sentido decodificable en el plano personal. Surge una atrofia sofisticada de la dialéctica que rige el intercambio entre individuo y sujeto. Y hay, como decía, un botón desde el que podemos ignorar el juicio de los universales para asirnos a la avalancha violenta que en el interactivo mapa de lo global se va sedimentando.

Tal vez por ello, se tiende a insistir en la dicotomía entre lo universal y lo global. Jean Baudrillard advertía que “la universalización tiene que ver con los derechos humanos, la libertad, la cultura y la democracia. Contrariamente, la globalización se refiere a la tecnología, el mercado, el turismo y la información”.<sup>11</sup> Se trata de una proposición de herencia iluminista que el filósofo francés va a dejar sin solución al proponer como aserto que “la universalización existe como un dispositivo predeterminado y se expresa como un escape hacia adelante, que se plantea como meta alcanzar un valor común mínimo. Este precisamente es, hoy, el destino de los derechos humanos, la democracia y la libertad. Su expansión es, en realidad, su expresión más débil”.<sup>12</sup> Tajante y exacta conclusión, pues el ancho y al parecer jamás ajeno mundo de Internet ha conseguido que, como en el desplazamiento del bosque de Birnan, se haga posible y natural una obra en la que numerosos actores enuncian sus discursos al unísono, con palabras y tonos diferentes, pero con sentidos últimos afines.

Mientras el debate se lanza a decidir epistemas y en tanto los activistas se dedican a aplicar, según las circunstancias, estas parcelaciones de concepto, avanza el ejercicio

<sup>11</sup> Jean Baudrillard: “La violencia de lo global”, URL: [http://www.ctheory.net/text\\_file.asp?pick=386](http://www.ctheory.net/text_file.asp?pick=386)

<sup>12</sup> Ídem.

de dominio del mapa. La información presta a apoyar un cúmulo importante de decisiones, acuerdos y líneas de acción que inciden de modo decisivo en el espacio cultural, sufre un proceso desmedido de selección natural mediante el cual se reducen las alternativas. Como en el resto de las empresas, los consorcios de la información se reparten el pastel de las acciones en tanto se cubren con repeticiones concensuadas que establezcan, desde la supuesta libertad de expresión, los reglamentos a cumplir.

El sistema de propaganda estadounidense actúa, por extensión, como el contenido manual que va a globalizarse en virtud de la eficiencia informativa, no desde las últimas décadas, sino aun cuando el nazifascismo instauraba su expansión. Noam Chomsky ha identificado este proceso como un “lavado de cerebro en libertad”. Para entenderlo, según él mismo, es necesario considerar tres líneas de investigación: primero, el contexto de las relaciones públicas, la industria que centra su objetivo en la producción propagandística; segundo, el sector intelectual, que va desde la producción editorialista hasta la publicación de libros científicos sobre temas sociales; tercero, “el sistema académico, concretamente la parte de la ciencia política relacionada con las comunicaciones y la información” rama de la ciencia política en los últimos 80 años.<sup>13</sup> Por ello, es cada vez más ineludible acudir a la industria de la propaganda para hacer efectivo algún proyecto. Y allí, el esmerado proceso de supeditación histórica de un trabajo que descarga en el valor estético su fundamento, se continúa supeditando al

<sup>13</sup> Noam Chomsky: “What makes mainstream media mainstream?”, en *Z Magazine*, octubre, 1997; “El lavado de cerebros en libertad es más eficaz que en las dictaduras”, en *Le Monde Diplomatique*, agosto 2007. Traducción al castellano: Mabel Sarco, en *Mariátegui. La revista de las ideas*, URL: <http://www.nodo50.org/mariategui/index.htm>; “El itinerario hacia la gran estrategia imperial”, en Ubieta Gómez, Enrique (selección y prólogo): *Por la izquierda. Veintidós testimonios a contracorriente*, Ediciones ICAIC/Editorial José Martí, La Habana, 2007.

intercambio efectivo en el transcurso inmediato de las relaciones sociales.

Y así el *spot* va asimilando los gérmenes de seducción que el sujeto reclama, aun cuando el contexto social le presente un panorama abierto, desentendido de prejuicios e insatisfacciones bloqueadas por las normas del comportamiento ciudadano. Demanda, talento creativo, subvención, y objetivos de consumo definidos y exactos se conjugan en el vertiginoso transcurso de su evolución. Por consiguiente, la media del *spot* de propaganda visual prospera al reducirse en tiempo y, a la vez, se intensifica en cuanto a carga subliminal direccionada. La ideología subyacente, afinada en la oferta del producto como objeto de consumo antes que como instrumento utilitario, necesita compactar estos grados de subliminalidad para descargar el posible sentido, la posible relación lógica del consumidor que vive en peligro de aplicar algo de análisis al proceso, de extenderse hasta el porqué del acto mismo del que está siendo parte.

Este proceso de puesta en escena marcada por la ideología es, debe advertirse el detalle, anterior al acto mismo de crear el *spot*. Las relaciones contiguas mediante las cuales el producto a vender usurpa los valores del producto asociado, se hallan precodificadas en el entramado social: componen el estatuto de alienación que entorpece el tránsito entre las relaciones productivas y las validaciones culturales. Cuando se viola esta norma, el *spot* se disuelve en el contexto y pasa de inmediato al olvido. Por eso es dialéctica la relación entre el paquete de objetivos ideológicos del sistema de propaganda y su reproducción en el contexto social. Se activan indistintamente. Al separarlas, siquiera en el nivel del análisis, una de las dos sufrirá las consecuencias.

¿Por qué, se pregunta Albert Borgman, nos fascina tanto el hombre de Marlboro si sabemos que es todo manipulación y que, en caso de que sea lo que su *spot* publicitario

pretende representar, se trata de un adicto que habrá de convertirnos, bajo fascinación, en incurables adictos?<sup>14</sup> Lo que Jamenson veía como una característica de asimilación civilizatoria, luego de saturados los códigos de la modernidad, en la fusión de la estética con el objeto cotidiano, en la supeditación de los valores estéticos por la aceptación de ese objeto de consumo diario tal como se muestra, indica no solo un cansancio receptivo sino además una ausencia de proyecto propio, una renuncia a diseñar desde sí los modos de existencia.

La mistificación religiosa de un demiurgo que todo lo proyecta, contra cuyas decisiones será de cualquier modo imposible rebelarse, se transfigura en medio de la sociedad postindustrial hasta llegar a la fatiga intelectual. La mano invisible del mercado prefigura la esencia del demiurgo y, de paso, se deshace de todo lo superfluo, de los inservibles detalles que puedan tentar a la diversidad. Lo diverso, y también lo profundo, se iconizan en el imaginario social como desechables, de la misma manera en que lo son la mayoría de los objetos que por utilidad se adquieren. Producto es igual a producto; se remite a sí mismo, sin demasiada opción para simbolizar. Y ello a partir de que la evolución del pensamiento se halla en efecto fatigada, sin salidas viables luego del intenso periplo de la Guerra Fría.

El uso interesado de tergiversación de imágenes, como síntoma probatorio de lo que la noticia indica, responde a una puesta en práctica de las condiciones básicas de codificación. Su pertinencia se da, aun a contrario, a partir del efecto de la imagen misma, cuando ella logra invadir el sitio del mensaje en tanto las enunciaciones verbales ceden su terreno primario. Al intercambiar los elementos que van de la percepción a través de la lengua a la abstracción del pensamiento y entonces al razonamiento, negándoles reacondicionarse en sus funciones básicas, se atrofia la

<sup>14</sup> Albert Borgman: "Society in the Postmodern Era", en *The Washington Quarterly*, Winter, 23:1, pp. 189-200.

consecución de los razonamientos para dejar libre el camino de la aceptación de ese constructo de sentido que se emite. No solo la sospecha, sino el mentís, la fundamentación que prueba documentalmente la mentira, se disuelven en la norma perceptiva de lo significado. Toda vez que se afianza la base del sentido primario, queda obstruido el esfuerzo mismo de reconstituir cualquier significado otro que no llegue a través de un ciclo similar.

En este punto de la expansión imperialista, donde la depredación mercantil precede, acompaña y continúa a la barbarie guerrerista, esas condiciones básicas de codificación son alcanzadas de inmediato por los ideólogos del neoliberalismo, gracias a las insospechadas posibilidades de los nuevos conductos de la información. El superpoblado ciberespacio, en su condición de geografía virtual, no padece, al menos en principio, la falta de terrenos ni necesita de primer momento y en sentido especial, desplazar a semejantes para establecerse. Las guerras e invasiones propias de este ámbito responden, en términos generales, a la lógica de depredación empresarial que sus propietarios deberán imponer en garantía de su supervivencia, y en segundo orden, a las búsquedas de protagonismo, autorreconocimiento y exclusión del otro que sus practicantes asuman.

Debilitar, saquear, maniar a un Estado-nación, para devastarlo de inmediato, es una práctica que cierra e impulsa la bisagra económica del siglo xx y que ha mostrado sus niveles de acción e influencia a partir del ángulo propagandístico, ese que usurpa la necesidad de expresión cultural de cada usuario. De inicio, la tecnología digital, y la expansión del empleo de Internet, fue un caballo de Troya para invadir los espacios culturales de su siempre creciente número de usuarios. Contrarrestarlo, implica no solo la capacidad de razonar a contrario sino además, y sin pensar que podamos esquivarlo, la puesta en marcha de normas comunicacionales que vuelvan a ordenar los elementos

básicos del pensamiento. Ello, a estas alturas, no se produciría con un ingenuo llamado al torna atrás, ni con nostalgia humanista, sino con experiencias que lleven a explotar en beneficio individual lo que se ha hecho masivo, común, carente de profundidad, en el ámbito general del mensaje para los internautas. Hay que aceptar la imagen como un complemento simultáneo de la propia palabra, lo cual me lleva a pensar que en ese rango estamos cerca de atrapar esencias que el imaginario renacentista proyectó como imposibles.

Por un lado, la posibilidad de saltar, por la tecnología, al crecimiento científico, a un rango cultural de desarrollo, a circunstancias civilizatorias portadoras de cambios radicales en la comunicación humana; por otro, el riesgo de quedar secuestrados por un ciclo de vida cotidiana que responde a la obsesión de poder, a la supervivencia a costa de la destrucción ajena. Selección natural; o solidaridad. Términos que el propio proceso de manipulación somete a obsolescencia.

Centrando su foco *leitmotiv* en el creciente papel de las civilizaciones en medio del impacto global, Samuel P. Huntington se esmeraba en predecir, en 1996, la armonía del futuro gracias al propio choque civilizatorio. De ahí que nos asegurara que “una guerra internacional de clases entre el sur pobre y el norte rico está casi tan lejos de la realidad como un único mundo armonioso y feliz”.<sup>15</sup> Hay, por definición, un aura predictiva del conflicto interno que el individuo ha de asumir en condición de especie. El objetivo que el autor declara en esta obra fundamenta su tesis en obtener “un mapa que represente la realidad y al mismo tiempo la simplifique de la forma que mejor se ajuste a nuestros propósitos”,<sup>16</sup> lo cual no puede ser más explícito,

<sup>15</sup> Samuel P. Huntington: *El choque de las civilizaciones*, Paidós, Buenos Aires-Barcelona-México, 1996. Se cita por edición digital, p. 19. En inglés: *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Simon and Schuster, Nueva York, 1996.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 17.

dado el panorama de felicidad ordenatoria con que reconstituye, en un nuevo mapa, al mundo luego de la bipolaridad de la llamada Era de la Guerra Fría. Pero ocurrió, tras el pronosticado idilio de este discípulo un tanto *light* de Fukuyama, que la expansión imperialista agudizó su trabajo destructivo de toda civilización ajena, más violenta cuanto más antigua y arraigada estuviese en sectores donde era necesario apoderarse de recursos naturales. El precepto civilizatorio del consumo creciente, de producir, más que productos para el bienestar y la cultura, fórmulas de consumir que garanticen las escalas sociales a través del capital acumulado, se impone, mediante la guerra (la más cruenta forma de barbarie), en nombre de la supuesta noble causa de eliminar del universo la barbarie.

Del mismo modo en que la conquista de América —así nombrada por los conquistadores— estableció un proceso irreversible de dominación de una cultura arraigada por parte de otra civilización entrenada para someterlo todo al beneficio propio, el nuevo orden imperial apuesta por destruir esas bases que, al arraigarse, puedan crear intercambios culturales que a la larga reviertan el dominio simbólico. Así, en cuanto los gobiernos populares de América Latina comenzaron a dar señales de transformación en el interior de sus sistemas sociales, la maquinaria de guerra se activó con todas sus potencias. Así también en África, no ya por estamentos de diversidad ideológica concreta, sino a la vez que algunas naciones intentaron crear sus propios mecanismos de subsistencia económica para no quedar pendientes del estamento global en que se rigen las finanzas y el mercado. Y en Asia, donde el hostigamiento a China, país que, dadas las propias circunstancias que la misión imperialista iba impulsando, creció en sus índices de poder económico, aprovecha la herencia de *dejà vu* cultural acumulada para recolocar como noticia lo que antes fuera un arquetipo del cine.

Son mecanismos en efecto arraigados en la percepción que se contabiliza como global. Palabras fetiches como

democracia, libertad, derechos humanos, se despojan de sus bases conceptuales para convertirse en puro *spot* publicitario, en doctrina eficiente a través de la subliminalidad que ha conseguido naturalizar la codificación. En tanto, el mecanismo del *spot* se apropió de los valores culturales intrínsecos, y de las técnicas que podían expresar de mejor modo esos valores, la percepción cultural se dejó convencer por el envase, aun cuando comprobara casi de inmediato, una vez que revisara el contenido, que estaba siendo estafada.

Lo cultural se halla en la más privilegiada capacidad de transmitir con eficacia, desde sus propios mecanismos técnicos, cualquier idea espuria, si antes ha conseguido establecer la pertinencia hegemónica del código. Las opciones de renovación radical se avizoran, por ello, como poco probables, de ahí que la experimentación renovadora parta cada vez más de reconvenionalizar los códigos, sobre todo incidiendo en los modos de codificación, antes que reestructurar significados y sentidos propuestos como innovadores. La convención otra se convierte en una variable de alguna convención anterior reconocible. Y a ella se le impone, en el contexto de la guerra que apunta a la dominación a través de la cultura, la interpretación cerrada que aparenta remitir a una verdad concreta, sembrada en medio de la enciclopedia de la historia de la civilización humana. Se trata, entonces, de un círculo vicioso que no se produce por error, sino por dimensión intencionada.

Así, la ruptura ha marcado cada vez más el diálogo de sordos pues, en tanto la televisión, como blanco esencial y objeto de picota del resto de la industria cultural mediatisada, recibe la negación tajante desde la teoría, su papel en la formación cultural va adquiriendo un crecimiento difícil de evadir que, en bastante medida, se torna irreversible, pues las generaciones que en ese talante se educaron interiorizan para su necesidad de comprensión los códigos mediados. Se trata de comprender que estamos ante un reto que por un buen tiempo histórico no va a dar síntomas de replegarse. En tanto, los componentes medios de la

globalización van depredando no solo el carácter cultural de los universales, sino también los valores significacionales de aquellas zonas específicas de la cultura. Las manifestaciones culturales populares propias de geografías limitadas son cada vez menos lo que desde sí mismas proponen para convertirse en un constructo calificado exteriormente. También el arte y la literatura ceden ante el empuje de la competencia global para dejar en manos de esa empresa de apreciación sus tópicos de uso.

Este cambio tecnológico al que, más que enfrentarnos, nos entregamos deslumbrados e inconscientes, no se centra, según el criterio de Manuel Castells, en el “tipo de actividades en que participa la humanidad”, sino en “su capacidad tecnológica de utilizar como fuerza productiva directa lo que distingue a nuestra especie como rareza biológica, eso es, su capacidad de profesar símbolos”.<sup>17</sup> Ese universo simbólico, justamente, muestra una tendencia general a expresarse en una paradoja informacional: en tanto se acumula la profusión indiscriminada de objetos que son enunciados a manera de símbolos, se reduce su alcance en el campo del sentido y se establecen, aun antes de hacerse pertinentes, en un valor icónico.

Los iconos de la globalización tecnológica componen un dialecto a tal punto estricto, que el propio Manuel Castells considera importante que el movimiento antiglobalización haya “puesto sobre el tapete del debate social y político lo que se presentaba como vía única e indiscutible del progreso de la humanidad”.<sup>18</sup> Entiende que la globalización se define como “un proceso objetivo”, en lugar de aceptarse como “una ideología, aunque haya sido utilizado por la ideología neoliberal como argumento para pretenderse como la única racionalidad posible”, y la establece además como

<sup>17</sup> Manuel Castells: *La era de la información*, Madrid, Alianza, 1999, vol. 2, p. 49.

<sup>18</sup> Manuel Castells: “Globalización y antiglobalización”, en *El País*, 24 de julio de 2001, *Posdatas*, URL: <http://es.geocities.com:80/posdatas/castells0207.html>

“un proceso multidimensional, no solo económico. Su expresión más determinante es la interdependencia global de los mercados financieros, permitida por las nuevas tecnologías de información y comunicación y favorecida por la desregulación y liberalización de dichos mercados”.<sup>19</sup>

Un proceso cuyas bases no son precisamente análogas a la fábula de la carrera entre la liebre y la tortuga, como de tantos estudios se desprende. De modo que estamos ante otra paradoja, esta vez conceptual: en tanto el usuario de Internet constituye una minoría estadística significativa, su efecto se entroniza en el resto de la sociedad, se apodera de los códigos mediante los cuales el ámbito cultural debe expresarse. La potencia de sus territorios se va irradiando a otros sectores que, indirectamente —sin dominio o mediante prácticas de tipo elemental— se hacen deudores de sus mecanismos imperantes.

Estas paradojas son, en sí mismas, las “neutralizadoras” del código, pues, en tanto su acción se regula y se atrofia de acuerdo con el elemento que domina el valor de significación, el estándar previo de codificaciones sustituye a la posible expansión de los sentidos. La alternancia entre las unidades de la paradoja no logra expandir la perspectiva de interpretación si se produce en medio de un contexto que ha conseguido sitiar con arquetipos los resultados últimos de la función significante. Por tanto, el acaparamiento de la información no solo produce ganancias contractuales, sino que garantiza la autopista técnica en la que deberá moverse la propia cultura que pretende contrarrestar sus efectos. Una vez que los monopolios mediáticos han conseguido controlar el 98 % de las publicaciones gracias a la concentración de las firmas que las subvencionan, nos comportamos, de acuerdo con la visión de Ben Bagdikian, como gatos en ceba prestos a seguir con la adicción.<sup>20</sup>

<sup>19</sup> Manuel Castells: “Globalización y antiglobalización”, ed. cit.

<sup>20</sup> Ben Bagdikian: “The 50, 26, 20... Corporations That Own Our Media”, en URL: <http://www.fair.org/extra/best-of-extra/corporate-ownership.html>

El conteo regresivo ocurre, a mi juicio, a partir de la disminución de propietarios, o sea, de los señores que determinan las autopistas de sentido de la aldea global. Y aunque este síndrome de concentración de propietarios mediáticos debiera producir el lógico aumento de los consumidores, consigue, en cambio, acelerar la reducción de una exigencia cultural diferenciada. El carácter performativo de los sistemas de propaganda, la publicidad mediada por la mediación, generan un estamento deficitario —complaciente, resignado— en la demanda de un producto cultural que llame al individuo a indagar en su propio reconocimiento.

La proyección propagandística del riesgo asume en su proyecto comunicativo de cualquier evento que los riesgos son mínimos, es decir, somete al riesgo a un proceso de iconización al cual, en medio de una lógica que se hace depender de un elemento ajeno a su estructura cultural sistémica —efecto espurio de una seudocausa—, se le atribuyen propiedades simbólicas. Esa minimización del riesgo responde, en esencia, al constructo de sentido mediante el cual se establece que el propio orden sistémico, en su torrente natural, contiene los elementos para el éxito. Son, por consiguiente, paquetes de códigos que van a conformar esos bloques geográficos con los cuales se ocupan los espacios de consenso.

En el ámbito de la imagen ha estado operando, como si fuese un pólipo de la experiencia mercantil, un proceso de significación de estricto examen técnico acerca de los elementos técnicos con que se comunica, lo que llevó a McLuhan a declarar que el medio es el mensaje y a Godard que Eiseinstein se hallaba en los *spots* de propaganda. Tras ellos, se repitió el lugar común bajo el indiscutible sentido de la autoridad, bajo la protección del genio referente, y evadiendo la confrontación analítica a partir de las nuevas circunstancias que atrofiaban los elementos de origen del aserto. Y es que ese vicio técnico de significado tecnológico contiene, y además genera, un vicio anímico de rechazo a la complejidad significacional. Esto es en esencia aplicable

al fenómeno de la literatura en las circunstancias actuales, en las que la relación medio-fin de la industria editorial que hegemoniza los mercados define los principios sistémicos de cualquier estrategia.

No sería el caso de reclamar al creador, ante el peligro de autofagia prolongada y, desde luego, fatal, una especie de trabajo en códigos cifrados de intrínsecos grados de referencialidad para contrarrestar ese rechazo, pues la comunicación es, más que útil, imprescindible. Los cantaores españoles suelen discriminar a aquellos cuya técnica de canto parece impecable pero que no consiguen transmitir emoción; del mismo modo, los repentistas cubanos valoran con preferencia a quienes con mejor ingenio condensan el sentido de la controversia antes que a aquellos otros de mejor voz y entonación. Son expresiones de valor que proceden de sectores que solo por rarísima excepción se mostrarían interesados en teorizar y, menos aun, en definir desde lo teórico sus líneas de conducta creativa. Expresan, no obstante, que la fascinación por la técnica, lejos de excluir esos sutiles ingredientes que lo cultural reclama, incluye su verdadera relación integral.

La lucha extrema por lo extraordinario, por la originalidad declamada en las transmisiones televisivas, genera, en opinión de Pierre Bourdieu, la repetición superficial y el camino del plagio descarado para ir ganando la constante batalla a los rivales mediáticos.<sup>21</sup> En una relación formulada bajo una norma un tanto aritmética, Bourdieu aserta que “históricamente, todas las producciones culturales que yo y cierto número de personas —no soy el único, espero— consideramos como las producciones más importantes de la humanidad, las matemáticas, la poesía, la literatura, la filosofía, todas ellas han sido creadas contra la lógica del comercio”, lo cual refleja su propio mapa interactivo, al

<sup>21</sup> Pierre Bourdieu: *Acerca de la televisión*, URL: [http://www.avizora.com/publicaciones/television/textos/0005\\_sobre\\_television.htm](http://www.avizora.com/publicaciones/television/textos/0005_sobre_television.htm). Las citas de Bourdieu que en este acápite aparecen se toman de la misma fuente.

que correspondería trazar las fronteras de valor para las producciones culturales. No obstante, agrega que la introducción forzosa de la “mentalidad *rating* hasta en los editores de vanguardia, aun en las instituciones especializadas que comienzan a hacer muestreos de audiencia”, es decir, en todos y cada uno de los mecanismos válidos del medio, “induce a cuestionar las condiciones mismas de la producción de obras que pueden parecer esotéricas, porque no están pendientes de las expectativas del público, pero que sí son capaces de crear su público”.

Pero el lugar común, ante el desmesurado flujo de la industria que ha de hacerse global a toda costa, está sufriendo un proceso de desgaste acelerado. Se ve arrastrado, de pronto, a una agonía de Sísifo que lo obliga a existir para sustituirse, pues apenas su fórmula se extiende, se queda en el latón de los desechos. “El intercambio de lugares comunes —insiste Pierre Bourdieu— es una comunicación sin otro contenido que el hecho mismo de la comunicación”, aunque por nuestra parte agregaríamos que esa eficiencia del lugar común a partir de su propio carácter de enunciado responde al objetivo principal, aunque no único, de transmitir la ilusión de que se comunica algo que ha sido establecido por autoridades que difícilmente podríamos refutar. Incluso no pocas de las reacciones surgidas contra lugares comunes que evidencian su preparación descarada para la tergiversación, se establecen a través de una nueva serie de lugares comunes que puedan rebatir esos asertos en el propio plano de la comunicación precodificada.

De acuerdo con sus criterios, la televisión es la que más sufre la contradicción entre las condiciones económicas y sociales de los productores culturales en el proceso de producción y la intención de crear algo en esencia diferente de esa norma impuesta. Por ello concluye que “el fenómeno más importante, y que era demasiado difícil de prever, es la extensión admirable de la influencia televisiva sobre el

conjunto de actividades culturales, comprendidas las producciones científicas o artísticas".<sup>22</sup>

No se trata, como con descargo irresponsable se hace, de culpar sin más a la televisión, sino de comprender cómo el sistema de dominio social que necesita asociar la condición sedentaria del imperio con la sed de conquista imperialista, coloca en los órdenes comunicativos la supeditación de la evolución cultural a la renovación tecnológica que en lo tecnológico mismo se completa. Si la fascinación por la imagen se reestructura en sentido creativo, puede actuar de inmediato como un elemento de subversión de lo hegemónico que ha estado siendo aceptado como norma natural del equilibrio social. Se necesita entonces reconstituir ese sentido primario de la fascinación, para lo cual se actúa sobre todos los canales posibles. Y es la televisión, a no dudarlo, la que a más gente llega.

El carácter subversivo, reconstructivo, capaz de llevar a un desmontaje interno mediante cadenas de razonamientos que el saber personal activa según la circunstancia, sufre una reducción de posibilidades al someterse al código estándar de lo publicitario. Mayor será el nivel de reducciones cuando el mensaje se instruye a través de la televisión, la radio o la prensa plana que mide a precio de oro las cuartillas, pero también vigente si se tiene en cuenta las condiciones genéricas en uso, pues una novela, en la puesta en marcha del mercado al que nos enfrentamos hoy día, está llamada a contener sus dosificaciones de razonamiento profundo, sus riesgos, siquiera colaterales, relacionados con cualquier otro asunto.

Por su parte, al ensayo se le exige atenerse a descripciones que eviten convertirse en demasiado complejas, que no reclamen esfuerzos excesivos para su comprensión, aun cuando el tema requiera nuevas series de profundización a partir de las expuestas. El reto de riesgo del mundo editorial se avizora allí donde decide ceder a los códigos de seducción

<sup>22</sup> Ídem.

que estandarizan los flujos informacionales para un consumo necesariamente global. Las fórmulas marcadas, no solo en los *bestsellers*, sino en el resto de la producción intelectual (desde la poesía hasta lo filosófico), si bien garantizan ciclos de ganancia inmediata, agotan la fertilidad del suelo en el que deberán desarrollarse, es decir, minan indiscriminadamente su consecución histórica.

En tanto el desarrollo cultural se nos presenta cada vez más en intercambio global, los agentes que deben sostener las reservas culturales se repliegan, ya sea cediendo elementos esenciales que deberían sostener sus presupuestos éticos identitarios, ya aislándose en espacios comunitarios cerrados, de resistencia a la contaminación (vulnerables, por tanto, a un impacto eficiente de la propaganda). La ocupación, o el secuestro, de lo cultural por la lógica mercantil sobre sus propios marcos de acción se contrarrestan, no obstante, a partir de sus propios espectros de saturación, pues el síndrome de superproducción reproductiva se acumula sobre la sensibilidad humana. Si bien podemos aceptar que, en el plano simbólico, los “oestes” italianos son una respuesta a la saturación de los *westerns* norteamericanos, debemos entender que al mismo tiempo implican un acto de aceptación de sus valores estéticos internos. Ese proceso de manipulación de los clichés mediatizados mediante los propios procesos de mediatización, revela la existencia de una demanda sensibilizada con estructuras de significación en la cultura, antes que rendirse al concepto de entretenimiento vacío que el filme iba proponiendo como canon.

La manipulación interesada, dirigida a falsear en beneficio espurio el sentido de la creación en la cultura, genera, una vez que empieza a entronizarse como canon de saturación, la alteridad que la desmiente, al menos como índice primario de cuanto se propone. Es, eso sí, un punto de partida, por ello al fin esos “oestes” italianos apenas consiguieron esbozos de efectividad en cuanto a lo que pretendían, y pudieron, además, ser minimizados con califi-

cativos como el de “espaguetis”, ya que la preponderancia de lo técnico pudo imponerse a sus bien intencionadas propuestas subversivas.

Por demás, la convergencia en un mismo ser humano de una cantidad de canales de comunicación que le es imposible asimilar, crea la necesidad, lógicamente humana, de conformar el sentido para su propio universo personal de forma enciclopédica, el cual incluye la previa aceptación, en apariencia implícita, de los códigos que por sí mismos habrán de hacerse válidos. Muestra de ello es el éxito de proyectos como el de la Wikipedia cuyo uso se transforma muy fácil en abuso y de inmediato en entronización.

En buena medida, McLuhan lo había avizorado:

*Electronically, we live in a world of simultaneous information in which we share images that arrive instantly from all quarters at once. If acoustic space is a sphere whose centre is everywhere and whose margin is nowhere, this character of acoustic space now extends to all information structures experienced in environments constituted by electric technology. That is, Western and civilized man long accustomed to private and individual outlook and similar legal and political structures, now finds himself acoustically envired. [...] The orientation of the visual man, with his private outlook and individual point of view and personal goals, would all seem to be somewhat irrelevant in the electronic environment. There is another feature of this simultaneous environment with its instant access to all pasts and all futures alike, communication takes place not by mere transportation of data from point to point. It is, in effect, the sender who is sent, and it is the sender who becomes the message, as it were.<sup>23</sup>*

<sup>23</sup> “Electrónicamente, vivimos en un modo de informaciones simultáneas en el que compartimos imágenes que arriban instantáneamente desde todas partes. Si el espacio acústico es una esfera cuyo centro se halla en cualquier parte y cuyos márgenes en ningún sitio se ubican, este carácter del espacio acústico se

Daniel Bell, uno de los artífices de la validación de estas ideas que han terminado dejando de la mano del código lo que debía aparecer a través del universo de los significados, advierte que “la nueva tecnología de las comunicaciones y computadoras —que constituye el fundamento de la sociedad postindustrial— es una tecnología intelectual, con raíces y modalidades de aprendizaje muy distintas comparadas con las de la tecnología anterior”.<sup>24</sup> No obstante, todo impacto de cambio tecnológico ha incidido, a través de la historia, sobre la necesidad de adaptar lo revolucionado en el futuro devenir. Cada serie de inventos, como los del vapor o la captación de la imagen (primero fija, más tarde en movimiento), simboliza un espectro de transformación definitivo para el transcurso civilizatorio y requiere, no solo de un mecanismo de aprehensión de su puesta en lenguaje, sino de un trabajo profundo de comprensión, y de impulsión dialéctica, de sus potenciales.

---

extiende ahora a toda la tecnología. Así, el hombre occidental, civilizado, acostumbrado a una perspectiva individual privada, con estructuras políticas y legales similares, se halla a sí mismo en un ambiente acústico. [...] La orientación de este hombre visual, en su acostumbrada perspectiva privada, su individual punto de vista y sus metas personales, va a quedar carente de toda relevancia ante el arribo de un medio ambiente electrónico. Y hay otro aspecto de un ambiente simultáneo, con su inmediato acceso a todos los pasados y todos los futuros por igual: la comunicación no se establece por pura transformación de datos desde un punto a otro. Es, en efecto, el emisor emitido, el emisor que en un mensaje se convierte”. (Marshall Mc Luhan: “Reading and the future of private identity”, en URL: <http://www.chass.utoronto.ca:80/mcluhan-studies/vtisstart1.htm>).

<sup>24</sup> Daniel Bell: “Internet y la nueva tecnología”, en *Letras Libres*, enero de 2000, año 2, no. 13. URL: <http://www.mty.itesm.mx/dhcs/deptos/ri/ri95-801/lecturas/lec235.html>. Las citas de Bell que en este acápite se usan se toman de la misma fuente.

La puesta en marcha de un nuevo instrumental tecnológico parte, en efecto, de sus propias normas de relación social, pero ella no demora en demandar que sus aplicaciones se expandan creativamente. Tal vez por ello, aunque adaptándolo al contexto real, estándar, de la hegemonía capitalista, el propio Bell aserta que “la codificación del conocimiento teórico” se constituye en “fuente del cambio y la invención tecnológica moderna”. Así, “la codificación del conocimiento teórico es algo nuevo, y un rasgo distintivo del siglo xx. El carácter del cambio se define como un arco del empirismo del tanteo a la codificación del conocimiento teórico”. Pero estos procesos empíricos mediante los cuales, más que el conocimiento, es el razonamiento teórico quien se recodifica como axioma de foco crediticio, absorben para sus mecanismos contractuales, en medio del intercambio laboral y de la ineludible necesidad de empleo de los sujetos productores directos, los intentos de avance cultural.

Garantizar que el punto de partida del avance tecnológico implique un ciclo mediante el cual se rescate a sí mismo, supedita el papel de la cultura en la transformación social y, sobre todo, limita las posibilidades de invención y de renovación intrínseca, antisistémica, de quienes deben crear para un contexto global que a diario estrecha las fronteras de sus grados de estandarización informacional. Acerca del proceso de globalización y de la nueva división internacional del trabajo, Bell considera incluso que “el dilema para muchas economías (y sociedades) es si desarrollan productos, si mejoran la calidad de los mismos o si los fabrican normalizados”. Los impulsores de las motivaciones para dilucidar ese dilema económico-social, por su parte, ni siquiera se toman el trabajo de acudir a un motivo cultural que no vaya más allá de costumbres previamente investigadas y catalogadas en cifras de posible demanda.

Con permisiva voluntad pudiéramos hallar de fondo algo de esta idea al continuar leyendo en los preceptos de Bell que ello

no implica que la tecnología por sí misma determine su destino económico, pues hay otros muchos sectores y dimensiones que pueden constituir la base de las sociedades: los recursos naturales como el petróleo y el gas natural, los productos agrícolas y forestales, la pesca, el turismo, el entretenimiento, los servicios, entre otros. Pero en más de un sentido, desde luego, todos los sectores mencionados dependen de artefactos tecnológicos, aunque si una economía ha de entrar en las fases posindustriales, la trayectoria de las tecnologías de la información se vuelve imperativa para su existencia.<sup>25</sup>

Aunque básica para impulsar los procesos civilizatorios, la tecnología no es sino instrumento del trabajo humano. De no ser así, bastaría con producir un invento para cambiar el curso de la evolución. La historia demuestra, incluso hoy mismo, que un cúmulo de innovaciones se sumergen, más que en el desconocimiento, en el desuso. La lucha por el derecho de patentes, o la obstaculización de innovaciones superiores que puedan desbancar las imperantes, para poner solo un par de ejemplos, llegan a sacrificar vidas humanas al obstruir la puesta en marcha de adelantos tecnológicos, y además científicos, que bien ayudarían a avanzar a la humanidad.

La relación entre inversión y ganancia define si esas vidas se salvan, o si los beneficiarios potenciales de la tecnología recibirán un alivio en su existencia. Se difumina, por tanto, el concepto de retribución —salarial, social, espiritual— para dejarlo suplantado por el de supervivencia exitosa. Daniel Bell, en cambio, expone una visión más ajustada

<sup>25</sup> Idem.

a la armonía imperial que sucede a lo que él mismo calificó como sociedad postindustrial, pues considera que

hay tres condiciones que le permiten a las naciones ascender en la escala tecnológica: un período de paz y estabilidad interna, de manera que los inversionistas prevean ganancias; una amplia clase empresarial, de ingenieros, técnicos y obreros calificados que desarrollen y fabriquen los productos; y un sistema educativo de calidad que enseñe a los individuos a leer, a escribir y a contar, elementos esenciales para la comprensión de las nuevas tecnologías.<sup>26</sup>

Se muestra en ese discurrir teórico, asumido en la galaxia mediática como de extrema especialización, de autarquía fiable, la expresión de un código vacío que a sí mismo se remite. Así, del mismo modo en que los adelantos tecnológicos dejan de ser resultado de la conjunción del trabajo, la experiencia cultural y el pensamiento humanos para convertirse en promisión fortuita un tanto misteriosa, la circunstancia de sociedad cuya armonía depende de triunfar supeditando al prójimo se significa a sí misma como inexcusable. Este espectro teórico no expresa, por mucho, la entronización de un trasfondo simple. Arrastra, en rigor, un complejo entramado que va a dejar de fondo sus esencias para mostrarse en el curso cotidiano como un consenso que con facilidad natural se debe asimilar. Si en ese mismo perfil se asume la idea para contrarrestarlo, es difícil que se consiga introducir un lineamiento sistémico que pueda hacerse efectivo más allá de puntuales circunstancias y, peor aun, de códigos móviles cerrados en su propio contexto de codificación. Y en este se aviene una nueva paradoja dialéctica: en tanto no es posible enfrentar los efectos del sistema depredador de la industria cultural sin reconocer como arsenal histórico su herencia, es imposible

<sup>26</sup> Ídem.

desactivar sus mecanismos si no se logra ir más allá de una acción de pertinencia intrasistémica.

Simplificación, supeditación del todo a una parte y distracción emocional, son las tres características que, de acuerdo con Ignacio Ramonet,<sup>27</sup> reordenan las técnicas tradicionales del despliegue actual de prensa, cada vez más controlado por accionistas antes que por periodistas, es decir, cada vez más empresas de propaganda que medios al servicio de la información pública. Esto, según él mismo, conduce en la práctica de la competencia a un proceso de infantilización de la noticia y, en el deliberado proceso de tergiversación interesada, a una proporción entre las limitaciones de la libertad social y el cúmulo informativo.

En mi opinión, el giro debe darse justo en la interpretación teórica. Considerar, en primer orden, que esos supuestos practicantes de la ética informativa, y de los recorridos de opinión, parten, en términos previos, de su condición de fuerza de trabajo, de la exclusiva circunstancia contractual que les permite, antes que legar opiniones a la historia humana o desentrañar verdades en general fuera de su alcance, intercambiar sus habilidades para la redacción —cuanto más cumplidoras de las tres características reseñadas mejor— por concepto de salario. Ese es el parte de expresión que el estatuto postmoderno arroja, ni siquiera por voluntad expresa de los postmodernistas, sino por asimilación en circunstancias de supervivencia, bajo las “darwinianas” normas que a rajatabla el elemento natural impone.

La circunstancia imperial —léase de “dominio armónico”, de acuerdo con el paquete que los autores de *Imperio* nos entregan—, reconoce al poder de la información como el cuarto componente de su conglomerado. Ese tan declamado poder de la prensa apenas ha cambiado de sitio.

<sup>27</sup> Ignacio Ramonet: “El desastre mediático”. Epílogo al libro *Perlas 2. Patrañas, disparates y trapacerías en los medios de comunicación*, de Pascual Serrano, en *Rebelión.org*, 10-04-2008

La información, en sí misma, es entelequia. Y lo es también la creencia de que el asunto se resuelve al reconocer sus estructuras, sus canales, sus modos de realización. Ella se administra a partir de modelos de tipo cultural. No basta con tener acceso pleno a Internet para acceder al pensamiento ni, mucho menos, a la capacidad de distinción. Los tópicos de intercambio de significados se hallan ligados a códigos cuyas reglas se conforman a partir de intereses periféricos que se hacen juzgar como globales. Lo que sí se ha transformado en el cuarto poder son los índices de dirección ideológica, a los que se prepara para resistir cualquier embate desde la hegemonía económica cuya visible mano invisible se descarga apenas algo le produce escozor.

La impunidad de presiones que desde las esferas de concentración de intereses económicos se ejerce globalmente supera con creces a los mecanismos de las tiranías locales que la historia registra. Un escándalo político que puede concluir con la comprobación de delitos, apenas influye en el mantenimiento de los estándares de dignidad de esos mismos ciudadanos en su papel de empresarios. Los medios de prensa pueden reconfigurarse, sin demasiada presión, en la vorágine del infatigable trayecto de imposición y asunción de normas norteamericanas para cualquier coto de la geografía global y a través del intercambio simbólico en la vida diaria, como proyectos de propaganda cuya agenda se asocia y se define desde el interés inmediato de los inversionistas.

La idea de que se privatice el espectro general de los medios de difusión, incluso a través de acuerdos de intereses en cierta medida diversos, y de que en consecuencia del libre albedrío que la tecnología desencadena se reproduzcan sin cesar sus exponentes, admite apenas mínimos índices de libertad, según el sentido que la historia le ha dado hasta la era moderna. Y aunque a las manos de una inmensa mayoría de personas en el planeta no lleguen los instrumentos mediante los cuales se entra de lleno en las

nuevas tecnologías de la información, no dejan, en consecuencia, de recibir el impacto de su uso.

La integración a las redes actúa directamente en los sistemas culturales de significación, tanto en los niveles simbólicos como en los icónicos. El ejemplo del subcomandante Marcos revela un icono mediático a partir de que emplea para sus intereses de justicia social el propio contexto de los medios espurios de la información. Se trata de un efecto de ruido en la cadena transmisora del mensaje que en cierta medida consigue transformarse en símbolo social una vez que desprecia el ejercicio del poder convencional, que se niega a ser parte de esa maquinaria insuficiente de la democracia “mundialmente” aceptada en el sitio del sistema justo, y decide incidir en la opinión, y en el estatus de vida de los que se hallan fuera de todas esas redes globales. Estos ejemplos aislados de expresión que pudieran desmentir la norma actúan, en esencia y aun en contra de sí mismos, como parte de ese flujo que simplifica la idea de que cualquier opinión puede ser expresada, sin profundizar en que, de acuerdo con las normas sistémicas que evidencian el valor de los significados preponderantes, no solo serán escuchados en un reducido contexto sino que podrán ser blanco de la desconfianza y hasta de contraataques que los descalifiquen por parcializarse.

Es acaso imposible que se sistematice un espectro de imparcialidad cuando las geografías globales (de terreno, de economía, de política, de cultura, de relaciones personales) se ven sin otra opción hostigadas por un proceso constante de conquista, por una guerra de apropiación a través de la compra y el precepto legal. La deshumanización empresarial tiene, si se quiere, un descargo humano en el hecho de que se saben en medio de un proceso de depredación que es aun más eficiente entre los propios circuitos que a los consorcios atañen. La supervivencia física, junto a la consecuencia icónica del éxito, pasan por el forzoso laberinto de la falta de condescendencia a la hora de plantear los negocios, por la carrera hacia el dominio y por

la necesidad de conservar las geografías móviles como señoríos de utilidad.

La expansión imperialista es, luego de transcurrida la segunda mitad del siglo xx, intrasistémica. Ello no solo pone en vigencia el esquema de análisis de las condiciones vitales del capitalismo, descritas por Marx y Engels, y las características fundamentales que Lenin aportara al ubicarlo como su fase suprema, sino que advierte hasta qué punto los tópicos de relación humana que permearon la ideología postmoderna cayeron en la trampa de soltar el lastre de la compleja teoría marxista para la transformación dialéctica de la sociedad.

Esta circunstancia no se contrarresta, aunque por ósmosis lógica se argumente así, con juegos de inversiones de esa tríada de simplificación del hecho, supeditación de las esencias y distracción emocional que garanticen el vacío del sentido por sí mismo, sino con una búsqueda profunda que sea capaz de conjugar la evolución histórica con la espiral dialéctica inmediata. Mirar más allá de los síntomas, de los rasgos y características, no implica que se proponga en cada artículo un tratado, ni que cada noticia plasme las complejas circunstancias de la evolución hacia el deterioro del capitalismo, e incluso de las contradicciones que el socialismo aún no consigue resolver, sino que se reclame la participación constante de un conocimiento, de una búsqueda analítica de base apta para implicar, al menos, el principal accidente estructural que engloba y encamina las geografías móviles en que sus consecuencias se puedan asentar.

En esta guerra de todos contra todos, que pudiéramos considerar la fase suprema de la degradación imperialista, la ética de la opinión se resume en el manual de objetivos de la empresa que paga. Los elementos internos que luchan por concentrar en sí mismos maneras eficientes de poder, se depredan también entre sus propios semejantes. Un espectáculo que llega a convertirse en modelo de es-

estructura social. Pensemos, si no, en que el motivo sancionado como irrefutable para invadir Irak, la existencia de armas de exterminio masivo, fue uno de los *bluff* más estúpidos que la historia deberá registrar. No solo se sabía de antes, sino que pudo desmentirse de todas las maneras posibles. Pero los responsables no dejaron por ello de ser empresarios eminentes. Y continuaron su guerra como si tal cosa, a pesar de que no pocos medios y personas siguieron expresándose *a contrario*.

Así, y en virtud de que la libertad es un concepto abstracto y de interpretación infinita, que en general arroja una legítima lista de argumentos, la disociación por cinismo se convierte en un modo de hacer que apenas causa escándalo. Se echa a rodar, sin que los pulsos tiemblen, el devenir contractual de la opinión. En ello radica el más poético estatus del imperialismo mercantil que depreda sin más el devenir de la cultura, y la desgasta en el intento de hallar siquiera atisbos de ética para el bienestar comunitario en esos modos de acción: si el sentido total está cerrado, no importa qué se pueda charlar en el transcurso.

Los mapas interactivos, a pesar de su apariencia de expansión, tienen fronteras cuyo cerco es difícil de evadir. La concepción global, una vez que rinde la interpretación de la parte por el todo, una vez que se asume como aldea, antes que como un conglomerado expansivo de Babeles culturales, no hace si no facilitar la ocupación de los terrenos conquistados y, en cadena, promover la conquista de nuevas geografías. Las del gusto, así como las de la asimilación crítica de la verdad, se encuentran seriamente invadidas o, en su defecto, bajo cerco.

## Contraculturas, subcultura y subproducto

Las incidencias de expresión cultural del sujeto postmoderno, luego de una infinidad de síntomas y efectos que

parten de muy pocas causas, nos indican que este, más que descreer de los presupuestos históricos cuya crisis se lleva con cerrada intención a extremos “insalvables”, ha estado tratando de evadir el temor de atenerse sin más a su papel de ladrillo en el interminable muro de la larga duración histórica.

El individuo reclama, como energía vital para su yo, un sitio identificatorio capaz de distinguirlo siquiera a partir de ciertos indicios referentes, dentro de la propia comunidad cerrada que, al identificarlo, acude al reclamo de rasgos ya establecidos como de coincidencia ética. Este intercambio entre el contexto cultural y la persona requiere de un ejercicio dialéctico a la hora de ir atesorando jerarquías. El equilibrio es complejo, más cuanto más alienado se halle el individuo ante el convenio social que restringe y supedita sus necesidades. De ahí los numerosos sectores de deslinde que han ido marcando, por estrategia general exageradamente, sus diferencias con el resto de la especie humana. Raza. Género. Comunidad. Modo de subsistencia. Etnias. Elección sexual. Períodos de vida. Calidad de existencia. Sistema social. Confabulación partidaria. Numerosas variantes de focalización de un fenómeno que se concentra en el desigual intercambio entre el minoritario sector que ejecuta los dominios hegemónicos, y por consiguiente conduce los centros denominadores, y la mayoritaria turba que vive a fuego limpio la selección natural que difumina sus marcas personales.

Tal vez habernos conformado por un tiempo demasiado largo con semejante grado de generalidad en el razonamiento, ha conllevado a ese foco de crisis que amenaza con atrofiar por tiempo indefinido las normas que puedan conjugar en relativa armonía, y sin sacrificar los marcos imprescindibles de la libertad individual, los grados de necesaria integración que la explosión demarcadora continúa reclamando. Por ello, habrá que indagar en el particular suceder del bombardeo contracultural con el que vamos

conviviendo, sobre todo en el ámbito de sus sistemas de socialización, marco donde sus resultados se orientan hacia la sedimentación cultural, o hacia el subproducto que predice las normas efímeras del consumidor.

Contracultura y subproducto, aunque elementos distintos de un fenómeno en el cual los puntos de incidencia dialogan y se superponen, mantienen, por encima de tantos intercambios, cierto grado de continuidad narrativa que antepone el fenómeno del surgimiento contracultural al hecho consumado de un subproducto de consumo abducido de su sentido en esencia cultural. Esta lógica, casuística en el grado de la ejemplificación, mantiene su estamento estructural en el transcurso de la causa al efecto. Las manifestaciones contraculturales surgen bajo el propósito de responder a una influencia de demanda insatisfecha, relegada en el plano de lo que ocupa los centros validados por el juicio crítico, y de golpear de plano en esa hegemonía del gusto y de la percepción ético-moral que los marcos sociales en que ellos mismos se engloban consideran vigentes e insustituibles.

La contracultura se hace pertinente solo en relación con rasgos de cultura global asentados por las normas de aprehensión social; aunque desafiante, depende tanto de que esas normas se hayan estratificado en el devenir histórico, como de que las manifestaciones de actualidad acusen un vicio de cansancio y de reproducción. Los tópicos morales que el comportamiento general aún no asimila como parte de su propia armonía cultural, son introducidos, primero, por manifestaciones artísticas o literarias, sobre todo de tendencias experimentales, y, luego, como elementos colaterales dentro de producciones de consumo masivo. El surgimiento de la contracultura anuncia, en efecto, la necesidad de una metamorfosis en la prosecución histórica de la cultura, pero sus manifestaciones carecen en general de elementos para reconstituirse como sistema cultural que, una vez aceptado, consiga establecer su desarrollo. Sus

normas de actuación responden a malestares específicos acerca de elementos puntuales que en las propias relaciones socioculturales se muestran agotados, más que a soportes globales en los cuales se sistematice la cultura. No dejan por ello de ser detonantes esenciales para dinamitar las manifestaciones que empiezan a atrincherarse en sus propios estándares de conservación antes que en la búsqueda de renovaciones.

Luis Britto García avizora como alternativa de reto al aparato dominador de la cultura en la modernidad, “el aislamiento de las subculturas, o la rebelión contracultural”.<sup>28</sup> Ello, fundamentado a partir de que la masificación de la cultura no responde a un supuesto fatalismo de las multitudes respecto a la obra creativa, a una “maldición metafísica” de la masa fatal, condenada sin más, sino a la puesta en uso de una estructura productiva que desprecie los valores estéticos para suplantarlos con los mercantiles.<sup>29</sup> De acuerdo con sus proposiciones teóricas, las consecuencias del mensaje de la modernidad, en contra de las cuales las contraculturas levantan sus sistemas simbólicos, son las siguientes:

1. *Un pensamiento lógico unilateral*, o “unidimensional”, que tiende a aplicar al universo social las leyes universales y abstractas que la ciencia deriva de la naturaleza.
2. *Una estratificación social y un poder político autoritario* supuestamente derivado de esas leyes.
3. *Una ordenación autoritaria de la sexualidad* tendente a conservar un orden familiar que sirve de soporte a la estratificación social y al poder político.
4. *Una despersonalización y uniformación de los individuos*, promovida por el sistema, a fin de usarlos

<sup>28</sup> Luis Britto García: *El imperio contracultural: del rock a la posmodernidad*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 2005, p. 43.

<sup>29</sup> *Ibíd.*, p. 40.

como piezas intercambiables y estandarizadas dentro de sus estructuras políticas y económicas.

5. *Una agresividad* basada en la lógica de que todo poder derivado del conocimiento científico y de la organización sociopolítica debe ser aplicado hasta sus últimas consecuencias, sin otro criterio que su funcionalidad pragmática.<sup>30</sup>

Este es, según Britto García, el “paradigma administrado por las clases dominantes de los países «modernos», o desarrollados” gracias al cual la puesta en marcha de su cultura oficial se traduce en explotación para las clases dominadas en tanto para los países periféricos se transforma en imperialismo.<sup>31</sup>

El agente básico sobre el cual se recuesta el consenso de seducción justificatoria es su majestad el mercado. Sus índices terminan validando las tendencias del gusto, por tanto, las manifestaciones contraculturales buscan insertarse chocando contra los elementos representativos de lo que hegemonícamente se comercia. Lo decimos, ya sea con banderillas críticas, ya con desdeñosas salidas, ya con frases de aceptación y agotamiento, pero casi nunca decidimos entrar hasta sus consecuencias, hasta sus proyecciones históricas. Si es la economía, estúpidos que fuéramos, tampoco deja de serlo la cultura, sobre todo en sus más nimias manifestaciones, en las costumbres que el gusto a diario hace patentes.

¿Puede ese pensamiento lógico unilateral, estratificado autoritariamente como depositario único de la legalidad, la sexualidad, la valoración de la personalidad ciudadana, la conducta, en fin, proveer de un estatuto cultural al ser humano que engloba? ¿Puede el mercado, en última instancia, como se ha planteado con éxito de seguidores, o al menos con aceptación global, arbitrar en el gusto mediante el cual se reconoce una cultura?

<sup>30</sup> *Ibídem*, p. 53. Suyas las cursivas.

<sup>31</sup> *Ídem*.

No es caso de sacudirnos el saco argumentando que el genio individual, si es raigal y persiste, consigue desprenderse de trabas de búsqueda segura de inversión, aun cuando muchos sucumban al proceso. Tampoco, resolver accediendo a la consigna viciada de que en el ámbito de la expresión popular se irán decantando los residuales de seudocultura que el movimiento de las contraculturas arroja, pues estos no dejan de tener su incidencia a la hora de marcar las nomenclaturas del gusto que habrán de estabilizarse en sociedad.

La acumulación del subproducto, contaminado sin escrúpulos con referentes e hipóstasis de fácil identificación icónica, genera, en principio, una sobreabundancia que escapa a los sectores de análisis y, sobre todo, a los órdenes de predicción. De esta manera se entroniza, forjando en medio de la confusión (en general calzada por altas cifras de recaudación y ganancia) un blindaje mediático con el cual se apabulla a cualquier intento de disenso. La propia gestión empresarial puede actuar para contrarrestar los juicios críticos exactos, es decir aquellos que reconozcan el legítimo fondo de su surgimiento a la vez que la reducida banda del canal de expresión, reacondicionando la trayectoria de esos fenómenos que tiene a cargo promover.

El exitoso cantautor colombiano Juanes, luego de recibir una ola publicitaria con la concesión de varios premios Grammy, y dado que la crítica atacaba la banalidad del argumento en sus canciones, “decidió” ocuparse de los graves problemas de su país; para ello, produjo canciones igualmente banales que sustituían los sujetos líricos de las relaciones amorosas por tópicos sociales que bien se cuidaban de no profundizar en su sentido expresivo. El mercado lo favoreció, tanto, que con ayuda de financiamientos espurios, ideológicamente proyectados, iba a convertirse en punta de lanza de las campañas mediáticas de la derecha proestadounidense en Centroamérica. Poco después, organizaría en La Habana un concierto por la paz que di-

vidió escandalosamente a esa derecha, al servir de reconocimiento al propio sistema socialista cubano.

La fórmula, sin embargo, no se sostiene, como apreciamos, por ejemplo en Joan Manuel Serrat, Joaquín Sabina, o el “menos implicado” socialmente José Luis Perales, casos estos que responden a un código de expresión capaz de movilizar hacia sus tópicos una demanda que permanecía en cierto modo sedentaria. De igual modo se puede citar al demandado Ricardo Arjona, quien en bastante medida se convierte en el centro de expresión de problemas sociales que los consumidores de cultura necesitan, y al que acuden, aun sin entenderlo, como un sucedáneo.

Aunque se aplique como norma, tal y como ocurre a pie de obra en esta era donde lo global se mecaniza, el gusto, una vez que necesita afianzarse mediante signos y significados que permitan trascender sus estructuras básicas, inescrupulosamente manipuladas, ha de crear su crisis de confrontación con el mercado. Es imposible, en el orden cultural, solventar el problema facilitando el camino hacia el consumo del consumidor, para reconstituirlo única y exclusivamente como consumidor direccionado. Este, una vez que se replantee en su interior el subproducto, terminará desechándolo y, cuando más, relacionándolo con cierta gloria vivida en algún momento de su personal existencia. No perduran, en esos casos en los cuales la moda y el *boom* de la publicidad se encargan de completar el trabajo, los valores, por tanto el producto se convierte más bien en una clave cifrada, en un ritual que remite a otro sentido y que, ante el conflicto de perder la memoria idealizada, pierde su grado originario de banalidad para adquirir un sentido otro, segundo, intrínseco, mediante el cual el sujeto consumidor pasa a ser un sujeto productor de expresión.

Así, la hegemonía mercantil en la cultura proporciona una crisis de transposición entre la representatividad del signo y la efectividad del objeto significado. Pero el consumidor, aun cuando aparente seguir en dócil actitud la

sucesión del subproducto, no se conforma, en última instancia, con el vacío del objeto, de ahí la rapidez de los fenómenos de éxito. De ahí, también, la recuperación de fenómenos que fueron desplazados por el curso sustitutivo de novedades emergentes sin que pudieran evolucionar desde el asentamiento de sus originales propuestas. Agrupaciones musicales como Kansas, Chicago, Earth, Wind & Fire organizan, décadas después de su explosión de éxito, conciertos que, más que ola retro, implican la endeble permanencia de los nuevos proyectos que el mercado hace viables al erigirse, antes que en el demiurgo globalizador del gusto, en un agente oportunista que, al mediar, mediatiza.

Respondiendo a fenómenos de popularidad, Barbara Streisand, a finales de la década del 70, formó un dueto con Donna Summer, para interpretar el *hit* *No more tears (enough is enough)*, a lo cual la crítica respondió con negaciones, reticencias, ironías y muy discretas aceptaciones. El *single* obtendría la categoría de platino en el mercado del disco norteamericano al sobrepasar la venta de dos millones de copias. De inmediato, cuando el eco del éxito de los Bee Gees aún era fuerte a pesar de las desavenencias entre los hermanos, unió su voz con la de Barry Gibb para grabar el álbum *Guilty*, cuyas piezas, dado el protagonismo vocal de la cantante, recibieron mejor acogida de la crítica. Al cabo del tiempo, podemos apreciar que estas opciones “de mercado” respondían también a la exigencia, elemental al menos, de una figura de la talla de Barbara Streisand y que tampoco se supeditó lo esencial a la febril demanda. Pasados 20 años, con el poderío global del mercado en función de medidor último, no pocos grupos de prestigio se apresuraron a incluir en sus discos a fenómenos de moda carentes de toda calidad, sin preocuparse porque su propio nivel acusara un grado de descenso bastante palpable. La carrera por la popularidad fue desdibujando, en efecto, las exigencias del gusto. Debe tenerse en cuenta,

al analizarlo, que el consumidor a destajo fija de preferencia el *hit*, más que la agrupación, pues su conformidad eficiente le permite aceptar con tranquilidad esa especie de exterminio de la autoridad que el subproducto contracultural impone.

Amplia puede ser la colección de citas que han ido marcando el desprecio de la crítica a través de los tópicos modernos instaurados como lugar común por parte de los creadores y, por extensión, en el ámbito de la recepción general, en el que desempeña un papel importante, que no debemos desdeñar, la posibilidad de disfrute del receptor. Un ejemplo, de entre ese infinito, lo ofrece el pintor y escritor Marcelo Pogollotti. Cuenta que, mientras su pequeña hija se desplazaba libremente por su apartamento de la calle Thibault, en París, “¡paf!, imprimió su manita en la pintura fresca”, encima del cuadro que estaba pintando, por lo cual *comprendió* en el momento “que su vocación era la de crítico de arte”.<sup>32</sup> Esa niña que, como con vocación de crítico, plantaba su mano sobre los trazos frescos del cuadro, iba a ser la intelectual Graziella Pogollotti, una de las mentes más lúcidas de toda la historia cultural cubana, que ha ejercido ejemplarmente el oficio de la crítica.

No obstante, broma mediante, el eje de la anécdota se aferra al papel de la crítica como un acto indolente de *manchar*. Así mismo entendido el gesto de humorismo: sobre la concepción de pureza creativa a toda costa de los creadores, sobre la idea romántica que el modernismo convierte en estamento, de que el genio creador es, sobre todas las cosas (inefable, indeleble, inescrutable) una especie de reliquia divina con poderes divinos que se activan al momento en que la obra creada hace presencia. Este acaso de militancia devota que la modernidad va dejando como código cerrado sobre su propio espectro de significación —código que obliga a la función significante a regresar

<sup>32</sup> Marcelo Pogollotti: *Del barro y las voces*, Editorial Letras Cubanas, 1982, p. 296. La primera edición es de 1968.

sobre su propio estatuto— propicia el surgimiento de manifestaciones de tipo contracultural que, a partir de los propios estamentos heredados, se quiebren en sus reglas más convencionales.

Como tendencia, advierte Britto García, el mercado del arte trabaja en virtud de conseguir un arte de mercado. Por consiguiente, supeditarse a sus normas, incluso en el propio universo de recepción de la cultura, abona el terreno de las deformaciones, de la atrofia que concluye en abulia ante aquello que, con cinismo, se va dejando ocupar el sitio de lo cultural. “Si la estética ha abandonado los paradigmas de la vanguardia y de la crítica —insiste el intelectual venezolano— para volver a «la fruición», a «lo narrativo, al ornamento y a la figura», es porque el mercado del arte ha terminado por producir un arte del mercado. Si se predica la desaparición del Estado y de las ideologías como «un factor de opacidad y de ruido», es porque interfiere con «una ideología de la ‘transparencia’ comunicacional, la cual va a la par con la comercialización de los saberes»”.

Si se quiere detener la historia, es para fijarla, como recalcó Jameson, en “este nuevo momento del capitalismo tardío, de consumo o multinacional”. Si los “metarrelatos” o “juegos de lenguaje” de la ética, la religión, el nacionalismo, la ontología, carecen de valor, es porque carecen de precio: porque no son formulables como valores de cambio, o al serlo, se destruyen.<sup>33</sup> “El mercado —observa, por su parte, Naomi Klein— se ha apoderado del multiculturalismo y de los géneros del mismo modo que de la cultura juvenil en general, no solo en tanto que sectores del mercado, sino como fuente de una nueva imaginaria carnavalesca”.<sup>34</sup> Presentándose como “salvadora del capitalismo

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 290. Ver el análisis de este tema específico en el acápite “La postmodernidad como ideología del mercado omnipotente”, pp. 287-295.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 130.

tardío”,<sup>35</sup> el sucedáneo de identidad cultural que iba ocupando los territorios históricos de la intelectualidad, proceso mercantil mediante, se transforma en una ironía a tal grado evidente que, al actuar como si no fuese advertida, es decir, por el revés más vulnerable del contexto postmoderno —su culto indiferente a la indiferencia—, pasa a ser el foco propagandístico de la industria que vende objetos de consumo a toda costa efímeros.

Como necesidad vital (antes que necesidad ético-virtual), los creadores solo pueden producir el arte si logran disponer de una retribución satisfactoria por su obra, la cual depende, bajo el dominio extremo de la lógica del mercado que convierte a la cultura en industria, o bien de medios espurios de financiación —caldo de cultivo de la especulación financiera al servicio de fines de dominio empresarial, político, racista, etcétera— o bien de áreas de consumidores que cuenten con un excedente de ingresos que pueda ser destinado a “cultivar el gusto”. La canalización de los productos culturales, su conversión creciente en subproducto, responde en última instancia a esta lógica prefigurada. De ahí que permita predecir la garantía del carácter superficial de un número alarmante de creaciones culturales. Esa industria de lo subcultural para el consumo insaciable, rubro elemental de exportación estadounidense y en esa misma media pasarela a la conformidad con el “irreversible” estatuto imperial del imperialismo, requiere también legitimar sus propuestas a través de las propias figuras-sostén de los valores de uso de esos objetos que forman el entorno ciudadano. Por ello, Naomi Klein denuncia que “los críticos radicales de los medios de comunicación que exigían estar «representados» en ellos a comienzos de la década de 1990 virtualmente regalaron su identidad a las marcas para que las empaquetaran y las

<sup>35</sup> La frase es del crítico cultural Richard Goldstein en *The Village Voice*, noviembre 19 de 1996 [“The Culture War is Over! We won! (For now) ”]. Cf. Naomi Klein: ob. cit., p. 130.

vendieran”.<sup>36</sup> Y a párrafo seguido, esgrime este sarcástico lamento:

La necesidad de una mayor diversidad, que era el grito de guerra de mis años universitarios, no solo es aceptada por la industria de la cultura, sino que se ha convertido en el mantra del capital mundial. Y la política de la identidad, tal como se practicaba en la década de 1990, era una mina de oro.<sup>37</sup>

Concluye entonces la investigadora y politóloga canadiense que ese tan proclamado multiculturalismo, que considera en “cobertura de caramelo”, no es otra cosa que “monoculturalismo”, es decir, y a mi juicio, traducción al uso del dominio mediante el secuestro natural de la cultura. En su investigación del proceso seguido por las marcas globales, Klein advierte:

A medida que la cultura se hace más homogénea, la tarea de la comercialización consiste en retrasar el tenebroso momento en que los productos de marca dejen de parecer estilos de vida y grandes ideas y demuestren ser los artículos ubicuos que en realidad son. En esta etnicidad líquida, se ha introducido el condimento del marketing como antídoto contra el horror de la homogeneidad cultural. Al encarnar identidades corporativas que son radicalmente individualistas y perpetuamente nuevas, las marcas intentan vacunarse contra la acusación de que en realidad están vendiendo una sola cosa y la misma.<sup>38</sup>

Por tanto, si bien los sectores contraculturales parten de su necesidad de expresarse ante la norma regente del legado de la herencia moderna, o de la historia humana, en direcciones contrarias, alternativas más bien, la necesidad

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 130.

<sup>37</sup> *Ídem*.

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 133.

de crear un universo concreto de comunicación, con un proyecto de ideologización específico y puntual, las obliga a aplicar un discurso de codificación cerrada dirigido a propuestas de sentido a las que no se les permite salirse de casillas. Los grupos de militancia *gay* corren el riesgo, arrastrados por la necesidad de resistir y defender sus normas, de terminar considerando un acto de homofobia el sentirse a gusto en una relación heterosexual; las asociaciones negras pueden inclinarse a reubicar el código denominador desde su perspectiva teocrática (los llamados, no sin ironía racista, *negrometrajés*, por ejemplo); los poetas experimentales, en gestos que a veces parecen fascinar, escupen sobre cualquiera que pretenda continuar escribiendo a la usanza convencional, en tanto desfalcán, bajo la patente concedida por sus propias propuestas, esa misma herencia. Incluso los activistas que contra las marcas producen nuevas formas de expresión, se adaptan de inmediato a los sistemas expresivos del antagonista y, en tanto dependen apenas de la efectividad de la ironía y el objeto parodiante, ven cómo en poco tiempo merma su efectividad y, lo que es peor, cómo los recursos creativos se conforman con índices viciados.

La pretendida pluralidad de lenguajes de las manifestaciones contraculturales, al insertarse en las reglas de competencia global depredadora, pasa, de su intención de reconocimiento, a una especie de estado permanente para la negación del resto de las proposiciones discursivas, a favor de la propia, es decir, en virtud de llegar de alguna forma a la soñada hegemonía cultural. Se produce, en efecto, una Babel, como la que vemos magistralmente reflejada en el relato “Los advertidos” de Alejo Carpentier. Una Babel que, como en el propio relato, vuelve a tomar su ciclo histórico.<sup>39</sup>

<sup>39</sup> He publicado un análisis de este relato en mi columna “Semiosis (en plural)” de Cubaliteraria, URL: <http://www.cubaliteraria.cu>

El mensaje contracultural aparece como “adversario directo de la lógica unilateral, la estratificación social, el autoritarismo, la restricción sexual, las despersonalización y la agresividad presentados como paradigmas por el discurso de la modernidad”,<sup>40</sup> por un problema de supervivencia, de salida de escape ante la selección natural que la norma social le ha ido imponiendo, pero, una vez reconocido, llamado en fin a integrar el conjunto, reproduce la estandarización de su propia hegemonía. El individualismo no es tanto singularidad como campaña hacia la toma de poder; no tanto de un poder político, aunque ocurre, como de un poder de discurso en el marco de la sociedad. Con facilidad, cuando a esas manifestaciones contraculturales se les concede un espacio de expresión extensivo, se pliegan, felicísimas, al contexto hegemónico que antes las había estado relegando, o sojuzgando, de ahí que se tornen tan manipulables una vez que han conseguido estandarizar su representación simbólica. De un elemento de ruptura de códigos esclerosados y una búsqueda de sentido para el resarcimiento humano donde habían estado imperando las normas del tabú, el erotismo se transforma, se hace evidente y hasta superficial, una vez que su demanda se ajusta a los preceptos de la industria, tanto en el cine como en la literatura, como en las artes plásticas e incluso en las tablas.

El productor contracultural, una vez que enfoca su creación en desbanicar el elemento visible de la hegemonía que no le permite legitimar sus motivos de expresión, en general representado por un producto icónico, supedita el trasfondo de su creación al objetivo mismo y, pendularmente, termina conformando un nuevo testamento icónico. En tanto el sujeto moderno depreda a grandes mordidas y engulle casi sin digerir las mezclas que le quedan debajo, el sujeto contracultural roe incansablemente, sin que en el proceso se excluyan manifestaciones de canibalismo allí

<sup>40</sup> Luis Britto García: ob. cit., p. 56.

donde las circunstancias lo permitan. El elemento común de los nuevos cultos y seudocultos que surgen durante la agoría del *pop* consiste, en asertos de Britto García, en “su agresivo rechazo al pensamiento científico, y una omnipresente regimentación disciplinaria de todos los aspectos de la vida”.<sup>41</sup> Esos nuevos cultos contraculturales cuyas condiciones de marginación les impide desempeñar funciones de integración social, “funcionan para sí mismos, e imponen rutinas disciplinarias que, lejos de facilitar la convivencia, extrañan y alienan a sus practicantes, sin otra motivación aparente que el amor por la disciplina misma”.<sup>42</sup>

El subproducto cultural no es, entonces, una consecuencia a la cual la contracultura nos conduciría sin más, sino que aflora como resultado de la transfiguración de esas expresiones a través de juicios y maniobras determinados por la expansión mercantilista, y fetichista, de normas estandarizadas de recepción y consumo. Su surgimiento responde, en consecuencia, a los niveles de realización del arsenal semiósico en que las marcas de necesidad dejadas por la manifestación contracultural puedan presentar certificado de reemplazo, tanto de esas manifestaciones artísticas que acusan un agotamiento, como de aquellas otras que han permanecido fuera del alcance —en comprensión y adquisición— de lo popular. Básicamente, depende de que los golpes de efecto con que se anuncian sus bases engrasen los canales de comunicación inmediata y generen cierto grado de militancia gremial, cierto impulso catártico.

En los ámbitos de la cultura que como sistema se afianza, permanece, no obstante, la chispa comunicativa de las necesidades de cambio que lo contracultural pudo acusar, e incluso cierta línea direccional que en general se establece en el nivel genérico de las creaciones. Ello a partir de producciones que, aunque marcadas por la necesidad de choque para la transformación, rescatan otras aristas

<sup>41</sup> *Ibidem*, 121.

<sup>42</sup> *Ibidem*, p. 122.

de la tradición y evaden las trampas de la reproducción mecánica. La entronización del subproducto cultural, aunque orientada a un resultado comercial creciente, consigue, en virtud de su alto grado de flexibilidad y su disposición para asumir el pastiche, el calco y la intertextualidad, sedimentar signos icónicos, y hasta contrabandearlos como símbolos, en el precipitado contexto en que se pone en uso.

En tanto su valor de cambio es bajo, asequible, su valor de uso requiere una confrontación efímera, un aprovechamiento de bajo compromiso. Por ello, se puede incidir con eficiencia sobre los grados de preparación receptiva de sus propios sucedáneos. El subproducto no trabaja para quedar por sí mismo, en carácter de objeto singular, sino para abonar el terreno en que debe sembrarse su reproducción continua. Aunque la moda musical, como caso emblemático, muestra muchos ejemplos, tampoco es de olvidar la incidencia que está teniendo el audiovisual seriado gracias al desarrollo y la socialización de la tecnología digital. El subproducto de consumo que con antifaz de cultura multiplica su gesto en el contexto global que oprime al siglo XXI, responde también a ese reclamo descubierto en el ámbito de las manifestaciones contraculturales. Sus rasgos y tendencias conservan interés para disciplinas como la sociología o la antropología social, con las que suele relacionarse mucho más que con lo específicamente cultural.

Aun en Cuba, donde la resistencia a la depredación seudocultural ha conseguido sobrevivir, observamos una creciente tendencia —a mi modo de ver muy peligrosa por cuanto proviene de sectores con nivel cultural bien adquirido y no precisamente “comprados” por los representantes de productos o tendencias—, a legitimar cierto grado de manifestaciones que, lejos de decirnos que es esa la expresión popular a la cual debemos aspirar, nos convierte en vencidos conformistas ante el retroceso de lo que socialmente se obtiene al colocar a la mano de todos la cultura.

Con cierta lógica primaria, luego de saturados los códigos de la sublimación humanista propia de la modernidad, sobreviene una etapa en que los códigos genéticos, biológicos, sensuales, enfrentan un fenómeno de fascinación por lo vulgar, un deseo, si no reprimido al menos obstaculizado, de deslindarse a toda costa de las tiranías mediáticas. Y ese sujeto que hoy mismo se deslinda, forzado por la trabajosa puesta en marcha de las estrategias que las relaciones socioeconómicas le exigen, va pasando por alto el papel de la cultura para la permanencia de sus pretensiones. Con absoluta e indolente frecuencia, aparentando que no nos damos cuenta de la imprecisión, dejamos ver que la cultura parte de los eventos artísticos o literarios, aunque reconocemos de un plumazo que lo cultural se globaliza, sin que nos preocupen las verdaderas procedencias y destinos de ese ejercicio de globalización. A pesar de que Saussure dejó claro que el uso del lenguaje en el acto de comunicación no implica el reconocimiento consciente de sus estructuras, nos maravilla descubrir, si llegamos a hacerlo, que vivimos un acto perenne de semiosis, en pleno dominio del uso del complejo mundo de signos y significados cotidianos. Así mismo, no tomamos conciencia de que en los episodios todos de nuestra cotidianidad, estamos dando fe de una condición cultural, de una manera de expresarnos en ese sentido.

Un joven amigo que había vencido la enseñanza pre-universitaria y cuya conducta social pudiera calificarse como irreprochable, me interrogaba, casi imponiéndome su escepticismo, acerca de para qué le serviría la lectura; mal parado me dejaba su tono ante los compañeros de tertulia (centrada acaso en deportes, o mujeres, o ambas inclusive). Antes de darme tiempo a hilvanar una respuesta didáctica adecuada, despojada lo más posible de pedantería, su primo se apresuró a contestarle con gestos y expresiones de obvedad. Él no sabía por qué, tampoco, aunque admitía que importancia sí tendría. No era lector (fue desmentido en medio de la gesticulación), aunque sí

estaba dispuesto a aceptar, y a declamar incluso, el *indiscutible* valor de la lectura.

Fue un difícil momento, sobre todo porque enfrentaba un *dejà vu* que había intentado evadir en ocasiones anteriores con pobres ironías. ¿Cómo hacer entender algo tan obvio? ¿Cómo es posible que después del titánico proceso emprendido por la educación en Cuba, con un acervo artístico y literario que, dejando fuera promoción y mercado, nada debe envidiar al Primer Mundo, hallemos bachilleres, técnicos medios y profesionales cuyo concepto de la vida no incluye la lectura o el disfrute del arte verdadero? “Si hay películas que en menos de dos horas cuentan una historia, o documentales que con dinamismo enseñan, ¿para qué tardarse días con un libro?” Este es otro argumento común que no debemos desdeñar, por cuanto expresa una pragmática que no solo puede legitimar el consumo de subproductos culturales, sino que apunta a la estilización y la síntesis como fuente ideal para el conocimiento.

¿Por qué es más expedito y, por consiguiente, lógico y humano, cubrir las necesidades de consumo cultural con un producto empaquetado antes que agotarse decodificando mensajes complicados que, si a mano viene, ni siquiera completan las expectativas? La explicación requiere un trabajo de análisis que sea a la par abarcador y elemental. Se trata de un sujeto que se desmarca de un modo diferente al de aquellos sectores que crean su plataforma identitaria, es decir, establece el deslinde a través de una pragmática mediada por su propio nivel de subsistencia y su conformidad ante el producto que consume. Es, a toda marca, un sujeto en esencia adaptativo. Deja de concebirse en su primaria condición individual, aun cuando en su vida cotidiana declare necesitar específicas circunstancias de gusto personal. Esas variantes ceden su norma a la siguiente circunstancia de la relación social y, más a fondo, en el espacio que debe ser ocupado por la pragmática elemental de la cultura, asumen determinados tópicos de esos

que al alcance de su percepción se encuentran. Y es a no dudarlo mucho más fácil apropiarse de un producto de pobre recurso identitario, carente de fuerza persuasiva, que asimilar obras que no se dejan manipular a voluntad.

La elección de consumo, por libre que se presente, se reconfigura mediada, subsumida en el tráfico semiósico al que la arrulla el trabajo de manipulación del producto cultural redundante con el que se va reconciliando a un grado tal, que renuncia a alcanzar una perspectiva en esencia individual. El sujeto adaptativo no es, como he apuntado, un ser ajeno a la cultura, ni al conocimiento; suele ocurrir que con mayor frecuencia las personas que dedican su vida a profesiones científicas, instruidas, quedan a merced de ese proceso de configuración adaptativa al que en última instancia los lanza el consumo cotidiano. Al hallarse dentro de un marco general de supuestos positivos relacionados con el gusto, su universo de confrontación receptiva tolera, a la vez que asimila, el producto reciclado que la industrial cultural ha puesto en órbita. Y en ese proceso, no hace si no alimentar la eficiencia de los códigos que, desde la semiosfera social, van a ir depredando su gusto individual.

Años ha, mi novia de entonces no comprendía por qué me exasperaba al escucharla tararear con placer el repetido *hit* de uno de esos cantantes de efímera subida y banales planteamientos líricos. Su reproche llamaba a un sofisma en apariencia obvio: ¿Qué de malo tendrá que él la ame y se duela después del abandono? Ella, arrastrada por la educada voz del intérprete y el ortodoxo arreglo de balada, se conformaba con una simple secuencia argumental, no con valores poéticos ni con parábolas que pudieran dejarle un sentido más amplio de por qué las personas se aman y se odian, se olvidan y se mienten. ¿Para qué —cabe preguntarse además— sirven esos valores musicales, poéticos o de interpretación que le exigimos si no es para expresar ideas, sentimientos, juicios... y conseguir

además la maravilla semiósica de la comunicación? ¿Incluso aunque los creadores podamos desmarcarnos como de élite, no necesitaríamos un receptor que responda justo a ese supuesto universo de desmarque?

Sabemos, porque así se enseña con total acuerdo, que enunciación y comunicación se realizan gracias a la efectividad del código, pero apenas nos detenemos a auscultar en esas esferas de codificación que diariamente nos envuelven y, menos aun, advertimos que nuestros diálogos y movimientos sedimentan lo que después, en las encorbatadas obras teóricas, solemos resolver con el vocablo cultura. Y cada vez más, a contracorriente del ejército de escritores, artistas, promotores, maestros, profesores... que salen a poblar nuestros eventos cotidianos, la vida que asumimos se llena de banalidades, de creación insulsa y de tan estrecho sentido, que se vacía apenas el consumidor la recibe.

¿Se vacía en realidad? ¿No se produce ese fenómeno en virtud de conseguir consumo fácil y, ¡nótese bien!, de mediatizar el gusto de modo que no se indague en general en las interioridades de los estratos alienantes de la sociedad?

Fue a tal punto imposible explicarle a mi novia que co-rear felizmente aquella insulsa balada la alienaba de la cultura misma, que poco después quedaríamos en rumbos diferentes de la vida. En un poema, tal vez resolvería el asunto doliéndome, con algo de ironía, de que tal desfasaje en nuestros gustos llevara al abandono sin que pesara demasiado el dolor posterior o la nostalgia. La fórmula es también aplicable en prosa no científica. En nuestras vidas reales, me atrincheré en la cultura mientras ella por su parte se atrincheraba en... la cultura, sí. Su necesidad de consumo era también un signo cultural, que tiraba en retroceso en tanto su postura vital de ser humano en nada se desmarcaba como depredadora del nivel de la especie. Eso no lo advertimos. Y tampoco parecen advertirlo —dando por sentado que no se guíen por retorcidas intenciones de

deculturación— aquellos que en nombre del legítimo derecho ciudadano de ser banal cuando le venga en ganas, construyen un cuerpo de defensa de manifestaciones contraculturales y subproductos que se atienen a las fórmulas vacías de la industria de masas. Saben, eso sí, que dentro de las manifestaciones populares se cuece un sentido imperioso para la expresión artística, intérprete legítima del universo social que los engloba, pero carecen tal vez del medidor que les permita demarcar lo perdurable.

Valiéndose de emblemas validados por la tradición, y pasando por alto las circunstancias concretas del momento de emergencia y la evolución de las condiciones de expansión, crean pasarelas de complaciente analogía entre aquellos —en general más reconocidos que disfrutados— y cualquiera de los nuevos que se imponga. Curiosamente, estos favorecidos —que a mi entender no habrán de trascender los sórdidos manejos de la moda— encajan a la perfección en el cerrado código de belleza arquetípica que las industrias aceptan como sello. O sea, la fascinación por el hombre de Marlboro se reconstituye en arte mediante el ejercicio de una crítica que intenta hacer contracultura legítima con sus personales apetencias físicas, con su particular capacidad para complacerse en lo vulgar.

¿Pagamos por habernos sacudido, al fin, aquellos cargados ejercicios de crítica del gusto? ¿Abandonamos sin más la vocación de crítica arriesgada, sin saña, pero sin paños tibios? Dado el torrente de la industria que secuestra en el ámbito global a la cultura, somos parte, es cierto que a veces a contracorriente, de haber abandonado una conciencia intelectual a la que sí le importe el bienestar en desarrollo de las mayorías, del que no debe ser excluido el curso evolutivo del gusto individual. La preceptiva cultural —ya sea en términos de gramática creacional, ya en circunstancias de epifenómenos de norma— no ha conseguido trascender el paso clasificatorio ni ha despertado más interés que el de la normativa misma, de ahí que surja con

frecuencia un aliento de rechazo cuando aparecen intentos de clasificación desde la crítica. Ese rechazo a *priori* de los constructos de juicio desempeña un papel determinante en el terreno que se deja libre para que el subproducto se apropie de la recepción. El universo sonoro de la inmediatez carga el peso mayor en la invasión del subproducto, transportable en equipajes de mano, o en un bolsillo apenas. Y así también el universo visual traduce y asimila esa andanada de emblemas incompletos, estilizados al máximo, para que tampoco el accionar subliminal del individuo se cargue demasiado al mismo tiempo que se sienta en su pleno ejercicio de interpretación electiva.

Nos enfrentamos, a veces sin notarlo, sin reaccionar e incluso sin poder evitarlo, a un bombardeo de ruidos, de cuerpos extraños que corroen nuestras fuentes internas de cultura, pues contaminan, adheridos como pólipos, el canal de comunicación. No solo centros de recreación y esparcimiento público, sino automóviles, establecimientos gastronómicos y hasta voluntariosos vecinos con frustrada vocación de operador de audio, nos ensordecen con lo peor, y a la vez más taimado en cuanto a mediatización insulsa, de la comercialización universal. Y los medios de comunicación masiva, impelidos por la competencia —aunque también con algo de entusiasmo—, reproducen cada *hit* carente de sustancia lírica aunque sí colmado de pérfido sentido abúlico. Es decir, al tiempo que en el nivel teórico y didáctico aceptamos que existe una profunda rajadura entre cultura y consumo, la solución inmediata no solo se complace en su desconocimiento sino que ayuda, en gratuito “Aquí estoy porque también”, a invadir la cultura con consumo vacío y a adorar su escoria.

¿Enfrentamos una vez más el condescendiente axioma de obedecer sin cumplir, toda vez que es imposible evadirse del influjo de la industria global? ¿Un “Sí pa’ que desmayes” con que la adolescencia esquivo el fardo de la responsabilidad? ¿Se encuentra fatalmente en crisis nuestro

concepto de cultura en tanto expresión elevada y en mejoramiento?

Es un fenómeno que está lejos de ser resuelto a partir del planteamiento. Menos aun con un paquete de restricciones que solo conseguirían alimentar su propagación subterránea a partir del irrenunciable interés por lo prohibido. Aunque resulta de evidente alarma la fuerza que la invasión del subproducto cultural va adquiriendo en el contexto sociocultural, sin que se advierta una toma de posición por parte de la intelectualidad y se llegue incluso a un estatuto aceptado de placentera dejadez. Excepciones, es obvio, no son regla, ni siquiera tendencia. La directriz que se aprecia está más bien orientada a ceder el espacio general, a admitir que con la mayoría solo cabe un estado de eterno carnaval. Ante las artes plásticas, ese mismo espectador común se queda de una pieza (casi performance en sí mismo), desconcertado al intentar definir los valores de la obra, más si responde a cualquiera de las numerosas fórmulas de experimentación. Entre la población, incluidos aquellos que han vencido su bachillerato, hallamos quienes opinan que esos autores “no saben pintar”, o en lógica semántica, que “cómo son pintores, si *no pintan*”.

¿Nos dividimos para siempre creadores y público? ¿Son irreconciliables el derecho del creador a la libre expresión y el del receptor a elegir a su gusto? En caso de acuerdo, ¿a qué renunciar, a la individualidad del autor o al placer del consumo? ¿Valen aquí las fórmulas del arquetipo democrático de ceder parte y parte? ¿Es la cultura un acto de rapiña del gusto, una inversión que emplea el valor de uso de la necesidad espiritual del individuo en un valor de cambio que lo lleve a la quiebra?

Individualidad. Consumo. Placer. Y creación. Cuatro elementos básicos, de requisito, para la formación de la cultura; cuando uno falla, nuestra educación se atrofia. Así es como personas cuyos intereses parecen básicamente armónicos se enfrentan sin posibilidad de reconciliación.

Creador *versus* público. Consumidor necesitado de placer *versus* individuo en perenne creación. Son arquetipos que no desaparecen del estrato cultural, pero que se transforman según los incidentes en que deberán verificarse. Individualidad y creación por una parte, y consumo y placer en la ribera otra, forman parejas afines, engañosas, pues suelen sorprendernos con deslealtades. Ninguna es, no obstante, prescindible, como tampoco incapaz de manifestarse en todas y cada una de sus compañeras. De ahí que no sean si no categorías de lo cultural. El subproducto se afianza precisamente a partir de que al menos una de ellas ha dejado de ejercer su relación y se ha hecho efectiva en concepción estrechamente propia. El juicio de los intelectuales, por profundo que llegue, no deja de ser un ejercicio aprehensivo elemental, del mismo modo en que puede recibirlo un consumidor carente de especialización.

En los niveles materiales de nuestro universo, estamos poblados de objetos cuyo verdadero y único sentido consiste en aligerar las exigencias del gusto en general. Un subproducto patinado con disfraz cultural cubre la necesidad del ciudadano que no puede —y por desgracia elude— obtener una obra de arte. Así, terminamos siendo de utilidad a los objetos y no empleándolos de acuerdo con el tributo que pudieran legarnos. Si un objeto es creado por su concepto utilitario, por su función en el contexto social, doméstico, tecnológico y hasta sanitario, implica que para nada se inscribe en una estética de la falsificación. Cada uno de esos instrumentos es a la vez expresión y fuente de cultura. Todo arte es, también, utilitario, pues aun en el más limitado de los casos, nos brinda el útil placer del goce estético.

Por el hecho de que el hijo de vecino se contorsione hasta el delirio bajo los efectos de la música que escandalosamente escucha, esta música no se convierte en más utilitaria que aquellas arias con las que intentaríamos protegernos de la bulla cotidiana. Aunque nuestra cabeza se

hunda de golpe en el terreno, y permanezca sana, la tormenta pasa echando abajo cuanto se edifica. Y es necesario comprender, de una buena vez, que todavía el ser social determina la conciencia social, y que es sumamente incoherente establecer una educación institucional profunda al tiempo que la vida desmiente esos preceptos. Los programas educativos son útiles, pero no definitivos, como también ocurre, dicho sea con justicia, con los programas de radio o de televisión. Definitivo es el transcurso de la vida diaria, donde la cultura se ejerce en su más amplio sentido y donde los niveles de alienación e imperiosa subsistencia desempeña su inevitable papel.

Para que la cultura alcance los grados de extensión que más podrían dignificarnos, el ciudadano necesita equilibrar sus componentes básicos, esto es, crear para sí mismo un criterio capaz de valorar cuanto consume, sean objetos, sentimientos, arte, literatura o alimentos, y alcanzar la posibilidad del placer por el trabajo. Un carpintero que disfruta y defiende detalles y complejidades del mueble construido y que exige su reconocimiento en el acto elemental de la retribución económica, se retrae ante un filme dotado de detalles y complejidades análogas a las de su trabajo. Prefiere el golpe y el porrazo o la mediatizada historia con su final mediatizado. Los creadores no advertimos, o intentamos negarlo con algo de desdén tradicional, que el placer de crear se completa solo en el placer del consumo en las representaciones que el proceso comunicativo entraña; los consumidores no reparan, por su parte, en que su declarado placer es solo un sucedáneo del goce verdadero, en que al indagar en sus propias posibilidades de apreciación están llamando a la creación misma, y siendo, en complemento de los creadores de oficio, creadores de actitud. La especialización, entendida como coto privado, congestiona, fragmenta y dilapida la posibilidad de producir culturalmente. Cuando procesos de esta índole se estabilizan, el subproducto y la contracultura se adueñan del espacio.

Contracultura y subproducto. Hay en efecto diferencias entre ambos, pero también es cierto que se continúan y que, al actuar en superposición, se condicionan. Las manifestaciones contraculturales, en general surgidas de un sentimiento de asfixia ante las hegemonías normativas, no se conforman como eventos sistémicos, sino como elementos de corrosión contruidos en forma de brulotes que buscan a toda costa destruir los síntomas hegemónicos por los cuales se sienten sojuzgados. De la contracultura pasa a lo cultural el ápice de descubrimiento comunicativo, y además el certificado de descrédito de los viejos ejemplos elegidos para ser antagonistas, sin que su avalancha productiva soporte la inserción en nuevos escalones de estacionamiento. Fuera de ese contexto alternativo y reducido de oposición orientada, lo contracultural se desvanece. De ahí que grandes obras de la rebeldía de un momento, más tarde apenas soporten un condescendiente ejercicio de nostalgia.

Incluso los propios movimientos de vanguardias artísticas sufren el embate de esta discontinuidad. El subproducto, en hábitat propicio, adquiere plena libertad y se entroniza. Como se trata de un residual moldeable, adaptable a los uniformes giros sociales, le es relativamente fácil crear sus capas de sedimentación. Si es fascinante la idea de Dios, esa fascinación responde a que nos convencemos de que del manantial de la Nada han de brotar las cosas, sublimes o terribles. Hechiza porque nos coloca ante el placer de consumir el acto mismo de la creación, el surgimiento de lo individual en un universo a todas luces, o a todas tinieblas, uniforme. Es cierto que la vertiginosidad de la existencia actual impone un ritmo acelerado y de muy alto grado de colectivización al universo cultural, pero no es admisible que renunciemos por ello a la expresión individual y a la elección del gusto para el yo.

A fuerza de intentarlo cada vez menos, hemos llegado a creer que es fácil elegir. No obstante admitimos que es una perogrullada decir que todo acto de elección contiene un

grado importante de conflicto. El horizonte, entonces, no está en el producto, en multiplicar con declamatorio entusiasmo los productos de sana intención cultural, sino en limpiar de asaltantes los caminos y, sobre todo, en liberar el acceso a toda ruta, incluso a las vías sin salida, aunque también y con esmero, aquellas de destino hacia lo grande, pues solo en ese caso el habitante de la cultura común ha de asumir la necesidad de erigirse en creador y, por consiguiente, de elegir sabiamente, como en tantas historias de corte popular se ha repetido.

¿Pero qué utilidad tendría poner en manos de quien no reconoce utilidad a la cultura los instrumentos para desarrollarla? Lo sabía, hasta que me lo has preguntado, diría un sofista cotidiano. Y ese es el *quid*: no advertir que creemos saber lo que en verdad desconocemos. Como condición social al fin, la cultura ocurre, simplemente. Cada maltrato en los servicios, cada estafa en los trueques, cada ahorro de saludo, cada ausencia de juicio y cada mínima abulia, la expresan a la vez que comprimen sus vías hacia el futuro, entronizando así la marcha atrás. Y no me refiero —permítanme también la costumbre de colocar la yagua antes de ver que la gotera se aposenta en el catre—, a que no hayamos avanzado en este campo, sino a que al vernos sobre un nivel de despeque nada desdeñable, es necesario el impulso, no ceder ante el cansancio, ser, en una frase, constantes ante la posibilidad de hacer siempre más profunda y segura la cultura que hoy mismo nos rodea. Este deseo requiere que determinados agentes de la demagogia —también del beneficio solapado, pues se ha visto— descoloquen esos ideologemas con los que van sublimando el subproducto cultural.

No es un secreto para nadie que la influencia, la presión y el dinero de las productoras disqueras y cinematográficas definen más del noventa por ciento de la concepción del producto y hasta de las valoraciones que lo envuelven, y que también en la plástica y la literatura esas manías

van adquiriendo un éxito que asusta, visible en un nivel más bajo que el ya reconocido de los *best-sellers* o los escandalosos montajes. Es una apuesta, con inversiones económicas de fondo, no ya por borrar toda señal de especialización sino por conseguir la desalfabetización de los consumidores.

Un joven musicalizador que vino a pedirme algo de lo mucho que tengo en discoteca personal del *rock* y el *pop-rock* de la década del 60 y la del 80, se negó a llevarse nada de Santana porque tenía “muchta guitarra”. No hay elección en un caso semejante, sino docilidad adaptativa, obediencia a las normas con que los depredadores de la producción cultural van negociando el mundo a su favor. Y aunque sé que me arriesgo a parecer ingenuo, pienso que el ser humano está llamado más a la contribución que a la depredación del prójimo; que la diaria competencia —imposible de eludir— puede llevarlo a un escalón superior mediante la cultura. Pero esto —no sigo hasta su extremo el riesgo de la ingenuidad— no es viable si creadores, productores y promotores eludimos el compromiso de trabajar por socializar lo mejor, el verdadero producto, con mucha guitarra, demasiado lenguaje, abstracciones *no pintadas* o abundante verbalización del pensamiento en la imagen cinematográfica; tampoco si nos desentendemos de enfrentar el recorrido de zapa que esa contracultura —no por gusto bien engrasada desde la maquinaria industrial— nos impone, o si seguimos comulgando sin rubor con la invasión de ese humilde subproducto que, con su antivirus ante la diatriba, usurpa el mando del programa que nos pone a vivir hora tras hora.

Opina Britto García que

la colectividad industrial responde a esta necesidad de símbolos distintivos como si se enfrentara al problema de producir una mercancía y, por consiguiente: a) adopta símbolos, y b) procede a su comercialización masiva, hasta el extremo de que aquellos pierden

todo significado distintivo y pasan, de señales de exclusión y de protesta, a señales de conformismo, con lo cual se produce c) la inversión del significado.<sup>43</sup>

Considero, no obstante, que la industria cultural se cuida muy bien de producir símbolos, o de apropiarse de ellos propiamente; si así lo hiciera, apenas estaría reconfigurando la plenitud individual, humana y cultural, de los consumidores, pues el valor del símbolo radica en que, al enunciarse y trascender el canal, simboliza, es decir, hace pertinente la simbolización de aquello que se significa.

El proceso que en rigor lleva a cabo la industria cultural se inicia con la iconización de los símbolos. Esta transformación se produce a partir de un bien interpretado carácter icónico de esos símbolos que de algún modo tienen pertinencia en la significación social. Luego esos iconos, en el juego entre la moda y la comercialización, son recondicionados de manera que se haga fácil, y hasta rentable, su reproducción. No es que no importa que la moda los coloque en órbita sin atender a lo que pudieran significar, sino que se necesita que su sentido no se exprese en un nivel complejo, es decir, que, en esencia, no simbolicen. Ese es el fundamento mediante el cual consigue sostenerse el subproducto cultural: la usurpación del sentido simbólico del signo por parte de un proceso de iconización de cualquier símbolo que pueda servirle de furtivo. En tal curso aparece, con efectividad asombrosa, la degradación de los significados.

En el proceso de transformación de la ropa de moda proveniente de sectores baratos, remedada por las marcas que van a concederle el encarecimiento y la exclusividad del “todos tenemos que tener”, entra en juego un recurso de astucia identitaria (en sus marcos de alienación) propio de la creación popular que parte de la necesidad. Si la tela de hilo y los tejidos Christian Dior, pongamos por caso,

<sup>43</sup> *Ibídem*, p. 193.

se pudiesen adquirir a precios irrisorios, los productores industriales tornarían a emplearlos de otro modo, transformándolos de manera que no representen aquello para lo cual fueron diseñados. En la propia visión de Britto García

la moda cultural intenta separarse de la religión por un supuesto llamado a la inteligencia, a la “razón”, a la “ciencia”. En este sentido no es más que la coartada de un pensamiento religioso o mágico que se avergüenza de reconocerse como tal en un entorno donde el pensamiento científico de la modernidad es aceptado como determinante. De allí que toda moda cultural busque poner de acuerdo simbologías antiguas con hechos científicos contemporáneos, prestándole a aquellos el prestigio de estos.<sup>44</sup>

Así, el ciclo de la moda, a través del cual se introduce la necesidad de reciclar vertiginosamente el producto a consumir, se basa en cuatro elementos:

1. Viable poder adquisitivo.
2. Alienación identificatoria.
3. Expresión cultural simbólica.
4. Iconización de los símbolos.

Como no basta con la intención del enunciatario para significar las manifestaciones contraculturales, se ven en la necesidad de “explicar” sus “simbologías” a través del propio sistema que manipula y controla la opinión pública. Esta explicación conlleva a un establecimiento de codificación elemental, como de diccionario interactivo, que no le permite hacerse pertinente en extensión simbólica. Las expresiones, al buscar su extensión al ámbito social referente, que domina a sus sujetos productores, trazan su propia decadencia y, lo peor, su individualidad.

Nuestra cultura enfrenta una paradoja regenerativa difícil de resolver: en tanto es necesario conseguir un efectivo

<sup>44</sup> *Ibíd.*, pp. 127-128.

proceso de socialización cultural, la cultura sufre la secuela de los virus de mediatización y estandarización a la par que se va socializando. De modo que los preceptos de creación que parecerían ser universalmente válidos en un primer nivel, pueden mostrarse ineficientes en un nivel próximo, lo sean o no. Si son en efecto indiferentes, estos preceptos actuarán contra la propia base cultural del sistema en que se manifiestan; si se fundamentan por su pertinencia *a posteriori*, sus consecuencias pueden actuar en el interior de la dialéctica del sistema. Jürgen Habermas observa que el

tratamiento profesionalizado de la tradición cultural destaca las estructuras intrínsecas de cada una de las tres dimensiones de la cultura. Aparecen las estructuras de la racionalidad cognitivo-instrumental, la moral práctica y la estético-expresiva de cada una de ellas bajo el control de especialistas que parecen más expertos en ser lógicos de estas particulares maneras que el resto de la gente. En consecuencia, ha crecido la distinción entre la cultura de los expertos y el gran público. Lo que corresponde a la cultura a través del tratamiento y la reflexión especializada no pasa inmediata y necesariamente a la praxis cotidiana.<sup>45</sup>

Así, “en vez de renunciar a la modernidad como una causa perdida, deberíamos aprender de los errores de aquellos programas extravagantes que han intentado negar la modernidad”.<sup>46</sup>

Amartya Sen, por su parte, considera “importante reconocer las funciones instrumentales de largo aliento de la cultura, en el proceso de desarrollo y, al mismo tiempo, reconocer que no todo es cultura en los juicios que se hacen

<sup>45</sup> Jürgen Habermas: “Modernidad versus postmodernidad”, en José Picó (comp): *Modernidad y postmodernidad*, Barcelona, Alianza Editorial, 1988, p. 94.

<sup>46</sup> *Ibíd*em, p. 98.

sobre el desarrollo".<sup>47</sup> La promoción de sociedades basadas en el egocentrismo de la opulencia económica, en las que se aceptaría a la cultura como instrumento de desarrollo sostenible en lugar de asumirla en carácter de proceso para el enriquecimiento de los valores reales de libertad individual, se fundamenta, según su propia opinión, en asimilar lo cultural como un elemento más del desarrollo sostenible.

El *pop-art*, para tomar un ejemplo que reclama otras normativas de análisis, surge también como un grito de pavor que va a clamar, bajo el aparente desdén por los criterios de autoridad, por el producto original, por una salida de salvación individual. En sus exponentes, el arte, más que en la búsqueda de al menos una idea emergente en cada una de las obras, se estructura en forma de concepto precocido y se realiza en un gesto, cuanto más efímero mejor, pues, si se asumiera de manera explícita su profunda esencia, dejarían de actuar sus elementos, dejarían de crear compulsión dentro del ámbito de sus receptores, es decir, dentro de la escasa legión de especialistas. Pero ni la sociedad ironizada, ni el otro sector que ha sido puesto en paralaje crítico, reciben su descarga. A ambos les resbala. A la multitud, porque desconoce los procesos técnicos de la historia del arte que ese gesto entraña; a los escasos ricos, únicos que pudieran adquirir las obras, porque están seguros de que, con independencia del fondo cultural que pueda flotar tras el gesto artístico, su carácter efímero apenas alcanza para un acto, en tanto los resultados futuros de inversión pudieran depararle agradecidas sorpresas.

Junto a este proceso de acumulación flexible de capital financiero que, al globalizarse, se entroniza sobre los capitalismo periféricos, se traslada un proceso de producción asediado por las manifestaciones de la contracultura que, a la vez que necesitan expresarse y que pueden incluso aportar elementos que se aprecien como renovadores dentro de la monotonía constante de la producción industrial,

<sup>47</sup> Ídem.

corren el riesgo, bajo el ámbito de la sobrevivencia, de reducir su sentido simbólico a operaciones para intercambio de éxito y felicidad, siquiera transitorios.

De este modo, las expresiones saqueadas a culturas subalternas pueden transformarse en subproducto carente de peligros, incapaz de transmitir los conflictos de fondo y, en no pocos casos, generadores de discriminación hacia las fuentes originarias de lo cultural hipostasiado. Las producciones cinematográficas que genéricamente llaman “comedia sentimental”, en general concebidas para televisión, fundamentan su historia a partir de elementos de estricto recorrido causa-efecto. Bajo esta norma, las cuestiones que atañen al sentido intelectual del receptor —al pensamiento alrededor de los mecanismos sociales que condicionan su existencia— o bien brillan por su ausencia, o bien aparecen de modo tangencial, por expresión subliminal, chistes de relleno o presencia de actantes en la historia narrada.

La incesante fusión empresarial no establece solo el dominio de las direcciones en que fluyen las finanzas por un grupo cada vez más reducido, sino además una reducción importante de la diversidad cultural posible. Los objetos de consumo, en el inevitable transcurso de fusión estilística y síntesis material, en la carrera por la reducción tanto del precio de venta como del costo de producción, reconstituyen su esencia simbólica primaria. No se trata de que solo es importante lo utilitario, pues además hay un reclamo estético por parte del consumidor que obliga a buscar soluciones. Estas, de diversa índole, muestran una tendencia general a establecerse a partir de la reproducción por la tecnología. Incluso las artesanías, que pudieran diferenciarse siquiera en detalles, son presentadas luego de un proceso de concepción en el que sus creadores asumen una norma estilística industrial. Por talentoso que sea, este artesano sabe que está asumiendo su imprescindible condición de fuerza de trabajo, de empleado que, cuanto más consiga acercarse a la eficiencia de la industria, más conseguirá sobrevivir.

El comprador, del primer mundo sobre todo, adquiere más un *souvenir* que una obra, un apunte que marque su condición de viajero antes que un objeto portador de un estamento estético. La propia concepción estética de su contexto familiar se reproduce en virtud de definir, en relación contigua, el viaje (o el regalo de..., o cualquiera de las causas que lo hagan presente) con el objeto decorativo, como hemos visto las cabezas de ciervos, leones y otros animales en las paredes de las cabañas de los aficionados a la caza. Más que de estilos, será preciso hablar de orientaciones estilísticas en los ámbitos de la creación popular. Asimismo, en el ámbito de la recepción, esas normas de orientación estilística definen en general a dónde va el consumo.

Cuando en estas esferas, o semiosferas de acuerdo con la terminología de Lotman, se manipula el gusto, se procede a partir de tópicos de base, de carencias a las que aún no se les encuentra solución, de demandas que existen en el contexto de recepción cultural. Estas, desde luego, pueden ser exacerbadas, disminuidas e incluso reducidas, de acuerdo con los intereses reinantes, pero no se volatilizan, no se evaporan porque se manipulen, de modo que, en un momento u otro, surgirán de nuevo, siquiera con desconcertantes apariencias.

La fiebre de interés por el relato de corte policial, de investigación criminal, no está determinada por el tipo genérico, sino por la dirección estilística de lo narrado que plantea un misterio, relacionado con un crimen o una fechoría grave, que deberá ser resuelto en un transcurso breve. Asombra ver cómo los culpables confiesan en la inmensa mayoría de los relatos de ficción, sin que la crítica consiga incidir en la línea resultante. Incluso en los programas científicos, o de testimonio, aunque muchos de los sospechosos se declaran inocentes, la preparación del filme orienta hacia el reconocimiento de la culpabilidad. En ambos, no obstante, ese cargo de culpa se ve con demasiada frecuencia orientado hacia una fuente psicopatológica.

La amplia recepción conseguida por una serie como CSI muestra hasta qué punto es patente un interés masivo por el aspecto científico de la investigación. En tanto el serial privilegia la tecnología antes que la deducción humana, sin negarle a esta última su foco de incidencia, el derroche de técnica se encarga de validar como científico ese despliegue de estética audiovisual que lo tecnológico permite renovar. Los códigos de transmisión de esa tecnología, sin embargo, dominan el canal de transmisión significativo, pues el supuesto realismo de lo cruel, lo escatológico, lo anatómico, se presenta a través de una estilización virtual.

Las explicaciones heredadas de la ciencia forense, aprendidas mediante lecturas, dibujos, maquetas y animaciones de reproducción realista, aparecen de pronto bajo la norma estilística que durante largo tiempo pusiera a prueba el *spot* publicitario, aunque a través de una técnica nueva para “captar” el material presentado. Lo que el espectador percibe no es, en este caso, una filmación del fenómeno, sino un producto del todo fabricado, una superchería que, aun así, encarna la verdad científica. Hasta tanto la propia ciencia forense no desmienta esas ideas de fondo, detrás de ese artificio expresivo quedará lo que, en efecto, a lo científico remite.

Un serial cubano que pretendía responder a esa demanda masiva del conocimiento apropiándose de estos mismos valores recurrió, paradójicamente, a una estilización de herencia teatral para lograr el realismo y, por supuesto, fue un fracaso en cuanto a nivel de recepción y asimismo la crítica lo fustigó con fuerza. En opinión de Vattimo, la novedad, es decir, la renovación continua del vestir, los objetos de uso diario y las propias edificaciones, “nada tienen de «revolucionario» ni de perturbador”, sino que se establece sistémicamente para perpetuar la marcha estándar de las cosas.<sup>48</sup>

<sup>48</sup> Gianni Vattimo: *El fin de la modernidad: nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1987, p. 14.

Así, debemos ver como la verdadera novedad la posibilidad de representar visualmente esos procesos que la persona sabe fuera de su alcance. Aunque imprescindible para que el producto sea aceptado, el apoyo sonoro de estas representaciones de las consecuencias científicas de la investigación en CSI resulta lo más pobre en el plano de la creatividad y se limita a cumplir con su objetivo de marcar como posible un código que ha sido reciclado hasta el infinito en el espectador. Dudo que el equipo de *marketing* del serial acepte una verdadera renovación en este aspecto, pues ello pondría en riesgo los altos niveles receptivos en tanto pocos conseguirían explicar por qué les ha dejado de atraer la serie. Su evolución en temporadas muestra, por demás, que el cansancio ante la novedad tecnológica que representa a lo científico necesita del conflicto humano básico. Así, sus protagonistas se complejizan en cuanto a sus vidas propias en tanto responden a manuales éticos predeterminados por el contexto social.

Otras series, para no alejarnos del ejemplo específico, de corte afín y roma factura, “rellenan” la necesidad de demanda cultural de los espectadores y crean, bajo las autopistas de la confusión mediática, la pasarela hacia su puesto legítimo en el ámbito espiritual del ser humano.

El imperio contracultural se normaliza una vez que lo subcultural alcanza su certificado de legitimidad. Ello, mediante tales procesos imperialistas de toma de posición del tiempo y el espacio de los receptores y, sobre todo, de los códigos pertinentes para el juicio de valor.

El fenómeno *rap*, cuyo objeto de estudio bien pudiera partir de la sociología antes que de la crítica musical, se ha visto lanzado a los índices de éxito, y hasta recibe la potenciación de sectores que enfrentan preceptos de moral anquilosada, revolucionarios de esencia. Así, la batalla se libra recurriendo a predios extraculturales, con lo cual la lógica mercantil depredadora garantiza su victoria. En tanto el fenómeno no reciba un análisis de fondo capaz de clasificar

lo netamente social y lo específicamente cultural, así como una práctica operativa capaz de aplicar este precepto, estaremos contribuyendo a la rapiña imperialista que hace del uso de nuestra cultura uno de sus instrumentos de eficiente dominio. Para una promoción de la cultura, en sus niveles semiósicos profundos, se necesita un receptor capaz de asimilarlo. El capital transnacional ha generado el receptor de sus valores, sometiendo el esquema de comportamiento a un ejercicio tropológico de asociación, de ahí el radical antagonismo entre la formación de una cultura raigal, capaz de brindar a un tiempo goce y pensamiento, y una gimnasia de pasatiempo superficial por esencia y requisito.

El receptor cultural de calidad no es el que se aísla del empuje global, sino el que puede prescindir de sus esencias vitales de superficialidad para sentir el peso de la creación individual. No debe dejarse solo como *slogan* el hecho de que, en tanto existe un imperialismo de rapiña que se va apoderando de los recursos con que habrá de sostenerse el capital, se consolida además un imperio que no pierde de vista el dominio cultural, la supeditación del producto a mercancía. Cada vez más, artistas y escritores se valoran, a través del entramado de la información global, por entradas vendidas, por el monto económico de sus tiradas. Dinero es calidad. Ello, no obstante, a partir de que los términos que en general se eligen para crear los procesos de legitimación de figuras y productos, evaden el nombre calificador.

La popularidad es presentada como aval, de modo que el estudio y las estrategias mediáticas que de ello se derivan, pasan, en principio, al campo de lo subliminal y de inmediato se sumergen en una amorfa masa de olvido y confusión. Explícito se hace el patrocinador, la asistencia económica e institucional, pero se oculta el trabajo de colocación en mercado, los subterfugios de seducción y búsqueda de un estanco legítimo en el panorama de la

competencia. Del mismo modo en que los candidatos a la presidencia de un país son sometidos a un proceso estratégico de seducción de los votantes, los entes culturales son al detalle preparados para el éxito, incluso cuando surgen como independientes rebeldes. Así ocurre con numerosos premios cuyo monto en metálico “obliga” a sus patrocinadores a apostar al seguro, cabildeando, bajo irrecusables maniobras, de antemano el resultado.

Las grandes editoriales se resisten a premiar una buena obra que, por su complejidad, arriesgue el impacto de venta favorable. Un autor de *bestsellers* como Ken Follet, se ve en un momento forzado a autofinanciar la publicación de su extensa novela *Los pilares de la tierra*. Para su industria editora no cuentan sus éxitos de venta, su docilidad ante las exigencias de la estandarización mercantil ni, vaya paradoja, el argumento de que esta obra tampoco se aleja demasiado de los requisitos pronosticados para el éxito, es decir, de su norma estándar de escritura. Lo “diferente” proviene acaso de un cúmulo mayor de páginas y de un alargamiento episódico de las vicisitudes para los personajes que la perspectiva de la narración proyecta. Las pautas del mercado subcultural están bien demarcadas y no ceden a nada que huelga a ser distinto. Un negocio es un negocio y fuera de ello no se admite ni siquiera el riesgo de obtener un negocio. De ahí que Marx tempranamente advirtiera: “El capitalista solo es capitalista, solo puede acometer el proceso de explotación del trabajo, siempre y cuando que sea propietario de las condiciones de trabajo y se enfrente como tal al obrero, como simple poseedor de fuerza de trabajo”.<sup>49</sup>

Otros negocios, con visto bueno de toque cultural, amasan la moda y la investigación histórica para ajustarse a una fórmula que, de cualquier modo, consiga ser rentable. La rentabilidad, la abundante recaudación, la apropiación de plusvalía, es, de acuerdo con los valores asentados en el

<sup>49</sup> Karl Marx: *El capital*, edición digital, t. III., p. 26.

entramado social, sinónimo de éxito. Luego hay que adquirir a toda costa aquello que ha tenido éxito, pues según dictaminan las prácticas mágicas de la actualidad, que se presentan como no oscurantistas, mediante la comunicación de lo semejante podemos obtener lo semejante. El fenómeno Harry Potter, al convertir a una lectora que no tiene a mal apropiarse las fórmulas de gusto general para así costurar una obra suya —siguiendo la natural actitud de los creadores populares sin pretensión de trascendencia— en una guía de la niñez, la adolescencia y la juventud mundial (con altas contaminaciones en otros sectores en apariencia menos infantiles), y a su último libro en la joya que es preciso adquirir antes que todos, nos dice hasta qué punto el bando del mercado ha avanzado en su imperio. No hay selección, ni convención plural, sino incondicional entrega al pulso de la moda.

La industria cultural no promociona obras, sino fenómenos de éxito, o lo que es igual, negocios. Los directores de cine están obligados a gastar un presupuesto mayor en todas y cada una de sus próximas producciones, aun cuando necesiten siete veces menos para una buena obra, solo porque la noticia de ese recorte presupuestario generaría el caos en el rumor informacional acerca de su bancarrota. Quienes manejan los circuitos implicados en la distribución podrían abstenerse de aceptarlos, o reducir los riesgos de comercialización. El excelente director cinematográfico estadounidense Francis Ford Coppola, por ejemplo, llegó al rodaje de su tercer *Padrino* toda vez que antes decidió financiar proyectos en los cuales buscaba experimentar culturalmente. En su filme *Corazonada*, fruto de esos intentos, hacía compleja la estructura de inserción del conflicto en la línea narrativa y quebraba convenciones respecto a los recursos de estilo en la edición cinematográfica. Fue, de más está decir, un fracaso de taquilla.

Promedios de gasto, inversión y ganancia, consolidan la labor de un artista. En tanto, la opinión se va supeditando

al ámbito académico, a su creciente ejercicio de proletarianización. De tal suerte, se aísla de la masa que solo va a consumir de la misa el tono emocional, la superchería que garantice que el sentido no llegue a conformarse en su propia vivencia estructural.

## Entre el sujeto que regresa y el individuo que grita

La crítica del mercantilismo en la cultura no debe responder a un análisis economicista por esencia, como tampoco debe hacerlo en virtud de una espiritualidad intempestiva, narcisista a ultranza. La puesta en marcha de una industria cultural responde, antes que a una posibilidad de enriquecimiento de sus empresarios, a una necesidad del conjunto de receptores posibles. El ser humano, en su devenir civilizatorio, crea sus marcos de necesidad cultural, sus fuentes de contexto expresivo. Sobre sus filones, y de acuerdo con inmediatos usos de un producto inmediato, la dirección mercantil habrá de aprovecharse de esos ámbitos de necesidad.

Un mito de nuestro conocimiento se basa en que la manipulación cultural se produce básicamente para las masas, es decir, para pobres, desclasados, obreros, artesanos, entes que acaso —si tales conceptualizaciones se aceptaran— carecen de cultura. Sin embargo, este proceso de manipulación direccionada se emplea en todas y cada una de las gradaciones que las clases sociales pueden ofrecer. Un sofisma elemental demuestra que los grandes millonarios, por serlo, son manipulados por la mediación, que los fuerza, siquiera a través de una persecución adulatoria que así camufla su espectro de presión, a mostrarse en público exhibiendo su arsenal de carencias culturales. Aun cuando la crónica social pueda retratarlos en palcos de ópera, o financiando proyectos de la llamada *alta cultura*,

la confrontación con sus opiniones es susceptible de dejar al descubierto sus profundas lagunas. Las producciones de última tecnología, por su parte, se encargan de viabilizar la manipulación de su estatus, pues adquirir ese último producto que *estremece* al mercado permitirá continuar demostrando su éxito económico y su escala social en ese medio de cotilleo que, bajo rótulo genérico en la publicación, llega al receptor disfrazado de cultura.

Para Armand Mattelart,<sup>50</sup> la visión planetaria de Marshall McLuhan propicia, sobre todo a partir de su posterior seguimiento desenfrenado, que todo se vea supeditado a un enfoque determinista acerca del imperativo tecnológico y que, en consecuencia del propio punto de vista, se borre la complejidad cultural de las sociedades. Esta complejidad, en la que se inserta la interrelación individuo-sujeto, recibió no obstante su camisa de fuerza hacia la simplificación a través del trabajo. El papel del trabajo, en la transformación del individuo en sujeto tecnológico, fue tan determinante para la sociedad globalizada, que llevó incluso a los analistas a someter sus teorías —o aplicaciones teóricas más bien— a las condiciones de empleo que necesitaba la sociedad global basada en el control planetario por parte de un grupo de propietarios cuyas fluctuaciones de nombres, o marcas, no cambian la desproporción. Las contradicciones culturales del capitalismo fueron elegantemente barridas bajo la alfombra o, lo que es peor, acumuladas tras la puerta del cuarto de criados, para reconstituir, mediante la aplicación pragmática de la cultura, la legitimación de un orden de competencia bajo explotación.

Se borra sin más el concepto básico de jornada laboral, tanto a partir de que las posibilidades futuras del trabajador se deterioran de modo acelerado, comprometiendo los días venideros con el rendimiento inmediato, como en

<sup>50</sup> Armand Mattelart: *La comunicación-Mundo*, Siglo XXI Editores, 2003, pp. 187-188.

virtud de la aceptación del contrato en su propia calidad de insuficiente (cuyo eufemismo se denomina “a tiempo parcial”), que lo obliga a reproducir, a través de sí mismo, este modo de “subsistencia”. No queda entonces para el empleado, sea cual sea su condición sociocultural, más que existir para reproducir sus modos de supervivencia. Como lo vio el psicoanálisis, buscando acaso conclusiones distintas, la condición de sujeto implica la reproducción, la aceptación del orden institucional como nomenclatura de raso compromiso social.

Cuando en virtud de la racionalización tecnológica, el sector empresarial recorta sus puestos de trabajo, y se afecta a un número considerable de empleados, con sus familias, el individuo “asume” que la dirección natural de la empresa, en tanto inversión de capital para la eficiencia en la propia producción del capital, es protegerse a sí misma, y que no puede, entonces, adquirir responsabilidad con su contrato personal. No son personas aisladas, sin embargo, las que van a quedar a merced de buscar un nuevo empleo, pero, ante su condición de sujeto, el individuo cede y acepta estos términos con la forzosa esperanza de garantizar su seguridad personal, su posibilidad de mantener su carácter de individuo en el desarrollo posterior de la sociedad que habrá de implicarlo junto a su familia.

Esta conforme actitud de contractualidad social deja fuera de opción, para el sujeto-fuerza de trabajo, la posibilidad de ganar la condición de individuo que asimila, deco-difica y valora el contexto cultural que lo rodea. De una conformidad, tácita y al mismo tiempo evidente, con conceder la propiedad del trabajo al empresario, tanto el proletariado convencional como el profesional que a cada paso se proletariza, pasan a una conformidad de cesión de propiedad, si no legal sí legitimada por los subterfugios de colocación en mercado, de las producciones que en el ámbito de la cultura se realizan.

Existe, sin embargo, un valor ético tradicional que debe condicionar la formación empresarial a la garantía de

empleo. Los propios códigos de las más devastadoras empresas contienen cláusulas hermosas que declaman, a la letra, sus buenas intenciones. Aunque, del mismo modo en que el individuo cede su estatuto a su causa en sociedad como sujeto, el concepto de ética se entrega por completo a su condición de palabra (prueba, evidencia) construida para la legitimación legal. La cultura de respetar el derecho a la cultura queda supeditada a la contracultura tautológica de la inversión. La empresa global, al aferrarse a la norma del contrato temporal, del empleo a corto plazo, no solo somete al empleado a una explotación desde el punto de vista laboral, sino que establece como referente condicionador la burocracia “legal”, diseñada para protegerse a sí misma antes que a los individuos que contrata y que promete respetar según sus propios códigos escritos. Letra zombi, en fin. Con ello la empresa, que blasona de sus búsquedas de riesgo, asegura y conserva sus dominios alrededor del contrato legal.

La flexibilidad empresarial, con su sistema de empleo temporal, genera en los valores del individuo un reacomodo, también de corta duración, de prioridades. Por consiguiente, los valores culturales perdurables aparecen, por principio simbólico, en el nivel de las cuestiones prescindibles, en el lugar de aquello que es imposible sostener por cuanto aún no se está seguro de sí, como persona, como sostén familiar, se habrá de sobrevivir para el día, la semana, el mes o el año próximo. Se genera, entonces, una crisis permanente de la relación sujeto-individuo. El sujeto postmoderno, en su legitimación permanente de la fragmentación, donde la actitud ante el trabajo se hace esencial, fragmenta el argumento que hace posible la gradación valorativa individual. El estatuto moderno de que la moral no se predica en calzoncillos requiere, no obstante, desprenderse de su esencia falaz —y protegerse a la vez de la falacia *post* que lo encomienda a la perpetuidad del vacío— para cuestionar la hipocresía de la propia moral en sus preceptos.

Hábito y rutina se confunden, se fusionan, en la visión post del trabajador, de modo que es posible rechazar lo habitual tildándolo de rutinario, o emprender una defensa de la rutina como si se defendieran hábitos. Pongamos dos ejemplos que confluyen de manera inversa. Primero, edificios antiguos que a ultranza se protegen por la acción de activistas que responden, más que a una comprensión cultural del patrimonio, a una necesidad de rebeldía ante el contexto que los va alienando. Segundo, patrimonios arquitectónicos que son sacrificados en nombre de la renovación y el progreso, aunque estas ideas se afincan por lo general en una falta de presupuesto económico que garantice la permanencia de esos valores patrimoniales.

Por un lado, el individuo asume un ejercicio de placer al contemplar las edificaciones en que vivieron generaciones anteriores, en tanto sabe que su existencia deberá responder a ese cúmulo de normas de progreso que hacen viables las construcciones de su tiempo. La rutina laboral, que emplea a demolidores, constructores, arquitectos, proveedores, etcétera, puede legitimar la destrucción mercantil del patrimonio en tanto legitima la supervivencia de los implicados en el ciclo contractual y, al mismo tiempo, el hábito de defender la cultura puede caer en posiciones de fuerza, de insulso retroceso, al confundir los objetos que la memoria cultural reclama con reproducciones prescindibles que sí deben dar paso al desarrollo.

La propia barbarie de la guerra, en otro orden global, se presupone a partir de circunstancias de empleo y contratación de empresas que destruyen el patrimonio del territorio invadido para levantar en su lugar los resultantes de su propia concepción. Descendiendo en la escala, desde dueños y adinerados funcionarios y asesores, llegamos a un conjunto de empleados que sostienen el grueso de la pirámide invasora, sujetos poco preparados para reconocer como semejante a ese otro invadido y depredado. Individuos cuya educación general recreativa se ha visto

previamente invadida por los fuegos de iconización de sus valores. Personas que necesitan garantizar su subsistencia y que han hallado en las compañías contratantes una vía de riesgo para ello.<sup>51</sup> Así el trabajo, supeditado del todo al interés imperial, justifica —y con una eficiente propaganda legítima— el exterminio de expresiones culturales diferentes. Así también el patrimonio puede ser suplantado por edificaciones que garantizan el imprescindible empleo a tiempo parcial a multitudes, por tanto será asimilado en el contexto humano como solución, como necesidad resuelta. Por una parte, el Estado debe asumir los gastos de conservación de la “improductiva” construcción patrimonial, en tanto en el otro extremo el empresario solo se muestra dispuesto a asimilarlo si ello mismo le reporta una ganancia equivalente a la de otra cualquiera de sus gestiones habituales. El hábito del mercantilismo se transfunde así en rutina de explotación indiscriminada (del legado cultural, de los recursos naturales y de las fuerzas de trabajo) cuya legitimación se fundamenta en su propia rutina, bajo el hábito de aceptación del éxito en la vida.

Del mismo modo, la relación entre el Estado-nación y las firmas comerciales se consume en carácter de selección natural, pues, en tanto las firmas necesitan financiar la posibilidad de determinado sector que controle el aparato de Estado para facilitar sus fines comerciales, esos sectores políticos que ocupan el poder estatal permiten que la competencia entre ellas les facilite las condiciones de negociación. No es, por consiguiente, armónica, sino de depredación indiscriminada. La mano invisible que la hace pertinente no se vuelve, del todo, autosuficiente, pues depende también de normas de tipo cultural para su puesta en efectividad. De ahí que el mercado global insista en colocarse a partir de operaciones de sustitución.

<sup>51</sup> Naomi Klein en *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, documenta, describe y analiza este proceso.

Una característica requisitoria de la cultura es su carácter participativo, su capacidad de expresarse libremente para que la recepción se genere de manera plural. El convenio de firma del Tratado de Libre Comercio para las Américas (ALCA), se realizó en secreto con algunos de los países implicados en el área para, además de implantar como irrevocable el fraude ante el foro político de la nación, garantizar una astucia evasiva al impacto cultural. Su firma, y puesta en marcha, dada por el camuflaje de la competitividad económico-social, dejaría una escisión en el ámbito cultural que, luego, en caso de que se intente hacer, llevaría un largo, extenuante periplo de reparación. El Estado-nación independiente, soberano, incluso en condiciones de capitalismo periférico, practicante de alternativas a contracorriente de la hegemonía financiera a nivel transnacional, actúa como una alternativa de resistencia al crecimiento global de la rapiña imperialista.

Un Estado-nación que promueva la educación en primer orden, y la cultura como consecuencia inevitable, bajo condiciones de empleo y subsistencia, siembra una peligrosa semilla subversiva en ese estado natural que el orden imperial reclama y necesita para buscar recuperarse tras el advenimiento del nuevo estatus de la crisis cíclica, de ahí que se presione para eliminarlo toda vez que surge, aun si de momento no representara una pérdida económica sensible para el orden global. El montaje mediático alrededor de las medidas populares —de inmediato etiquetadas como populistas— de alternativas emergentes como las de Venezuela y Bolivia, no apunta solo a un interés financiero, un tanto más explícito dado el papel que desempeñan las empresas “afectadas” por los paquetes de medidas, sino también, y principalmente, a una alarma que surge desde el interior de la hegemonía ideológica global.

En una de las más directamente crueles interpretaciones de las líneas de acción para el proletariado, el analista financiero —subvencionado por los propietarios o incluso

propietario él mismo— suele marcarlo con la etiqueta de perezoso al “descubrir” que, si se le ofrecen al trabajador mejoras salariales a cambio de determinado segmento de rendimiento laboral, decide no invertir el tiempo ganado en más labor, sino en ocio. Cuando una subida del salario por determinado trabajo que antes se realizaba por un precio inferior deviene menos esfuerzo del trabajador, menos productividad, no se evidencia, sin embargo, una preferencia del ocio antes que el dinero, sino un acto de defensa ante la explotación extrema, pues, dado que el sistema de vida no se constituye en superior por el alza, el trabajador opta por “pagar” el precio del aumento a cambio de ese reconocimiento como ser humano con derecho al descanso, la recreación y el acto mismo de pensar.

La lógica del empleador es empleada con astucia por el empleado para su propia cultura pues, en buena medida, lo que la hegemonía mercantilista llama ocio no es más que el tiempo necesario que el sujeto reclama para su superación en el plano individual, independiente de las condiciones alienantes a que el trabajo lo fuerza bajo los mecanismos de empleo del capitalismo.

En la experiencia socialista, el trabajador es llamado a un sacrificio por el cual va a obtener una retribución moral, culturalmente válida, pero insuficiente para resolver los problemas que el contexto familiar le va creando. A menudo hallamos en los noticieros casos de trabajadores que declaran con orgullo que permanecen en labores durante una cantidad de horas que dejan sin sentido la historia de las luchas por la jornada de ocho horas y el derecho al ejercicio sindicalizado. Aun cuando se trace a favor de obras para el bienestar común, el sacrificio de los derechos, que son necesidades, del trabajador, actúa erosionando la condición individual del individuo para la propia sociedad que representa y a la cual se entrega con tal nivel de sacrificio. Que sea por definición proletariado no significa que su composición no depende de individuos con

internas demandas culturales. Si el postfordismo debilitó la sindicalización mediante la inestabilidad de la masa empleada, el flujo de la actividad a cumplir, la segmentación del personal y la introducción de las tecnologías para compartimentar lo más posible a los trabajadores, el socialismo sacrificó las posibilidades sindicales al reconvenir a la organización en conjunción con lo administrativo.

Suponer que, en tanto el capitalismo engendra la regulación de la cultura y del sentido intelectual, a través de sus normas mercantiles, ha de plantearse primero el derrocamiento del capitalismo para establecer un orden cultural humano, es otra forma de entregar la plaza, pues tanto el rechazo a la confrontación y el intercambio, como la negativa a la compartimentación de espacios, generan en los receptores la necesidad de mensajes que estén codificados de otro modo. Antes bien, es justamente la cultura un escenario primordial para sentar las bases de resistencia a la recuperación que el sistema capitalista plantea a partir de sus cíclicas crisis, en las cuales perecen bloques enteros de conquista cultural. La circunstancia global que afronta el siglo XXI pasa, sin remedio, por la interrelación con las normas de formación de capitales, sobre las cuales habrán de generarse las metamorfosis, aprovechando, desde luego, aquellos elementos del sistema que actúan cerrando su posible desarrollo sistémico. Una imprescindible paradoja reclama entonces su puesta en significación, pues, en tanto la inversión mercantilista saquea y depreda el valor último y primario de cada estamento cultural, la retribución por concepto de trabajo asienta la esencia humana que permite un estatuto de sobrevivencia para esos valores.

La idea fordista de empleo, mediante la cual se suponía que el salario devengado le permitiría al obrero adquirir el propio producto que produce, ha desaparecido a partir de la contratación global, y los diversos grados de subcontratación laboral en zonas de libre empleo. La producción se dirige a los sectores de civilización y, más bien, les conviene

que proliferen las zonas de fácil explotación sin restricciones. Son áreas de reserva laboral que operan con suma eficiencia gracias a las gradaciones en el plano de los intermediarios. Las investigaciones de las grandes transnacionales, los efectos logísticos de información y conducta, recaen principalmente en las zonas de venta, en tanto dejan a los contratistas la búsqueda del personal que va a cumplir con el ciclo de obtención del producto.

En la medida en que el sistema cierra los conductos alternativos en el plano de la recepción popular, los elementos de juego, manipulación, desviación y tergiversación de cuanto constituye el ámbito informacional de la cultura, se hacen más efectivos a partir de un mínimo de economía de recursos expresivos. Las técnicas del chiste muestran que estos consiguen adquirir significado incluso cuando la intención de sus ejecutores no se orienta a ese objetivo. Los anunciantes de las grandes empresas globales comprendieron que era posible adueñarse de las proposiciones de rebeldía que los habían precedido para sublimar sus propias campañas publicitarias. De momento, todo resultaba más sencillo, pues no implicaba convencer a nadie, sino adquirir el dinero suficiente como para comprar lo que te convierte en el ejecutor de esa alternativa que, en los niveles simbólicos, se ha visto frustrada. Los órdenes morales, educativos, religiosos, políticos y de conducta en sociedad, se vieron sacudidos por la expresión simbólica con que las marcas se hacían promocionar.

Usurpaban estos empresarios los deseos contenidos de la población y los canalizaban a través del simple acto de obtener y exhibir sus propios productos. La competencia desmedida, fundamentada más en el valor supuesto de la marca que en el producto en sí, acarreó con demasiada rapidez los resultados y colocó a las empresas en la propia zona de vacío de la dominación. No solo habían invadido el espacio natural de las personas, sino además sus movimientos, sus libertades creativas, su posibilidad de rebeldía instantánea una vez que el *stress* producido por la reiteración

saturara sus mentes; todo a través de las leyes, mediante acuerdos legales que, al prohibir el uso de cualquiera de sus elementos publicitarios, garantizaba la censura legal sobre la crítica, la sátira o la parodia burlesca. Por ello, iniciativas como la de las guerrillas antianuncios, sus derivados y sus semejantes, dependen apenas de modificaciones para subvertir el mensaje, para reconocer el trasfondo a través de la propia comunidad que se ve agredida por la fuerza de la propaganda.

Además de cierta animadversión mutua —escribe Naomi Klein luego de analizar la piratería publicitaria y la acción de algunas de esas guerrillas antianuncios— la única ideología que une el espectro de la piratería publicitaria es la convicción de que la libertad de expresión no tiene sentido si la cacofonía comercial llega al punto de que no podemos hacernos oír.<sup>52</sup>

El ejercicio totalitario del comercio en la vida ciudadana aventajó, como ella misma lo advierte, “la autoridad tradicional de la religión, la política y la educación”, por eso mismo, “las empresas se han convertido en el objeto natural de todo el resentimiento y la rebeldía flotante”.<sup>53</sup> El recurso de las sociedades saturadas de mensajes vacíos de sentido, aun cuando pretendan contener en su estudiada ligereza la esencia del sentido, y sin posibilidad de enfrentar a contrario la invasión cotidiana, de la cual se mantienen económicamente, es la parodia.

La poética paródica no elude entonces la expresión icónica del mercado, sino que la subvierte a nuevas direcciones, a veces con preguntas simples, con cabos sueltos en la propia propuesta estructural que como hegemonía se impone a su existencia. Pero el continuo ejercicio de la parodia corre el peligro de viajar rápidamente a la caricatura y, llegado a este punto, de transformarse en el propio objeto

<sup>52</sup> Naomi Klein: *No Logo. El poder de las marcas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007, p. 314.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 318.

parodiado. Los elementos empleados en toda campaña de publicidad, resultado de estudios de la psicología humana y los contextos sociales donde se va a poner en uso, dependen de circunstancias que pertenecen a ese mismo contexto y, aun cuando lo hicieran en cínica manipulación interesada, de necesidades advertidas en el interior de esos conglomerados estudiados. Por consiguiente, dejar descansar en lo paródico el enfrentamiento conduce a manifestaciones de agotamiento que, para renovarse, dependerían de una nueva victoria de la hegemonía mercantil y publicística.

Lo paródico es munición, irreverencia, lógica reacción ante la hegemonía del gusto y el mercado, aunque no plataforma semiósica de enfrentamiento cultural, que no debemos rechazar por sus limitaciones intrínsecas, ya que el camino se compone de estancias sucesivas. En la cultura, la dirección requiere un germen de aprehensión que, sin negarlo de plano, se desmarque de ese mismo contexto, que necesite mutar en su proyección de trasladarse a otro sitio, a otro espacio que, en medio de los bombardeos cotidianos, reaparezca como utópico.

La explosión de las empresas que imponían globalmente una visión icónica de marca, con su trasiego de propaganda asociada a la imagen de éxito del individuo, localmente, es decir, en el contexto de la fabricación del producto, ralentizaba las condiciones de trabajo, combinando flexibilidad contractual con abandono de las responsabilidades de derecho del trabajador. La asociación del éxito empresarial con el resarcimiento de la dignidad personal de quien se emplea, se dedica, de acuerdo con Naomi Klein, "a reducir la calidad de los empleos del sector de los servicios y a alimentar sus presupuestos de marketing, su expansión imperialista y las «experiencias de compra» por medio de la reducción de los salarios y el aumento de los horarios de trabajo".<sup>54</sup>

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 262. Es decir, lo que Marx llama plusvalía absoluta y que, ya en su época, considera un modo de explotación que el capitalista prefiere sustituir por la plusvalía relativa.

Cualquier experiencia sindical, en tanto corresponde a la propia voluntad del individuo, antes que a un financiamiento de garantía, está destinada a conseguir apenas logros parciales, resarcimientos que se minimizan una vez que las condiciones de trabajo se reciclan al emplear un nuevo orden de sujetos. Hay un sujeto que, en su experiencia laboral, se aliena, sin conseguir levantarse contra la explotación del capital, justo porque está siendo sustituido a corto plazo en su estricta condición individual. En *No Logo*, Naomi Klein llama a esto un “modelo laboral”, puesto que “las empresas de ropas de marca y las cadenas de restauración han legitimado la idea de que los puestos de trabajo en los sectores de las comidas rápidas y del comercio minorista son de usar y tirar e inadecuados para los adultos”.<sup>55</sup> Por ello, el crecimiento económico empresarial se consigue a través de

despidos, fusiones, consolidaciones y por la externalización; en otras palabras, a través de la degradación del empleo y la pérdida de puestos de trabajo. Y a medida que crece la economía, en realidad la cantidad de personas empleadas directamente por las grandes corporaciones se está reduciendo.<sup>56</sup>

Los modos de subsistencia del capitalismo tardío, o del imperio con imperialismo, como lo clasifica Atilio Borón, exigen del individuo principios regulatorios de orientación que le permitan resolver, a través de la sucesión de improvisaciones que la norma empleadora impone, su paradoja respecto a su propia condición de sujeto diseñado para reproducir el ciclo productivo y consumir la reproducción cultural con que se va empaquetando su espíritu, sobre todo si se pretende oponer alternativas a la depredación de su variante globalizadora.

El sujeto medio del capitalismo imperial se aliena, no en sí por no poder adquirir los bienes para su subsistencia,

<sup>55</sup> Naomi Kelin: *No Logo. El poder...*, ed. cit., p. 264.

<sup>56</sup> *Ibíd.*, p. 290.

y hasta cierto grado plausible, de confort, sino porque no puede incidir activamente en la transformación de la cultura, porque recibe, de consuno, un producto de consumo rápido, sintetizado, capaz de bloquear, bajo su propia dinámica, cualquier proyección que permita a ese individuo pensar en autotrascenderse. Tener éxito a partir del propio ejercicio laboral, y además a partir de los grados de proletarización de la intelectualidad, significa alienarse como un ente individual transformador, propenso a la renovación como punto esencial del desarrollo, o de su evolución. El sujeto ideal, dispuesto a asimilar con eficiencia las transformaciones, presto a luchar a diario porque su estatus socioeconómico no sufra caídas que lo hagan retroceder en la escala social en que se desenvuelve, supone que depende de esa condición alienatoria para garantizar el éxito.

Así mismo, el socialismo global, al estancarse, reificó la condición del proletariado, escamoteando sobre todo la puesta en marcha de su reestructuración. El papel de las transformaciones sociales de bienestar, abundantes en numerosas esferas de la sociedad, en efecto superior, fue socavado de golpe. Contribuyeron a la estrategia enemiga de guerra los resultados de la instrucción y de la educación alcanzados dentro del sistema. En la contradicción entre las posibilidades de la masa para profundizar en juicios de valor acerca del período de transición socialista, y el retroceso asumido en el interior de la república democrática, surgieron gérmenes de desestabilización, de falta de pertenencia, que debilitaron la defensa del sistema. El giro dialéctico de un proletariado que, al instruirse, educarse, curarse en salud y aspiraciones, reconquista las direcciones a seguir y, sin dejar de reconocer el valor de los poderes del Estado, comienza a cuestionar la usurpación de esos valores por parte de nuevos sujetos dominantes, dio al traste con la espiral planteada por la transformación social.

Franz Hinkelammert, deteniéndose acaso en un instante sincrónico que acusa un posible paralelo entre sistemas,

opina que “el marxismo desembocó en una falacia, que no es más que la otra cara de la falacia de Hume. Es la falacia de concebir la sociedad socialista alternativa como una sociedad más allá de la institucionalización. Por tanto, la concibe igualmente como un más allá de la condición humana”.<sup>57</sup> Por ello es que, a su juicio, ambas falacias se desarrollan como estatutos complementarios en el pensamiento posterior.

Este ejercicio de pensar, al detenerse en el flashazo de la sincronía, rinde tributo a los propósitos centrales que la sociología tradicional buscó desde que organizara sus más estables tendencias: sustituir las consecuencias del pensamiento sociológico de Marx, radical en cuanto a sus peticiones de cambiar el orden, por un pensamiento sociológico que prediga ese curso de transformaciones sin variar en esencia la lógica capitalista. Un resultado falaz de pensamiento que, al ser atribuido estrictamente a Marx, recuerda su propio chiste de sentirse, al ver el desarrollo de las discusiones, cada vez “menos marxista”.

De ahí que Hinkelammert observe con tranquilidad, aunque en efecto preocupado por el futuro de la humanidad:

Por un lado, la falacia de una sociedad de instituciones perfectas con su armonía automática, que conocía las propias instituciones como el más allá de la condición humana. Por otro lado, la sociedad perfecta, que prescinde de las propias instituciones y que por

<sup>57</sup> Franz J. Hinkelammert: *El sujeto y la ley. El retorno del sujeto reprimido*, Editorial Caminos, La Habana, 2006, pp. 213-214. Hume, de acuerdo con F. J. H., deduce “de la condición humana una determinada sociedad específica, que es la capitalista”. Así “la falacia de Hume se repite en toda la sociedad burguesa hasta hoy, desde Adam Smith, pasando por Max Weber, hasta Hayek y la ideología actual de la estrategia de globalización”. [p. 207] “Hume deriva una ética absoluta, que en sus consecuencias es absolutamente destructora. Lo es porque, a partir del análisis de la condición humana como deficiencia, pretende una solución de sociedad perfecta más allá de esta condición humana”. [p. 213]

eso también se concibe en el ámbito de lo no factible más allá de la condición humana. En su complementariedad son más que la falacia de Hume o de Marx. Presentan la falacia de la modernidad. Los extremos de la modernidad —sea el estalinismo, el fascismo o la actual estrategia de globalización, que posiblemente va a desembocar en algo todavía peor que los otros— se explican todos a partir de esta falacia y solamente a partir de ella.<sup>58</sup>

Diría, por mi parte, que es posible explicar el recorrido histórico, respecto a sus consecuencias tristemente análogas, a pesar de la operatividad de esta falacia doble que secuestró hacia una escolástica sintáctica la línea básica del marxismo. No obstante, el demonizado estalinismo, incluso en el fin de sus más autoritarios y hasta crueles medios, presenta puntos de contradicción con el comportamiento falaz que durante años se hizo práctica habitual. Las posteriores rectificaciones y reivindicaciones de la década del 50, con todo y su arsenal de limitaciones (muchas de ellas fundamentadas en la propia conservación individual de los individuos implicados en el proceso antes que por sus supuestas y en efecto posibles ambiciones individualistas), muestran hasta qué punto la dirección secular del estatuto transformador revolucionario actuaba como constructo de sentido programático, como necesidad reclamada para la evolución histórica de un proletariado que había perdido el poder después de haberlo conquistado con su propia sangre.

La condición laboral de los creadores culturales, desde los niveles del arte hasta los de la participación ciudadana, no se representa a sí misma, a pesar de que en muchos casos se lograra, bajo el ciclo constante de alienación al que es necesario imponerse parcialmente, mediante gestiones hacia el éxito personal, o gremial, o grupal, del modo

<sup>58</sup> *Ibíd.*, p. 214.

en que aún continúa presentándolo el imperialismo de globalización. Como lo plantea el propio Hinkelammert, acaso describiendo un estamento sincrónico, más que paralelo, hipostasiado, del doble resultado de una misma falacia, “el problema no son los relatos de emancipación, sino su desenlace en algún tipo de falacia de la modernidad. No hay que superar los relatos de emancipación, sino su desenlace falaz. Eso significa someterlos a la condición humana”.<sup>59</sup>

La condición humana se define, en sociedad, a partir de la condición de fuerza de trabajo que cada ser desempeña diariamente, puesto que de ella se derivan las siguientes consecuencias en que desembocan los grados de humanización o deshumanización de los sujetos sociales. La individualidad cultural del sujeto se obtiene a partir de cómo estas relaciones se estabilizan para su existencia, permitiéndole adquirir, de entre sus oscilaciones, gradaciones de orden cultural que le propician observarse distanciadamente. La demanda de superficialidad temática de las telenovelas, por ejemplo, se corresponde con las limitaciones impuestas al conjunto de receptores acerca de sus posibilidades de autovalorarse en relación con el contexto social, con el carácter alienante de sus circunstancias contractuales, y su posibilidad del desarrollo cultural. El conjunto de los receptores comprende que el mundo representado en las telenovelas no se corresponde, no ya con su propia existencia, sino con la existencia de los sujetos tópicos en acción, pero se reconoce, aun así, a través de los valores que desde sí se distancian del contexto representado por la historia en pantalla.

La nomenclatura de empadronamiento postindustrial, con sus rupturas respecto a la jornada laboral y la validación de los contratos no estables, permitió, en efecto, que buena parte de lo que no había sido considerado en categoría de trabajo adquiriera esa calificación, al menos en niveles simbólicos de ciertos sectores contraculturales,

<sup>59</sup> *Ibíd.*, p. 233.

como el trabajo doméstico de la mujer u otros servicios prestados a la comunidad. Estos, sin embargo, siguen formando parte de la contribución no asalariada, con lo cual se aviene una preexistente paradoja: en tanto se reconoce la función social como trabajo, sus resultados económicos impiden que esos trabajadores alcancen la dignificación social de vida, pues necesitan de ellos para continuar subsistiendo. Ni por asomo, en el horizonte de los inversores privados aparece el subsidio de estas actividades, intentar pensarlo siquiera (suponiendo que, pongamos, la contribución de impuestos y donaciones llegaran a cumplir ese papel) raya en la más elemental de las utopías. El subsidio de cualquier actividad llamada a permanecer como contribución cultural ha de quedar a cargo del Estado. La nomenclatura estadual es la que necesita introducir en su proceso los mecanismos que las garanticen.

Por otra parte, se pretende fundamentar que la ineficiencia productiva responde a la fuerza de la intervención estatal, lo cual parece venirse abajo en el momento en que la crisis cíclica impone su estallido, y se disuelve —al no transformar de modo radical las estructuras políticas, sociales, jurídicas, culturales en fin, de los distintos niveles de dominación— una vez que los estándares de superproducción acusan un nuevo estatuto de nivelación. Es algo viejo, sabido, estudiado (vulgarizado también por los sectores que habían impuesto la inmovilidad como norma, sin que al parecer comprendiesen hasta qué punto extendían un retroceso que en un tiempo no muy prolongado llegaría a afectarlos), que, no obstante, como esos vientos de baja intensidad que derrumban construcciones levantadas a prueba de mayores embates, dio un penúltimo serruchazo al piso donde descansaba el socialismo sedentario en la Europa del este. Si acaso hubieran corrido a apuntalarlo, otra sería la historia con que hubiera cerrado el siglo xx, con menos saqueos de recursos, menos traumas sociales y menos latrocinio de cultura, aun cuando siguiera latente

un arduo trabajo de restauración y reconfiguración de métodos de desarrollo.

Entonces, y puesto que sigue siendo una necesidad de condición histórica, ¿cómo desarrollar un sistema que, sin sacrificar al individuo, contenga el paso depredador del individualismo liberal y, al mismo tiempo, y sin sacrificar al sujeto, impulse los valores comunes como ley natural más que como estatuto de sometimiento?

La usurpación de los valores comunes deviene fácil ejercicio desde un poder que ha conseguido someter la condición individual del individuo y el sentir colectivo del sujeto. En el transcurso cotidiano, el sujeto se comporta como un depredador individualista, en tanto el individuo asume ser guardián de la polis, aun sin explicárselo concretamente, sin reconocerse en esencia como tal. Esa interacción no ocurre de igual modo cuando se actúa en niveles culturales. Los inmigrantes trasladan sus comidas, por acudir a un ejemplo elemental, por propia necesidad individual, no por cargar de exotismo ciertas circunstancias de aquella sociedad en que se insertan. Pero esas comidas rescatadas por la tradición, necesitan de los propios productos que en las nuevas circunstancias se comercian, ya sea importándolos o demandándolos mediante envíos familiares. Este género de rareza exclusiva actúa en sostenimiento de la tradición común que se ve sometida por el nuevo ejercicio cultural. Este ejercicio, fascinado por el exotismo del mercado, comienza a vender la tradición rescatada, lo cual no actúa en bien de la conservación de una tradición, sino como soporte del orden de depredación individualista.

Las religiones afro, ante el llamado exótico de la contemplación abstracta, es decir, aquella que no participa como parte sino en condición de espectador, o de observador crítico, representan, más que expresarse. Se manifiestan así a favor de su depredadora supervivencia. Los cabildos afrocubanos del siglo XIX establecieron, sobre la base de sus prácticas religiosas matrices, una nueva práctica

que iba a insertarse, en efecto, en la cultura. Ello le permite sobrevivir, aunque sea sacrificando numerosas categorías y ceremonias de sus rituales originarios. Se adaptan al contrato de compraventa y establecen, en la hermandad, un contrato de entendimiento humano. Las cofradías, más que endeudar los bienes materiales, endeudan al ser humano mismo. Este se convierte en sujeto, y como tal se define al sustentar su condición de cofrade. Así se levanta también el cristianismo protestante. Hace del individuo un sujeto guardián de la depredación individualista.

El hacendado reconstituye la ley grecorromana de la igualdad para la polis dominante. No solo el esclavo, sino además el artesano y el laborante, están fuera de su perspectiva de igualdad. Si la esclavitud permanece por tanto tiempo en Cuba —y Brasil— se debe a que se considera un oficio más, desempeñado por la ley. Y se considera además un estatus de barbarie del que se debe partir para alcanzar al menos el derecho al contrato social. El esclavo se encarece cuando domina oficios que sirven directamente al individuo civilizatorio, no cuando es parte del engranaje mecánico de la producción azucarera, es decir, cuando se hace una pieza más, reemplazable, en el proceso de producción de riqueza mercantil y de estatuto social preponderante. Esa tendencia adaptativa, de depredación individualista, genera sin embargo una norma cultural que posteriormente se halla en condiciones de resistir: invadirán la música, modificarán el colorido chino, acelerarán la libido y el trato comunicativo diario del peninsular, el europeo aclimatado y el criollo.

El propio hacendado se esmera en constantes reformas, hasta llegar a la guerra, legitimando sus actos por las condiciones del negro, aunque a condición de que el negro se aculture, imponiéndole el aporte de sus “generosas virtudes”, conteniendo sus instintos y haciendo desaparecer sus “vicios”, o sea, socializándolo de acuerdo con sus propias normas de correspondencia sociocultural. Queda el negro,

por fin, convertido en fuerza de trabajo libre. No es sin embargo una máquina que ha de vender sin más su condición humana en concepto de recurso laboral, sino un ser cuyos valores culturales redimen la parte de sí mismo que aún se resiste al proceso alienante del que depende para subsistir, al cual, desde sí mismo, no puede transformar.

Cuando la filosofía, la sociología, y el empirismo seudocientífico, hacen descansar la continuidad histórica en ciertos mitos (cristianos, *primitivos* o de cualquier índole), someten también al individuo al paso depredador de sus interpretaciones individualistas reductoras a su propia línea, la cual en general está fuera de la interpretación popular en la cultura. Del dicho al hecho hay mucho trecho. Lo dicho en la interpretación básica filosófica se halla contrapuesto por la dirección semiótica del filósofo. Lo hecho por la población se halla, empero, en intercambio dialógico con la reproducción de circunstancias. Se es individuo hasta tanto esa condición entra en crisis, entonces se es sujeto, lo cual entra en crisis nuevamente y convierte al ser humano en depredador individualista que a toda costa busca un asidero en la civilización que lo sojuzga. Ello no conduce a suponer que la vuelta al estado natural sea la solución, sino que el “error” de principio conlleva al cierre evolutivo. El cierre evolutivo es estrechez de la senda, pero no supresión. De ahí que la resistencia se perfila como opción, no permanente, sino de tránsito inicial. Del mismo modo en que un documento de barbarie se expresa también como un documento de cultura, esa hegemonía mercantilista expresa una cultura del revés. Incide directamente en el comportamiento humano para trabajar por el revés de su cultura; coloca un proceso de industrialización interna en el individuo para poder aceptarlo como sujeto sustentado por la norma. Hay una barbarie del mercado que actúa como seudocultura de sustitución —o reemplazo— en el sujeto que va quedando ajeno a la cultura, a merced, por tanto, de su subproducto. Como la maquinaria,

más que sistémica, es global, se legitima también a nivel legal esa barbarización mercantil.

Advierte Michel Foucault en *El sujeto y el poder*, al referirse a lo que fue la constante más significativa de su obra, que su propósito “no ha sido analizar el fenómeno del poder, ni tampoco elaborar los fundamentos de tal análisis, por el contrario, mi objetivo ha sido elaborar una historia de los diferentes modos por los cuales los seres humanos son constituidos en sujetos”.<sup>60</sup> De acuerdo con su exposición, el sujeto va de una primera *objetivación*, centrada en la atención científica, condicionada por el saber y directamente enmarcada en el orden de sobrevivencia del sujeto, en sus relaciones productivas inmediatas; luego procede a una segunda *objetivación* mediante la cual se compara con otros sujetos y discrimina al diferente, a aquel que puede crear rupturas estructurales dentro de su propio espectro de legitimación, hasta llegar, por último, a una *objetivación* que permite una búsqueda de definición interna. Por tanto, este proceso viene de focalizar al sujeto a partir de una

actitud individualista, caracterizada por el saber absoluto que se atribuye al individuo en su singularidad, y por el grado de independencia que se le concede respecto al grupo al que pertenece o de las instituciones de las que depende; la valorización de la vida privada, es decir, la importancia reconocida a las relaciones familiares, a las formas de actividad doméstica y al campo de los intereses patrimoniales; finalmente, la intensidad de las relaciones con uno mismo, es decir, de las formas en que se ve uno llamado a tomarse a sí mismo como objeto de conocimiento y campo de

<sup>60</sup> Publicado como epílogo al libro de Hubert L. Dreyfus y Paul Rabinow: *Michel Foucault: beyond structuralism and hermeneutics*, Chicago University Press, 1983. Traducción del inglés: Santiago Carassale y Angélica Vitale, en edición digital: <http://art-novela.com.ar>

acción, a fin de transformarse, de corregirse, de modificarse, de construir la propia salvación.<sup>61</sup>

Si bien, como lo expresa Walter Benjamín, la fotografía y el cine crearon un peligro de obsolescencia para las artes visuales convencionales, las nuevas formas de aprehender la imagen para la transmisión artística condujeron, mediante crisis, a una búsqueda de nuevos recursos, tanto estilísticos y estéticos como de soporte, que darían un vuelco

<sup>61</sup> Michel Foucault: *Historia de la sexualidad*, Siglo XXI Editores, México, 1986, t. III, p. 41. En *Las palabras y las cosas* Foucault había considerado que "El sistema de signaturas invierte la relación de lo visible con lo invisible. La semejanza era la forma invisible de lo que, en el fondo del mundo, hacía que las cosas fueran visibles; sin embargo, para que esta forma salga a su vez a la luz, es necesaria una figura visible que la saque de su profunda invisibilidad. Por esto, el rostro del mundo está cubierto de blasones, de caracteres, de cifras, de palabras oscuras —de "jeroglíficos", según decía Turner". Y en *Vigilar y castigar*, insistía de esta manera en el asunto: "Quizás haya que renunciar también a toda una tradición que deja imaginar que no puede existir un saber sino allí donde se hallan suspendidas las relaciones de poder, y que el saber no puede desarrollarse sino al margen de sus conminaciones, de sus exigencias y de sus intereses. Quizás haya que renunciar a creer que el poder vuelve loco, y que, en cambio, la renunciación al poder es una de las condiciones con las cuales se puede llegar a sabio. Hay que admitir más bien que el poder produce saber (y no simplemente favoreciéndolo porque lo sirva o aplicándolo porque sea útil); que poder y saber se implican directamente el uno al otro; que no existe relación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo unas relaciones de poder. Estas relaciones de "poder-saber" no se pueden analizar a partir de un sujeto de conocimiento que sería libre o no en relación con el sistema del poder; sino que hay que considerar, por lo contrario, que el sujeto que conoce los objetos que conocer y las modalidades de conocimiento son otros tantos efectos de esas implicaciones fundamentales del poder-saber y de sus transformaciones históricas. En suma, no es la actividad del sujeto de conocimiento lo que produciría un saber, útil o reacto al poder, sino que el poder-saber, los procesos y las luchas que lo atraviesan y que lo constituyen, son los que determinan las formas, así como también los dominios posibles del conocimiento".

renovador a las artes plásticas. El cine y la TV, también, han puesto difícil la tarea al teatro y la literatura, pero no han conseguido suplantarlos en aquellos puntos genéricos esenciales, los que permiten transmitir contenidos y normas estilísticas *sine qua non*. En los valores del arte, la actitud cultural y el comportamiento laboral del sujeto las pasarelas no son, sin embargo, tan abismales como se han presentado habitualmente desde los acercamientos epistemológicos. Esa sucesión de objetivaciones, o sea, esas incidencias de aprehensión semiósica a la que el individuo se enfrenta en su constante lucha por desmarcarse de la categoría de sujeto, se muestran incluso en las más difíciles condiciones de alienación.

Roger Taylor, por su parte, llama “niebla tóxica posmoderna y oscurantista” al ambiente académico acerca de los valores del arte. De ahí que, según su manera de considerar las relaciones entre los proletarios y el arte, estime que el proletariado “tiene ya bastantes cosas por las que preocuparse como para añadir otra lucha, cuyo objetivo sea adquirir un costoso cuchillo de cocina en John Lewis o costearse una experiencia zen en Center Parcs”.<sup>62</sup> El proletariado necesita, sin embargo, adquirir un cuchillo de cocina que, a la vez que no implique el sacrificio extremo de cualquier otro grupo de sus propias necesidades, no lo obligue a convivir con la idea de que merece apenas un producto de rebaja, inconsistente, efímero, sucedáneo de aquello que debe usar utilitariamente, no solo para cortar los alimentos, sino además para no dejar que se corten sus aspiraciones de autotrascenderse. En tanto el arte es un producto elaborado individualmente, con el objetivo ideal de que sea asimilado por otros individuos, no es factible despersonalizar sus posibilidades sometiéndolo a un proceso

<sup>62</sup> “El arte es igual que el cáncer”, entrevista de Stewart Home en <http://www.Rebellion.org/noticia.php?id=68473>. Traducción: Ángel Ferrero y Manuel Talens. Las citas de Taylor son de esta misma entrevista.

de reificación forzosa, condicionada por el uso diario o, peor aun, por la tasa de valor mercantil que cada firma de autor pueda adquirir.

Ha de existir diferencia entre el objeto utilitario y el objeto artístico, y ella no debe gravitar precisamente sobre el contraste de precios (ni en última instancia sobre la imprescindible diferencia de elaboración), sino por la función social que cada uno desempeña. Hacia ese nivel extremo del sentido debía dirigirse el ideal de comprensión del proletariado, con el cual no solo reconocería la necesidad de subsistir cada día con el mejor consumo posible de calorías, empleando objetos a los que no valora más allá del resultado preciso de la acción auxiliar que desempeñan, sino también con el acompañamiento de sus posibilidades mentales para la interpretación del mundo en que se desenvuelve y que debe, por holgada que de momento se le presente la situación en su propio ámbito familiar, transformar. Añade Taylor que atribuir un significado antiguo al arte es un error

un error categórico, como lo sería confundir las patas de una mesa *chippendale* con las piernas de Betty Grable. Además, a pesar de que Shiner tiene una percepción real de lo que supone la comercialización y de cómo ésta permanece en el posmodernismo, no detecta lo que ha ocurrido en el arte, a saber, su conversión en “mercancía”.<sup>63</sup>

Pero es justo esos puntos de conversión en mercancía, y de socialización virtual apropiatoria, los que se encargan de equiparar con plena naturalidad las piernas de la actriz, no solo porque estas tuviesen un seguro de un millón de dólares cada una, sino porque es posible a estas alturas, con un *software*, hacer que unas y otras se intercambien, se mezclen, se confundan y, si así se decide, se fundan. A la hora de la visualidad, no hay diferencia para el espectador

<sup>63</sup> Ídem.

a quien no le importa demasiado el valor histórico de las piezas de estilo *chippendale*. De igual modo, uno observa en *La última cena*, de Leonardo Da Vinci, un guiño entre el pie del Mesías y la pata de la mesa, ante lo cual no podemos sino advertir que la estilización de los objetos de diaria utilidad los llama a ser, por su función cotidiana, menos utilitarios en tanto más estilizados. Es decir, que si, como quiere Taylor, el arte fue inventado hacia el siglo XVIII, esa invención también es parte del acervo humano, también se levanta contra la saturación alienante del objeto y también se conforma bajo la circunstancia histórica que, por medio del reconocimiento y la retribución, coloca al artista en un estatus de élite.

No hay, sin embargo, idealidad alguna en ese supuesto surgimiento del arte. Ella proviene, eso sí, de los papeles que la ideología dominante va concediendo al creador como genio diferenciador capaz de traducir sutilmente, en sí mismo, el agotado axioma de la superioridad divina. Antes que las obras mismas que sus sistemas de significación intrínseca, la idea de superioridad del artista proviene de ese papel que los privilegiados se apresuraron a desempeñar. Benvenuto Celini, al acumular sus aventuras sociales, sexuales, artísticas y de guerra, mantiene un ejemplar punto de vista unificador: todas corresponden a su proyección humana, de la que no escapan las astucias y las trampas y en las que, en un gesto que hoy asumimos como ingenuo, no supone degradante verse obligado a demostrar sus habilidades de orfebre y escultor.

El mismo Taylor aclara, en la entrevista citada, que

El uso de las palabras, la vida de los conceptos, posee un carácter histórico y social, es un proceso interactivo y temporal. Eso es lo que quise dar a entender con mi afirmación en el libro de que los conceptos del lenguaje ordinario están abiertos. Esta metodología despejó el camino para la afirmación antiesencialista de que el concepto de arte no era universal. Fue un punto

de partida rotundo y este hecho marcó sus diferencias con las pretensiones ideológicas que rodean el concepto de arte.<sup>64</sup>

Esta aclaración, en tanto rompe con una visión que la historia no solo ha repetido, sino que ha asumido en general como trasfondo, reclama nuevos procesos de aclaraciones, de ahí que observe acerca de su propia obra:

*Art, an Enemy of the People* señalaba que esta tesis no debía confundirse con la indiscutida afirmación de que el arte tiene una historia. El concepto de arte ha cambiado radicalmente. El arte ha dejado de ser un refugio exclusivo de la burguesía, una suerte de Hotel Schatzalp en Davos Platz para inválidos adinerados. Ha dejado de significar espiritualidad, expresión de alguien tocado por la gracia y modo de discernimiento y superioridad para una pequeña elite, algo que solo era para ellos, una alternativa al repugnante mercantilismo, la uniformidad masiva y la vulgaridad de la vida económica en que todos ellos están implicados. De repente, todos estaban admitidos en el arte, un poco como cuando se ordenó a la burguesía de Petrogrado que compartiese su espacio doméstico con el proletariado. Las formas de vida cambiaron. Pero las formas de vida siempre han sido víctimas de sus significantes, con más valor retórico que de uso, como sucedía con la compra medieval de bulas e indulgencias, la cual significaba fidelidad espiritual sin la obligación de las prácticas religiosas.<sup>65</sup>

No obstante, hallamos que en la vida se da naturalmente un hecho como el del ladrón que desarma una escultura de hierro para convertir sus piezas en materia prima y venderlas por un precio varias veces menor que el costo de su

<sup>64</sup> Ídem.

<sup>65</sup> Ídem.

restauración, lo cual no representa reacción alguna contra el arte sino, por el contrario, la indiferencia pragmática que proviene de considerar como intransitable la línea divisoria entre una visión individual de los valores de la obra artística (en tanto trabajo materializado por el artista y en cuanto expresión de autodistanciamiento) y las necesidades inmediatas de la clase explotada. Este ladrón, muestra, por demás, un conocimiento exacto de la condición de clase, pues sabe que no encontrará compradores para la escultura, en tanto arte, y sí hallará quien le pague la materia prima. Recuerdo haber aprehendido buena parte de este razonamiento en obras del novelista español Benito Pérez Galdós.

En general, los neófitos que roban obras de arte, con el expreso objetivo de comercializarlas como arte en el mercado negro, suelen dañarlas durante los trámites del hurto, aun cuando supongan que las conservan adecuadamente. La línea divisoria de valores, también para ellos, impone sus reglas de comportamiento, pues del valor del arte apenas identifican su iconización, su estamento fetichista que lo convierte única y exclusivamente en una cifra a pagar, es decir en un dinero que deberá resarcir parte de sus necesidades y aspiraciones inmediatas. Esta línea queda, por demás, trazada cuando el modo de producción del capitalismo imperial produce, para el consumo de ese proletariado, los productos de sustitución. Por ello, cualquier alternativa que pretenda incidir en el proceso de dominio imperial con resultados favorables hacia el bienestar común y en desarrollo, se ve forzada a mediar, en primer término, con las condiciones volubles del mercado, tanto en su estructura formal de intercambio de bienes, como en su flujo financiero carente de respaldo; en segundo lugar, con la falta de organicidad en que se encuentra el proletariado mundial, desmantelado por los golpes a través de una lucha que rebasa con creces las fuerzas con que cuenta una generación para la resistencia, y, en tercer orden,

con la acumulación valorativa que el juicio acerca de lo artístico ha ido acumulando al margen de las propias necesidades del proletariado global.

El debate de hoy día no puede eludir el tema del desarrollo sostenible, encaminado a la conservación del planeta mediante reglas que le permitan continuar regenerando sus recursos. Y con él, la búsqueda de vías de sustento que dignifiquen la existencia de la especie humana en la amplia mayoría de sus individuos. La revolución tecnológica que implica la era digital se alimenta indiscriminadamente de la explotación de recursos, como el consumo energético, alrededor de los cuales se plantea una lucha despiadada por la legitimación, por la búsqueda de resultados estadísticos que puedan ser manipulados como un elemento de consenso. Por consiguiente, se trata de buscar, en medio de esas abrumadoras fuentes de tergiversación, la ética del sujeto social. Cuando el trabajador consigue desprenderse de su estatus alienante, y su capacidad productora le permite observar de modo intelectual el entorno en que se desarrolla, entonces desempeña un papel importante su decisión ética en el propio ámbito del consumo de los productos culturales que se le proponen. La historia de América presenta casos de trabajadores que se han unido al explotador en contra de otro poder que actúa contra ellos en el nivel simbólico. Su manipulación, por parte de los dueños y dominadores, se fundamenta justo en estamentos éticos, por los cuales elige.

Al simplificar los estamentos de la lucha, insistiendo en supuestos bloques polares de uniformidad expresiva, la estrategia socialista se hizo vulnerable a un proceso comunicacional de zapa, bien documentado por las estrategias de la Guerra Fría Cultural, que actuaba sobre los pliegues ideológicos y sociales del sistema. La burocracia se consideró a sí misma más importante que el sistema social, se proclamó depositaria y portadora de los valores totales

de la nueva sociedad, los burócratas eran los iluminados del socialismo, guías de una clase —el proletariado— que, por eso mismo, apenas se le concedía atenuar sus deplorables condiciones de vida, aunque, de facto, seguía siendo considerada incapaz de surgir de sí misma. La burocracia en el poder sacrificó de ese modo la evolución de las contradicciones de la clase que debía representar, y encarnar, al paso de su propia estabilidad. Hasta llegar a la comodidad de Brezhnev, donde no era posible resistir por demasiado tiempo, aunque sí era viable, más que dejarlo caer, salvar el sistema. Al extender la circunstancia al dominio del ámbito de la producción cultural, convirtiendo las bases del realismo socialista en un manual de códigos estrechos, perdían las amplias posibilidades del sistema para acercar al proletariado a los más elevados niveles culturales. En tanto la instrucción queda más a merced de ser manipulada, el ciclo de intercomunicación quedaba cerrado justo en ese punto, manteniendo la escisión histórica burguesa entre el arte elitista y la población en general.

Si tomamos como una proposición asertiva la estrategia del libre mercado, que se proclama vía eficiente de regulación socioeconómica, concluiremos en que ha sido inescrupulosamente traicionada (¡donde las dan las toman, eh!), pues los especuladores financieros consiguieron lucrar con hipotecas chatarra en medio de medidas de riesgo para salvar las condiciones del capitalismo de globalización neoliberal. Luego, fueron “rescatados” por las propias arcas del Estado que se suponía ineficiente.

La proposición asertiva es sin embargo cínica: no expresa una conclusión que pretenda ser verídica, en tanto ley general, sino un aserto justificatorio para la imposición del interés hegemónico. Cada sistema, por tanto, necesita garantizar las bases sistémicas de su funcionamiento. La especulación financiera, y en consecuencia asertiva, reconstituye un paliativo de salvataje del sistema ante el inevitable derrumbe de las fuentes de empleo, sin las cuales

no es posible que la cultura supere sus gradaciones estatales. Las condiciones del llamado trabajo material, cuya explotación se hace cada vez más patente bajo los mecanismos de la globalización, se trasladan al propio proceso de trabajo inmaterial, en el que tanto los empleados empresariales como los sectores intelectuales pugnan por conseguir un estatus de empleo que les permita subsistir. El pensamiento, entonces, comienza responder, mecánicamente y globalmente, a las fundamentaciones de la clase especulativa, que sí opera con el intelecto, pero ejerciendo la explotación directa.

La estrategia dirigida a aislar la economía de la política, aplicada a partir de los preceptos científicos de la escuela de Chicago, con sus variantes, que no son más que adaptaciones a circunstancias específicas, contiene en sí misma el libre albedrío de la privatización. Una vez que el progreso económico siembre el ascenso creciente de desigualdades, inflación, crisis, etcétera, la necesidad popular de cambio crecerá. Detrás de esa declaración hipócrita subyace un cúmulo de conocimientos que manejan muy bien entre bambalinas, como el de convertir la ideología política en comandos suicidas de limpieza de obstáculos, en operarios de las minas que ellos diseñan desde sus predicciones científicas. Como el paquete de medidas requiere ser drástico y simultáneo, cada sector de la población recibirá su cuota de impacto.

El descontento y la presión de la sobrevivencia forzosa generan de inmediato nuevas tensiones dentro del marco de las sociedades regidas por estados nacionales asistencialistas, como lo fueron los del socialismo europeo. Los propios resultados de la estadística económica, y del carácter de las medidas gubernamentales, militares y de policía, se pasan a un plano subliminal de la información que quedará sustituido por el obvio mensaje del éxito; del éxito como fórmula posible, como opción rotunda incontestable. Ahí se toma el punto legal como ruptura del cambio,

como muralla ante la redistribución; como se alude a leyes que deberán pasar de su presuposición abstracta a su materialización concreta, firmadas por las nuevas juntas gubernamentales que la mayoría de los votantes ha apoyado en elecciones, corresponde aplicar la fuerza policial o del ejército si se producen intentos justificados de contradecirlas. Se trata de una ideología de condición hipócrita, pues asegura estar libre de ataduras ideológicas en tanto prepara el camino para que impere el sistema de ideología única de la competitividad de los dueños, de la entronización de los consorcios. Se aprovecha, además, del agotamiento de los sectores en contradicción en el plano del ejercicio político, por lo que demuestra ser un método que bien conoce el devenir social y que no duda en emplearlo de la forma más discriminatoria posible.

En lugar de a las cámaras de tortura, somete a las multitudes a la selección natural desesperada entre sus propios iguales. Se fabrica, minuciosamente, la estigmatización de las acciones estatales, para después usarla como prueba de que solo dejando al Estado opciones subalternas de decisión, la economía conllevaría al progreso de la sociedad. Este descrédito del Estado se da de forma explícita, mediante una operación lógica que invierte la fórmula: todo bosque es un conjunto de árboles, por consiguiente, todo conjunto de árboles debe componer un bosque. Ello, para dejar el resultado en la ecuación lógica siguiente: las fórmulas económicas aplicadas en los estados-nación han fracasado, luego, cualquier propuesta que descargue el peso de las decisiones económicas en un Estado-nación resultará ineficiente. Sin embargo, para fundamentar este paquete prescriptivo, se trabaja sordamente en la configuración de las estructuras internas del poder económico, en el cual descansa el peso de la regulación social. Y son lanzados, un tanto como genios emergentes, gurús portadores de la fórmula mágica para el futuro, los elementos que, tras aplicar sus recetas del tipo cura de caballo (que dejará

inservible a la bestia aunque realizado al dueño, presto a sustituirla sin mucha nostalgia) soportarán el peso moral de las decisiones.

Ni en Rusia, ni en China, ni en Polonia, las ideas heredadas del sistema social, en su propuesta de beneficio común y de reconocimiento de los derechos de la población a la salud, la educación, la cultura, el empleo, etcétera, consiguieron detener el avance de las medidas neoliberales que permitieran un dominio global de sus economías. Un procedimiento que desde la postguerra se venía plantando. De acuerdo con Atilio Borón, David Easton lleva “hasta sus últimas consecuencias la barbarie fragmentadora y disolvente del positivismo” cuando, a mediados de la década del 50, “decide declarar difunta a la filosofía política clásica y expulsar del dominio de la ciencia política a los conceptos de poder y estado (por su supuesta inutilidad para la comprensión de los fenómenos aludidos por dichos conceptos)”.<sup>66</sup>

Lo que estaba siendo sometido a un acondicionamiento para terapia de *shock* era, sin embargo, el universo mismo. Los agentes del dominio mercantil, luego de su trabajo con los casos particulares de estados secuestrados, de proyectos agotados en el intento mismo de hacerse viables bajo normas creadas para ser hostiles, estaban instituyendo el aparato de control global de la economía, de modo tal que hasta las más nimias inversiones de iniciativa popular, como los pequeños restaurantes, la producción manual de bienes culturales de tipo utilitario, o cualquier otro intento, se vieran forzadas a competir por un puesto (lo que significa adecuarse a lo impuesto) dentro de la pirámide hegemónica que la insaciable mano invisible que el mercado reproduce.

<sup>66</sup> Atilio A. Borón: “La filosofía política clásica y la biblioteca de Borges”. Introducción a *La filosofía política clásica. De la antigüedad al renacimiento*, Biblioteca Virtual CLACSO, <http://www.clacso.org/>

El secuestro de la viabilidad del Estado-nación por parte de la sociedad mercantil y su espectacular representación, deja pues un vacío en el proyecto de los activistas y de la militancia. El sistema electoral, global en su modelo básico, disuelve las opciones de las alternativas radicales y, sobre todo, anula los proyectos de transformación revolucionaria. La intelectualidad lleva, o debe llevar, el peso de la búsqueda de un pensamiento que ayude a la sociedad a hallar los caminos que demanda y necesita.

La crítica es una vía, ineludible pero también elemental. Se necesita, no obstante, un pensamiento positivo (ni positivista ni afirmativo: positivo, en su sentido semántico) que se aventure con los planteamientos prácticos en el desarrollo de las relaciones sociales. Y además una estrategia de acción que intente validarlos en la práctica. Para ello se precisa una cultura general que sea capaz de sortear la manipulación mediática, con lo cual la sociedad no cuenta, desde luego. Y una cultura no es viable si antes no se pone en marcha un ámbito de educación que sea capaz de integrar la relación dialéctica entre el individuo que asume su superación y la sociedad que se transforma, a pesar de su propia resistencia estructural, bajo la acción de los sujetos que la recomponen. Esto es lo que echa a andar el sistema socialista, aun cuando puedan señalarse los numerosos errores objetivos que acompañan a la mitología predicadora del fracaso del sistema.

El intercambio dialéctico entre el individuo, su condición de sujeto social, y las estructuras de esa sociedad que los engloba, es, por requisito, constante; se configura bajo continuas estancias de naturaleza efímera cuyos aportes se revierten en nuevas circunstancias de significación y sentido. La vigencia del pensamiento de Marx, y su eficacia hoy día, dependen de que las interpretaciones que van consiguiendo hacerse pertinentes en el contexto social global, consigan una aplicación dialéctica cuya lógica implique sus preceptos en medio de las circunstancias que

inciden, desde el ejercicio global, en la nomenclatura del comportamiento individual. Y, muy importante, dependen además de que estas interpretaciones, al ser llevadas a la práctica del sistema de relaciones sociales, se proyecten, justamente, relacionadas con los advenimientos sociales que, sin dejar de mantenerse en esencia dentro de las líneas previstas por la teoría marxista, adquieren un número de especificidades y variantes que es necesario llevar a entendimiento.

No es posible concebir un proyecto futuro si no se tienen en cuenta las directrices fundamentales del presente. Ignorar el presente, o supeditarlo a la idea posterior que, de algún modo indefinido, con ingenuo optimismo, se realizará, no es sino dejar en manos de los poderes hegemónicos ese mismo futuro que se sueña. Tampoco se consigue un futuro si no se comprenden las bases del proceso pasado, de la historia vivida en todos y cada uno de los estratos sociales, no la historia consagrada a puntos de vista predefinidos con los cuales se escamotea a otros sujetos de incidencia. La debilidad de un pensamiento de confrontación, que es el riesgo constante de validez del juicio, es también su arraigo, su posible salvación en medio de la guerra cultural.



### III. DE LO REAL INSÓLITO A LA CONFORMIDAD EFICIENTE

*No vamos a parar hasta oírles decir  
lo que otros ya por ahí repiten sin cesar:  
Atrápame por el cuello, me lo puedes apretar  
te prometo firmemente no me voy a quejar,  
no te daré jaquecas ni te pondré enfadado  
si a fin de cuentas estar ahorcado no es tan malo,  
ya lo verás, así, de modo conformista.*

ISRAEL ROJAS<sup>1</sup>

*Entre los estudiosos de la cultura, el cuerpo es un tema que está  
de moda, pero, por lo común, se trata del cuerpo erótico,  
no del cuerpo famélico. Hay un interés entusiasta por  
los cuerpos copulando, pero no por los cuerpos trabajando.*

TERRY EAGLETON<sup>2</sup>

## Trabajo cultural, recurso, capital, etcétera

En medio del embate de la nunca regulable industria cultural, el carácter de utilidad, o de recurso, con que se ha asumido a la cultura —cuestión que acaso surgió con buenas intenciones una vez que la trilogía de libertades del mercado empresarial había alcanzado su vía libre absoluta—<sup>3</sup> responde más a esa realista circunstancia de enfrentar

<sup>1</sup> Israel Rojas: *Psicología al día*, canción del dúo Buena Fe.

<sup>2</sup> Terry Eagleton: *Después de la teoría*, Editorial Debate, Barcelona, 2005, p. 14.

<sup>3</sup> George Yúdice: *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, pp. 11-44; Néstor García Canclini: “¿Por qué legislar en las industrias culturales?”, en *Tablero*, Revista del Convenio Andrés Bello, no. 64,

el ejercicio global de dominación mercantilista que a un desarrollo de posibilidades culturales auténticas desde los propios creadores y, lo que es esencial, para la población. Realista. Pragmática. Insuficiente. Un conformista acto de autofagia progresiva, irreversible y lenta. Del mismo modo en que vamos depredando los recursos naturales del planeta para satisfacer las necesidades inmediatas de la larga cadena de sus usufructuarios, una visión del producto cultural como recurso predice su posible agotamiento.

Se produce y se reproduce en función de una utilidad mercantilista, fetichista y filistea, aun cuando esas características se correspondan con una necesidad de vida o muerte, pues, si bien pudiera ser posible que, siquiera por hipótesis, el creador decida su suicidio en virtud de conservar los valores tradicionales de la cultura, no lo es, de ningún modo, en relación con los consumidores en general y menos en el caso de los niveles que atañen a lo popular.

Argumentaciones como las de George Yúdice, o de García Canclini, trazan sin más una línea directa de adaptación, utilitaria y pragmática, entre el análisis de Adorno y las normas conceptuales de moda que se han tornado dominantes en la era de la globalización. “La culturización de la llamada nueva economía —asegura Yúdice— a partir (...)

---

pp. 22-31; “Opciones de políticas culturales en el marco de la globalización”, en *Informe mundial sobre la cultura*, UNESCO, pp. 233-265. Edición digital en pdf, URL: <http://unesdoc.unesco.org/ulis/spa/>. Este mismo informe de la UNESCO, compilado a partir de ensayos de importantes autores, reincide de un modo u otro en la idea de adaptar la producción cultural al ritmo mercantil impuesto por la globalización, siempre en aras de salvar la cultura y sus manifestaciones más diversas y marginadas. Para un análisis de visiones más comprometidas ideológicamente con el neoliberalismo y su maquinaria deculturadora, ver Renán Vega Cantor: *Un mundo incierto, un mundo para aprender y enseñar. Las transformaciones mundiales y su incidencia en la enseñanza de las Ciencias Sociales*, 2t., Fundación Editorial El Perro y la Rana, Caracas, 2008.

de la expropiación del valor de cultura y del trabajo intelectual, se ha convertido, con ayuda de las nuevas comunicaciones y de la tecnología informática, en la base de una nueva división del trabajo”.<sup>4</sup>

Más que a una nueva división del trabajo, la cultura se enfrenta a un reordenamiento, de disyuntiva forzosa, que altera la incidencia de sus productores legítimos en el marco de socialización de su legado. Sometidos por la norma que va degradando al mercado universal, y agobiados por la necesidad elemental de la sobrevivencia, los creadores reclaman para sí la lamentable condición de capital humano. De este modo, el universo simbólico se halla cada vez más a merced de esas reglas de depredación impuestas por las transnacionales del gusto, preocupadas mucho más por el entretenimiento autosuficiente, que por desarrollar cualquier independencia de percepción ética o estética. El creador, dominado por la máquina de la industria mercantil, no solo renuncia a su condición de individuo, sino además a su posibilidad de convertirse en sujeto portador de una cultura capaz de contribuir al bien común y, mucho menos, a trabajar para que la cultura aporte en la transformación del mundo.

Tanto como una industria, la cultura del capitalismo global es, a cada instante de su puesta en marcha interna, donde ocurren los procesos interdependientes de semiosis, un dispositivo empresarial. En su funcionamiento, entran en juego los módulos contractuales que rigen la necesidad de conseguir empleo, las relaciones de trabajo marcadas por una determinada eficiencia, la cual responde a una lógica de acción que sobre todas las cosas jerarquiza el dominio gerencial. Tanto las minorías económicamente desplazadas, asociadas o no por rasgos redundantes, como los profesionales sin una línea de *marketing* preestablecida, recurren a la más humilde condición de fuerza de trabajo.

<sup>4</sup> George Yúdice: ob., cit., pp. 21-22.

No hay novedad en esa relación mercantil a la que se ve forzada la cultura, sino confirmación de un estatuto básico inspeccionado por Marx en *El capital*.<sup>5</sup>

La creatividad cultural, la experimentación estética, el riesgo ético, son suplantados por el sacrosanto lema de la eficiencia económica, es decir, por el fin legitimado de la obtención de ganancia. En tanto la economía de la cultura depende de gestiones negociadas con instituciones financieras o políticas, los valores intrínsecos en la producción simbólica se verán relegados y no dejarán de ser a fin de cuenta espurios. Si bien es cierto que la crítica desconstruccionista, o el proceso crítico de acción comunicativa desarrollado por ciertas hegemonías del valor cultural desde sus tradiciones, no consigue el dinero necesario para promover y desarrollar proyectos culturales, sí está llamado a buscar, de modo alternativo y desde fuera, esos procesos de negociación mediatizada en que los productores de cultura se verán sin más insertos. Y ello a pesar de las propias voluntades personales de sus cultores, puesto que, para que el resultado de su pensamiento alcance un nivel paradigmático en el panorama global, necesitan ajustarse al proceso de retransmisión consensual con que la industria cultural labora.

El propio Yúdice señala que

los derechos de autor están, de manera creciente, en manos de productores y distribuidores, de los grandes conglomerados del entendimiento que cumplieron gradualmente con los requisitos para obtener la propiedad intelectual, y los hicieron en tales condiciones que los “creadores” apenas son ahora algo más que “proveedores de contenido”.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Karl Marx: *El capital. Crítica de la economía política*, t. I, cap. XII, “División del trabajo y manufactura”, pp. 292-323, y cap. XIII, “Maquinaria y gran industria”, pp. 324-455, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 21. Suyos los entrecomillados.

Se trata de una bienvenida a la condición alienante de todo aquel que se emplee en la producción cultural, incluso si sus ganancias monetarias son crecientes. García Canclini reconoce a su vez que

en un tiempo de gran interacción del arte con los medios de comunicación, y de circulación transnacional de la cultura, entre los artistas, los artesanos o los escritores y los receptores de sus trabajos, existe una red compleja de instituciones (galerías, museos, editoriales), financiadores (bancos, fundaciones, patrocinadores estatales y privados) y profesionales de la crítica, la comunicación, el turismo y otras actividades conexas, que influyen en el sentido social que irán adquiriendo los bienes culturales.<sup>7</sup>

Esta influencia, al verse mediada por el criterio básico del financiamiento, despiadado desde el mecenazgo privatizador e indolente —o muy limitado desde buena parte de las gestiones no gubernamentales—, deja cada vez más fuera de sus objetivos esenciales la subvención de obras y bienes culturales duraderos y nutrientes, para dedicarse a promocionar productos de eficacia efímera.

La crítica de la acción cultural, aun cuando también dependa de ciertos focos de sostén económico, en general promovidos desde sectores académicos, suele verse orientada hacia un uso consciente de los datos de justificación para el financiamiento. El crítico, el investigador, el analista (antropólogo, sociólogo, filósofo, etcétera), no deja de ser un ciudadano sometido a una vital necesidad de subsistir, capaz de vislumbrar a qué distancia exacta se encuentra la cadena, que puede ser juguete, y a cuál otra el mono, con quien no se permite para nada el juego. Una actitud ingenua, acrítica, que evada atender a las condiciones socioeconómicas bajo las cuales la producción cultural

<sup>7</sup> George Yúdice: “Opciones de políticas culturales en el marco de la globalización”, en *ob. cit.*, p. 256.

ha de ponerse en significación, relacionadas siempre con las nuevas tendencias que los medios imponen a sus consumidores, deberá concluir, primero, en una renuncia a promover el proceso cultural con un espíritu de permanencia y sedimentación, y luego, en una entrega al deterioro irreversible al que somete el mecanismo de ganancia inmediata.

Y no se trata, quiero insistir en ello, de negar, por el resultado de una buena parte de sus investigaciones, el papel que los estudios culturales pueden desempeñar para reconquistar ciertos estancos de lo cultural en medio de la globalización depredadora, sino de recuperar sus aportes epistemológicos para hacerlos avanzar en los objetos de análisis, sacudiéndolos del estatismo complaciente en el que suelen detenerlos las numerosas limitaciones que confrontan. En el diario accionar de la cultura, bajo los propios índices de subvención, lo que las minorías aportan se ve rápidamente procesado. El jazz, que arrebató a las mayorías, perdió buena parte de su fuerza expresiva en los salones y regresó a esas mismas mayorías, si bien con partituras más elaboradas, o hasta con partituras, sin nuevos escalones para el riesgo ético y estético. Al hacerse “de salón”, supeditó su capacidad de expresarse en sus gérmenes originarios de inconformidad, de llamado a la transformación radical, no solo del gusto estético, lo cual consiguió de una manera tal vez óptima dadas las capacidades de autotransformación del receptor burgués, sino —tan importante como— del reconocimiento social de sus creadores por su propia identidad.

Este ejercicio de suplantación por la demanda, mediante el cual se aprovecha el carácter de recurso en que, en efecto, el producto cultural puede convertirse, implica el despojo de los valores éticos originarios. El canon de esparcimiento y diversión burguesa, al ocultar a toda costa, y con la valiosa ayuda del derroche, su propia condición alienante, suplanta al canon expresivo popular. El rap, para

tomar un ejemplo análogo reciente, fue convertido con fascinante rapidez en expresión marginal, desarraigada no solo del centro sociohegemónico, tal como surgía, sino también de los fundamentos intrínsecos que le dieron origen en los contextos socioculturales de marginación y desarraigo social.

Las nuevas circunstancias de la retransmisión global de la cultura, seducidas más por la reproducción de moda que por productos de factura original, facilitaron que se deslegitimara de inmediato como creación de fondo, elaborada (lo que sí era un elemento básico del jazz) para convertirse en ese otro contracultural al que se tolera según los cánones al uso, es decir, efímeros y asimilados bajo un pragmatismo que de cualquier modo se supone para sacar provecho de toda circunstancia insuficiente y negativa. Recuérdese, si no, cuán popular se hizo el refrán: “Si la vida solo te da limones, ¡hazte una buena limonada!” Se trata de una actitud que actúa directamente sobre la decisión individual y para su aceptación adaptativa en medio de las circunstancias en que el mismo individuo se desenvuelve. A la inversa, es decir, en la mirada de los sucesos de lo colectivo, no deja por una parte de arrastrar los elementos básicos de esa misma pragmática, aunque invierte la dirección conclusiva al descargar sobre los sucesos de intento de transformación la causa de traumas y fracasos.

“El contenido de la cultura —argumenta Yúdice— pierde importancia cuando la *utilidad de la demanda de la diferencia* como garantía cobra legitimidad. El resultado de ello es que la política tiene, por así decirlo, la carta de triunfo con respecto al contenido de la cultura”.<sup>8</sup> El informe de utilidad para la búsqueda de financiamiento presupone más que hasta qué punto podrán desarrollarse, en qué medida se enfrentan a la contención externa y a la “prudente” autocontención. Y es del mismo modo ingenuo aceptar que los proyectos puestos en marcha bajo paquetes requisitorios

<sup>8</sup> Ibídem, p. 26. Suyas las cursivas.

de tales circunstancias, funcionarán de acuerdo con los estatutos ideales de la justificación. La dinámica que las relaciones de aprehensión, y/o praxis hermenéutica, imponen en cualquier acto de cultura, sobrepasa el conjunto de las normas reglamentarias cuyo fundamento se basa en fabricar la eficiencia contable de un producto de puro resultado económico.

Los BMD [Bancos Multilaterales de Desarrollo] —asegura además— dan prioridad a los proyectos de financiación cultural que guardan alguna relación con las áreas tradicionales de esos bancos y que deben tener un resultado instrumental, por ejemplo, en salud, en educación, en la formación de capital social o en el apoyo y fortalecimiento de la sociedad civil.

De ahí que, como lo expresa la cita de Elcior Santana que el mismo Yúdice toma, “la cultura por la cultura misma, cualquiera que sea esta, nunca será financiada, a menos que proporcione una forma indirecta de ganancia”.<sup>9</sup> García Canclini, empero —aun cuando no deja de reconocer, con incontestables estadísticas, las depauperantes circunstancias— deposita su optimismo en el papel de las políticas culturales. De ahí que abogue por la necesidad de obtener “diagnósticos sobre financiamiento, promoción, difusión y recepción de la cultura, propiedad intelectual y derechos de autor, organización industrial de la producción en este campo y acuerdos internacionales”,<sup>10</sup> pues para

este proceso en que se combinan de manera no unidireccional globalización e integración local y regional de los mercados, homogeneización y heterogeneidad

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p.17. La cita de Santana en “Remarks at Meeting on the Transnationalization of Support for Culture in a Globalizing World”, Bellagio Study and Conference Center, Villa Serbelloni, Italia, dic. 6-10 de 1999.

<sup>10</sup> Néstor Canclini: “¿Por qué legislar en las industrias culturales?” en *ob. cit.*, p. 24.

culturales, los países periféricos necesitan ensayar políticas culturales que les permitan potenciar sus capacidades y a la vez situarse en posiciones menos desventajosas en relación con los países centrales.<sup>11</sup>

Por consiguiente, según sus conclusiones, en tanto “participar en el intercambio mediático es ahora decisivo para ejercer la ciudadanía”,<sup>12</sup> es decir, para expresar y transmitir valores culturales,

esta expansión y estas interconexiones necesitan ser situadas en políticas culturales que reconozcan los intereses plurales del conjunto de artistas, consumidores y de cada sociedad. En parte, esta tarea debe ser encarada por los ministerios o secretarías de cultura. En parte, depende de la movilización de asociaciones de artistas, comunicadores y consumidores culturales. Y también de alguien que represente a los consumidores-ciudadanos, un ombudsman de las industrias culturales.<sup>13</sup>

No obstante, si como él mismo aclara, “necesitamos formar lectores, espectadores de teatro y cine, televidentes y usuarios creativos de los recursos informáticos”, ¿de dónde han de salir esos cuantiosos recursos que garanticen el largo e “improductivo” proceso de formación? Se trata, parece un absurdo que se obvie así de fácil, de un proceso que implica, desde la alfabetización elemental, o sea, enseñar a leer y escribir a la población, hasta la muy compleja alfabetización para que el ciudadano consumidor sea capaz de aprehender los valores expresivos de los renovadores productos culturales que los creadores ofrecen.

<sup>11</sup> Néstor Canclini: “Opciones de políticas culturales en el marco de la globalización”, en ob. cit., p. 249.

<sup>12</sup> Néstor Canclini: “¿Por qué legislar en las industrias culturales?”, en ob. cit., p. 23.

<sup>13</sup> Ibídem, p. 29.

¿Podrá algún mediador comercial, por muchos *spot* televisivos y reportajes periodísticos que pague, dejar a la ciudadanía cultural en posesión de esa carta de ciudadanía que las condiciones de globalización le exigen? El mismo Canclini advierte que esa inevitable “privatización creciente de la producción y difusión de bienes simbólicos está ensanchando la grieta entre los consumos de élites y de masas”,<sup>14</sup> aunque, paradójicamente, supone que las industrias culturales habrán de actuar como “recursos igualmente estratégicos para el enriquecimiento de las naciones, la comunicación y participación de sus ciudadanos y consumidores”.<sup>15</sup>

Nos propone pues García Canclini, legislar en políticas culturales antes que en el medio legal:

La legislación no es solo una cuestión jurídica, sino de política cultural como promoción del desarrollo. La mejor política defensiva de cada cultura no es la que pone aduanas a los bienes y mensajes extranjeros, sino la que fomenta la producción endógena y ayuda a difundirla y entretenerla con la vida social. Las industrias culturales no incluyen solo las grandes empresas editoriales, musicales y televisivas; tienen que ver también con proyectos de edición y comunicación audiovisual de alcance más corto, pero significativos para una región.<sup>16</sup>

(...)

las viejas formas de censura o control de aduanas nacionales —aparte de su aspecto polémico— se han vuelto inoperantes en la época de los satélites, las fibras ópticas e Internet. El carácter universal de la problemática hace evidente la necesidad de acuerdos supranacionales y la participación decidida de organismos

<sup>14</sup> Ídem.

<sup>15</sup> Ibídem, p. 24.

<sup>16</sup> Ibídem, p. 30.

internacionales y regionales en el estudio y la negociación de acuerdos de política cultural. Una consecuencia para la formación de funcionarios, administradores y promotores culturales es que deben ser entrenados para desenvolverse en contextos diversos, en situaciones internacionales, para poder abarcar las implicaciones culturales, estéticas, financieras y políticas de la intermediación transcultural.<sup>17</sup>

¿Cómo un Estado cada vez más maniatado por la privatización, habrá de conseguir que esas regulaciones legisladoras se plasmen al menos en papel? Si lo que él mismo llama “reincidencia en los malos hábitos de las empresas”, muestra que “el mercado tiene poca capacidad de regularse a sí mismo”, ¿cómo habrá de regularse a favor de producciones que le dan poca ganancia, o acaso ninguna?

No basta, aun así, con añorar un mundo cultural para que este se realice, ni tampoco con decretar constitucionalmente que la cultura representa un valor nacional y universal a resguardar. También en esos casos la dinámica de acción directa de los fenómenos culturales recompone los preceptos teóricos y convoca a conflictos no siempre previsible y, en tantas ocasiones, reacios a aceptar las soluciones disponibles. Por otra parte, esta visión del teórico argentino atiende apenas a la preparación de los mediadores (funcionarios, administradores y promotores culturales) solo en una dirección: la que se definiría en los términos de la adquisición y no, como es aun más necesario, la que habrá de garantizar la permanencia de creaciones culturales duraderas y nutrientes.

O sea, que en el problema que él mismo plantea, “la disputa entre el sistema de origen francés, predominante en América Latina, que reconoce la autoría al creador intelectual, y la legislación estadounidense que atribuye esos

<sup>17</sup> George Yúdice: “Opciones de políticas culturales en el marco de la globalización”, en ob. cit., p. 257.

derechos al productor empresarial, o simplemente al inversionista”,<sup>18</sup> el resultado de sus propuestas favorecería, apenas se haya puesto en práctica la política cultural sugerida, al sistema legislativo norteamericano. “Después de los sin-documentos, de los sin-trabajo —cita allí mismo a Jack Ralite— ahora llegará el tiempo de los sin autor”. El pronóstico apunta, entonces, a convertir al autor en el artesano clásico, ese que debe vender su producto bajo el más notable anonimato, aun cuando se sabe que no todos los artesanos producen con similar talento, por más que intenten ser fieles en las imitaciones con las que el turismo deberá pagar su sustento.

En medio del contexto de globalización, García Canclini atiende a “tres transformaciones: a) la recomposición de las culturas nacionales por el avance de la globalización y de la integración regional; b) el predominio de las industrias de comunicación de masas sobre las formas tradicionales y locales de producción y difusión de la cultura; c) las nuevas condiciones que generan estos cambios para la democratización y la convivencia multicultural”.<sup>19</sup>

El primer proceso de transformación, que pudiéramos entender como *recomposición* solo si no dejamos fuera de concepto los tantos aspectos negativos que la semántica del vocablo implica, no propone, ni por mucho, un diálogo entre los elementos culturales que por medio de la tecnología se introducen en los diferentes estancos de las culturas nacionales y locales, sino un modelo pragmático de estructuras de comunicación y significación que absorbe con celeridad e indolencia al resto de las proposiciones y modelos tradicionales. No lo hace de este modo, siquiera porque rechace las manifestaciones tradicionales, o porque las desprecie o subvalore, lo más probable es que capte

<sup>18</sup> Néstor Canclini: “¿Por qué legislar en las industrias culturales?”, en ob. cit., p. 26.

<sup>19</sup> George Yúdice: “Opciones de políticas culturales en el marco de la globalización”, en ob. cit., p. 233.

enseguida sus esencias, sino porque ese modelo último que deberá convertirse en mercancía, necesita aparecer en las nuevas zonas de consumo sin demasiado riesgo de no ser aceptado. Para ello, tanto la complejidad que profundice en los referentes aludidos por la obra como el modo alternativo y demasiado autóctono de expresión, mediado incluso por la tecnología, son ingredientes acaso inadmisibles.

El mismo García Canclini ofrece un ejemplo modal de tales resultados cuando considera al ecualizador “no solo como un dispositivo que organiza el equilibrio sonoro entre los instrumentos de un conjunto y la voz humana, sino como una estrategia para organizar estéticamente la globalización”.<sup>20</sup> Tal estrategia de organización estética de la globalización pierde, a pesar de su voluntarista influjo, la posibilidad de ceder en sus mecanismos de estructuración dominadora. “Aplicada a las diferencias interculturales —explica—, esa capacidad de compensar sonidos agudos y graves, así como diferentes canales, para que todo se oiga como un todo armonioso, se convierte en un acto de política multicultural”.<sup>21</sup> Política multicultural que no se define a partir de los diversos modos de aprehensión de lo diverso, sino en los más eficientes modos de compactar esa diversidad de base cultural en el proceso de transculturación comunicativa.

No obstante, García Canclini insiste en que mediante esas políticas culturales que habrán de construirse sobre las bases mismas de la globalización, se hará posible

superar la desvinculación, y a veces el antagonismo, entre lo que hacen el Estado, las empresas privadas y los organismos independientes. La creciente toma de conciencia sobre la influencia sociocultural y la potencialidad económica de las industrias culturales parece ofrecer condiciones más propicias para buscar una

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 253.

<sup>21</sup> *Ídem*.

articulación entre lo estatal y lo privado, para construir programas de investigación y políticas de colaboración centrados en el interés público a escala internacional.<sup>22</sup>

O sea, en tanto se advierte que un instrumento de la tecnología que habrá de ser utilizado para facilitar, mediante síntesis de trabajo, de esfuerzo humano, los resultados de tradiciones de invención y creación humanas, se coloca de inmediato al servicio de las “políticas multiculturales”, o lo que es más exacto, de la depredación globalizadora de los valores culturales, no se vislumbra siquiera la idea de que las condiciones sociales funcionan como antecedente facilitador de esa transformación espuria. Pudiera parecer que se intenta desvincular el uso puramente cultural de la tecnología de sus contradicciones socioeconómicas, pero el argumento que de inmediato se esgrime regresa a una conclusión que lo desmiente:

En algunos casos, los acuerdos de libre comercio y de integración regional, que se han firmado o se están negociando entre varios países, dan un contexto apropiado para desarrollar iniciativas semejantes en el campo de la cultura y la comunicación. Es necesario que estos procesos de integración regional sean apoyados por estudios y políticas culturales y educativas internacionales que fomenten una mejor comprensión recíproca entre las sociedades participantes y un manejo inteligente de los desafíos que plantean las nuevas formas de multiculturalidad.<sup>23</sup>

Si asombroso resulta que se definan como “contexto apropiado” a esos acuerdos de libre comercio, es decir, a la apertura de toda restricción a la especulación financiera y el intercambio cada vez más desigual que esos tratados

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 256.

<sup>23</sup> *Ídem*.

han plantado en América Latina, más sorprendente es que se prediquen tales conclusiones luego de que, en ese mismo ensayo, y basándose en estudios, estadísticas y diagnósticos, este reconocido intelectual se preguntara:

¿Qué significa, por ejemplo, que en las dos últimas décadas haya decrecido la producción de libros, discos y películas en América Latina, el cierre de cines, librerías y teatros, museos de arte y programas de apoyo a las culturas populares? La reducción del gasto público y de las iniciativas privadas nos colocan ante esta contradicción: se promueve un mayor comercio entre los países de América Latina y de éstos con las metrópolis, cuando estos países producen menos libros, menos películas y menos discos. Se impulsa la integración en el momento en que se tienen menos bienes culturales para intercambiar y el deterioro de los salarios hace disminuir el consumo.<sup>24</sup>

¿No se trata, simplemente, de lo que Marx llamó la contradicción fundamental del sistema capitalista, apacentando sin mucha resistencia sobre una etapa imperialista? El intercambio desigual, en el plano cultural estricto, se diseña a partir de productos cuyo “repertorio de signos en constante disponibilidad” se halla estrictamente diseñado, la mayoría de las veces ni siquiera con intenciones políticas de fondo, sino como fuente inagotable de una ideología de consumo cuyo soporte más inmediato y efectivo descansa sobre el uso de la tecnología. Los paquetes de información actúan a partir de programas, esto es, de conjuntos y variables de respuestas lógicas, preestablecidas que, cierto, facilitan al usuario la búsqueda de opciones en tiempo vertiginoso. Pero se trata, al fin y en el principio, de opciones programadas sobre la base de respuestas de lógica formal. Una lógica formal que ha almacenado las propias variantes de consumo como fuente primaria de conocimiento y

<sup>24</sup> *Ibíd.*, p. 249.

como norma de conducta para el comportamiento general. Por consiguiente, el ineludible avance de la tecnología requiere, cada vez más, miradas de razonamiento acerca de cómo se ponen en uso sus sistemas, pues el receptor de sus impresionantes resultados de manipulación de datos sucumbe con facilidad al peligro que arrastra su lógica de absorción indiscriminada.

La “exitosa” limonada que los consumidores han de prepararse no excluye siquiera la conceptualización que deberán asumir de lo que ha salido de su propio acervo, como puede serlo el caso de la efímera aunque universalmente conocida *lambada*, cuyas fuentes rítmicas siguen siendo patrimonio local de una pequeña región boliviana. O aquel tan difundido *Carnavalito* del intérprete popular brasileño Roberto Carlos. La capacidad “de descifrar los mensajes de una imaginaria sin fronteras que proyectan la televisión y la publicidad: los ídolos del cine hollywoodense y de la música pop, los diseños de pintores famosos, los héroes deportivos y los políticos de varios países”, que McLuhanamente García Canclini atribuye a “consumidores de diferentes clases sociales”,<sup>25</sup> pertenece, si acaso, a un limitado número de especialistas, esos mismos que, en tanto han sucumbido al influjo académico de la especialización, han visto cada vez más reducida a condición de fuerza de trabajo, en calidad de mercancía intercambiable, su propia capacidad de análisis e investigación.

Ello añade un punto de esclarecimiento al porqué los estudios culturales evaden contaminarse con análisis de circunstancias sociales y, sobre todo, con esas leyes generales de la sociedad y el pensamiento que una ciencia objetiva debe hacer patente. Justo en los procesos de intermediación se produce la mediación adaptativa del producto cultural, pues la norma básica ética del financiamiento como fondo de decisión sobre lo que se produce en la cultura genera no solo una actitud inicial de composición de tópicos al

<sup>25</sup> *Ibídem*, p. 236.

uso para alcanzar tanto el éxito como la manutención, sino la necesidad de que el empleado que vende su capacidad de fuerza de trabajo intelectual se reacondicione a esos tópicos sin necesidad de que ninguna fuerza censuradora explícita, directa, lo llame a recapitular. Se codifica así una idea perfecta de libertad de expresión y de elección y, sobre todo, se aligera la carga cuyo peso culpa a las políticas neoliberales pues, en tanto “en algunos casos” sus tratados e iniciativas arrojan favorables resultados, la legislación, solo en materia de política cultural, debe trabajar para conseguir que a los demás se extiendan.

Para que sea negativa la respuesta a la pregunta que García Canclini se hace acerca de si nuestras sociedades tendrán como “destino” “limitarse a entender sus conflictos como dramas familiares y las cuestiones sociales como relaciones siempre hechizadas por los sentimientos”,<sup>26</sup> hay que partir de un sistema que ponga en marcha las propias potencialidades de la población, en sus diversas clases, en efecto, pero no precisamente a partir de los códigos de mediación mercantil, sino en virtud de su expresión simbólica misma. Si bien es cierto que la telenovela latinoamericana, sobre todo la brasileña, se ha encargado de llamar la atención sobre tópicos sociales necesarios e impostergables, también lo es que sus fronteras quedan muy delimitadas al circunscribirse al plano de la alusión, de la complicidad al intercambiar una información que de inmediato se *re-conoce*, a través de elementos por demás sabidos, y nunca en resultados de análisis subjetivos que impulsen a transformaciones en la conciencia social. La telenovela incide, apenas, como catarsis doméstica, lo cual, si bien no deja de tener importancia y es incluso loable que así sea, no traspasa sus propios límites genéricos ni estructurales de recepción y, sobre todo, no genera circunstancias de base para establecer transformaciones en el pensamiento social.

<sup>26</sup> *Ibíd.*, p. 252.

En estas circunstancias de proletarización de los intelectuales a través de los propios centros académicos, así como de organizaciones de investigación cuyo financiamiento no proviene de un proceso de producción autónomo sino de instituciones reproductoras de capital, los intelectuales optaron por la salida que con mayor dignidad se aparecía: aplicar el abundante arsenal teórico de los estudios culturales a fenómenos específicos de realidades concretas. Y, en ese proceso de aplicación, cuyas bases partían de estamentos teóricos segmentados para el uso práctico el que, por condición, los detenía en fragmentaciones sincrónicas, era importante un aspecto en efecto necesario para la comprensión de esos fenómenos, procesos, estructuras y sistemas culturales: sacudirse la aplicación enciclopédica de la vulgarización que estaba desacreditando las posibilidades del análisis marxista para la cultura.

Y no se trata de que no existiesen fuentes y esfuerzos con sustanciales resultados teóricos. Desde Tartu, Iuri Lotman y sus seguidores habían intentado superar estas limitaciones, en tanto desde Moscú, Mijaíl Bajtín también indagaba en métodos eficientes de superación de estos esquemas sintácticos que no solo habían arrojado al recién nacido con el agua sucia, sino a la palangana, la parturienta y la partera, acaso todo bien camuflado bajo el adelanto de la ciencia. Al aparecer cada vez más como escuelas rivales, se vieron en la necesidad de justificar sus argumentos, y de argumentar sobre unos y otros fenómenos de la cultura y, desde luego, de señalar, explicar y desmontar los que consideraban puntos de fallo de sus oponentes. Entre ambos focos de tendencias —pues las “escuelas” no son tan coincidentes como se pretende cuando con celeridad son reseñadas— quedaba subyacente, además de los aportes de la escuela liderada por Roman Jakobson, las más originales y fértiles bases interpretativas del marxismo: asimilación razonada sin necesidad de citas que, sin ejercicio de aplicación, se hacían de inmediato hueras.

En tanto el propio contexto nacional, e incluso el que se correspondía con los campos de acción del socialismo

global, los dejó irse gastando como si solo fuesen teóricos abstrusos, inútiles para el ejercicio práctico de la transformación del mundo, los resultados epistemológicos de sus discusiones fueron bien aprovechados por estudiosos del llamado mundo occidental, precisamente a favor de transformar el mundo hacia un estatuto de naturalización del sistema capitalista, del cual apenas era posible ganar pequeñas escaramuzas mediante grandes esfuerzos. Los requisitos que Lotman reclama para un estudioso de la literatura, es decir, para que los estudios literarios puedan transformarse en ciencia, abarcan una amplia gama de conocimientos, pues necesita, de modo indispensable,

conjuguar un amplio dominio del material empírico adquirido independientemente, con hábitos del pensamiento deductivo elaborado por las ciencias exactas. Debe ser un lingüista (puesto que en el momento actual la lingüística “ha tomado la delantera” entre las ciencias humanas, y precisamente en ella a menudo se elaboran métodos de carácter científico-general); poseer práctica en el trabajo con otros sistemas modelantes; estar al corriente de la ciencia psicológica y aguzar constantemente su propio método científico, reflexionando sobre los problemas generales de la semiótica y la cibernética. Debe acostumbrarse a la colaboración con los matemáticos y, en el caso ideal, reunir dentro de sí al investigador literario, el lingüista y el matemático. Debe educar en sí mismo el pensamiento tipológico, no aceptando nunca como una verdad definitiva la interpretación a la que está acostumbrado.<sup>27</sup>

<sup>27</sup> Iuri M. Lotman: “Literaturovedenie dolzhno byt’ naukoj”, en *Voprosy literatury* 1, Moscú, 1967, pp. 90-100; en *Textos y contextos. Una ojeada en la teoría literaria mundial* (selección, traducción y prólogo de Desiderio Navarro), La Habana, Arte y Literatura, 1986, tomo I, pp. 73-86. Traducción de Desiderio Navarro, pp. 85-86. Disponible además en URL: <http://www.ugr.es/~mca-ceres/Entretextos/entre3/ciencia.htm>

La especialización crítica no conduce, de este modo, a una parcelación limitada de los conocimientos, sino a una búsqueda de profundidad del objeto de especialización a partir de un amplio espectro epistemológico. Así, de acuerdo con Nelly Richard, los textos de crítica cultural se ven a medio camino “entre el ensayo, la teoría de la cultura, el análisis deconstructivo y la crítica teórica”, mezcla con la que se busca “examinar el cruce entre discursividades sociales, simbolizaciones culturales, formaciones de poder y construcciones de subjetividad”.<sup>28</sup>

Estas necesidades, en efecto rescatadas por diversas escuelas e individualidades de pensamiento teórico, transitaron hacia un proceso de proletarización de la intelectualidad que la globalización hizo patente. Entre la originalidad de las investigaciones y el riesgo de sus toques de renovación, median los estamentos contractuales, incluidos los cursos alienantes de rango y posición social. La hegemonía de las normas protocolares académicas de investigación, maniatadas de antemano por su metodología, boicotea también a priori el desarrollo del pensamiento intelectual, de la especulación que, aunque basada en un saber de investigación no especializada, aunque abarcadora y multidisciplinaria, no se ajusta al canon de la disciplina a evaluar para la titulación. La superchería queda entonces en terreno fértil para ser asimilada por el lector no especializado que, aun así, necesita del conocimiento que el protocolo investigativo ha estado escamoteándole. Los grandes pensadores no son, sin embargo, reconocidos por la historia del saber por su titulación académica, sino por el aporte de su obra. Nietzsche no es un profesor, sino un filósofo. Así mismo Heidegger, etcétera.

Descubrir que en el ámbito académico se bromea con el juego de palabras anglófono *search-[re]search*, me recuerda

<sup>28</sup> Nelly Richard: “Antidisciplina, transdisciplina y redisciplinamientos del saber”, en *Revista de Estudios Sociales*, Universidad de los Andes/Fundación Social, 1 de agosto de 1998, pp. 118-123.

un dibujo humorístico que hallé en un mural de la Universidad Central de Las Villas, allá por la década del 80, firmado por la entonces estudiante de arquitectura Carolina Vilches. Cuando el alumno presentaba al profesor su investigación, este le objetaba que era un plagio, a lo que el estudiante, seguro y convencido del éxito de su nota, respondía: “Plagio es si copio de uno solo, si lo tomo de muchos adquiere el nombre de *Investigación*”. El ciclo investigativo queda, no obstante, a merced de la valoración financiadora, es decir, de la condición de empleo del investigador, del pensador, del intelectual que, previamente, trata de conquistar su condición de asalariado. Al obtener en franco intercambio mercantil la condición de la fuerza de trabajo intelectual, el empleador se considera capaz de predeterminar qué puede ser analizado y hasta, en ciertos casos, cuál debe ser la línea de pensamiento a sostener. Dinero llama opinión o, si se prefiere, *Money saves opinion*. Son condicionamientos que han operado bajo libre albedrío en toda la etapa de empadronamientos conceptuales acerca de la globalización y que cobran su tiempo una vez que el modelo neoliberal conlleva al estamento de crisis.

Como sistema proyectivo, en cambio, el socialismo parte de un punto más allá, de positiva evolución, al no fundamentar como “recurso” a la cultura, sino como un patrimonio de valor intrínseco. Como sistema de proyecto real, en ejecución constante, se enfrenta a la contradicción elemental de sufragar la producción cultural sin una dependencia forzosa de la ganancia que dejan sus productos, para lo cual necesita —irrenunciablemente— de mediaciones políticas, ideológicas y sociales. No se trata de determinar si un producto cultural concede o no ganancia, o de si retribuye la inversión, sino de entender, asimilar en su carácter significacional, que tanto los agentes productores como los que integran las redes de consumo necesitan también de una retribución de orden económico que les permita no descolgarse del sistema en que se insertan. Por

sublime que llegue a ser el concepto cultural de un ciudadano, por elevados que sean sus índices de conocimiento y definido que esté su universo espiritual, no deja de acceder a las necesidades vitales de sus semejantes ni, mucho menos, de sentir la imperiosa voluntad del deseo y, de conjunto, el llamado interno de esas proyecciones simbólicas de su imaginario potencial.

La política cultural del socialismo no debe permitirse actuar del mismo modo en que lo hacen las instituciones globales de financiamiento, para no someter la espontaneidad y la profundidad creativas de lo cultural a un paquete de reglas de conducta. Sus normativas, orientadas en efecto hacia el bien común, aunque —inevitable— desde la responsabilidad colectiva, requieren un intercambio constante con el análisis crítico que en el proceso cultural se forma, y al mismo tiempo, una orientación lo más exacta posible en relación con el mantenimiento de los espacios de poder que le permitirían continuar subvencionando la proyección cultural sin un criterio último de plusvalía resultante capaz de evitar, aun así, un avance indetenible a la quiebra económica del sistema.

Así mismo, la ideología socialista debe tener en cuenta el carácter autónomo con que se habrán de formar las manifestaciones culturales, más cuanto más se promuevan, así como el libre concurso de la asimilación legítima de las tradiciones populares e intelectuales, para tomarlas para sí, en lugar de invertir el proceso y, como se hiciera en el llamado socialismo real, cortar el sayo ideológico con el que la cultura debería vestirse. Para un sistema social que sostenga aún la idea de un mundo equitativo y justo, capaz de premiar la magnitud de cada esfuerzo humano, esto no se presenta siquiera como una condición alternativa, sino como una acción imprescindible en la cual se compromete la permanencia misma del sistema.

La socialización de la cultura no debe representar un paquete elemental de reducciones en la perspectiva humana

de la creación, sino un riesgo de los valores que se creen imprescindibles para la permanencia misma de lo cultural. Por más que perduren, los valores de la creación humana no son esencialmente eternos; ellos deben ser sometidos a prueba en todas y cada una de las etapas del proceso civilizatorio y, sobre todo, en sus diversas estructuraciones internas. Detrás de la muerte de idiolectos, idiolectemas, concatenaciones étnicas, prácticas rituales y ejes de zonas restringidas a dominios que no sobrepasan las comunidades, se halla la puesta en marcha de relaciones de intercambio desigual que llevan de inmediato a un ejercicio de tergiversación indiscriminada, continua, apto para cesar solo en el momento en que la producción cultural olvida ese origen para declararse reconstituida, es decir, nueva. Es obvio entonces que, bajo un sistema social que deja descansar en la gestión estatal la mayor parte del trabajo cultural, se genera el peligro del curso; se crean las bases para que, bajo patente de transformaciones sociales que se realizan, para el bien equilibrado de todos, estos entes corsarios dispongan y depreden a su antojo. Con frecuencia, la burocracia ha legislado no solo central, sino además verticalmente, aun cuando no deje de consignar el párrafo que requiere la rigurosa consulta con las masas.

¿Cómo enfrentar los riesgos del curso sin hundir la cabeza ni exponer las plumas del trasero? Se necesita comprender que no estamos sembrando cultura para el futuro oponiendo a la globalización despiadada del mercado mecanismos que, al polarizarse, impongan una globalización otra —defensora de criterios alternativos de reconocimiento alternativo, en peligro constante de perecer por autofagia, pero de globalizador dominio en tanto reconstruye las normas de la alternatividad— sino socializando los valores humanos, científicos, éticos, estéticos, de la obra de esos cada vez más escasos creadores que se niegan a expurgar su producto de problemas. Tampoco es cuestión de establecer Repúblicas de creadores al margen de los conflictos

inmediatos, indiferentes a los niveles posibles de recepción e interpretación en los que puede sumergirse su obra. Al cabo de un tiempo de aplicadas estas fórmulas de especialización parcial y expurgatoria, ello se constituye no solo en fracaso de recepción, sino además en una crisis de la evolución del pensamiento una vez que el ciclo ha de cerrarse en su mismo punto de partida. No es posible eludir que, cuando se adopta a la cultura como generadora de empleos y otros paliativos, se está dando paso a la aceptación de la contradicción antagónica entre capital y trabajo.

El trabajo —empleo cultural— queda subordinado a la producción de capital y, en el mejor de los casos, a la producción de bienes, o subproductos, en última instancia mercantiles. No se trata, sin más, de un problema de grieta entre la élite y las masas, como plantea García Canclini, sino de un sello *sine qua non* al servicio de la canalización, capaz incluso de conceder certificado de calidad a muchos subproductos inteligentemente camuflados. Donde información significa aceptar como estables e inamovibles unidades de medida a los tópicos hegemónicos del gusto mediatizado, así como a constructos de manipulación falsamente dinámicos, y en tanto entretenimiento conlleve a una complacida ebriedad en la redundancia de arquetipos de probada superficialidad, es difícil que no se desarraiguen los valores culturales y es acaso imposible que la cultura de las mayorías consiga un desarrollo.

La fascinación por el mercado, cuyo arrastre de códigos de superficial complacencia se entronizó vertiginosamente bajo el avance de la globalización, no es solo responsabilidad de las industrias que con la cultura especulan, sino también, y esencialmente, de los creadores que sienten su producto como algo más que un estable valor de cambio o que una llave al bienestar que merecen y que de otro modo no consiguen.

La intelectualidad subsiste, así, bajo instantáneas relaciones contractuales alienantes. Lo cultural, gracias a su

tradición de sostenerse a partir de los niveles simbólicos del pensamiento, las sensaciones, y todo su arsenal innumerable, tiene vencido un camino no solo para insertarse en las pantallas de millones de usuarios, sino además en muchos ámbitos de su universo cotidiano. En tanto el consumo de aventuras de juego, sexo, simulación de éxito empresarial, etcétera, ocurre en este medio de manera virtual, es decir, mediante la facilitación de fantasías en el nivel subliminal del pensamiento, la lectura, en cambio no es un acto virtual sino una acción similar a aquella que emprendemos ante el libro impreso, y puede ser fácilmente mejorada por los recursos que el adelanto tecnológico brinda.

Se trata, por consiguiente, de una necesaria responsabilidad intelectual ante el avance de una lógica social capaz de convertir —con falseados axiomas epistemológicos—, en árbitro al mercado, y en servil rescatador al Estado. Lo visto, lo realmente comprobado en el capitalismo global que busca asentarse en condición de imperio, es que la “Santísima Trinidad de libertades que desean y necesitan las empresas transnacionales y los directores financieros: libertad de inversión, libertad de circulación de capital y libertad para comprar y vender bienes y servicios, con independencia de las fronteras y sin obstáculos”,<sup>29</sup> apabulla en su preponderancia de resultados a los estamentos de esa misma Santísima Trinidad en aquellos que dependen del flujo salarial, pues, si se supone que el trabajador es libre de decidir donde emplearse como fuerza laboral, libre de elegir las condiciones específicas para su puesto de trabajo y además libre de conceder un destino al salario obtenido, no es necesario esforzarse demasiado para vislumbrar el resultado de las comparaciones, sobre todo en lo relacionado con el efecto social de las retribuciones.

No obstante, y desde un punto de vista simbólico, ambos sectores se hallan asociados a las presiones del contexto,

<sup>29</sup> Susan George: *Otro mundo es posible si...*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, p. 15. Traducción Berna Wang.

a la expresión natural del capital. Ambos resultan, de un modo irónicamente similar, víctimas del sistema. Quienes dependen del salario, en la medida en que, como sector, marchan hacia un grado de crecimiento que agudiza sin cesar la competencia —y con ello la disposición a ceder en concesiones contractuales inmediatas—, reconstituyen el valor simbólico de sus libertades y lo supeditan a su propia competitividad para conseguir el empleo, aun cuando no cesen de buscar colocaciones mejores.

Los altos empresarios son de algún modo empleados del lujo, dependientes del crecimiento de su explotación, asalariados de la acumulación de su propio capital. Muchos de los inversionistas, en tanto seres humanos con una psicología básicamente humana, podrían estar inclinados a invertir en investigaciones científicas a largo plazo, con descubrimiento de lenta aplicación en la circulación monetaria y con menor ingreso en el orden de la plusvalía; sin embargo, la competencia interna que el sistema plantea como regulador, obliga a hacer esto dependiente de la ganancia líquida, en tanto los malos pasos pueden conducir a decadencia o ruina. En general, lo que en rigor semántico llamaríamos donaciones para el mejor funcionamiento de instituciones clínicas, de beneficencia, etcétera, provienen de cláusulas testamentarias, ejercicios aislados de autosostén y otras iniciativas caóticas, más que de contribuciones constantes; su mantenimiento, sin embargo, suele estar asociado a donativos cuyo interés de fondo se mantiene oculto, incluso bajo normas de seguridad, o en su defecto camuflado bajo el puente de las Organizaciones No Gubernamentales, más que del visible altruismo institucional.

En tanto el proletariado intelectual se muestra en crecimiento, y con él los ámbitos de creación cultural, artística y literaria, disminuye la posibilidad del proletariado universal —y de la propia burguesía dependiente de la expresión natural del capital— de dedicar una parte importante

de sus remuneraciones y ganancias a un sector de la vida que en general se considera prescindible, de lujo en la medida que es más alto el nivel de lo ofrecido. Esta paradoja natural, que del espíritu mismo del capitalismo se nutre, no es un proceso que apunte a desarrollo, ni siquiera en carácter de espiral, sino, por el contrario, a un cierre de las necesidades de tipo cultural que no estén determinadas tanto por la obtención del salario como por la acumulación continua de los altos sectores de inversión. Paradójicamente, tampoco esta paradoja deja avizorar su pronta desaparición, ya que el *¡plof!* del planeta se predice mucho antes de cualquier atisbo de agotamiento por la crisis cíclica en que descansa el sistema de relación social capitalista.

¿Qué significa, en consecuencia global, el proceso de proletarización de la clase intelectual, con su institucionalización como recurso, capital y etcétera? Se trata, dadas las condiciones de mezcla condicionada entre economía y mercado, de un regreso acelerado a la condición alienada de aquel que necesita vender, puesto que no dispone de otras soluciones, no su trabajo, sino su condición de fuerza de trabajo.

**Cinismo + cinismo = (¿y solo =?)  
éxito de ventas**

En la carrera por la eficiencia y la competitividad, la ética se reconstituye a partir de los resortes pragmáticos que pudieran hacerla valedera, es decir, de los objetivos eficientes y competitivos; por tanto, astucias y subterfugios que sirven para esquivar regulaciones sociales y ecológicas conseguidas en luchas de desgaste humano, social y ecológico, pasan a ser consideradas de modo positivo. Así también, lo que inicialmente fue un fenómeno general concerniente a los delitos comunes, a las contravenciones relacionadas con el prójimo, es decir, la manipulación de

la ley, se convierte en una operación de efectividad global por medio de la influencia de quienes a toda costa defienden el papel preponderante de las inversiones.

Susan George reclamaba medidas de saldo legal sobre el creciente grupo de culpables por la contaminación planetaria, o sea, que a esos “contraventores” se les aplique el mismo correctivo que a los tutores de un menor encargados de su custodia y con la responsabilidad sobre sus actos. Es una operación que, si bien aparece más claramente delimitada en los códigos penales para el caso de los seres humanos como personas jurídicas, es solo niebla a la hora de determinar ese grado de personalidad jurídica en la relación entre empresas a las cuales interesa muy relativamente la conservación del medio ambiente y las ideas que enfocan el peligro de destrucción a largo plazo.

También Michael Moore opina que, del mismo modo en que la policía confisca un auto robado a un comprador, y si se prueba que sabía que era robado le aplica una condena, deben reclamársele la devolución de las ganancias obtenidas no solo a los empresarios que han especulado ilegalmente sino además a sus clientes beneficiarios.<sup>30</sup> Con mucha mayor impunidad, y en apariencia con menos resultados negativos, se produce el flujo de información manipuladora, centrada en objetivos de política media, a través de los medios de comunicación masiva.

La prensa que falsea la información no está siquiera avocada al peligro de ser demandada legalmente, pues la sola invocación de la libertad de expresión, bien sazónada con instruidas apariencias de diversidad, permite calzar campañas de crédito y descrédito (seguramente a crédito) sobre los focos de atención previstos. Para la vertiginosa aclimatación del curso depredador capitalista, cualquier idea relacionada con grados de responsabilidad carece de

<sup>30</sup> Michael Moore: “Bernie Madoff, chivo expiatorio”, en *Rebelión.org*. Cf. [http://www.time.com/time/specials/packages/article/0,28804,1894410\\_1893837\\_1894189,00.html](http://www.time.com/time/specials/packages/article/0,28804,1894410_1893837_1894189,00.html).

sentido. Ello conduce, una vez más en la historia de la humanidad, a predicar una utopía bajo la más utópica de sus prescripciones. No por gusto, el Estado-nación ha tenido que cargar con las pocas culpas que se han intentado reclamar y, una vez que sobreviene el descalabro ineludible de la economía financiera, asumir el noble papel del *boy scout* de rescate. O sea, para un depredador de tal nivel de eficiencia, las cosas han ido quedando a la medida, pues, como lo reconoce Susan George, pedimos al mercado, no solo de manera implícita, como ella lo señala, sino además de modo apremiante —considerando que debe responder a una secuencia ética distinta de la suya propia—, que nos alerte y proteja a su debido tiempo acerca de la catástrofe ecológica que habrá de reducirnos.<sup>31</sup> Y por si fuese poco, lo instamos además a que nos convierta en uno de sus valiosos instrumentos para sostener la capacidad del orden cultural.

A diferencia de la oposición economía-ecología, que se basa en la explotación indiscriminada de recursos finitos, irreversibles, o recuperables a una distancia de larga duración histórica, la oposición economía-cultura se fundamenta en el control de los propios recursos culturales, regulado al mayor estándar posible, de acuerdo con las específicas circunstancias de inversión y de financiamiento a las que ha de ceder la economía, y por consiguiente, adocenado por la legitimación de esa siempre manipulada demanda.

La alternativa radica, pues, en asumir como norma el principio socialista, y responsabilizarse con las indagaciones y el flujo de opinión interno que evite no solo las conocidas soluciones dogmáticas que nos legara el no siempre censurable socialismo europeo, sino saltos de desarrollo en el sentido simbólico de sus construcciones y en el sentido dialéctico de sus contradicciones. Los grados de libertad que ha conseguido la expresión artística y literaria en Cuba —no por ello exenta de arbitrarias restricciones, desde

<sup>31</sup> *Ibíd.*, pp. 42-43.

luego— muestran que, una vez en marcha el mecanismo, a la provocación desestabilizadora no le queda otro remedio que acudir al terror, ya sea deslizando amenazas para cuando el sistema caiga, ya colocando profecías apocalípticas. Asimismo, acude además al histórico escándalo mediático que, por supuesto, encuentra fértil terreno en los sistemas de propaganda cultural mercantilistas.

Para que un constructo de sentido ético adquiriera su dinámica transformadora, requiere insertarse en la propia configuración existencial de los sujetos que han de conferirle su efectividad. En los preceptos éticos subyace el peligro de que en dogma se instauren, por tanto es necesario someterlos a interrogatorio constante, cuestionando sin temor sus efectos y profundizando en sus relaciones con la dinámica social.

El manipulado caso de la identidad homosexual ilustra hasta qué punto partir de un fundamento ético (la corrupción y corrosión de las bases humanas del Imperio romano que se expresaba a través de estos sujetos) se traslapa en dogma y, al responder a mecanismos de ejercicio del poder centrados más en la competencia por la selección natural que en el servicio a la sociedad, en legitimación de arbitrarias injusticias. Su imprescindible aplicación social a partir de consensos mayoritarios hace que, en muchas circunstancias, lo ético pierda importancia en el curso efectivo de las resistencias, lo cual no es, a mi modo de entenderlo, una ineludible consecuencia, sino una limitación no resuelta por los movimientos en marcha hacia transformaciones sociales.

En cuanto al sentido ético de los movimientos en el capitalismo, François Houtart establece una triple división lógica:

1. *Lógicas aparentes*, mediante las cuales se denuncian los abusos del sistema.
2. *Lógicas subyacentes*, en las cuales se explora en el ámbito de los responsables de las prácticas condenables.

3. *Lógicas no-aparentes*, con las cuales se entrega a “las relaciones abstractas típicas del capitalismo”.<sup>32</sup>

El sentido intelectual, en el primer caso, acude a un concepto elemental de justicia, el cual descansa casi exclusivamente sobre convenciones éticas que, cada vez más, se deterioran y cambian su sustrato de fundamentaciones básicas. Para el segundo punto, se buscan órdenes de responsabilidad ciudadana, los cuales apuntan tanto a los individuos a cargo de instituciones del Estado —o vinculados con ellas de manera espuria— como a los agentes que se destacan de la sociedad civil por su incidencia en el plano inversionista. El tercer punto reclama el esfuerzo profundo del pensamiento intelectual, no solo ensayos y tratados, sino en la propia acción cultural. Cuando un escritor, pongamos por caso, ha comprendido en esencia el fenómeno de la circulación del capital y sus consecuencias sociales, está en condiciones de comunicarlo a través de su obra sin recurrir a citas, demostraciones pedagógicas o enunciados asertivos de abstracción filosófica, sociológica, etcétera, pues sus instrumentos efectivos están dados por su capacidad para expresarse desde sus composiciones y en su lengua, su estilo, etcétera.

Es así como mejor se aprehende el carácter reflejo que la visión leninista dispone para el arte, la literatura o la producción cultural en general, o sea, sin dejar de atender a la relación entre ser y conciencia social, en su asimilación específica, toda vez que el acto de crear se individualiza. Justo en este punto se viciaron los dogmas paradigmáticos que terminaron secuestrando al realismo socialista, con lo cual quedaba resuelto el problema de la evidencia para la culpabilidad en materia de expresión cultural. Curiosamente, la inversión del proceso se pone en marcha a través

<sup>32</sup> François Houtart: *Mercado y religión*, Editorial de Ciencias Sociales/ Ruth Casa Editora, La Habana, 2007, pp. 80-81.

de la saga posterior de rechazo, profusamente calzada por los mecanismos de la industria cultural occidental, a partir de casos específicos que en efecto muestran la barbarie humana acometida.

Ser social y conciencia social son también separados en los ejercicios de representación mediatizada, generando así patrones psicológicos monolíticos listos para suplantar los paradigmas de opinión que, en esencia, debían contener un alto grado de diversidad. El estamento es de importancia básica, pues sobre él se generan útiles paralelismos de descrédito para el sistema socialista, como, entre muchos, el de las falsas correspondencias entre el hitlerismo y el estalinismo o el de las bases éticas del cristianismo con las doctrinas sociales de Karl Marx. Como la burocracia partidaria de convertir la planificación socialista en dominación vertical ganó la partida a los defensores de la diversidad de pensamiento y, sobre todo, de la diversidad de métodos de socialización de la cultura, abriendo con ellos la política en tanto se cerraba la estrategia, se sentaron las bases para una propaganda equívoca, dominada por constructos muy bien meditados y asimismo empleados con mucha eficiencia por la penetración cultural ideologizada bajo el socorrido disfraz de la desideologización.

A propósito, opina Roitman Rosenmann que

si algo debe quedar claro tras la crisis de dominación política ocurrida en los países del este de Europa, gobernados por los partidos comunistas, es que socialismo y democracia expresan una relación unívoca, siendo imposible la independencia del uno respecto de la otra. En tanto que el socialismo sea pensado como un mero cambio en la forma política de distribución de bienes económicos y no como un proyecto ético social, desaparecen los principios sobre los cuales se asienta todo el proyecto de nueva sociedad. Si así fuese, el socialismo se vuelve impracticable. Socialismo

sin democracia no es socialismo y la democracia fuera del socialismo no puede existir.<sup>33</sup>

De ahí que no deje de llamar la atención acerca de estos paralelismos de acción de dos sistemas de relaciones sociales irreconciliables, pues

en cuanto no hubo opción para desarrollar una acción social democrática afincada en contenidos ético-políticos, el mal llamado “socialismo” o peor denominado “socialismo realmente existente”, se transformó en un orden cuyo objetivo se centró en producir de forma planificada los bienes económicos para satisfacer las necesidades de la población. Bajo la declamación de ser esto el socialismo, se estableció un orden social cuya lógica estuvo centrada en la misma dinámica que impone el capital como relación social.<sup>34</sup>

O sea, un ejercicio de marcha civilizatoria que, al poner de cabeza el mecanismo dialéctico que debe encargarse de interpretar y hacer avanzar los procesos de socialización, retrotrae las escalas de la espiral y ahoga la posibilidad del salto en el proceso histórico de la nueva formación económico-social

En el socialismo —señala el mismo autor— el poder político recupera el sentido ético de las acciones humanas, reprimido bajo el capitalismo. La ética del deber y del hacer surge como parte constituyente de la conciencia crítica. De esta actitud surge la acción específicamente democrática. Expresa una práctica social y política, no un procedimiento formal.<sup>35</sup>

<sup>33</sup> Marcos Roitman Rosenmann: *Las razones de la democracia en América Latina*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007, p. 137.

<sup>34</sup> *Ibíd.*, p. 138.

<sup>35</sup> *Ibíd.*, p. 135.

La suplantación de la ética del nuevo sistema basado en la transformación del equilibrio social en sus diversas distribuciones de recursos, materiales y simbólicos, por una misma ética de eficacia para la resistencia y la dominación, generó, y habrá de generarlo toda vez que vuelva a ser puesta en práctica, las propias bases autodestructivas del sistema. Por ello, el propio Roitman apunta que

el partido comunista confundió su papel en la sociedad, tanto en su condición de partido político como por atribuirse la denominación de comunista. Transformado en aparato de Estado, sus funcionarios suplantaron la administración pública y el comité central se convirtió en la sociedad civil. De esta forma la democracia fue concebida como centralismo democrático en la organización política, perdiendo la sociedad su capacidad para intervenir en el proceso de toma de decisiones. Sin participación y sin control político sobre la élite dirigente, sin valores éticos y trastocados los principios del socialismo, se ponen las bases para el surgimiento de la corrupción, el favoritismo y las actitudes represivas que determinan la muerte del socialismo y de la democracia.<sup>36</sup>

Los medios cuya eficacia se prueba en un sentido instrumental, explica por su parte Adolfo Sánchez Vázquez, pueden ser revertidos cuando se les aplica un sentido de valoración ética, moral, como la que debe estar presente en los valores del socialismo. De ahí que numerosas estrategias del comunismo polar del siglo xx, resultaran “no solo ineficaces desde el punto de vista instrumental sino indeseables por su alto costo humano, no solo político, sino social y moral”.<sup>37</sup> Así, medios y fines entran en contradicción,

<sup>36</sup> *Ibíd.*, p. 138.

<sup>37</sup> Adolfo Sánchez Vázquez: “Marxismo y praxis”, en *Ensayos a tiempo y destiempo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004, pp. 404-431. Cf. p. 414.

al contribuir a “mantener la explotación del hombre por el hombre” tanto como “la degradación de las relaciones humanas”, al apelar al “terror masivo del que fueron víctimas millones de seres humanos inocentes, incluidos los más fieles a la causa del socialismo” y al emplear métodos violentos que, aunque política y moralmente justificados, acota Sánchez Vázquez, aparecen como injustificables “cuando se trata de alcanzar una forma de relación (socialista) entre los hombres que, por su propia naturaleza democrática, tiene que asentarse en el más amplio contexto social y no en la coerción de una minoría armada”.<sup>38</sup> “No ha sido precisamente el socialismo —concluye por su parte, y en un aserto al que debemos atender, el sociólogo Marcos Roitman—, sino una forma vertical y autocrática de control y ejercicio del poder, lo que entró en crisis”.<sup>39</sup>

Suplantación ética e impune ejercicio de la verticalidad dominadora. Merece la ética, por tanto, además de un punto de apoyo, una búsqueda analítica en medio del proceso productivo cultural que el giro globalizador ha estado imponiendo en esta sostenida etapa de agresión y resistencia.

Y si hablo de ética, y no olvido la herencia del conocimiento que ha marcado la esencia de su definición, pudiera estar focalizando el conjunto de significados sancionados como correctos y sublimes dentro del marco de las actitudes cristalizadas propias de una comunidad lo suficientemente unida por el proceso civilizatorio. Antes que por los cambios de política, las costumbres se rigen por preceptos morales de comportamiento, y a partir de ellos mismos serán juzgados como bueno, o eficiente, o inaceptable o utópico, cualquier elemento de renovación dentro del marco de su convivencia. Por tanto, la ética se forma estrechamente unida al concepto de civilización y en el interior de los códigos que rigen la moral ciudadana. No se trata de un don, ni siquiera de un acto de pura disyuntividad,

<sup>38</sup> *Ibidem*, pp. 414-415.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 139.

sino de un *fatum* que es necesario asumir en el transcurso de la educación personal y en relación con las normas educativas colectivas. Parece estar, por eso mismo, más cerca de la búsqueda de lo sublime que de las complejas interioridades humanas. De ahí que, en los contextos informacionales que ceden al estatuto globalizador, suela ser manejada, subliminalmente, en relación con las ilusiones de simbolización utópica que arrastra.

Si esas pretensiones de aprehender una nomenclatura ética se extienden de inmediato al arte y la literatura, como sistemas culturales emblemáticos, las circunstancias se tensan para introducirse en un previsible diálogo de sorudos. ¡¿La hegemonía de los tópicos morales de dominio global acendrada sin más en los centros motores de la individualidad creadora?! ¡Y reclamado nada menos que por un creador, un escritor de ficciones y poemas! ¡Se verán paradojas! ¡Qué desgracia! ¡Destruyamos la ética!, yo acortaría de inmediato, inspirado en tentadoras y alucinantes vanguardias. ¡Impongamos la ética del susto creativo, del giro hacia la trasgresión perenne! O mejor, siguiendo el ejemplo de los indiferentes genios: ¡Dejemos a la ética embalsamada por siempre en su autofagia! Incluso ir más allá, arrastrado por la reminiscencia epatante y el impulso *post*, sospechosamente libre de marcas para la exclamación: La ética es una de esas disciplinas científicas condenadas a evaporarse bajo la acción disímil de sus absurdos preceptos y la práctica vital. Y, para acuñarlo todo con el toque imprescindible de poeta maldito: El creador es libre de hacer su jolongo con aquellos elementos que le plazcan, sírvale o no al universo circundante, y forja su camino al sacudir al paso las barreras.

Pero ella, la ética, prevalece, siquiera como referente transgredido. De manera que a la creación se arriba con una doble predestinación contradictoria: el creador rompe las normas estereotipadas a la vez que la sociedad le exige la responsabilidad ética de llevar a plenitud su herencia

identitaria. A propósito del coloquio que en torno a su obra celebraba una universidad europea, Corín Tellado declaraba que escribía diariamente algo que ella seguiría nombrando como literatura, independientemente de los términos que los especialistas escogieran para clasificar su obra. Su programa era claro y consecuente: escribir como una obrera lo que a la gente le gusta; y su ética firme y definida: no traicionar nunca a su público, por atacada que fuese. Así, los medios repitieron, tras su muerte, que sus novelas solo habían sido superadas en número de lecturas en lengua castellana por Miguel de Cervantes. ¿Proclamamos entonces una ética mala y otra buena, como establece Baudrillard con la simulación? ¿Si cuentan, tanto Corín Tellado como toda la línea del más elemental *best-seller*, con un público capaz de sufragarlos, lo aceptamos como un mal necesario, como piedra en zapato, desvío de San Juan o rezago que habremos de abolir? ¿Es ético admitir su proliferación?

Opina Iuri Lotman que el crecimiento de las valoraciones éticas del arte se deriva de los grados de libertad que la creación introduce al asumir el plano de representación de lo real, pues la existencia *sine qua non* de un receptor que así se considera condiciona los extrañamientos morales que engloban a la producción artística.<sup>40</sup> Así, el sustentado presupuesto ético no es solo referente transgredido, sino además un componente del objetivo último de la creación, es decir, la comunión con el público cuyas normas receptivas se han conformado en anteriores tradiciones.

No obstante, tampoco cabe representarnos a la ética como una metafísica inherencia humana, puesto que toda búsqueda analítica, al pasar a un consenso hermenéutico de inamovibles directrices y dogmas, sería pérdida de tiempo y gasto de papel y de etcétera. No es perdonable la abulia

<sup>40</sup> Iuri Lotman: "El fenómeno del arte", en *Entretextos*, Granada, mayo, 2005, no. 5, URL: <http://www.ugr.es/~mcaceres/Entretextos/entre5/fenomeno.htm>.

en semejantes tiempos de ejercicio global dominador y el creador que la practica es simplemente un cómplice que mal se refugia en otros avatares. Ignorar que estamos llamados a contribuir con el conjunto de valores que debe mineralizar el terreno de aquellos que inevitablemente se van fosilizando, es en verdad una actitud más grave que la evasión infantilista de un arte por el arte. Asumir esos grados de libertad que Lotman presupone para la creación artística deviene una cadena de riesgos que un alto número de creadores prefiere evadir soberanamente y sin tapujos y otro tanto se las arregla para apenas hurgarlos con larga varilla, o darles la vuelta en actitud sesuda.

La ética se forma como una necesidad del desarrollo social justo ante el hecho de la desritualización programática de sociedades relativamente homogéneas. Es, en esa perspectiva, un constructo de sentido, una composición específica dentro de la conciencia humana que guarda, no obstante, una relación significativa con lo divino, e incluso con el poder divinizado. Tal vez por ello los creadores tienden a evadir el debate que en torno a ella se produce, pues las coyundas morales —en general procedentes de normativas del Poder actuante que se van inmunizando en los diversos niveles de la actancialidad— han dado tristes ejemplos a la historia del arte y la literatura. Las valoraciones codificadas *a priori* por estamentos de tipo religioso, ateaista, político, ideológico, etcétera, suelen cerrar el camino de la especulación y la renovación del pensamiento mismo, pues se trata de un acto prácticamente análogo al de traducir una lengua con la disposición gramatical de otra.

Con frecuencia poética, acudimos a los diez mandamientos entregados a Moisés como si denotasen un manual de ética aceptable. Weber así lo ve siempre que se descargue la responsabilidad en el espíritu del protestantismo. Miremos dentro y comparemos antes de responder: ¿Connotan esos diez mandamientos bíblicos un decálogo ético mediante el cual la sociedad se autocontrola? ¿No ha demostrado el proceso civilizatorio no solo que la violación

de la normativa ética refuerza la búsqueda de nuevas construcciones éticas —lo cual es apaciblemente lógico—, sino que es imposible convivir tras esos muros? *Por todas partes manchas de virtud*, escribió un poeta para significar —exorcizándolo— el conflicto entre lo ético y la imaginación poética estrictamente humana. Y el propio Lotman, en acto de semiosis creativa, decide imaginar a Dios “en la función de un experimentador y no de un maestro, en la función de aquel que no sabe cuál va a ser el resultado de sus experimentos y le deja al experimento un espacio de libertad”.<sup>41</sup>

El creador crea para decir y dice para comunicar, no importa cuál haya sido su actitud en el fragor de las circunstancias que lo obligan. ¿Es posible, para él, diseñar una ética aprehensiva y comprensiva de la norma hegemónica o, por el contrario, una ininterrumpida trasgresión de esas normas que lo predestinan? Para buscar las respuestas, tendríamos que centrar el debate en las características propias de la creación, comprendida tanto en sus niveles estéticos como en los valores de sentido ético-moral que aprehende. Los métodos de creación son, desde luego, infinitos, pero, no importa si predominan los tópicos de pureza estética, los de dinámica comunicativa o de estamentos morales predeterminados, algo común impide la total parcelación: se valen todos de sistemas de signos para su transmisión.

El receptor de la obra creativa debe aprehender esos sistemas y, en ese transcurso, desempeñará un papel importante el sedimento de sus propios sistemas codificatorios. No es baldío que en los medios de difusión informacional de alcance general sea norma férrea crear tópicos de codificación que se conviertan en construcciones falsamente implícitas, pues quedan en verdad a merced de valoraciones totalizadoras a las que esos mismos medios sirven. Son

<sup>41</sup> Iuri Lotman: “Los mecanismos de los procesos dinámicos en la semiótica”, en *Entretextos*, Granada, mayo 2005, no. URL: <http://www.ugr.es/~mcaceres/Entretextos/entre5/mecanismos.htm>

paradigmas tópicos que se generan a partir de patrones de significación sociopsicológica igualmente tópicos.

La repetición de un adjetivo único que califique a determinado sujeto es también una asunción de la ética a la manera de Corín Tellado, como también ocurre en las artes plásticas con ciertos tópicos “mercantiles” (que venden, se justifican los artistas que van asumiendo el lenguaje del *marchand*), de manera que, si no pintas en serie, difícilmente las galerías te coloquen en serio.

Se trata de un problema global mejor resuelto por la pragmática del mercantilismo que por la ética de la creación. De modo que el éxito, y los altos dividendos, no constituyen un certificado de evasión de las condiciones alienantes a las que se ve forzado el creador. ¿No conduce mecanismo tal a continuar sustentando la educación de los destinatarios con esos mismos códigos predeterminados por patrones que naturalizan la puesta en práctica de la contratación alienadora y su consecuente vacío en el juicio receptivo? ¿Se ha individualizado tanto el creador que no le importa adónde empuja al receptor que lo acepta, y hasta puede seguirlo, sino solo su línea personal, su propia tranquilidad espiritual de haber sentido que su obra le ha resultado útil además en sentido pragmático?

Una hipotética encuesta respondería afirmativamente a estas preguntas, pues no es secreto que nos movemos en un reino simbólico marcado por los sofismas que apoyan la industria cultural. La industria cultural, como necesidad al fin, se ha dejado ganar por el mercantilismo, por el fetiche de su reproducción para el comercio exitoso, y ha puesto en crisis —necesaria también, aunque no en la misma dirección— los antiguos pilares de la ética. Y así como la cultura es campo ideal para la puesta en marcha de la superchería y el sucedáneo artístico, es decir, la invasión contracultural que en un dos por tres se transforma en seudocultura, en ella misma deben ponerse en práctica los nuevos usos que la ética demanda a los sectores creativos, a los intelectuales.

Un síntoma de crisis denuncia una saturación de fundamentos teóricos, una quiebra en la efectividad nominada por esos fundamentos. Y la ética del creador se realiza también como necesidad vital, no importa si contaminada de hegemonías normativas o impulsos trasgresores que el ser humano improvisa sobre la marcha de sus circunstancias y en el desarrollo aplicado de la tradición que arrastra. Entonces, tampoco es cosa de exclamar: ¡Qué pobres quienes con su arte comercian! ¡Ah, decadentes e insulsos! Cualquier ruptura se ejerce sobre la base de una percepción tradicional. Ni la quiebra ni el cambio absolutos son en estricto sentido practicables.

En semejante instancia, el creador puede inclinarse por el mercado hasta despersonalizarse en virtud de complacencias ajenas y mundano beneficio; o asumir el reclamo de consumo que su creatividad dispone como una forma de dialogar —o de proponer pautas de diálogo— con el receptor y, además, como una manera de divinizar la práctica humana de la creación. Igualmente, entre lo humano y lo divino coinciden abismos preceptivos que desconocen tanto la acción del pensamiento como el ciclo biológico del cuerpo. Son abismos en los que la ciencia se gasta en ráfagas de salva, en mascaradas que llegan al extremo de usurpar toda la realidad posible. Tal divinización de la persona, ética y biológica, responde a un sueño utópico de proyección en la grandeza y acaso también descubre uno de esos complejos de inferioridad con los que cree refugiarse ante aquello que le es desconocido. La recurrencia al estamento ético divino, socializado a partir de la interpretación inmediata del sujeto, responde en buena medida al *desideratum* weberiano de negar las condiciones alienantes de las prácticas religiosas y, con ello, los propósitos esenciales de la teoría marxista. De ahí que Weber deslinde la “ética económica” del resto de sus manifestaciones.<sup>42</sup>

<sup>42</sup> Max Weber: *Sociología de la religión*, Ediciones elaleph, en URL: [www.elaleph.com](http://www.elaleph.com)

Cuando el ser humano realiza sus deseos al menos en el pensamiento, ejecuta un acto vivo de significación que le permite insertarse en el nivel de la cultura, justo el que está llamado a liberarlo del sojuzgamiento del ciclo natural; e industrial, desde luego. En principio, el ciudadano-pólipo adoptará la forma de las normas preceptivas regentes, ajeno a toda circunstancia de cuestionamiento, temeroso del riesgo de ser puesto a prueba; el ciudadano-creador está obligado a comunicarse con esas normas para sacar su creación del polémico uso de las enunciaciones. Esta obligación se produce a partir de una dialéctica esencial entre la ética —lo divino-sublime dentro de las actitudes cristalizadas— y lo que parece pertenecer al caos de la conciencia humana.

La predeterminada actitud de ruptura de los creadores no se traduce, *per se*, en resultado cultural, sino después de haber hallado el mecanismo que haga pertinente la alternancia entre el valor de uso de sus nuevas ideas y el valor de cambio de las normas que le hacen de barrera. La adaptación, por el contrario, confluye tanto con la permanencia del ser humano en sus anquilosados constructos de sentido como con un ingobernable irrespeto hacia la posibilidad de disputar a la existencia una dimensión mejor. Este sentido de utilidad de la obra artística, que separa a la “ética económica”, de subsistencia, de la espiritualidad vivencial del ser humano, conduce, requisitoriamente, a un proceso de alienación del creador. Vemos pues que la acción de los pólipos es apenas un índice de inactividad, una inercia que, sin embargo, florece. ¿Por qué, nos preguntamos, aun sin aceptar la condición alienatoria del proceso? ¿Es tan bajo el ser humano como para pretender no respetarse? ¿Vale tan poco ya el respeto que no llama siquiera a responsabilidad? ¿Es tan pesada la carga que el individuo comprende que será sin remedio sobredimensionado?

El vacío que deja una utopía se llena, por devenir lógico, con el reverso —el no-sentido— de esa misma utopía. La

ética, caprichosamente alzada sobre los polos positivos y negativos que reproducen lo humano y lo divino, ha retorcido su círculo hasta una dimensión utópica y se ha encontrado con el vacío, con la nada de su ninguna parte. Vista así, se presentaba como insuficiente para quienes se disponían a escalar el siglo XXI. De tal modo, que no solo en el ámbito académico, sino además en el de la creación, las circunstancias de dominio global focalizaron los razonamientos de supeditación. Cualquier nomenclatura de principios éticos que la cultura pretenda sustentar, debe tener en cuenta la constante suplantación dialéctica de esos universales de idealidad que el creador asume con los pragmáticos giros —espirituales, materiales, de género, de oficio— de su vital existencia de individuo. Y algo muy importante, insoslayable a partir de la propia evolución de la cultura: los sistemas internos de semiosis que la obra propone.

Una obra, pongamos, dotada de menor grado de nobleza ética que otra, puede tener más impacto receptivo —desde lo estético hasta lo ideológico puros, pasando por todas las estancias intermedias— gracias a que en ella desempeñan un papel determinante las normas de comunicación. Es algo que la industria masiva reconoce y pone en práctica de la manera más fácil y segura: reproduciendo prototipos y, no perderlo de vista, boicoteando toda manifestación profunda. Se incluye por tanto para los creadores que pretendan sustentar una ética, la inclusión en el manual del equilibrio entre las normas comunicativas y los valores propios de los sistemas internos del trabajo. Porque la creación es, de cualquier modo, trabajo. Tanto la apropiación desigual de sus resultados como el saqueo y despilfarro del gigantesco esfuerzo de los creadores, propician ese ciclo alienante de los que pragmatizan la ética hasta llegar a doblegarla, hasta borrarla del catálogo en que deben ser juzgados.

En este punto del proceso civilizatorio, vencido más que dominado por el impacto de la tecnología, se impone un esfuerzo por desideologizar la ética para que ella reconstruya su propia ideología; arrancarla de las coyundas que escinden lo humano y lo divino, para que de nuevo responda al ser humano, para que pueda existir un individuo —y otro, y tantos como sea posible— que no precise del culto desmedido a lo mediatizado, al vacío de sentido que envenena la pócima del entretenimiento ni al vicio sin distinción de los tópicos que lo sublima presuponen. Y es ese mismo universo tecnológico el que debemos usar para que su descubrimiento y desarrollo no conduzca al vicioso ejercicio de la fascinación por la fascinación, así como de la fascinación por un cuadro, una voz, un hechizante *pas de deux*, pasamos luego a inteligir qué más se traslada de ahí al universo nuestro y, de ser posible, del nuestro al colectivo.

Los dioses que regresaron del destierro han vuelto sin poder, tal vez agotados por sus luchas internas, saqueados por el ser humano que supo suplantarles su significado. Acarrear, eso sí, la poética de su posibilidad, su virtual realización en la conciencia humana. Se trata de un momento de quiebra para la oposición tradicional entre lo humano y lo divino, y del principio de una tradición capaz de religarlos, es decir, la fundación de un ideal que, sin negar los trasfondos religiosos, morales, políticos de la necesidad personal del individuo, pueda llegar a un código de entendimiento semiósico que lo universalice en el contexto de las relaciones sociales.

Para ello, la conformación de una búsqueda de la eticidad creativa debe influir en el proceso cultural; ello, si reconoce en carácter de semiotización profunda los códigos internos con que el creador se permite afianzarse en su trabajo, honestamente expuestos, desde luego. Si al cruzarse ética y verdad se limitan apenas a una reverencia que mal oculte el vuelo socarrón de la mirada, el trabajo es difícil, minado por el riesgo del error, viciado, en fin, por

un ejercicio de política representativa. No obstante, una interpretación de sus sistemas de signos puede llevarnos a mejor entender la persistencia histórica de sus esquemas de falsos positivos. La civilización, un instante después de haber creado las normas que la identifican, crea las rupturas que van a compactarse en el concepto de cultura. En ese devenir dialéctico entre civilización y cultura, conceptos que no son análogos aun cuando creen relaciones de interdependencia, la adaptatividad se hace inmediata —jugosa a veces— mientras que la creatividad pasa a insertarse en el tiempo, estoicamente sometida a su prueba de erosión.

Pero, y aquí radica el dilema al que no hemos dado solución, los pólipos, en verdad, disponen de un empirismo adaptativo cabalmente útil dentro del marco de las actitudes cristalizadas en que se compulsan. La ética, en su sentido de moral ciudadana aceptada en colectividad, no es algo que los creadores manejen a su antojo y, mucho menos determina, a partir de su dimensión de la conducta humana, la validez de una obra creativa. Casos de irresponsabilidad existencial con una preciosa obra creativa como resultado abundan, como también abundan variantes que de esas condiciones se derivan. Incluso, ante el poder ilimitado, acaso cínico, que el dinero concede, el resultado pragmático destroza los intentos de crear resistencias.

Por lo pronto, y puesto que buscamos un constructo de ético sentido para la creación, ella no debe ser confundida ni con el deber sociopolítico ni con la conducta sociocultural. Se trata, para volver a los orígenes siquiera tras un esfuerzo constante, para andar y desandar las mismas rutas —¿leer y releer las mismas obras, escuchar las mismas sinfonías?— de un constructo de sentido que el ser humano elabora en su esperanza y su lucha, no solo por diferenciarse de la industria cultural que lo coloca en peligro de perpetua alienación, sino por incidir en el futuro de sus semejantes justo en la esfera del pensamiento. Crear, ante el empuje insólito del subproducto contracultural, una

capacidad de resistencia a partir del individuo que, socialmente apoyado, desde luego, haga suyo el espejismo de lo alternativo.

Por consiguiente, la ética se ubica en el trasfondo que riga la actitud del pensamiento y no en la ritualización de las acciones mecánicas que han de alienar al ser humano. Ella no se determina en el verbo. La creación misma, como la acción de un demiurgo omnipotente, no es un acto ético ni de ética. Ella vendrá cuando el producto de esa acción necesite una existencia común que contribuya al bienestar y desarrollo colectivos sin insistencias forzosas, sin convencimientos de oscura persuasión, sino con sanciones arraigadas en el pensamiento. Su grado de aplicación depende del grado de responsabilidad que el creador asuma, más allá de la maniquea división de obra de rápido aplauso y difusión delirante, en permanencia efímera, versus obra compleja y perdurable.

A partir de que el trabajo abandona su condición transformadora y deviene peligro de sojuzgamiento y diferenciación social, se levanta la ética. Es un principio antiguo que habrá que reciclar de acuerdo con las circunstancias que el siglo *xxi* ha heredado como estables, es decir, en patrones de naturalización cerrada. De ahí que estemos llamados a elegir —y a subvertir y a transformar— su dirección elemental. Soslayar este hecho sería un acto de adaptatividad capaz de minar la esencia misma del hecho creativo, no importa cuál sea su dimensión ni la esfera de la vida en que se manifieste. Es obvio, pues, que la vida no tiene solo limones para ofrecernos, pero, si fuese así, las tonalidades de las limonadas serían infinitas. No conformarse con el sabor que a fin de cuentas se hace insatisfactorio y dibujarlo siquiera en una dimensión mejor del pensamiento humano, con sus contradicciones e imperfecciones internas, sería un buen elemento si queremos hablar por un buen tiempo de la ética. No hay que olvidar que, en la cultura, el pragmatismo mercantil es portador

eficiente de un cinismo natural que se disfraza de arte, de literatura, de producción cultural y de entretenimiento para vaciar de sentido el peso de esas manifestaciones que, dada su condición de desarrollo, afrontan su encrucijada crítica ante el llamado a la redefinición.

Víctimas pasivas de la saturación de códigos valorativos que el idiolecto moderno estableció en su ilusión de eternidad y que el precepto de vanguardia subvertida de la postmodernidad no ha logrado encauzar, convertimos los índices, los síntomas, en series de significados chocantes, destructores. Arrastrados al filo de las nuevas tendencias, hemos salido a reciclar los códigos seguros, a reclamar siquiera un guiño de comunicación en la angustia vital de la sobrevivencia. Luego de haber rebasado el bombardeo valorativo, el mercado se afianza en la cultura aprovechando las brechas que el juicio de valor dejaba: recodifica las series de elementos contiguos a lo cultural asentado y lo somete a sus normas, carentes de sentido profundo para el individuo.

Entran así en juego elementos que deben ser analizados en el contexto mismo de la sociedad sin que se sacrifique el devenir cultural del individuo. Un desarrollo social que no implique la reconstitución del universo simbólico de su población avanza, en efecto, a la autodestrucción. Pero este avance se mide en términos de tiempo global, de larga duración, de predicción indemostrable, factible de ser convertida en no factible tanto en los sistemas falaces del razonamiento como en acercamientos a epistemas sincrónicos. Por consiguiente, la cultura se está jugando su esencia en este proceso de selección natural que la industria le ha ido bosquejando. Y es natural, en ese caos de circunstancias, que por la borda se lance la mayoría de sus viajeros, y que sus balsas de salvamento se construyan del más ligero material, ese que les permita refugiarse en la orilla —de ser posible en una cueva sobradamente abastecida— hasta que pase el temporal. Mientras, nos va invadiendo la quiebra del valor, hasta extender su imperio.

No vivimos, sin embargo, un verdadero fin de la estética, un hasta siempre al universo de los significados, sino un período evolutivo que reclamaba a la crisis, y sus consecuencias de estandarización alienante, sus cuentas por pagar. Con razón, aunque sin demasiada prospectiva, Jean Baudrillard considera que “hay una «verdadera» y una «falsa» simulación”, aunque ello corra el definitivo riesgo de sucumbir bajo el interés particular en que se emplee la paradoja. Su análisis parte de observar la evolución —degradación según su concepto— de la imagen en el arte que se va socializando. Por ello explica la paradoja de este modo:

Cuando Warhol pinta sus *Sopas Campbell* en los años sesenta, se trata de un atisbo del brillo de la simulación y de todo el arte moderno: de un solo golpe, el objeto-mercancía, el signo-mercancía se vuelve sagrado de una manera irónica: es el único ritual que nos queda, el ritual de la transparencia.<sup>43</sup>

De esa manera, y no sin parte de justicia, fue asumido el gesto de Andy Warhol, pero también su transversal conversión de fin en medio propició que a la postre el espectro de significación regresara en diferente indumentaria. Por ello, continúa Baudrillard, “cuando pinta las *Soup Boxes* en 1986, ya no hay fulgor, ya está en el estereotipo de la simulación”. Ello, si aceptamos que simular significa aceptar cínicamente, presentarse bajo el no bien entendido grito de derrota, acaso intencionadamente simulado como de victoria por el propio artista.

En 1965 —agrega— se atacaba el concepto de originalidad de una manera original. En 1986, se reproduce la inoriginalidad de una manera poco original. En 1965, es todo el traumatismo estético de la mercancía

<sup>43</sup> Jean Baudrillard: “Duelo”, en *Fractal*, octubre-diciembre, 1997, año 2, vol. II, no. 7, pp. 91-110, URL: <http://www.fractal.com.mx:80/F7baudri.html>. Las citas siguientes se toman de la misma fuente.

irrumpiendo en el arte, tratado de una forma al mismo tiempo ascética e irónica (el ascetismo de la mercancía, su lado a la vez puritano y férreo, enigmático, como decía Marx) y que simplifica de un solo golpe la práctica artística. La genialidad de la mercancía, el genio maligno de la mercancía, suscita una nueva genialidad del arte: el genio de la simulación. Nada queda de esto en 1986, o se trata simplemente del genio publicitario que viene a ilustrar una nueva fase de la mercancía. Es de nuevo un arte oficial que viene a estetizar la mercancía, que recae en la estetización cínica y sentimental que estigmatizaba Baudelaire.<sup>44</sup>

Cínica, sin dudas; pero, ¿será sentimental a estas alturas? En tiempos de Dadá, la vanguardia invocaba al sentimiento oponiendo el acto efímero en el arte a la sublimación cultural anquilosada. La interpretación satírica, o grotesca, o vulgar, de la creación se sustentaba detrás de manifiestos, de reinterpretaciones de viejos paradigmas, de postulados que dejaban entrever una ganancia del valor que los tuviese en cuenta una vez transcurrido el gesto efímero. Y sobre todo un respeto por una formación cultural dotada de sentido.

Picabia, quien había decidido exhibir un mono vivo como obra suya en una exposición colectiva, optó por sustituirlo por uno embalsamado,<sup>45</sup> con lo cual se permitía no renunciar a su papel de expositor al mismo tiempo que accedía a la concesión dejando el gesto dadaísta en un nivel de representación simbólica. Este hecho, junto a los bigotes que Duchamp estampara a la Gioconda de Leonardo Da Vinci, son consideradas por de Micheli las únicas obras coherentemente dadaístas de todo el movimiento, de ahí que luego los manifiestos cambiaran su discurso y, más importante aun, que los productores culturales sufrieran con el tiránico

<sup>44</sup> Ídem.

<sup>45</sup> Mario de Micheli, *Las vanguardias artísticas del siglo xx*, La Habana, 1972, p. 210.

dilema de llevar a su obra esos preceptos. Legaban al siglo xx un aserto difícil de evadir: el arte se construye, y en esa construcción va implícito un empuje constante de renovación, y una trampa: sin garantía de comunicación, la producción cultural se fosiliza en los metarrelatos de su historia. Ese transcurso, en el que la mercancía se vio llamada a riesgo, la llevó a transformar la imagen del fetiche para salvar en esencia al fetichismo. No me refiero a esas obras que, de acuerdo con Baudrillard, “se destruyen a sí mismas desde el interior”, si no al producto que va asumiendo la función cultural, enmascarando su argot superficial con la imagen ya reificada del valor.

Cuando recibe la noticia de su premio Cervantes, el escritor mexicano Sergio Pitol se enfrascaba en escribir un policíaco en el que Gogol asume el papel principal,<sup>46</sup> en tanto Daniel Chavarría, quien se considera un escritor cubano nacido en Uruguay, siente que las nobles causas que defiende deben ser pasadas por el tamiz de “una trama de mucho sexo, humor e ingredientes policíacos, sobre una prostituta cubana y un cliente aberrado”.<sup>47</sup>

El fundamento básico de Chavarría no parte, sin embargo, de enfrentar en su propio terreno al contracultural fenómeno mediante el cual, como él mismo advierte, “con sus enormes recursos financieros y viejas técnicas subliminales, nacidas y perfeccionadas en el ejercicio de la publicidad comercial, el imperio manipula conciencias a granel, crea traidores, lacayos, y puede lavar cerebros con la eficacia de un cepillo de alambre”, sino en captar sus técnicas de disuasión, sus elementos de captación superficial, convencido de que “toda ficción bien elaborada, sobre

<sup>46</sup> “El Premio Cervantes ha interrumpido mi vida anterior” (entrevista) en *La Ventana*, Casa de las Américas, febrero 16 de 2006, URL:<http://www.laventana.cu>

<sup>47</sup> “Soy un escritor cubano nacido en el Uruguay”, en *Conversación con el búfalo blanco*, selección de cuentos y entrevistas de Rogelio Riverón, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2005, pp. 15-20.

todo la fílmica, puede hacernos también víctimas de la penetración cultural e ideológica”.

Con semejante tendencia, no por gusto pulsada desde la orilla del comercio que solo a sí mismo se respeta, renunciamos a hallar un receptor inteligente, capaz de reconstruirse un espectro de excelencia propia a partir del producto cultural que ha consumido. Aceptamos, sin más, que el mercado va ganando la guerra y que apenas nos queda esquilmarle el ejercicio de supervivencia. Y así la mercancía es, como apuntaba Marx, fetiche, y su culto se vale sin conciencia de la superstición que lo sustenta; atendamos, si no, a la estrategia declarada por el propio Chavarría con el objetivo de poner “el poder de la ficción novelística en defensa de nuestro ideario político”:

hago que los lectores se enamoren de mi protagonista Aldo Bianchi, un emigrado argentino que ha hecho fortuna en Italia, y al que los esbirros del Plan Cóndor le mataron la novia, lo violaron en la ESMA, lo obligaron a ladrar y correr carreras de perros. Finalmente, una vez libre, Aldo hace fortuna y el azar lo sitúa como turista en Cuba donde descubre, por intermedio de la susodicha jinetera, a uno de sus torturadores escondido en La Habana.<sup>48</sup>

La buena ficción novelística no consiste, por tales estamentos, en centrar una obra en sus valores axiológicos, éticos, estéticos, sino en adaptarse a las normas del mercado —como si en la superficialidad del sentido no radicase el objetivo manipulador primario— para manipular a un receptor que se supone incapaz, perceptivamente mutilado, pues por algo se declara “*obvio* que la gente se lee el libro *no por la denuncia política sino por su amenidad y enredos de todo tipo*. Pero aunque no lo quieran, como *por ósmosis, por vía afectiva, todos reciben el mensaje* contra los torturadores y la hipocresía neoliberal del período”.<sup>49</sup>

<sup>48</sup> Ídem.

<sup>49</sup> Mías las cursivas, se supone.

Otro defensor de causas nobles y derechos de pobres, Paco Ignacio Taibo II, cuenta como un éxito para la cultura que un adolescente decidiera comprarse las obras de Neruda una vez que el escritor le respondiera que era más chingón aún de lo que se decía.<sup>50</sup>

El sentimentalismo efectivamente estigmatizado por Baudelaire y puesto en paralaje por la vanguardia surrealista, aparece, bajo esta vuelta de tuerca, como un constructo que se refugia en la necesidad de rescatar las consecuencias ideológicas capaces de enfrentar el curso depredador mercantil, para ganar la competencia en la difícil, y por sí depredadora, carrera del mercado. No es cierto que las grandes productoras se nieguen a financiar obras a contracorriente, enunciadas en contra de los discursos centralizadores del poder, más bien les gusta, aunque sea solo para presentarlos como un acto que ocupa el lugar de la demanda insatisfecha de los consumidores. La información no está precisamente oculta, sino apiñada por la saturación banal que el mercado refrenda en germen industrial. La paradoja informacional de la cultura que coloca en constante perspectiva dialéctica la jerarquía entre la saturación informativa y el sentido último del arte, está siendo utilizada por el fetichismo mercantilista para sus rituales. Cuando los creadores se orientan con conciencia, no importa si forzados por sus ineludibles circunstancias de sobrevivencia, hacia esa espuria manipulación de jerarquías, desde sí mismos se destruyen, es decir, se venden como mano de obra a petición.

De modo que, o depredamos por completo los valores del arte y la cultura, o los rescatamos en virtud de lo que puedan legarnos ante las nuevas circunstancias globales —y globalizadoras— de la humanidad. Es un ejercicio de elección que no excluye tendencias, estilos, parcelaciones del gusto y otras ramas, sino preceptos que condenen al

<sup>50</sup> “El Che era grafómano, ponía en papel todo lo que vivía”, entrevista de Silvina Frieria en *Página 12*, 15 de septiembre de 2007.

ser humano a aniquilar su condición cultural, que es adquirida y no incondicionada.

La apelación al sentimiento dentro de las producciones artísticas y literarias que mendigan a costa de su propia formación la fiebre del mercado, no es más que un acto de reproducción de la imagen receptora que los medios de comunicación masivos reproducen. No hay, en consecuencia, un sentimiento en el fondo de sus construcciones, sino un simulacro del tópico probado por los índices de venta. Paradoja adentro, el compromiso con la causa justa reconoce que no es posible captar a los lectores desde los propios presupuestos internos, sino a condición de venderles tramas saturadas de pillos, villanos y Condes de Montecristo que emplean sus fortunas en venganzas salpicadas de trasfondo social. Se está girando en verdad en dirección contraria, pues la trama es efectivamente un componente de la literatura que no se hace mejor ni peor según el cúmulo de “aventuras” que engendre, sino a partir de su capacidad para captar la cómplice lectura.

A una novela “de masas” le es imposible mantener una consecuencia ética pertinente sobre sus receptores justamente por su efímera clase, por su dependencia del tópico a probar; porque, en fin, será sustituida de inmediato por un producto “nuevo” que habrá de rebasarlo en la carrera mercantilizada. De ahí que al escribir, el compromiso ético del escritor no deba estar —y no lo está aunque otra cosa se pretenda— sobregirado hacia los códigos morales, políticos, axiológicos, etcétera, que el autor sustente —y que el receptor concibe o no, fuera e independientemente de esa “acción iluminadora” que para su obra, impudicamente, presupone—, sino hacia los valores estrictamente literarios, es decir, al resultado estético que la obra consigne para siempre en el sustrato de la valoración.

Por la vía del cinismo mercantil estaríamos en peligro de aceptar que los índices de venta son reflejo irrefutable de la calidad y, además, que no es posible fomentar la cultura si no es a condición de rebajar su compuesto de valores

estéticos a la medida de los índices de recepción masiva. Y en esta misma vía, dada la inmanencia que supone una fatal incapacidad del receptor bajo el invisible concurso del ser humano entregado a la invisible armonía mercantil, hacemos además nuestro valioso aporte en la carrera global de la autodestrucción.

Si todavía hoy, rindiendo culto frugal al ilusorio constructo de libertad de expresión y en medio de una ausencia crítico-valorativa y de una anuencia atroz, indiferente, cínica, en relación con esos constantes bombardeos de la industria, reconocemos que la repetición del acto plástico de Warhol constituye un sainete, es decir, una crisis de autoridad que recurre a su propia posesión histórica, a su certificado de arte acuñado por la historia más que a su valor esencial de producción individual, es porque todavía hoy, y a pesar de no saber hacia dónde dirigirnos, reclamamos a la creación artística una actitud participativa, responsable y capaz de distanciarse del alienante ejercicio de ese mismo cinismo mercantil. Aunque puede ser, en efecto, amarga, la ironía reclama un ejercicio comunicativo de complicidad que está en un sitio ajeno al que le asigna el receptor resignado —acaso feliz de “pasar poco trabajo”— a esos productores industrializados del arte.

Muchas de las frases que hoy repetimos como axiomas fueron en su enunciación primaria irónicos asertos que, al perder las condiciones codificadoras de su significado, recuperan la ilusión directa del lenguaje y se detienen en su intento por continuar figurando.

La ironía es una figura que, además del ingenio, requiere de un juicio de complicidad en relación con el precepto sobre el que ella misma se ha formado. Demanda un esfuerzo que debe realizarse en el proceso de comunicación, una carga que el receptor prefiere eliminar de sus deberes. La pregunta no estaría encaminada a saber cómo se evaden esas tradicionales cargas que se le adjudican a los objetos materiales que la cultura produce, sino a indagar por qué se ha resignado el sujeto a dar un paso más en

su propio ejercicio de consumo; por qué retrocedemos, también con temeroso cinismo pero a cada minuto, ante la disolución del individuo por parte de ese ejército creciente de voluntariosos mercantilizadores del acto cultural.

No es un gesto cualquiera de elección lo que predicán, sino un camino a la autofagia. Como sus esfuerzos se concentran en mejorar, perfeccionar, sofisticar, los bienes esenciales de la subsistencia, ven en la cultura un posible elemento de disociación, las más de las veces un factor que actúa a contracorriente de su supervivencia. No es, por tanto, una visión ligera del arte y la cultura, sino un reconocimiento de sus posibilidades reales, de su alcance una vez que llega a convertirse en objeto de uso colectivo. De ahí que la estrategia apunte a seducir al individuo que, ante la crisis que la subsistencia en efecto le plantea, se juzga en sentido individual, sin responsabilidad social ni ética del bien común. Esos son sus agentes ideales, sus autómatas dispuestos a reproducir esquemas si de ese acto resulta el complemento de sus necesidades humanas de existencia inmediata.

Jean Baudrillard consideraba que el arte, luego de evolucionar en su proceso de simulación, había pasado a expresarse como “metalenguaje de la banalidad” y se preguntaba enseguida si esa “simulación desdramatizada” podría seguir su curso al infinito. Franz Hinkelammert, por su parte, ha asegurado que el mercado no es más que “el ambiente de la racionalidad medio-fin (...) como circularidad a partir de los cálculos de cada actor”. Por ello, “esta transformación de las muchas acciones medio-fin caóticas en la circularidad del mercado” constituye “el mercado como un orden”, es decir, que avenimos sin remedio al “efecto indirecto (no intencional) de las acciones de cada actor orientadas por criterios de cálculo derivados del mercado”.<sup>51</sup>

<sup>51</sup> Franz J. Hinkelammert: *El sujeto y la ley. El retorno del sujeto reprimido*, Editorial Caminos, La Habana, 2006, p. 52.

Ese paquete de aceptación del producto en medio de la industria cultural, se camufla bajo las bases del gusto general. “La complejidad del circuito medio-fin, originado en el mercado —escribe el propio Hinkelammert— tiende a esconder la relación causante entre racionalidad medio-fin y efectos destructores”,<sup>52</sup> dado que ese orden del mercado se manifiesta, apunta, en “una doble dimensión”: “Como orden positivo es producto del caos que se ordena; no obstante, como orden positivo produce el desorden mediante su tendencia a la destrucción. Se trata de un orden que se afirma por reacción al desorden, y que reproduce este desorden por medio de sus tendencias destructivas”.<sup>53</sup>

El intercambio cultural genera, en estas circunstancias, procesos constantes de supeditación de valores de uso por valores de cambio, puesto que la superficialidad de conglomerado receptor que ha renunciado al juicio crítico teje y desteje su madeja. Valor de uso y valor de cambio, recordémoslo, no pueden existir de modo independiente, por lo que tal proceso, en la creación artística, literaria, y aun en el folclor, ralentizaría el producto cada vez más como efímero fetiche. El creador, agobiado por las pragmáticas necesidades de su propia existencia, por la agónica búsqueda de un techo y un cuerpo familiar estable, se subordina al prototipo, a ese proceso que Baudrillard ha llamado de “estetización general de la mercancía”, al cual, a mi alarmado entender, es necesario temerle más que a la comercialización del arte.

Mucho más que a la especulación —advierte Baudrillard— hay que temerle a la transcripción de todas las cosas en términos culturales, estéticos, en signos museográficos. Nuestra cultura dominante es eso: la inmensa empresa de museografía de la realidad, la inmensa empresa del almacenamiento estético que muy pronto se verá multiplicado por los medios técnicos de la

<sup>52</sup> *Ibídem*, p. 55.

<sup>53</sup> *Ibídem*, p. 56.

información actual con la simulación y la reproducción estética de todas las formas que nos rodean y que muy pronto pasarán a ser realidad virtual.<sup>54</sup>

El creador, no solo artista o escritor, sino además promotor, educador, y cualquier otro en la amplia gama de lo cultural, conforma un ejército de desempleados potenciales a la espera —y necesidad— de ese contrato que lo salve en tanto creador. El empleador, no baldíamente, le ofrece un sucedáneo con el cual le garantiza mantener su familia, su norma ciudadana, al tiempo que va desdibujando la propia idea que de sí había formulado. Es un contrato sociocultural que no solo excluye la libertad del creador sino, con ello, la posibilidad creadora en el plano receptivo. No importa que pueda comprender que ese discurso de aceptación del contrato cultural trace en un futuro inabarcable para su propia vida y la de sus hijos y nietos la destrucción del planeta. Puesto a elegir entre la sobrevivencia inmediata de sí como persona y núcleo familiar y el legado a la larga duración histórica, no es difícil optar por la primera. Paradoja que el estatuto de globalización neoliberal hace aún más efectiva. Si el creador se deja destruir en su vitalidad, no podrá luego actuar a favor de la recuperación de un mundo ético y creativo; si, puesto en consciencia exacta del peligro, aplica una línea dura de ética creativa, perecerá de cualquier modo. Es un asunto que, si bien no se resuelve sin los creadores de cultura, incluido en ello tanto al sector intelectual como al folclor que en alternativas reducidas consigue resistir los embates de la hegemonía turística, tampoco se soluciona únicamente en ellos.

El acto de reproducción cultural no es, en estricto sentido, mecánico. La reproducción cultural para el mercado global dispone en su sistema interno un entramado de escalones cada vez más estrechos en el conjunto de las posibilidades

<sup>54</sup> Jean Baudrillard: “La simulación en el arte”, URL: <http://www.analitica.com/va/arte/portafolio/5715848.asp>

receptivas. Ello, si bien asegura la crisis permanente del producto cultural, garantiza la estandarización del proceso mercantil de la cultura. En ese camino, estamos en vías de aceptar como válida la ética del fetiche cultural, lo cual reduce el concepto de la práctica comunicativa del imaginario simbólico a una propedéutica de cinismo conformista. Y es importante este juicio de modificación, pues aunque sobren ejemplos, la conducta general no tiende a validar los casos de cinismo absoluto, desnaturalizado, sino las salidas de conformidad, acaso astutas, ante la disyuntiva insoluble. De entre los estrechos senderos de escalones, el más transitado parece, de acuerdo con representantes de ciertas tendencias artísticas y literarias en efecto preocupados por la desideologización del receptor, el del cinismo mercantil que de algún modo se aferre a un sucedáneo de la transmisión de valores para el bien común.<sup>55</sup>

En la medida en que depende del valor de cambio del producto inmediato, la industria cultural es autosuficiente; ella misma genera los nuevos prototipos y recontextualiza el uso de las tradiciones de las cuales se apropia. El proceso es peligrosamente análogo a la propia formación de la cultura en su estatuto popular, de ahí que no solo sea eficiente en el nivel comercial, sino además en su papel de fascinar ciertos sectores de la crítica analítica. Una ética capaz de confundir tranquilamente los fines últimos del mercado con los fines primarios de la producción cultural, y asegurarse a un tiempo de guardar la ropa bajo una lista de convencionales enunciados éticos mientras se nada en los medios mercantiles, reproduce un cinismo difícil de evadir. Ello, porque el receptor está siendo bombardeado por muchos otros tópicos de cinismo cuyos niveles de comparación son siempre más extremos.

<sup>55</sup> Suelte un depredador eficiente, de alta capacidad reproductiva y sumamente veloz, en un hábitat de ejemplares sedentarios que son su dieta ideal, y ya verá qué documentales de extinción de la especie hace a la postre.

Pero si ese sujeto productor de cultura declara buscar una conducta para el mejoramiento general del receptor, se considera entonces su aceptación de trabajar para una ética del bien común, o al menos para una ética que sustente los valores internos del sector del cual se considera defensor. Esta, de acuerdo con Franz Hinkelammert, se confecciona a partir de la experiencia, sin gradaciones apriorísticas<sup>56</sup> cuyos dogmas frenen la conducta en tanto humano devenir de su comportamiento. Sería, en tal sentido, una conducta ética que sufre los embates de otras conductas éticas *ad hoc* que han demostrado —siquiera en espejismos— eficiencia en esos mismos contextos de comunicación donde la cultura heredada no logra hacerse fuerte. De ahí que Hinkelammert considere que en el contexto de la existencia humana actual, esa “ética del bien común” solo pueda ser defendida por las propias exigencias que dimanen del conjunto de “las distorsiones producidas por el mercado totalizado” y que esas “exigencias resultan ser el bien común, el cual se desarrolla con el tipo de distorsiones producidas”.<sup>57</sup> Si al pie de la letra seguimos el proceso, podemos conformarnos con la esperanza de que en la interacción entre las irreversibles maquinarias mercantiles y las exigencias devenidas de la represión del sujeto, se van a resolver esas desviaciones éticas.

¿Cómo, pues, si en el capitalismo global el mercado gobierna y reproduce su norma de gobierno? ¿Cómo, si en el sistema socialista, que por exigencia sistémica invierte el valor de los componentes, la reproducción ideológica distorsiona en fetiche la reproducción del producto cultural?

En opinión del propio Hinkelammert, el bien común “se destruye en el grado en el que toda acción humana es sometida a un cálculo de utilidad”, y al mismo tiempo es “fatal enfocar esta ética desde el punto de vista de la abolición del sistema y, por ende, de la abolición del mercado

<sup>56</sup> Franz Hinkelammert: *El sujeto y la ley...*, ed. cit., p. 153.

<sup>57</sup> *Ibíd.*, p. 154.

y del dinero”. Menuda paradoja para esa “ética de la resistencia, la interpelación y la intervención”, llamada a restaurar las relaciones mercantiles en caso de que se derrumbaran. Y todo justo cuando “el sistema está consiguiendo paralizar todas las resistencias”, por lo que “se transforma en un peligro para la vida humana y de sí mismo”.<sup>58</sup>

No es ni siquiera un asunto de resignarse a bailar con la más fea, sino una delación de que asumir sin juicios de responsabilidad crítica y autocrítica —o sea, que no se predique en calzoncillos la moral— la libertad de elección estética, unido a las subliminales “lecciones” éticas, conduce a alimentar el camino de la totalización mercantilista, y a apuntalar la crisis que el ser humano genera para su existencia.

No por gusto se aprecia una innegable diferencia cualitativa entre los reproductores de *best-sellers* y los autores cuyas obras se colocan a la par en resultados de venta. Estas jerarquías son reconocidas incluso por el público que se apresura a consumir las primeras en tanto desdeña a las segundas. Solo una hipocresía indolente, provocadora a ultranza, se atreve a declararlas a nivel. Y aunque algo de ella se apropie de los medios globales de comunicación, minando la resistencia que la tradición del gusto cultural pueda ofrecerle, todavía no es probable en los niveles del juicio. Aún es posible una estrategia de trabajo cultural que responda a los valores internos de la ética del creador, a su valor de uso puesto en función de su valor de cambio. Y ello es posible a partir, y en estatuto, de que se considere en condición de respeto al receptor.

Al asumir la posibilidad aprehensiva del receptor como un estado *a priori* deficiente, se le niega al sujeto su posibilidad de desarrollo cultural y, por consecuencia, se le condena a adoptar, en conformista fatalismo, su régimen deficitario de consumo cultural. Esto no constituye una

<sup>58</sup> *Ibíd.*, pp. 154-155.

elección más, sino un cierre importante del camino al reconocimiento humano, a su capacidad de producción simbólica. La condición humana, puesta en desarrollo, exige una renovación cultural que, de ser limitada a un orden de reproducción mecánica (ya que puede serlo con tal facilidad que sin resquicios de escándalo ocurre cada día) genera alienación conformista en los niveles simbólicos del pensamiento.

Por si esto no fuese suficiente, la reproducción no es mecánica en esencia, sino generadora de un sustrato que valora en sí mismo al subproducto en tanto se constituye en la norma con la cual se origina plusvalía y, a la vez que ella misma se valida, se reivindica en el ritual social al creador. Esa calificación apriorística del receptor como deficiente, entrega, aun bajo excelentes nobles intenciones, el boleto hacia lo deficiente. Se trata, al dar la vuelta representativa al caso, de una fábula de lógica convencional. Lo curioso es que esa fábula ha sido narrada por Carlo Collodi al colocar en Pinocho las orejas de burro, y que la vemos aun con simpatía, aunque sin saber qué vigencia ha de tener. Esa es la complacencia en que el cinismo mercantil se reproduce: si con orejas de burro me llega el receptor masivo, mejor, más sublime parece mi burrada en esencia mercantil.

Pero la fundamentación de una ética del creador en virtud de una moral normada bajo los rasgos redundantes de hegemonías culturales asentadas, presupone un difícil accionar del resultado. Los preceptos morales son construcciones resultantes de una conducta heredada a la que se interpreta en perspectiva de predicción disciplinaria. Se trazan, predicativamente, los límites de la conducta a enjuiciar, pues la moral implica necesariamente un juicio contractual. Ese juicio, convertido en estamento de valor, convoca a un cierre de actitudes, a un estrechamiento del camino a seguir. Sometido a una secuencia de cálculo para la existencia misma, se coloca en riesgo inevitable de

desaparición, ya por emplazamiento de un constructo del todo diferente, ya por transformación evolutiva en la apertura de intercambio. Si los juicios implicados bajo los preceptos morales se constituyen en dilemas de múltiples salidas relativamente válidas, es posible concebir el desarrollo cultural en términos que impliquen la moral sin socavarlo.

La ética es, por consiguiente, el medio para que el supuesto moral y el acto creativo se imbriquen en secuencia armónica, lo cual no excluye disyuntivas polémicas entre ambos, aunque sí debe dejar sin determinantes incidencias la factibilidad de antagonismos. Armonía significa en este caso que las líneas cruzadas de cada uno de los estamentos que se ponen en práctica no impliquen la rotunda desaparición de las restantes. La solución de las contradicciones internas de los elementos armónicos imprescindibles para valorar la creación también bajo preceptos ético-morales, necesita no solo aprehender la esencia de los antagonismos, sino además comprender y asimilar sus argumentos básicos, para resolverlos sin su sostenimiento a ultranza y hegemónicamente. Y armónico será aquello que consiga integrarlas en el nivel de la expresión cultural que las convoque. Es algo francamente difícil de acuerdo con las circunstancias que la herencia del precepto ético del creador ha ido conformando en la modernidad.

Sin embargo, es más viable detectar ese conjunto de axiomas en las propias creaciones, que en las declaraciones explícitas de promotores y productores de cultura. Si bien es posible predicar, mediante discursos de ética denotación, una moral hipócritamente pergeñada, es imposible rescatarla de las connotaciones que en la función significativa revela su trasfondo. Se simula y se miente en la cultura, desde luego, y hasta se tiene éxito de ventas y de crítica, pero también los estamentos usados se muestran insobornables una vez que el análisis regresa a valorarlos tanto a partir de un crítico distanciamiento, como en uso de una sensibilidad aprehensiva sin juicios apriorísticos que tasquen el valor o el gusto.

Ni disciplinas científicas ni modelos empíricos de teorización y análisis deben mantenerse al margen de la creación que les rodea. Aunque parezca un punto de secuencia electiva, el resultado posterior que afecta a la cultura arrastra consecuencias que luego son difícilmente reversibles. Al desterrar la obra creativa de sus centros de juicio, y mucho más de sus zonas de apoyatura conceptual, estas disciplinas engavetan de un gesto el expediente egocéntrico en el que se ha ido archivando al creador en la modernidad. Ese apoltronamiento ingenuamente abúlico con el cual nos dejamos envolver por la avalancha de productos estudiadamente masivos —subproductos de fieles prototipos, acicalados al máximo por la hegemonía financiera— debía decirnos que, al ejercer ese “cansancio clásico”, estamos dejando que el fantasma de la industria se apropie de la casa, como ocurre en el cuento *Casa tomada*, de Julio Cortázar.

De acuerdo con Jürgen Habermas, la “ética del discurso” tiene en cuenta la integración de la justicia y la solidaridad, en general separadas en la tradición filosófica y su práctica en sociedad, al proteger simultáneamente —y en equilibrio—, los derechos del individuo y el bien de la comunidad a que ese individuo pertenece. La unidad del fenómeno moral básico fracasa, en su opinión, con la cual glosa a Hegel, cuando se aíslan el principio de la justicia —mediante las éticas del deber, del principio de bien común—, a través de las éticas de los bienes. Considera por tanto que no existen normas contentivas de su propia aplicación y que son inútiles, además, “las fundamentaciones morales si en el proceso de aplicación no resulta posible eliminar la descontextualización de las normas generales a que se apela para justificar las acciones”.<sup>59</sup> Antes que en

<sup>59</sup> Jürgen Habermas: “¿Afectan las objeciones de Hegel a Kant también a la «ética del discurso»?”, en *Aclaraciones a la estética del discurso*, 1991. Traducción de Manuel Jiménez Robledo. Edición digital, pp. 41-47.

Hegel, la responsabilidad de continuación de los metarrelatos debe ser descargada en Locke y Hume, como lo ha hecho detalladamente Hinkelammert,<sup>60</sup> puesto que la imposición de sistemas, así partan de la más desprejuiciada ética del discurso o de iconoclastas propuestas personales, arrastra un paquete reducido de preceptos morales y fundamentos éticos siempre a punto de hacerse antisistémicos y, de ser llevados a término de acuerdo con sus propias disposiciones, de erigirse en construcciones de dominio.

La creación, en tanto se establece a partir de, y solo de, un conjunto de producciones sistémicas en desarrollo, debe también soportar su perspectiva ético-moral como parte esencial de su sistema. Ello, insisto, no para convertirla en fuente demiúrgica absoluta, sino para enseñarla a adaptarse cuando de entrar en su universo sistémico se trata. Esa es la interacción que se hace necesaria para un trabajo capaz de apoyar una cultura que, al nutrirse de sí misma, evite el recorrido a la depredación insostenible. No es solo una reacción musicalmente prejuiciada la que actúa cuando se acusa a la desbordante imaginación Mozartiana de ligera, sino una reacción enterada de un peligro evidente de autoconservación, pues esa ligereza de Mozart trascendía el precepto de lo efímero y apresaba la esencia sistémica de la composición para reglamentarla en nuevas circunstancias. Subyacen, en efecto, prejuicios, pero ellos están estrechamente vinculados al sistema cultural en que se asientan. Como una de esas voces destacadas del coro que, sin el coro que en calidad de referencia actúa, no fuesen lo mismo en condición solista.

Pero es común en la historia que ante esos peligrosos puntos de ruptura se acuda a la moral como constructo ideológico de contención. Y en tantas y tantas ocasiones, no es en efecto “falso” ese precepto moral que se enarbola.

<sup>60</sup> Franz J. Hinkelammert: “La inversión de los derechos humanos: el caso de John Locke”, en ob. cit., pp. 81-124; “El método de Hume y las falacias de la modernidad”, en ob. cit., pp. 165-236.

Suele ocurrir, incluso, que se acuda a valores que deban ser imprescindibles para un desarrollo permanente del mundo creador de cultura. O sea, preceptos ético-morales necesarios se ven empaquetados para servir como moneda de cambio con la cual se dilate la subsistencia de ese conjunto de entes cuyos valores intrasistémicos se han ido quebrando con el desarrollo. Para Habermas, la argumentación moral ocupa el lugar de la enunciación imperativa en la ética del discurso, por lo que, en el ejercicio práctico, la validez se produciría únicamente a partir de un consenso de unanimidad.<sup>61</sup> De ahí que, en su opinión

todo aquel que trate en serio de participar en una argumentación, no tiene más remedio que aceptar implícitamente presupuestos pragmático-universales que tienen un contenido normativo; el principio moral puede deducirse entonces del contenido de estos presupuestos de la argumentación con tal que se sepa qué es eso de justificar una norma de acción.<sup>62</sup>

Este proceso de enunciación imperativa, en su puesta en marcha en sociedad, depende, aunque no exclusivamente, de la presión que sobre él ejerzan tanto el eje de poderes actuantes, como las incidencias actanciales con que estos poderes se conjugan. Si el discurso presentado se reconstituye a partir de una enunciación imprescindiblemente imperativa, la norma ético-moral usurpa la pauta sistémica que el género de creación necesita para insertarse en la cultura. Por ello es que los modelos que parten de construcciones ex-post, como los religiosos, etnocentristas, contraculturales o contentivos de proyectos políticos de estrecha ideología, surgen marcados por lo efímero y difícilmente perduran una vez que necesitan de legitimación expresiva en el campo factual de lo genérico. Allí radica también la diferencia perceptiva entre esos numerosos

<sup>61</sup> *Ibidem*, pp. 34-54.

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 37.

poetas de patriótica musa cuyas espontáneas composiciones afloran en momentos de encontronazos sociales, y casos como los de Miguel Hernández, Nazim Hikmet, Roque Dalton, Manuel Navarro Luna o Nicolás Guillén. Por esa brecha, además, podemos comprender el grado de simulación asumida de otros líricos, o músicos, pintores, dramaturgos y etcétera, que aprovechan tópicos predeterminados para ascender oportunistamente al escalón de esos favores. Que se transformen eventualmente en pólipos del arte no los reduce, sin embargo, como artistas, sino —y aquí es donde debe entrar en juego el papel del juicio ético-moral— como productores de cultura para el bien común.

Así, Jürgen Habermas considera que “los sujetos capaces de lenguaje y acción solo se constituyen como individuos porque al crecer como miembros de una particular comunidad de lenguaje se introducen en un mundo de la vida intersubjetivamente compartido”, de modo que, al plantar su núcleo de acción en la cultura, desde la creación artística y literaria, la contradicción armónica entre sujeto e individuo se convierte en asunto inevitable. Es necesario, entonces, resolverla, lo cual no significa que se encamine el trabajo a eliminarla, o a estetizarla, sino a permitirle expresarse en armonía, tal como somos capaces de colocar recursos entre sí contradictorios en una misma obra y se les hace funcionar como conjunto. En ese cruce de líneas entre ética y moral, para la creación cultural, vale tener en cuenta que, antes (cronológicamente y no por exclusión) que todas las otras funciones derivadas, la función *sine qua non* del arte y la literatura se basa justo en serlo. El individuo creador y el sujeto que de la creación se alimenta (el otro, el mismo, diría Borges) se juegan su posibilidad de permanencia al aplicarse medidas de exterminio o superpoblación. El mismo Habermas concluye:

Cuanto más se diferencian las estructuras de un mundo de la vida, con tanta más claridad se ve cómo la creciente capacidad de autodeterminación del sujeto

individuado va entretrejida con una creciente integración en redes cada vez más densas de dependencias sociales. Cuanto más progresa la individuación, tanto más se ve envuelto el sujeto particular en una red cada vez más densa y sutil de recíprocas posibilidades de desamparo e indefensión, y de correspondientes necesidades de protección que implican un sinnúmero de riesgos.<sup>63</sup>

Las líneas cruzadas entre ética y moral, en el discurso creativo, si bien no son el único campo minado que debemos cruzar, sí nos llaman a verlas como un elemento de carácter sistémico. Su empleo no es forzoso, sin embargo y, por eso mismo, sufre un constante bombardeo por parte de intereses que desde otros sistemas estructurales intentan someterlo. Cuanto más lejos se halle el creador de comprender las estructuras en las cuales esta polémica armonía de relaciones se debe definir, cuanto menos se reconozca como factor de incidencia en lo que Iuri Lotman conceptúa como semiosfera, es decir, un determinado universo de significación humana, más a merced estará de responder a espurios intereses, dado, eso sí, que los particulares suyos no coincidan con la intención de frenar para siempre el desarrollo cultural.

De acuerdo con Platón, Hinkelammert opina que cualquier intento de relación humana requiere del uso mediador de una ética correspondiente. No se puede, por tanto, prescindir de la ética. “Una norma ética —aclara— tiene que tener vigencia más allá del cálculo individual del provecho y más allá del control externo, por eso representa un valor y no una simple regla *ad hoc*”.<sup>64</sup> De ahí que considere vigente el argumento de Platón, aunque la tradición sociológica, que va de Weber a Bobbio, convierta su discusión en un simple problema metodológico de juicios de valor que van a ser discutidos de acuerdo con los juicios

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 39.

<sup>64</sup> Franz J. Hinkelammert: *ob. cit.*, p. 208.

del gusto. “Hay una ética —apunta— que es la condición misma de la posibilidad de la vida humana y de cualquier acción humana, aunque se trate de las acciones de una banda de ladrones”.<sup>65</sup> Por ello, es necesario volver a la discusión acerca de esta ética; puesto que de

Platón y de la discusión posterior sobre la ética de ladrones sigue otro resultado también: la sociedad, que no introduce una ética del bien común, cae necesariamente en una ética cuyo paradigma es la ética de la banda de ladrones. No deja de tener ética; lo que ocurre es que su ética llega a ser la propia de la banda de ladrones.<sup>66</sup>

La conjunción de la salida metodológica al análisis de la ética en tanto instrumento de reglamentación social secundario y el resultado último de la sociedad global que enfrenta a todos sus sujetos, son, a fin de cuentas, un elemento visible de lo que ha estado legando buena parte del pensamiento epistemológico, así como del que dimana de la creación artística y la literatura bajo la norma preponderante de la industria cultural.

La salida al presupuesto desiderativo, de ingenua y discriminatoria utopía, que ubica a la ética en una especie de decálogo divino por el que debe lucharse aunque no sea posible escalarlo totalmente, incluso en su versión materialista, deja también sin solución el asunto de la relación de la ética con la creación cultural, con el trabajo que para su consecución se necesita. “Hume deriva una ética absoluta —escribe el propio Hinkelammert— que en sus consecuencias es absolutamente destructora. Lo es porque, a partir del análisis de la condición humana como deficiencia, pretende una solución de sociedad perfecta más allá de esta condición humana”.<sup>67</sup> De algún modo, ese otro

<sup>65</sup> *Ibídem*, p. 310.

<sup>66</sup> *Ídem*.

<sup>67</sup> *Ibídem*, p. 213.

extremo queda visualizado por Jean Baudrillard, al considerar que apenas va quedando la posibilidad de “traspasar el límite, de un modo que podríamos llamar no una estética trascendental sino una inestética trascendental que es, de cierta manera, la eutanasia del arte, el método de la eutanasia”.<sup>68</sup>

Al considerar legítima la esencia mercantil de la industria cultural, el fallo legal queda a favor de los depredadores del dominio público. Nadie ha minado con tanta rapidez la esencia cultural que la historia de la humanidad ha conservado trabajosamente como las transnacionales del gusto, pues, al enmascarar al subproducto como recreación de elección libre y sin implicaciones, establecen el vicio de la disolución del pensamiento profundo y garantizan que los efectos indirectos de su acción directa se instalen en la propia necesidad de las personas que los sufren.

Una ética de responsabilidad hacia el producto cultural requiere una puesta en relación con los valores morales de esencia no mercantil que esos mismos productos retransmiten, una toma de partido, en fin, contra esa complacencia con que se ha estado glorificando la eutanasia del arte en nombre de la necesidad de sobrevida individual. Si, de acuerdo con la alternativa que Hinkelammert propone para resistir la hegemonía de los efectos indirectos, cada individuo deberá enfrentar la estandarización global de esa cadena de vicios públicos asentados en el proceso destructivo del sistema global en que se legitiman, implicaría que ese individuo, al decidirse por una ética de la responsabilidad, se vería forzado a “enfrentar sus propios intereses, para poder enfrentar los intereses compactos en el sistema”.<sup>69</sup>

Esos intereses compactos atañen, sin embargo, a la existencia misma, al individuo en sus normas cotidianas, al ser humano que la visión masiva desdibuja, más allá del posible resultado del axioma aristotélico de un ser para la

<sup>68</sup> Jean Baudrillard: ob. cit.

<sup>69</sup> Franz J. Hinkelammert: ob. cit., p. 213.

buena vida. En tanto la mercancía genere mercancía, el producto cultural concebido en acción para el comercio quedará en deuda con cualquier ética que no conduzca a validar con pragmatismo factible el resultado mercantil de ese producto. Y en tanto el dinero continúe siendo una mercancía fetiche, continuará suplantando a los valores de uso que puedan sobrevenir de una producción cultural competitiva, ajustada a las normas de la industrialización.

Por otra parte, la producción cultural requiere de un efecto directo de comunicación que arroje como acción indirecta los valores que puedan revitalizarla, aun cuando se afronten inesperadas decepciones en el curso de la experimentación creativa. Por eso es que los creadores que se adelantan demasiado a su tiempo quedan incomprendidos, pues no se han creado las bases comunicativas que les permitirían una acción efectiva. Para que fluya un ético ejercicio dialéctico entre la pragmática mercantilista, y la necesidad de subsistencia de los sistemas creados para el mejoramiento colectivo en una futura desaparición de ese intercambio desigual y despiadado, es necesario un sujeto capaz de concebir la evolución cultural como un componente necesario de su vida. No me refiero a la cultura, que aun en calidad de subproducto habrá de consumir, sino a la capacidad de aprehender, desde las tradiciones adquiridas, los estamentos renovadores del producto antes que la serie de elementos reproductivos de regresión que toda producción cultural también arrastra.

Hoy en día, el habla popular cubana emplea la palabra "original" en virtud de designar algo a la vez bueno y hermoso. Ética y estética se concentran así en su concepto originario como resultado intuitivo de la necesidad de rescatar la creación en la cultura por encima de la imitación servil. También califica de "cómico" a los objetos de precios elevados, en general únicamente accesibles en el mercado de divisas, con lo cual la distinción del objeto se ve reducida por ese efecto indefinido de la comicidad enunciada.

O sea, valor de uso y valor de cambio se hallan en contradicción y son semióticamente denunciados por la norma del habla popular. También esta denuncia alcanza la dicotomía insalvable entre el poder adquisitivo del sujeto que de ese modo se expresa y la irrupción de las nuevas circunstancias a que su vida se enfrenta. Lo bueno y bello, aunque no sea en rigor original, como tal se califica en el concurso de adquisición necesaria. Lo distintivo inaccesible en el ritual de sociedad adquiere el calificativo de *cómico*, recuperando el valor que en la cultura popular tiene la risa, y a la vez distanciando el carácter simbólico de esa nomenclatura que, en efecto, simboliza un estatus de vida ganado en la carrera del mercado.<sup>70</sup> Y es importante no perder de los niveles de análisis esa dicotomía dialéctica, pues la población no rechaza de plano aquello que sabe necesita para su mejor subsistencia, aun cuando se halle dispuesta a conformarse con la suplantación. De ahí que con frecuencia un subproducto estandarizado reciba sin más el calificativo de original, pues de algún modo intrínseco —de psicoanalítica *poiesis*— enuncia una necesidad satisfecha por un sucedáneo.

La lucha interna entre el juicio de valor ante el objeto con que la sociedad se representa en su inmediato devenir y su significado cultural para un futuro estable, se refleja en ese juego de resemantizaciones que el habla popular pone en función significativa. De modo que ante las crisis de responsabilidad moral de los sectores llamados a ejercer el intelecto, no es factible argumentar el desconocimiento ni, tampoco, acudir al evasivo argumento de una libertad de elección, y de expresión, y de manifestación social, que se basa en el dominio destructivo del resto de los componentes

<sup>70</sup> Sobre la risa, y sus sistemas internos de categorías conjuntamente con su puesta en uso, he desarrollado una teoría en mi libro *El nombre de la risa*, aún inédito. Puede hallarse la exposición de esos fundamentos básicos en mi columna de Cuba Literaria Semiosis (en plural), en [www.cubaliteraria.cu](http://www.cubaliteraria.cu)

del núcleo de interacción social en que esos actos y elecciones se inscriben.

Y de nuevo estamos ante una paradoja que no se resuelve si no en la propia condición de su puesta en ejercicio, en el trabajo que debe hacerla viable, pues se necesita diferenciar la constante labor para la mercantilización, del hecho de trabajar para el resarcimiento individual que ayude a conducir al bien común. Ni ética ni moral se hacen factibles sin una conciencia de ejercicio individual —la cual se expresa, o se revela, de diversas maneras en la cultura popular— que se integre críticamente al núcleo social al que se circunscribe ese individuo.

Las listas de preceptos morales y normativas éticas expresan apenas la intención contenidista de sus emisores, en directa incidencia con las funcionalidades hegemónicas para las cuales son distribuidas. La producción cultural que más alto pudiésemos valorar hoy día, tampoco se libra de ciertos pactos de sometimiento a las coyundas de los juicios de valor con que las hegemonías consiguen su legitimación. En ocasiones, detiene los efectos del signo y concede al mercado, la ideología o las morales sectarias, su turno de poder. Esto no es completamente electivo, sino que responde a un recurso de aporías normativas que definen la actitud del creador.

## La guerra y la paz: juegos interactivos

¿Se abocaba entonces la era de globalización mecánica, al menos en el ámbito de los consensos, a una circunstancia de aceptación de la condición imperial como autogeneradora de su propio desarrollo, así como de su crecimiento evolutivo en búsqueda de cierto estado de equilibrio social amparado por la ley, aunque con la creciente apropiación desigual de la tecnología y sus resultados gananciales?

El sistema de desarrollo tecnológico impulsado dentro de la fase imperialista ha transformado, justo en ese sentido,

las características sistémicas, pero no ha creado fuentes de expansión de la riqueza y de los beneficios. Ha especializado, eso sí, la competencia, generando discursos de reconversión y reconciliación con el carácter depredador del sistema, no solo en la semiosfera de los estudios culturales, sino en el relativo a la política, la economía política, la filosofía y la sociología. La necesidad de ir transformando las vías de desarrollo social a través de adelantos tecnológicos, ha recontextualizado en conformismo su uso netamente comercial e inhumano y ha deshumanizado a un individuo que, alienado por la supervivencia, busca hacerse competente de modo individualista. No obstante, en tanto la proyección tecnológica viene acompañada de una propaganda saturada de promesas utópicas de progreso y bienestar, y en cuanto sus aplicaciones traumáticas se justifican utilizando un elemento necesario al proceso civilizatorio —el desarrollo del conocimiento humano para los individuos competentes—, ¿no es posible que las circunstancias actuales de un imperialismo decadente respondan a un nuevo estadio de concatenación del sistema, en su variante de globalización financiera?

Toda vez que se reedita un proceso de salida de las crisis, se acumula otra fase de debilitamiento del Estado, pues este ha de pagar los “errores” de la especulación financiera, y debe, además, cargar con las culpas consecuentes de desempleo, empobrecimiento y carencias de la sociedad. Se le encarga incluso, y aun cuando no deje de predicarse su ineficiencia, generar el ambiente necesario para que se establezcan nuevas vías de producción que permitan satisfacer las necesidades sociales. Se trata, pues, de un estadio en el que los capitalistas definen las acciones, por cuanto la sociedad depende de ellos mismos para no pasar del *shock* a la depauperación. Y se trata, cómo no, de un nuevo *shock* que, mediante bancarrotas y quiebras, impone determinadas medidas con las que el sistema, en tanto sistema, va a garantizar su permanencia.

Sin alternativas concretas en frente, con las cuales ofrecer disyuntivas que puedan ser luego reclamadas mediante las circunstancias políticas, a través de las cuales se definen los gobiernos, es imposible que el capitalismo se vaya a pique por su propia cuenta, y que el imperialismo no trate de ejercer a toda costa su dominación, no armónica, sino traumática. Y en ello el papel del sentido intelectual se aplica sordamente, con amplio despliegue de submarinos de invasión en esos mecanismos básicos de garantía del sistema y además con una nutrida infantería de pensamiento a la cual se encarga el trabajo de contaminación y el ejercicio de legitimar la renuncia a un sistema social que apueste por el equilibrio social en la búsqueda del bien común.

Luego de la llamada Segunda Guerra Mundial, cuando la correlación de fuerzas global apostaba con ventaja a una expansión socialista, la estadounidense Agencia Central de Inteligencia se encargó de ir copando, entre otros sectores, desde el ámbito mismo de la creación cultural, la generación de consenso en un vasto campo receptor. Controló “más de cincuenta revistas intelectuales serias que se presentaban como completamente privadas y libres”, y que, como es de esperar, no hubieran sobrevivido sin su financiamiento constante y generoso.<sup>71</sup> Estas revistas se presentaban como independientes, de pensamiento libre, para que el anticomunismo raigal que las unía adquiriese carta de legítimo estándar creativo y creara el necesario patrón psicológico de demonización a quien las cuestionase. Por ello era importante atraer a troskistas, antiestalinistas y otros intelectuales, escritores y artistas de la izquierda política, pues aprovechando muy bien a su favor los extremismos del comunismo ortodoxo en ejercicio del poder en la Europa del este y en la URSS, cerraban el lógico consenso en el plano de la recepción.

<sup>71</sup> Frances Stonor Saunders: *La CIA y la guerra fría cultural*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003. Cf., p. XI.

La promoción cultural por presuntos donativos privados conllevaba además al precepto de que la privatización sería modelo idóneo, *sine qua non*, para alcanzar la libertad de expresión. Concebido para ser puesto en marcha en secreto, en pos de minar las simpatías y adhesiones de la intelectualidad europea por las propuestas de justicia social del marxismo-leninismo y colocar en su lugar un más pragmático modo americano de pensar la existencia, el programa de propaganda diseñado por la CIA se expandió, en las acciones del Congreso por la Libertad Cultural, desde 1950 hasta 1967.

Saunders documenta con rigor y precisión su exitosa actividad, para revelarnos cómo llegó a contar con oficinas en 35 países, colocó a su servicio, como agentes directos o indirectos, a docenas de personas, sustentó sus bases ideológicas de Guerra Fría con artículos en más de 20 revistas de prestigio, organizó, con amplia repercusión publicitaria, exposiciones de arte, conciertos, conferencias internacionales del más alto nivel y creó, para recompensa de músicos, artistas, escritores y filósofos, premios y apariciones públicas en tanto había instaurado “su propio servicio de noticias y de artículos de opinión”;<sup>72</sup> a tal punto, que en la década del 60, Forum World Service, implantado de acuerdo con el modo operativo al uso, “con domicilio social en Delaware y oficinas en Londres”, se convertiría en “el servicio de noticias propiedad de la CIA que mayor circulación tuvo”.<sup>73</sup> Así, “tanto si les gustaba como si no, si lo sabían como si no, hubo pocos escritores, poetas, artistas, historiadores, científicos o críticos en la Europa de posguerra cuyos nombres no estuvieran, de una u otra manera, vinculados con esta empresa encubierta”.<sup>74</sup>

El Congreso por la Libertad Cultural, organización de mejores resultados de entre las financiadas por la Agencia Central de Inteligencia, se organizó en 1950 bajo el control

<sup>72</sup> *Ibidem*, p. 13.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 434.

<sup>74</sup> *Ibidem*, p. 14.

de dos agentes de identificación homónima: Jonathan — Gearing (Lawrence de Neufville) y F. Saba (Michael Josselson)—, quienes trasladaban sus acciones encubiertas de Berlín, plaza importante pero penetrada por sus enemigos, a París, con más libertad de acción y en cierta medida más prometedora desde el punto de vista de la repercusión simbólica. A su directiva se sumaban Irving Brown, quien encubría el dinero que entregaba adjudicándolo a sindicatos obreros, y el autor de *Los maquiavelistas*, manual básico de los agentes CIA, James Burnham. Este último un troskista a quien un ejecutivo consideró en su aval, como “capitalista e imperialista, firme creyente en la familia, en la empanada de manzana, el béisbol, en el drogstore de la esquina, y (...) en la democracia al estilo americano”.<sup>75</sup> Su manifiesto fue redactado por Arthur Koestler, en colaboración secreta con varios directivos de la Agencia, y estaba dirigido a encaminarse enérgicamente contra el comunismo, el marxismo y, sin dejar de insistir, encarnando la más plena, verdadera y única posible, libertad de expresión. Su primera revista fue *Preuves*, destinada a potenciar las deserciones de los seguidores de Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir y a socavar la influencia de su publicación *Les Temps Modernes*; apareció en octubre de 1951 bajo la dirección de François Bondy, suizo de expresión alemana que había roto con su actividad en el partido comunista luego del pacto soviético-alemán en 1939.

A ese activo y siempre controlado Congreso por la Libertad Cultural estuvieron vinculadas de manera directa las publicaciones *Partisan Review*, *New Leader*, *Der Monat*, *Nuova Italia*, y *Encounter*, principal foco de la llamada “OTAN cultural” que llegaron a patrocinar.<sup>76</sup> La CIA se

<sup>75</sup> Miles Copeland: *National Review*, 11 de septiembre de 1987. Cf. Frances Stonor Saunders: ob. cit., p. 131.

<sup>76</sup> “OTAN cultural”, bautizo satírico de Kenneth Tynan al revelar sus operaciones en el programa de la BBC “That was the week that was”. Cf., Frances Stonor Saunders: *La CIA y la guerra fría cultural*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003, pp. 473-474.

encargó de financiar al Congreso a través de sindicatos europeos, como Force Ouvrière, fundaciones como la Farfield, creada especialmente bajo los supuestos auspicios del mecenas millonario J. Fleischman, la Kaplan, la Rockefeller, la Ford, donde instauraron un departamento especial al efecto con el propósito de evadir posibles futuras acusaciones. A través de este recibirían dinero instituciones como la East European Fund, la Editorial Chejov, el International Rescue Comité, la Asamblea Mundial de la Juventud, el Consejo de Relaciones Exteriores, el Instituto para las Artes Contemporáneas, el Congreso de Líderes de la Cultura, algunos de cuyos miembros eran Salvador de Madañaga, Aaron Copland, Isak Dinesen, Robert Lowell, R. Penn Warren, Stephen Spender y Herbert Read. Recibieron sufragios además, instituciones de cobertura como el Miami District Fund, la Fundación Hoblitzelle y el Comité Suizo de Ayuda a los Patriotas Húngaros.

A mediados de la década del 60, cuando era público y notorio el vínculo directo de la CIA con el Congreso por la Libertad Cultural, una buena parte de los implicados intentaron presentarse como desconocedores y hasta escribieron una carta al *New York Times* negando que conociesen la existencia de algún tipo de donación “indirecta” y declarándose *dueños de sí mismos y libres de toda propaganda ajena*.<sup>77</sup> Un día antes, en la misma publicación había aparecido una carta del Congreso por la Libertad Cultural declarándose “completamente libre” y comprometido solo con “los deseos de sus miembros y colaboradores” así como con las “decisiones de su Comité Ejecutivo”.<sup>78</sup>

<sup>77</sup> Frances Stonor Saunders: ob. cit., p. 525. La carta, publicada el 10 de mayo de 1966, estaba firmada por Melvin Lasky, Irving Kristol y Stephen Spender, todos con un largo historial en el oficio. De los firmantes las comillas y más las cursivas.

<sup>78</sup> Frances Stonor Saunders: ob. cit., p. 526. Carta publicada el 9 de mayo de 1966, firmada por Kenneth Galbraith, George Kennan, Robert Oppenheimer y Arthur Schlesinger Jr. Había sido gestionada por John Hunt una semana antes en conversación con Oppenheimer.

En septiembre de 2006, los despachos de prensa confirmaban que varios periodistas especializados en el tema cubano, con su correspondiente dosis de odio anticomunista, recibían subvención procedente de la Agencias para el Desarrollo Internacional de Estados Unidos (USAID). Ante el escándalo, y con un traspaso de propietario del periódico *El Nuevo Herald*, que imponía la necesidad de la “limpieza”, algunos fueron despedidos.<sup>79</sup> Como en el caso antes reseñado del Congreso por la Libertad Cultural, hubo reacciones de asombro, críticas, lamentaciones y hasta falsas declaraciones de ética que proclamaban la necesidad de la prensa y la opinión pública de expresarse de modo independiente y ser consecuente además con las necesidades de la democracia. Así, en estos momentos, la palabra libertad, saturada por el uso desde la creación de la Guerra Fría, viene a tener su reemplazo en la palabra democracia. Y aunque podamos entretenernos en un ejercicio de sustitución mecánica, colocando democracia allí donde en los documentos de la Guerra Fría cultural aparecía la palabra libertad, la suplantación no es solo un mecanismo de renovación comunicacional.

Los objetivos primarios que insistían en el empleo del vocablo *libertad*, surgían, en una jugada de estrategia semántica, relacionados con la reacción mecánica de negación en la que ya se iba estancando el campo socialista, en tanto en el plano semiológico, en busca de atrapar una estrategia de sentido eficaz, aparecían unidos a la necesidad de llevar, en carácter de patrón psicológico de recepción, el modo estadounidense como un modelo para la

<sup>79</sup> Los despedidos del *Miami Herald*, según las declaraciones del momento, fueron: Pablo Alfonso, Olga Connor y Wilfredo Cancio Isla, quienes habían recibido, desde 2001, cerca de 261 000 dólares. Otros beneficiados fueron Helen Aguirre Ferré, editora de la página de opiniones del *Diario Las Américas*; Ariel Remos, columnista y reportero; el director de noticias del Canal 41, Miguel Cossío, y Carlos Alberto Montaner, columnista cuyas opiniones son publicadas por *El Nuevo Herald* y *The Miami Herald*.

libertad de expresión y el desarrollo de los creadores de cultura, sobre todo en el ámbito del arte y la literatura.

Europa era aún referente modal en la supremacía del juicio cultural; en tanto los Estados Unidos, dado su pragmatismo consumista, no gozaban de un estatuto que les garantizase la acrítica aceptación en todo el mundo. A fines del siglo xx, en cambio, el modo cultural estadounidense ha conseguido conquistar aquellos objetivos, se ha convertido en referente ideal, acríticamente recibido en un ámbito cuasi universal, y necesita en cambio revertir un patrón de aceptación global que parta de su propio nivel de enjuiciamiento. En alta prioridad, este patrón se centra en la conformación de los estados, sobre todo en un debilitamiento de sus estructuras que permita maniar su capacidad de decisión. El poder imperial, desde sí mismo negado y de pronto puesto en la palestra de los especialistas con un nuevo rango de mirada benévola, de “mal menor”, a fin de cuentas mejor que el bien de otras tantas naciones, se reestructura en el ámbito comunicativo y, para ello, necesita extender la caja negra que con la palabra democracia viaja.

Se trata, pues, de evadir tanto el culto a la omnipotencia de los medios, como la dicotomía estéril que deviene del debate entre apocalípticos e integrados, como lo señala Armand Mattelart en sus conclusiones a *La comunicación-mundo*.<sup>80</sup> Ello, según él mismo, es causa de centrar el debate acerca de la importancia global de las comunicaciones mediante el olvido de su historia, rasgo que considera recurrente en su devenir. La insistencia en considerar obsoleta a una información inmediatamente después de que otra la suplanta, no solo descoloca la profundidad epistemológica de los debates respecto al tema, como el propio Mattelart advierte, sino que actúa como instrumento de facilitación de ese transcurso dominador en el cual la

<sup>80</sup> Armand Mattelart: *La comunicación-mundo: Historia de las ideas y estrategias*, Siglo XXI Editores, 2003. Cf. p. 340. Traducción Gilles Miltigner.

efectividad de la comunicación, conjuntamente con el aparato de conceptos-esquemas que la ayudan a promover los sentidos focales, imponen, camuflándola, la ideología de dominio imperialista.

El 6 de noviembre de 1982 fue creada oficialmente la National Endowment for Democracy (NED), luego de que varias comisiones investigadoras sacaran a la luz pública las manipulaciones delictivas del presupuesto administrado por la CIA. Su objetivo capital se enfocaba en continuar, con estabilidad legal y magna amplitud de operaciones, el ejercicio de injerencia global, por lo que sus principales fuentes de financiamiento proceden del presupuesto que el Estado norteamericano destina a la USAID. En virtud de conseguir un estatuto de apariencias más legales que éticas, como organización privada, fundaciones con contratos federales como Smith Richardson, John M. Olin y Lynde and Harry Bradley, hacen llegar a la NED parte de sus fondos.

Como ramificaciones de la NED aparecen el American Center for International Labor Solidarity (CILS), el Center for International Private Enterprise (IPE), el International Republican Institute (IRI) y el National Democratic Institut for International Affairs (NDIIA). Fiel al patrón de operaciones que se ramifica a través de las infranqueables cortinas tapaderas, dispersó corresponsales en la Westminster Foundation for Democracy, del Reino Unido, el International Center for Human Rights and Democratic Development, de Canadá, las francesas Fondation Jean Jaurès y Fondation Robert Schuman, el International Liberal Center, de Suecia y la Alfred Mozer Foundation, de Holanda. Así, ha pasado a controlar más de 6 000 organizaciones políticas, sociales y culturales de todo el mundo. Sumado al presupuesto gravado, organizaciones anticomunistas de cubanos especializados en el anticastrismo, recibieron dinero extra procedente de un fondo especial asignado al Departamento de Estado, fuente de las regalías entregadas a Alianza Afrocubana (62 000), Federación

Sindical de Plantas Eléctricas (177 696), People in Need Foundation (99 000), Asociación de Gente en Peligro (16 900), Asociación Encuentro de la Cultura Cubana (200 000), Instituto Nacional Democrático (175 000), Comité por los Derechos Humanos (65 000), Cubanet (67 000), Centro Internacional de la Empresa Privada, que debía circular en Cuba la revista clandestina *Perspectiva* (123 000), Bibliotecas Independientes de Cuba (133 000), Centro por una Cuba Libre (55 000), Directorio Democrático Cubano (663 690), Disidente Universal de Puerto Rico, editores de la revista mensual *El Disidente* (67 200), Fundación Hispano-Cubana de Madrid, (76 000), Socios de América (86 000), Red Feminista Cubana (82 000), Grupo de Responsabilidad Social (213 000), lo que representa un total de 2 361 486 dólares.

En 2007, el presupuesto oficial del programa para Cuba de la USAID de 13 millones, se disparó a 45,7 millones en 2008 y se redujo alrededor de 3 millones para 2009. Radio y TV Martí, canal que no ha podido conseguir audiencia, recibieron 6 millones de incremento presupuestario en relación con el año 2006, para sumar 33,5 millones de dólares. Las irregularidades, desvíos y desfalcos de este presupuesto y sus partidas extra, no son sin embargo anomalías, sino consecuencias lógicas del papel que se le va asignando al Estado en esa especie de período de tránsito entre el capitalismo de democracia representativa al totalitarismo neoliberal de privatización. El carácter comercial de la política, que aún se presenta como representativa de los patrones morales básicos de la sociedad, presupone el cinismo mercantil con que sus postulados se ponen en curso y, sobre todo, el insólito hecho de que las bases jurídicas sean letra muerta o, cuando más, ese diploma que se enmarca y se cuelga en un lugar visible de la casa solo para exhibición, sin que se ejerza lo que debe en verdad representar.

A la NED, pertenecen además la revista *Journal of Democracy*, distribuida en todo el mundo, y *Encuentro de la Cultura Cubana*, dedicada a desvirtuar y socavar lo que en el orden cultural y político ha alcanzado el proceso revolucionario cubano.<sup>81</sup>

Tanto *Journal of Democracy* como *Encuentro*, se colocan en el ciberespacio y desarrollan una profusa actividad de captación de adeptos que, al amplificar la base ideológica de sus objetivos, le otorgan argumentos de legitimación y, en consecuencia, patrones de aceptación acrítica del juicio. No se trata solo de manipulación intencionada de informaciones, sino del uso de patrones que legitiman la injerencia, el asedio y la agresión. El informe de 2006 de la USAID comienza colocando a Cuba entre los ocho países de mayor represión económica del mundo; luego se dedica a describir el crecimiento de la actividad opositora, marcando la importancia del Premio Sajarov, otorgado hasta ese entonces a Payá y a Las Damas de Blanco. De pronto, la escandalosa circunstancias de que el principio de la distribución económica no solo viola las leyes internacionales,

<sup>81</sup> Los datos de lo expuesto acerca de estas organizaciones al servicio de la continuación de la Guerra Fría cultural proceden de Thierry Meyssan: "Las redes de la injerencia "democrática", en Red Voltaire, URL: <http://www.voltairenet.org/article122880.html>; Jean GuyAllard: "USAID, arma clave de la guerra sucia contra América Latina", Cubadebate, 2008-09-20; "La USAID revela sus planes para la subversión en Cuba", en *Granma*; GAO: "U. S. Democracy Assistance for Cuba Needs Better Management and Oversight", en URL: [http://pdf.usaid.gov/pdf\\_docs/PCAAB525.pdf](http://pdf.usaid.gov/pdf_docs/PCAAB525.pdf); USAID/Cuba Operational Plan, 2006; "Relación de organizaciones que comen caliente con fondos de la NED para tumbiar a Castro", en *Duende/InSurGente*, 05-05-06; Pascual Serrano: "Cómo financia el gobierno de Estados Unidos al anticastrismo europeo", en *Rebelión.org*, 23-12-2006; Salim Lamrani: "Los mercenarios cubanos de la Casa Blanca", en *Rebelión.org*, 02-08-2007; Gershman & Gutierrez: "Can Cuba change?", en *Journal of Democracy*, enero 2009, vol. 20, no. 1, en URL: <http://www.journalofdemocracy.org/articles/gratis/Gutierrez-20-1.pdf>

sino que está direccionado en especial a fomentar la oposición anticomunista, arguye que, aunque legalmente existen más de 2 000 Organizaciones No Gubernamentales en el registro de inscripciones, estas “no clasifican” para la ayuda de la USAID, o del Departamento de Estado, la que habrá de centrarse en las que llaman “específicas”, o sea, las que *específicamente* se proyectan hacia “una Cuba post Castro”, a las cuales se le habían asignado 37,3 millones entre 1996 y 2005; las “mundiales” o de “focalización regional”, con una asignación de 28,7 millones en dicho período, y las universitarias, asistidas con 7,6 millones.

El propio informe reporta irregularidades en el uso de estas gratificaciones y reconoce la imposibilidad de los mecanismos auditores para controlar su destino,<sup>82</sup> del mismo modo en que ocurrió con la subvención de la Guerra Fría cultural en Europa, donde los fondos, una vez asignados, circulaban sin mecanismos de control y chequeo. No es de extrañar, entonces, que rivalidades entre la Fundación Nacional Cubano-Americana y el Directorio Democrático Cubano, enfrentadas por la posterior subida presupuestaria, provocaran denuncias de nuevas malversaciones de fondos.

El ámbito académico, que había recibido para el acápite cubano el 10 % del total de la ayuda oficial informada por la USAID, además de asignaciones extras para estudios e investigaciones, se va a extender, mediante el habitual uso de instituciones y fundaciones tapaderas, a otras naciones del continente americano que han comenzado un proceso de socialización de los recursos nacionales, redistribución de tierras ociosas, nacionalización de empresas, y otras medidas de inclusión social. Resulta “imperdonable” el hecho de haber radicalizado su antimperialismo, como sucedió en Venezuela y Bolivia luego de agotadores y continuos referendos, sin precedentes en la historia, que se

<sup>82</sup> GAO: ob. cit., La Tabla de distribución aparece en la página 19, el reporte de irregularidades en la 30.

supone democrática, de la democracia representativa occidental.

El Cato Institute, abierto paladín de la defensa del neoliberalismo, a cuyas gestiones se debe la publicación de manuales que llaman a privatizar todo tipo de servicio social, así como el agua y los recursos naturales todos, busca su posición en Venezuela a través de CEDICE, y tras marcado acento en la campaña de reconocimiento a Yon Goicochea, estudiante de Derecho de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) a quien se le entregara el premio Milton Friedman en mayo de 2008. No importa que este joven, de 23 años de edad, carezca de trayectoria, o currículo, pues sus propósitos se encaminan a intentar deslindarse, al menos en apariencia y para establecer la consigna de argumentación propagandística, de la desprestigiada, y poco dispuesta a grandes sacrificios, oposición tradicional venezolana. Con el mismo grado de cinismo con que se predicán las virtudes de la privatización, desde el Cato Institute y a través de sus satélites, se ensalzan a plenitud, sin restricción alguna a pesar de mentiras y difamaciones, contra una supuesta falta de libertad de expresión dentro del régimen bolivariano que preside Hugo Chávez.

Así mismo, el Grupo empresarial PRISA concedió en 2008 el Premio Ortega y Gasset de Periodismo digital a una filóloga, Yoani Sánchez, autora de un *blog* y esposa del periodista Reinaldo Escobar, otrora en la nómina de *Juventud Rebelde*, el Diario de la Juventud Comunista Cubana, devenido disidente contrarrevolucionario tras su dimisión del empleo. Aunque se busca presentar a estos jóvenes como libres de compromisos con previos grupos y organizaciones de oposición, cuyos manejos han sido rebelados, la relatoría de Reporteros Sin Fronteras, acaso menos forzada a calcar de manera ortodoxa los códigos de Guerra Fría, destaca el inevitable vínculo matrimonial entre la joven disidente, fresca, supuestamente libre de prejuicios, y el sí implicado Escobar. Por eso, el surgimiento

de una escasa disidencia de nueva generación, nacida dentro del proceso revolucionario y procedente del sector artístico y literario, fue ensalzado desde los cuarteles de las tanquetas de pensamiento, más bien comandos propagandísticos asidos al lugar común, es decir, *Cubaencuentro* y *El Nuevo Herald*.

Otros cubanos opositores al socialismo, procedentes de generaciones anteriores, se han beneficiado con el Premio Ortega y Gasset, no pocos vinculados a la ideología más radical en anteriores momentos de confrontación en Cuba, es decir, la que con frecuencia se usa para fustigar al régimen calificándolo, sin más, de totalitario. Tal como la institucionalización de la Guerra Fría se nutría de extroskistas, en esta etapa se acude a excomunistas, a socialistas decepcionados del sistema, los cuales, al expresarse a partir de vivencias y pesquisas de primera mano, se supone aporten una información confiable, certera.

Estas publicaciones de abierta subversión contrarrevolucionaria, acogen y contratan a quienes emigran aludiendo su agobio por la falta de libertad de expresión, aunque no pocos de ellos hayan representado durante buen tiempo la línea dura y extremista que decía defender, precisamente con esos extremismos, las conquistas del socialismo. Surge además una izquierda que se autodefine como crítica, participativa y democrática, cuyos representantes fueron partida de choque en las medidas del conocido como Quinquenio Gris en Cuba. Bajo la cómoda patente de borrón y cuenta nueva que establece la febrilmente socorrida inmediatez amnésica mediática, estos personajes, sobre todo desde Europa, van publicando en columnas de opinión sus cuadernos de recetas, aderezados, eso sí, con las nuevas salsas que el patrón informativo exige. No son en rigor básico, tanquetas pensantes, sino infantería de guerrilla espontánea, preocupada por su supervivencia individual, que sirven de campo de ensayo para la subversión.

En marzo de 2008, en ocasión de celebrarse el Día Internacional por la Libertad de Expresión en Internet, patrocinada por la UNESCO a través de Reporteros Sin Fronteras, esta organización arremete contra Cuba y Venezuela, lo que hace se le retire el patrocinio, debido a que dicha información “no cumple con el acuerdo convenido entre ambas organizaciones respecto a este evento”.<sup>83</sup> La NED y el Center For a Free Cuba, han funcionado como puentes de financiamiento para RSF, por lo que su historial de acciones en la cuestión cubana posee antecedentes como los de marzo de 2003, en Ginebra, cuando miembros de esa organización lanzaron panfletos en la Sala de Conferencias donde se pronunciaba el discurso inaugural de la LIX Comisión de Derechos Humanos, y de mayo siguiente, con activa participaron en agresiones contra oficinas de turismo y la embajada cubana en París, precisamente al recibir un presupuesto de 59 201 euros, y luego de la subvención del año anterior, de 24 970 euros, procedentes del CFC. Robert Menard, su director durante 23 años, comenzó, también, como agente infiltrado entre los troskistas. En octubre de 2008, al renunciar a su cargo, y tras intentar evadir las acusaciones que la prensa le imputaba, reconoció con tranquilidad sus vínculos financieros con firmas como la Bacardí, la Fundación Nacional Cubano-Americana y la Freedom House.

PRISA, por su parte, y bajo la cobertura de la ya ni siquiera pretendida proyección izquierdista de su diario insignia, el español *El País*, ha ido extendiendo un proceso de adquisición y privatización de medios de comunicación masiva en toda Hispanoamérica. Mediante acciones y compra, controla diarios, revistas, grupos editoriales, emisoras de radio, canales de televisión y sitios digitales, de modo

<sup>83</sup> Comunicado de la UNESCO sobre la retirada del patrocinio al Día Internacional de la Libertad de Expresión en Internet, organizado por Reporteros sin Fronteras, en [http://portal.unesco.org/es/ev.php-URL\\_ID=4\\_2051&URL\\_DO=DO\\_TOPIC&URL\\_SECTION=201.html](http://portal.unesco.org/es/ev.php-URL_ID=4_2051&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html)

que, según su propia información, cerraba el año 2008 con 25 editoriales, 11 órganos de prensa, 45 emisoras radiales y 16 canales de transmisión audiovisual, además de lo que en sitios Web se desarrolla.<sup>84</sup>

De las arcas de PRISA, *El Nuevo Herald* recibió el Premio Ortega y Gasset en 2002, en la categoría de Periodismo impreso-Mejor labor informativa, según el jurado, por su “calidad, pluralidad y rigor informativos, sustentados en una excelente plantilla profesional”. De modo que el rigor informativo y la pluralidad de esa excelente plantilla profesional, queda, de inmediato, ligado al escándalo de financiamiento antes citado sin que los directivos de *El País* ni los responsables del Premio Ortega y Gasset tengan a bien deslizar comentarios de disculpas o evasión. Esperarían,

<sup>84</sup> La lista de las posesiones de PRISA, en diciembre de 2008, mostraba el siguiente panorama: Edición y Educación: Aguilar, Alfaguara, Alfaguara Infantil y Juvenil, Avalia Assessoria Educacional, Editora Moderna, Editora Objetiva, Editora Salamandra, El País-Aguilar, Grupo Santillana, IUP, Librerías Crisol, Punto de Lectura, Richmond Publishing, Santillana Educación, Santillana ELE, Santillana en Red, Santillana Français, Santillana Formación, Sistema UNO de Ensino, Suma de Letras, Taurus, Fundación Santillana (Brasil, España, Colombia). Órganos de Prensa: *As*, *Cinco Días*, *El Boomerang*, *El País*, Escuela de Periodismo, Gestión de Medios de Prensa, La Razón de Bolivia, Progreso, Rolling Stone (España, México); Emisoras de radio: 40 Principales (España, América), ADN Radio, Bésame (Colombia, Costa Rica, México), Best Rock FM, Cadena Dial, Cadena Ser, Caracol Radio (Colombia), Caracol 1260 (Miami), Cidade FM, Colorín ColorRadio, Concierto, Continental, Corazón, Cotonete, FMDOS, Futuro, Hit 40, HJCK, Ibero Americana Radio Chile, Rebuena, La Nueva 90.7, La Vallenata, Máxima FM, M80 (España, Portugal), Oxígeno, Planet Events, Pudahuel, Radioactiva (Colombia), Radioactiva (Chile), Rádio Clube, Radio Comercial, Radio Imagina, Radio Uno, Radiolé, Rock&Pop, Romântica FM, Tropicana, W Radio; Canales Audiovisuales: Canal+, Castelo Lopes Multimedia, CNN+, Cuatro, DIGITAL+, Localia, Media Capital, NBP, Plural Entertainment, Sogecable, Sogecable Media, Sogecine y Sogepaq, Tesela, TVI, Digital, IOL; web: Prisacom.

no obstante, cinco años, para en 2007, premiar de nuevo en esta categoría al poeta y periodista cubano Raúl Rivero, reconocido en la Isla por sus extremismos pseudoestalinistas, su elogio y reconocimiento al sistema soviético, donde estuvo como testigo presencial, y su poesía de aliento patriótico revolucionario, quien deviniera opositor independiente de igual modo extremista, falaz y ajeno al respeto a la objetividad. Se le concedía el galardón atendiendo a “su trayectoria como periodista” y en virtud de rendir homenaje “a la lucha tenaz y comprometida por la libertad informativa protagonizada por él y a su obra de periodismo muy original y de extraordinario valor literario”, con lo cual no está claro si esa “mancha” anterior neoestalinista se considera incluida.

Cuando este reconocimiento se le entrega en la categoría de Periodismo Digital a la filóloga Yoani Sánchez, desconocida en todos los ámbitos de la cultura cubana, incluidos los masivos, donde cualquiera que lo desee puede incluirse y recibir, de manera gratuita, asesoría institucional, necesitaron crear una apresurada campaña mediática que denunciaba el cierre de su *blog*. De inmediato, sobrevino una descomedida cruzada de sobrevaloración de sus funciones, en la que, en su edición del 21 de junio de 2008, *El País* manipuló y sobredimensionó una referencia que le dedicaba Fidel Castro en el prólogo de un libro acerca de Bolivia, la cual aprovechó para magnificar su papel de víctima acosada, necesitada de defensa. Recibiría, en vertiginosa sucesión, otros laureles, como ser incluida por la revista *Times* entre las 100 personalidades más destacadas del mundo, casi al momento de cumplirse el año de creado el *blog*, y una nominación similar del diario *El País*, a fines de 2008, así como la edición en 2009 del título *Cuba libre*, en el que agrupa sus *posts*.

En el informe de Gershman y Gutiérrez, que en su número de junio de 2009 incluye la revista *Journal of Democracy*, se le menciona con admiración, reconociéndole

un inusitado prestigio que, sin lugar a dudas, ha pasado a formar parte del patrón psicológico de juicio general. También el informe de Reporteros Sin Fronteras (RSF), al señalar como una virtud su “falta de complejos ante los mayores que vivieron la llegada del comunismo”, la considera un fenómeno periodístico, por presentarse “a pecho descubierto con su foto, su nombre y su mini curriculum de filóloga” e incluso por “algunos apuntes de tono libre y sin florituras que prefieren hablar de la vida cotidiana de los cubanos, en lugar de perderse en conceptos amplios”.<sup>85</sup> Este eufemismo, con el que la relatoría reconoce, antes que encubrirla, su redacción casi escolar, se extiende además al uso del sitio, pues se limita a decir que se halla en uno “más amplio, Consenso/desdecuba.com”, y evade reconocer que está alojado en un servidor alemán, propiedad de Josef Biechele y que le da servicio prácticamente exclusivo con un costoso tipo de herramienta hecha a mano.<sup>86</sup>

Los objetivos de RSF definen muy bien sus marcas fronterizas: acusaciones enérgicas a China, República Popular Democrática de Corea, Vietnam, Cuba, Myanmar, Paquistán, Uzbekistán, Nepal, Etiopía, Eritrea, Arabia Saudita, Irán y Turkmenistán, y “bajo vigilancia” a Bahrein, Emiratos Árabes Unidos, Gambia, Jordania, Libia, Malasia, Sri Lanka, Tayikistán, Tailandia y Yemen. Tanto los Estados Unidos como las firmas patrocinadoras, quedan por completo fuera de sus monitoreos. Por consiguiente, se aviene con su lógica de Guerra Fría, a anotar apenas la amplitud del sitio para el *blog* de la filóloga y no focalizar,

<sup>85</sup> Claire Voeux, con la colaboración de Benoît Hervieu: *Cuba. Cinco años después de la “Primavera negra”, los periodistas independientes resisten*, Informe de marzo 2003-marzo 2008, Reporteros Sin Fronteras, marzo de 2008, pp. 4-5 [http://www.rsf.org/IMG/pdf/Informe\\_Cuba.pdf](http://www.rsf.org/IMG/pdf/Informe_Cuba.pdf)

<sup>86</sup> Rosa Miriam Elizalde: “Cibercomando y ciberdisidentes, más de lo mismo”, 6 de mayo de 2009, en URL: <http://cambiosencuba.blogspot.com/2009/05/cibercomando-y-ciberdisidentes-mas-de.html>

en cambio, los obstáculos que los periodistas cubanos sufren en la capacidad de conexión y hasta en el bloqueo de sitios que revelan verdades incómodas para la justificación de las partidas de financiamiento ante el Departamento de Estado estadounidense.

Curiosa y contradictoriamente, la actividad de Yoani, Sánchez, que se enuncia como solo destinada a “comentar la actualidad política del país”, desde un ámbito de perspectiva doméstica que toma conciencia de la sociedad circundante, se amplía un poco más. Ha extendido su activismo político, radicalizado en corto tiempo, hacia una recia ideologización anticomunista, hacia los focos de subversión que se promueven en el interior del país a través de determinadas iglesias católicas, llevando a cabo cursos de ciberdisidencia. De ser cierto lo que declaraba a la reportera de RSF, sobrevivía interpellando a turistas en la Habana Vieja para servirles de guía en tanto mantenía un costoso *blog* por arte de magia y, sobre todo, conseguía repercusión global de las más torpes denuncias que como *post* colgara. Ambos puntos muestran una asombrosa coincidencia con lo focalizado en los objetivos de ayuda económica para continuar la Guerra Fría, sobre todo después de la puesta en marcha por el Pentágono y el Departamento de Estado estadounidense del proyecto de espionaje e injerencia global que constituyen los cibercomandos. Entre sus propósitos, se anuncia el objetivo de emplear Internet “como un campo de guerra”, de manera que, al concentrarse en él, puedan “darle prioridad para acciones en el ciberespacio”, declaración que hiciera en noviembre de 2006 el entonces posible jefe del Comando, Robert Elder, general de la Fuerza Aérea.<sup>87</sup> Una de las falacias del *blog* de Sánchez, revelada por la periodista cubana R. M. Elizalde (que se gesta por completo desde el interior de la Isla), es sostenida por el informe de RSF. Estos últimos, en

<sup>87</sup> Ídem.

su reporte para 2009, vuelven a incluir a Cuba, y a Venezuela, por supuesto, entre las dictaduras que cierran el paso a toda libertad de expresión, aun cuando reconoce que las dificultades fundamentales del acceso a Internet proceden del bloqueo norteamericano, instaurado desde 1962.

Obviar el papel de la historia de la comunicación en las transformaciones sufridas por el sistema-mundo, advierte Armand Mattelart, es la causa que divide a los intelectuales en *apocalípticos e integrados* a la hora de valorar la importancia de los medios en la comunicación de masas. Este rasgo, que él considera recurrente, conduce a ambas tendencias a rendir ingenuos homenajes al mito de la omnipotencia de los medios.<sup>88</sup> Suponer que ciertamente una información deja obsoleta a la que la precediera, en su criterio, conduce a hacer creer que es posible desentenderse del curso de la historia para la interpretación. Ninguna información, es cierto, por el simple hecho de la suplantación, desaparece a sus predecesoras, ni siquiera cuando se comprueba que la información anterior ha resultado un estamento falso. Aunque tal vez, y si así fuese, la división insalvable no dependa tanto de ese olvido de la historia de las comunicaciones que a la intelectualidad se reprocha, como de continuar asumiendo que hay diferencias estructurales entre el tipo de asimilación que hacen los intelectuales y profesionales y el que practican los receptores masivos.

Proclamar como conocimiento científico el estamento teórico que establece un punto de división imprescindible entre la actitud apocalíptica y la integrada, se halla en la base del enfrentamiento bipolar que rige al mundo en el devenir posterior del siglo xx, marcado por las luchas de reacondicionamiento hegemónico entre el capitalismo tardío y el socialismo temprano. El propio Mattelart considera en extremo simbólico que, “en plena guerra fría, allá

<sup>88</sup> Armand Mattelart: *La comunicación-mundo: Historia de las ideas y estrategias*, Siglo XXI Editores, México, 2003, p. 340. Traducción de Gilles Multigner.

por los años cincuenta, vea la luz en Estados Unidos el primer intento de construcción, al abrigo de la sociología empírica, de una disciplina denominada *comunicación internacional*.<sup>89</sup> Los vínculos entre las revistas *Encounter* y *Encuentro de la Cultura Cubana* no son, por consiguiente, de simple coincidencia onomástica.

Irving Kristol, el primer director de *Encounter*, quien se vería sustituido poco después, aclara al agente Josselson en una carta del 15 de septiembre de 1953:

No sé muy bien lo que significa su críptico comentario sobre que el “contenido político” deba estar a la altura de las expectativas. La revista, evidentemente, tiene que ser una publicación “cultural”, en la que la política se trate, junto con la literatura, el arte, la filosofía, etcétera, como parte intrínseca de la “cultura”, como debe ser.<sup>90</sup>

Conceptualizado así, las llamadas y objeciones se hallan fuera de la letra misma y hasta es posible considerar, no sin ingenua generosidad, que sus objetivos se fundamentan en lo cultural, no baldíamente entrecomillado, pues se trata en ese caso solo de creación artística y literaria sobre temas de arte y literatura, y que está usando la coyuntura financiera que la política le ofrece como un necesario sostén. Sin embargo, la forma como continúa esta comunicación, deja claro el asunto, no solo en cuanto a la futura variabilidad entre “artículos políticos y literarios”, sino en relación con el propósito de Guerra Fría:

En el primero, la política queda relativamente en segundo plano, ya que lo que queremos es captar un público lo más amplio posible. *Tengo una idea muy clara de lo que quiere el Congreso, y cómo conseguirlo*. Pero

<sup>89</sup> *Ibidem*, p. 19.

<sup>90</sup> France Stonor Saunders: ob. cit., p. 253. La carta fue consultada por la autora en archivos del Congreso por la Libertad Cultural, Librería Joseph Regenstein de la Universidad de Chicago, Illinois.

no puedo trabajar bien si la oficina de París no me deja ni respirar, enviándome instrucciones editoriales, etcétera.<sup>91</sup>

Al día siguiente, el “esclarecido” director de la flamante revista, reclama al agente en París la posibilidad de operar con cierta libertad para aplicar la estrategia y hasta lo desafía advirtiéndole que en Londres se hallan en mejores condiciones para juzgar la situación, dado que no son “ineptos tarados”. En su opinión, el primer número sí es “lo suficientemente político” y “el Congreso tiene una baza más importante de lo que se cree”.

Potencialmente —promete— podemos convertirnos, en unos meses, en la revista cultural en inglés, y no solo en Inglaterra sino también en Asia. Concédanos unos cuantos meses, y seremos el referente de la intelectualidad, de Oriente y de Occidente, una revista en la que escritores asiáticos, europeos y americanos darían cualquier cosa por publicar.<sup>92</sup>

Más de dos años después, en carta del 10 de diciembre de 1955, Josselson va a recriminar a Kristol: “Sigue haciendo lo que le viene en gana y me veo obligado a llamarle la atención. No sé dónde traza usted la línea entre la crítica editorial y los asuntos de principio”.<sup>93</sup>

En su primer número, del verano de 1996, *Encuentro de la Cultura Cubana*, editada por la Fundación del mismo nombre, declara en su presentación no representar ni estar vinculada a partido político fuera o dentro de Cuba y asimismo añade que podrá recibir puntos de vista contradictorios en sus páginas. El saldo, sin embargo, no es solo evidente, sino que se mantiene y se radicaliza como de oposición, lo cual también se ajusta a la circunstancia

<sup>91</sup> Ídem. Mías las cursivas.

<sup>92</sup> Íbidem, pp. 253-255. Del propio Kristol el énfasis.

<sup>93</sup> Íbidem, p. 433. El documento en los mismos archivos del Congreso, en Chicago.

presupuestaria antes descrita. Su proyección de Guerra Fría colinda, toda vez que el neoliberalismo ha apretado la tuerca de la crisis, con una aceptación conformista del carácter alienante que también asiste al trabajador intelectual. No es que se oriente, sino que se reproduce.

Si fino resulta el tabique entre comunicación y propaganda, en todo el trayecto de la Guerra Fría, más estrecho se hace en cuanto a la relación propaganda-ideología, al punto de que, incluso en la visión de concepto científico, el sentido de propaganda suplanta al de ideología. Detrás del concepto del flujo libre de información, que basaba en la saturación de mensajes su censura, sus formas de control informativo, se estructuraba un modo de entretenimiento falaz, sedentario, receptivo. Se limitaba así la capacidad del sentido intelectual del receptor masivo, y además la creencia en la posibilidad del cambio en los profesionales del intelecto. La ilusión de participación generaba una actitud pasiva ante el flujo informativo, pues no es tan difícil hallar los huecos negros de la transparencia y la manipulación intencionada. El concepto metafísico del receptor, que limita a un simple criterio de disenso su actitud ante el dato falseado, había sido preparado por los propios mecanismos del cine.

En la actitud contraria, los mecanismos del socialismo burocratizado optaron por sacrificar las circunstancias de entretenimiento masivo, en su función estructural para la persona, en pos de alcanzar un objetivo educativo hacia la masa, como colectividad.

En tanto la derecha conservadora, y neoconservadora, pregonaba su intención de democratizar la información masiva, y de ponerse por completo a su servicio, la entrapaba en un callejón sin salida que les secuestraba la posibilidad de convertir en acción el pensamiento y, por esa vía, conminaba a renunciar a cualquier tentación dialéctica de transformación social. La izquierda progresista, por su parte, al declararse en peligro permanente de invasión,

ponía a disposición del receptor los instrumentos del cambio y la transformación del pensamiento, pero ignoraba —además de elementos básicos de la condición humana, que necesita evolucionar socializándose— cuestiones esenciales de las propias teorías que originaron el sistema social. Culpar, de plano, al socialismo, es también una forma de demostrar que la acción conservadora ha ganado la estrategia por ganar la orientación del pensamiento y ha determinado las direcciones del sentido intelectual durante el proceso de globalización mecánica. Los ideólogos del socialismo no son, ni por mucho, demiurgos de la teoría. En muchos casos ni siquiera eran ideólogos, sino más bien, mirándolo desde un punto de vista de representación intelectual y no de cargos de nomenclatura, activistas de un proyecto de transformación que apenas entendían. Su actitud, una vez que los problemas internos rebasaron su capacidad de hallar las soluciones precisas, se mecanizó: reaccionaban en dirección contraria a lo que venía de occidente. Declaraban contaminada la producción cultural occidental, sin análisis de fondo que permitieran entender cómo se estructuraba la orientación de las esencias y, por consiguiente, de qué modo se formaban las contradicciones culturales alienantes. O sea, lo que Marx llamaba *lanzar la criatura con el agua sucia*.

Una explosión masiva de tecnología revolucionaria, en medio de esa doble dirección global de manipulación del sentido intelectual de la masa, se hallaba mucho más cerca de las estrategias conservadoras que de las progresistas. Además del principal elemento que podía compulsar el flujo de transformación tecnológica, es decir, el mercado, el capitalismo estaba más cerca de usar la confusión en contigüidad significacional, adjudicando a las virtudes de su propio espíritu de progreso, de su tendencia al desarrollo, los beneficios de la tecnología. No por gusto prende a tal extremo la estrecha concepción del *slogan* de McLuhan de que el medio es el mensaje. Y en reacción lógica, mecánica,

en el socialismo prima la resistencia a la tecnología, perdiendo el tiempo que le hubiera permitido arrojar el lastre del círculo vicioso asumido por la creciente banalización ideológica de Guerra Fría.

¿No es contradictorio que un sistema cuya base objetiva consiste en poner al alcance de las mayorías, de la masa, la cultura profunda, la educación, la ciencia y el disfrute pleno de la condición humana, reduzca y controle hasta el ridículo las vías de acceso de esa masa a los adelantos tecnológicos? ¿No es además contradictorio que un sistema que proclame haber sobrepasado el estado alienante de sus trabajadores considere alienador el uso que esos mismos trabajadores van a dar a la tecnología? ¿No es vulgarmente contradictorio que, tantos años después, sea el propio sistema puesto en función de la emancipación de los trabajadores el que reaccione, como los tejedores de Silesia, agrediendo a la máquina?

Si el medio es el mensaje, es decir, si el medio basta para actuar en condición de mensaje, la alienación se encuentra en el sistema estructural que hace funcionar al medio. Si es instrumento, y el mensaje actúa más allá de su propia exposición, en estamento crítico, se ha ganado un importante paso en el proceso de democratización de la cultura. Este razonamiento queda, no obstante, bloqueado por la propia dirección estratégica que durante tanto tiempo ha asumido el socialismo, la cual no le permite salir de la tautología, análoga a la inversa, de que el objetivo (proclamado) es el objetivo. No solo es preciso tener en cuenta que socialización no es socialismo, sino que la explosión neoliberal se apropiará de los procesos de socialización de modo indiscriminado, llevando siempre un paso más allá su ilusión de participación en el contexto informativo y, por consiguiente, dejando en un grado más alto de limitación a los agentes sociales que puedan conllevar al cambio.

No es en sí mismo azaroso que la justificación de arbitrariedades, represiones, barbaries culturales y hasta torturas

y exterminios, reciba, por norma de significación, alegatos a partir de metáforas de tipo médico. Ni que la aplicación de medidas coercitivas se erija en función de llevar a efecto alguna imprescindible cura. En todos y cada uno de los casos, se caldea el ambiente con metarrelatos encaminados a demonizar la enfermedad de referencia, a advertir del insufrible Apocalipsis que sobrevendría de dejarla progresar. Así se busca la adecuada disposición al sacrificio, al voluntario paso a la amputación o, siquiera, a la cura de caballo, como la llama aún hoy el campesino cubano.

De un método astuto y falsamente análogo al que la ciencia ha empleado para validar la amputación de miembros y evitar la contaminación del cuerpo, los patrones de consenso generan el voluntario paso a la mutilación cultural. Es algo arraigado en la costumbre de comportamiento humano, una práctica de sacrificio que se inserta desde el mismo ámbito doméstico, acaso imperceptible y hasta subvalorada. Tratamientos por enfermedades y padecimientos, sobre todo los de tipo común, suelen ser un tanto dolorosos, molestos, estar acompañados por brebajes de sabor amargo, insípidos. Incluso la saborización de los brebajes se hace más para niños que para adultos. Esas maneras de percepción se ajustan, entonces, a la aplicación de las “terapias de shock” y también, muy importante, al campo de abono en el cual se van implantando los cambios de estructura sociocultural.

Asombrada por el paralelismo entre el ejercicio propagandístico de la desarticulación de la URSS y la invasión a Irak, Naomi Klein cita a un historiador y un economista que coinciden en proponer la necesidad de destruir por completo los vestigios del orden anterior. Richard Pipes subraya el deseo de que “Rusia continúe desintegrándose hasta que no quede nada de sus estructuras institucionales”, en tanto Richard Ericson se ampara en que “toda reforma debe causar una perturbación sin parangón histórico. Debe desecharse todo un mundo: desde sus instituciones

económicas y la mayoría de las sociales hasta la estructura física de la producción, el capital y la tecnología”.<sup>94</sup> De modo que la implantación del *shock* no se vincula solo con la búsqueda del cambio, sino además, y con mucha importancia, con la necesidad de hacer desaparecer lo que el sistema había entregado a la sociedad como derecho, luego de haberlo conquistado y repartido, para que la posible vuelta atrás dependa de reconstruir, nuevamente por fases, la historia del desarrollo social humano. Se erige así una ecuación que equipara la búsqueda del socialismo a un camino de Sísifo.

Las reformas económicas implantadas por el neoliberalismo en Rusia llevaron, al empobrecimiento absoluto en apenas ocho años, a 72 millones de personas y al empobrecimiento general a la inmensa mayoría de la población. Este fenómeno acontece, sin embargo, bajo una característica que lo diferencia de lo que ocurre en aquellos países que no han sufrido una transformación socialista, pues ese conjunto de población empobrecida conserva una base cultural semejante adquirida mediante el mismo tipo de educación y “mantiene la misma forma de pensar y razonar” pues, en tanto “la inmensa mayoría de estos pobres todavía poseen un piso o casa, en sus viviendas hay electricidad, agua caliente, calefacción central y biblioteca”, transita hacia un estadio que convierte en miserable a ese ciudadano recién devenido pobre.<sup>95</sup> Así, se aprecia en

<sup>94</sup> Richard Pipes: “Russia’s Chance”, Commentary, marzo de 1992, vol. 93, no. 3, p. 30; Richard E. Ericson: “The Classical Soviet-Type Economy: Nature of the System and Implications of Reforms”, en *Journal of Economic Perspectives*, vol. 5, otoño de 1991, vol. 5, no. 4, p. 25. Cf. Naomi Klein: *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Paidós, 2007, p. 322. Traducción: Isabel Fuentes García, Albino Santos, Remedios Diéguez y Ana Caerols. En inglés: *The shock doctrine*, Alfred A. Knopf, Canada, 2007.

<sup>95</sup> Kara-Murza Glasov y Batchikov: *El libro blanco. Las reformas neoliberales en Rusia. 1991-2004*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007, pp. 127-128, Traducción de Antonio Fernández Ortiz.

Rusia el surgimiento de una minoritaria clase rica, una mayoritaria masa de pobres y una progresiva degradación económica de la clase media. En 2004, de acuerdo con datos oficiales de la Federación Rusa, el 17,8 % de la población vivía con ingresos inferiores al mínimo vital.<sup>96</sup>

En este proceso de enriquecimiento de la minoritaria clase rica, garantizado a partir de las medidas militares de Yeltsin de conjunto con el saqueo al que se lanzaron muchos de los que estaban a cargo de los puestos de mando de la economía soviética, que se adueñaron sin más de las empresas, la firma productora de una quinta parte del níquel mundial, Norilsk Nickel, que daría beneficios anuales de 1 500 millones de dólares, fue vendida por 170 millones; se vendió una fábrica de armas por lo que costaría un chalet de vacaciones en Aspen; la Compañía petrolera Yukos, que iba a obtener ingresos anuales por más de 3 000 millones de dólares, fue vendida por 309 millones; el 51 % de la petrolera Sidanko, que en solo dos años se valoraría en 2 800 millones, se vendió en 130 millones, y todo ello con el propio dinero público, desviado para esas operaciones mediante fraudes y complicidades.

Las numerosas construcciones de sentido acerca de la obsolescencia de la tecnología soviética, de las cuales conocemos un buen repertorio de simpáticos chistes, se convirtieron, apenas emprendido el período de reformas neoliberales, en un signo de “desindustrialización” que implicaría un retroceso, además de cultural, tecnológico. Con la reducción del volumen general de la producción de máquinas herramientas, que de 1989 a 1999 descendería del 22,8 al 1,3%,<sup>97</sup> la anunciada modernización de la oferta desembocó en un acelerado retroceso tecnológico, con la consiguiente dependencia activa de la tecnología obsoleta, supuestamente innecesaria, y la desproporción entre

<sup>96</sup> *Ibidem*, p. 126.

<sup>97</sup> *El libro blanco*, pp. 194-195.

las bajas cifras de los productos de alta tecnología con respecto al volumen total de producción.

Ese paquete de saqueo y depauperación tuvo un impulso didáctico clave a través del presupuesto de la USAID, cuando en 1992 concedía 2,1 millones al Harvard Institute for International Development especialmente para esos objetivos. Jóvenes abogados y economistas intervinieron, con febril entusiasmo y hasta con ingenuas esperanzas de mejoramiento, en el proceso de introducción de las reformas neoliberales en Rusia. En mes y medio se redactó el plan integral de privatización junto con las 20 leyes normativas con que sería legitimado. Al ser nombrado director del Instituto, en 1995, Jeffrey Sachs pasaría de asesor a supervisor de ese comando que llevaría a cabo sin mucha oposición, y hasta con poco escándalo, el saqueo del país.<sup>98</sup> En el ámbito de la cultura artística y literaria, así como su implicación en el entretenimiento, el resultado estadístico de las reformas neoliberales muestra una rebaja sensible de la calidad de su producción, con impresionantes recortes de las ediciones masivas no comerciales, los espectáculos teatrales, de cine, la puesta en televisión de productos nacionales, las tiradas de revistas, o el reconocimiento de las diversas lenguas de la Federación.

En el orden de las construcciones ético-morales, la liquidación de la Guerra Fría incluía en su paquete de significación que los valores de sentido del bloque socialista debían ajustarse al sentido significacional que se les asignara, para que fuesen decantados en bloque, sin derecho a perfilar sus logros y adelantos. De este modo, la mafia rusa fue percibida en Occidente bajo los códigos anexos a la mafia ítalo-estadounidense, con el añadido de que esta manejaba los

<sup>98</sup> Ver en Naomi Klein: *La doctrina del shock*, los capítulos 11, "Una joven democracia enviada a la hoguera", pp. 291-329; 12 "El documento de identidad capitalista", pp. 321-353. Para comprobaciones estadísticas es válido en su totalidad, con sus numerosas tablas y gráficos, *El libro blanco*, ed. cit.

recursos del Estado en tanto de él mismo procedía. Ello no implicaba solo una denuncia de corrupciones y falsos estatutos dentro del aparato burocrático del sistema socialista, sino, más importante aun, un ejercicio retórico de desacreditación del papel del Estado para la transformación y el desarrollo social.

La deculturación practicada en América Latina durante el largo período de conquista, colonización y cultivo del capitalismo imperial es paralela, de acuerdo con el análisis de Naomi Klein, con el experimento que en el cono sur del continente se llevaba a cabo para implantar definitivamente las doctrinas económicas de Milton Friedman y, con ello, la eliminación de toda posibilidad de transformación hacia el bienestar social. De manera explícita lo escribe en el párrafo último del capítulo cuarto, al considerar que “igual que una forma más antigua de conquista capitalista se edificó sobre las tumbas de los pueblos indígenas, el proyecto de la Escuela de Chicago en América Latina se construyó literalmente sobre los centros de tortura secretos en los que desaparecieron miles de personas que creían en un país diferente”.<sup>99</sup> De ahí que François Chesnais considere que “la «globalización» surgió de la liberalización, de la desregulación y de la privatización, difiere de las formas anteriores de internacionalización en los intercambios y en la ausencia de localización del capital productivo, que había prevalecido hasta principios de los años ochenta”.<sup>100</sup> Este proceso, estrechamente vinculado con el presupuesto militar estadounidense, ocurría en tanto la mayoría de las grandes figuras del pensamiento universal individualizaban, para sí y no desde sí, los sistemas de pensamiento.

El primer elemento de la doctrina de dominio mediante el imperativo de la pacificación, a partir de la década del 60,

<sup>99</sup> Naomi Klein: ob. cit. p. 157.

<sup>100</sup> François Chesnais: “La «nueva economía»: una coyuntura propia del poder hegemónico en el marco de la mundialización del capital”, en *Rebelión.org*, 2001-06-15.

quedó centrado, según la expresión de Mattelart, en “la sistematización del adoctrinamiento político de la población”.<sup>101</sup> Se trata de un proceso de acondicionamiento a los ideales de libertad de la expresión a través de los propios canales informativos que se proyectan como diversos, tolerantes, dados incluso a la contraposición de opiniones. La población adquiere un certificado simbólico de participación informativa que le hace creer, no solo que se le mantiene al tanto de todo, sino que además influye de manera decisiva en esos constructos de información que a diario se transmiten.

La democracia representativa, en tanto se abre al libre cambio y a la inversión tecnológica, donde la televisión va a asumir el protagonismo del papel que ha estado desempeñando el cine respecto a la transmisión del sentido de la propaganda, somete al ciudadano receptor a una ilusión de que ejerce voz y voto a través de la vía de los medios y, una vez que esas inversiones se convierten en industrias estables, recibe también una figuración de denuncia de determinadas circunstancias. Este es uno de los elementos que ayudan a ir suspendiendo las dictaduras latinoamericanas, pues su sustitución ha sido debidamente preparada por las escuelas de conformación de consenso y opinión resultantes de la Guerra Fría.

Y en tanto se trata de doctrinas que proceden de una posición de dominio, desde una política estatal focalizada en elementos básicos de Guerra Fría, se orienta hacia la relación con las llamadas “situaciones contrainsurgentes” de los medios y la manera en que se presuponen, en un aparente ejercicio de confrontación y subversión, las “nuevas relaciones entre las instituciones mediáticas y las estrategias estatales”. Categorías relativas a la conducta social, como “*normalidad* y *excepción*”, se combinan o chocan frontalmente en los complejos modos de control y de presión que el Estado y otras instituciones políticas pueden

<sup>101</sup> Armand Mattelart: ob. cit., p. 158.

llegar a ejercer en la radiodifusión”.<sup>102</sup> Así, se avanzará en el ejercicio de fusionar información y propaganda y se descargarán sobre la disculpa de la seguridad nacional y el patriotismo las acciones encubiertas de organizaciones no destinadas a ese empeño, como la USIA.

A esta táctica, se añade la no menos importante de las investigaciones científicas relativas a las ciencias sociales, como la antropología, la sociología y las relacionadas con procesos de comunicación masiva, con las que se hace posible un mejor conocimiento de esas regiones a las que es necesario llegar en la etapa correspondiente de la última fase del imperialismo: concluir con el reparto del mundo. Las “regiones oscuras del mapa-mundi” son fuentes de recursos para la explotación que es necesario tener bajo control. La “conquista de las mentes y los corazones” de los habitantes de esas regiones pasa, por tanto, al sector académico, en que se habrán de colocar las fuentes de financiamiento y los recursos tecnológicos que se necesiten.

Otro elemento se basa en la proclamación de la diversidad religiosa, no precisamente en el mismo sentido de la diversidad informativa, sino en el de la necesidad de plantearse mejores posiciones para salvarse después de la selección natural que el choque de civilizaciones ha de proyectar. Las revueltas del Tibet, en marzo de 2008, en las que se enfatiza la figura del Dalai-Lama, son una puesta en práctica de este mecanismo. En este caso, el cinismo informativo combinó la desacreditación del comunismo chino con supercherías mediáticas de puro y burdo montaje tecnológico, como el de publicar fotos de soldados chinos que iban a cumplir funciones de extras en un filme, usando trajes de monjes, como si fuesen comandos de represión camuflada del ejército.

Por consiguiente, el cacareado tema de la libertad de expresión se establece en el capitalismo a partir de hegemónías contenidas, pues la sociedad se ve constantemente

<sup>102</sup> *Ibíd.*, p. 161.

bombardeada de alardes de libertad de opinión y decisión, en tanto las relaciones sociales son estrechamente reguladas, primero por los niveles del poder adquisitivo y, luego, por los poderes religiosos, morales e ideológicos. La carta abierta que reciben los proyectos de dominación subliminal se fundamenta, sin más, en la lucha sin miramientos contra el comunismo, es decir, y en esencia, en que toda libertad está subordinada a que el sistema se ajuste al propio que se ha estado y se seguirá sustentando.

En este sentido, el socialismo que existió no hizo sino cederle el puesto al sistema que prometía exterminarlo al asumir sus propios métodos como perspectiva de sobrevivencia. Si es obvio que hay direcciones opuestas entre los sistemas, debía ser razonable que las cuestiones de método deben ser opuestas y que los índices conseguidos en materia de distribución social de los recursos para la existencia no son campaña política, sino elementos para continuar transformando el medio social en que se vive.

Sin dejar de ser esencial, la defensa contra el capitalismo no debe ser el principal orden del sistema. La búsqueda de una sociedad que avance en los resultados del bienestar para las mayorías mediante la distribución equitativa de lo producido, debe considerar también al individuo, al yo individual que necesita verse como relativamente independiente de la hegemonía del poder social, y asimismo de las propias incidencias éticas, morales y a veces culturales, del contexto en que se desenvuelve. Marshall Berman, quien archiva a la URSS como la “última víctima” de la artillería pesada de la burguesía debido a que sus fuerzas productivas no consiguieron la solidez ineludible para interactuar con la economía mundial, considera que el resurgimiento de un nuevo comunismo necesita insertarse en esta maquinaria, sin resolver aún la paradoja de que en tanto “el mercado mundial les da a los hombres y mujeres modernos la posibilidad de crecer y desarrollarse” vivimos en “un mundo cruel en el cual, empujados por el mercado, esos

hombres y mujeres se desarrollarán según patrones retorcidos y deformes”.<sup>103</sup>

Un objetivo central de las oligarquías que se han creado a través de la imposición de industrias de beneficio limitado en uso de los recursos públicos, se fundamenta en la dominación del aparato estatal, para el que se trata de garantizar, con un despliegue inusitado de recursos financieros y culturales, una apariencia democrática. Un conflicto como el generado entre RCTV y el gobierno bolivariano presidido por Hugo Chávez, cuya decisión adquiere importante incidencia en la formación cultural de la población, se produce a partir de que el aparato estatal se niega a ceder a las presiones de estos grupos oligárquicos. Como no se trata de grupos o sectores parcializados dentro de las asambleas de representantes, sino de la acción unificada del Estado, la reacción mediática de los grupos empresariales privados que han controlado la información fue radical, pues veían en peligro, además de los puestos que legalmente ocupaban en el espacio radioeléctrico, la sustentabilidad de las teorías con que han conseguido mantener esos dominios. Contrariamente a las tendencias más generalizadas en la era de la globalización mecánica, es justamente el Estado-nación el que puede estar capacitado para contener el crecimiento del dominio empresarial por parte de grupos oligárquicos o plutocracias internalizadas.

Las continuas protestas en Bolivia, desde la primera época del gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada, dieron lugar a nuevos giros de los gobiernos de sustitución mediante los cuales quedaba el país cada vez más comprometido con la empresa privada. La aviación, los hidrocarburos, etcétera, fueron entregados al depredador servicio de la desregulación económica, considerando a “los más aptos” verdaderos paladines del triunfo. La subida de Evo Morales al poder, gracias a un apoyo popular que neutralizó las maniobras

<sup>103</sup> Berman Marshall: *Marx y el futuro*. Edición digital en <http://www.desco.org.pe/qh/qh100mbe.htm>

parlamentarias electorales de la Constitución boliviana, puso en marcha el discreto programa de nacionalización que su campaña electoral había anunciado. De inmediato, se activó la reacción de contrapropaganda, la agresión furibunda de los medios que han generado compromisos, u otros temporalmente contratados, con esos empresarios, pues las conexiones de intereses actuaban en contra de esa validez empresarial privada. Un Estado-nación capaz de cumplir con su programa puede imponerse, con entereza, riesgos y muchos sacrificios ciertamente, a este desmesurado crecimiento del dominio de la empresa. Solo a partir de ello, la cultura puede insertarse en las clases populares y en el proletariado intelectual.

Culturalmente, la denominada clase media no puede ser del todo autosuficiente, pues necesita de la respuesta popular para concretar sus propias producciones y para asentar sus propios gustos. De ahí que las telenovelas se adapten cada vez más a ese gusto medio dirigido a las clases populares. Hay, pues, una simbiosis de clase en el sentido cultural que es resultado de todo el mecanismo de conquista y seducción que a lo largo de todo el siglo xx se ha fraguado.

Sobre el sentido intelectual ha actuado entonces un esquema que comprende cuatro fases, mediante las cuales se pone en marcha el proceso de instrumentalización de los significados para la suplantación de la cultura por una industria de la significación. Estas fases son:

- I. Potenciación de los bloques económicos; con la reproducción de los consorcios a un grado siempre creciente de expansión global, imperialista.
- II. Desacreditación de los estados-nación; debilitados cada vez más por su asociación y dependencia de los bloques económicos. La desacreditación particular de cada Estado-nación se reconstituye en el patrón analítico masivo como inoperancia institucional del Estado.

- III. Recontextualización cultural, dirigida a partir del dominio de los medios de difusión masiva, las ciencias, el arte y la literatura.
- IV. Sobrevida del sujeto, condicionada a partir de la proletarización de los intelectuales.

El deporte es uno de los sectores en los que esta incidencia ha actuado de forma decisiva. Por ejemplo en el fútbol, cuya garantía propagandística se convierte en masiva a cada paso, la Federación que controla sus eventos prohibió a sus jugadores que se manifestasen según sus concepciones políticas, con el pretexto de la despolitización del deporte, en tanto se abstendían de sancionar a quienes manifestaban determinadas filiaciones religiosas. Se trata, no obstante, de una maquinaria sin la cual no es posible desarrollar absolutamente no ya un país, sino un bloque regional continental.

Los campeonatos mundiales revelan, con numerosos síntomas, la eficiencia de la organización para maniar cualquier intento de representatividad alternativa. Su hegemonía ha conseguido depender de la propia estructura del deporte en los ámbitos globales y se ha valido, entre otras cosas, del instrumento direccionador de la opinión que es la prensa caótica que como libre se presenta a través del cotilleo personal y las pujas de contrato. Por ello, en lógico accionar paradójico, cuando un deportista asume una actitud de militancia respecto de cualquier asunto, su repercusión es amplia. La contraofensiva se convierte en descomunal, no tanto para ganar la batalla en sí como para marcar en forma de patrón el precedente, o sea, el riesgo acaso incosteable de quien se atreve al desafío. El caso Maradona, cuando, siendo el uno en el mundo, lo que era divulgado con profusión por esos mismos medios, intentó generar algún tipo de sindicalización alternativa y fue masacrado en la batalla de la opinión pública, puede ser ejemplar.

Los deportistas promovidos por el sistema socialista suplantan en muchas ocasiones y en extremo opuesto, con una actitud seudopatriótica, de concesión adaptativa, a la superficialidad de los lugares comunes de la propaganda. Al imitar, desde la acera de enfrente, la propaganda de guerra cultural, pierde efecto simbólico el amplio programa de respaldo puesto en marcha por el sistema social para llevar la práctica deportiva al alcance de todos. Supeditar, sin embargo, el papel de los campeones al sistema social es actuar directamente contra el individuo que, de cumplir sus preceptos de distribución equilibrada de los recursos elementales, debe sostener esa misma sociedad. Cuando este lamentable error alcanza importantes dimensiones, el propio sistema de relaciones sociales mina sus defensas y, lo que es peor, dilapida los gastos económicos y el incommensurable esfuerzo humano que es necesario desplegar para que los niveles deportivos lleguen a esas cumbres. Y lo que es peor, se crea otra fisura para el despliegue del llamado robo de talentos.

Esta práctica es casi responsabilidad total de las diferencias globales de la distribución de los recursos del planeta. Por ello, antes de acusar a deportistas, científicos, médicos, profesionales e intelectuales por venderse barato, debíamos atender a las circunstancias sociales que influyen en la condición individual del individuo y, sobre todo, a la capacidad de ese individuo de, en la inmensa mayoría de los casos, para mantener a su familia antes que a sí mismo, aventurarse en un sacrificio que, en otras circunstancias, no hubiese acometido. Su conversión en mercancía, su placentera aceptación de integrarse al alienante mercado del trabajo con ruidosos salarios, aparece, en la mayoría de los casos, bajo un estatuto de necesidad individual no precisamente individualista, o egoísta.

Los estados capitalistas periféricos pueden crear, incluso dentro de las normas depredadoras de la especialización financiera, presupuestos de sostenimiento de sus sectores

profesionales. Los estados de tipo socialista, por su parte, deben atender a estas necesidades no solo teniendo en cuenta su destino histórico de desaparición, sino su inevitable relación contaminante con la hegemonía globalizadora. Si bastase con que la oportunidad a todos se conceda y se coloquen a su disposición recursos de alto costo económico y humano, como en alta medida ocurre dentro del socialismo, entonces todos los que ingresan en esos programas serían al cabo de poco tiempo campeones mundiales, premios relevantes de la ciencia universal, etcétera. Hay sin embargo una condición individual que destaca la obra conseguida por unos por sobre la de otros. Es un campo mucho mejor explotado por el capitalismo durante el alargado proceso de la caliente Guerra Fría.

La responsabilidad de los intelectuales se ha quedado, también, en los bordes del problema, ya sea evadiendo el asunto mediante la especialización epistemológica, ya, por el contrario, soslayando la especialización epistemológica para asentarse en conclusiones apriorísticas que construyen el necesario alcance del juicio de valor. No importa que dentro de toda esa vorágine se enuncien muchas ideas que intenten subvertir esta doble interacción. Un enunciado culturalmente estructurado puede pasar inadvertido en medio del avatar de la percepción y la comunicación en el que deberá hacerse pertinente, no ya en los espacios masificados, donde es difícil que implante sus grados de semiotización aun cuando se transmita, sino en los propios marcos de exposición que deben serle propicios.

Fundamentos teóricos que no partan de las líneas sistémicas dominantes del pensamiento global, o que se produzcan a contrapelo de esas mismas tendencias, pero calzados por otras líneas sistémicas rivalizantes, difícilmente alcanzarán no ya un contexto de debate, sino una nimia mención de reconocimiento. Su incidencia depende, en consecuencia, de lo que acerca de sus postulados se comenta, lo cual pone en desventaja al sentido complejo de

la creación en momentos en que la competencia global exige axiomas de simple solución, de contradicciones binarias preferiblemente del tipo afirmación *versus* negación a partir de estamentos estandarizados en un momento anterior, ajeno al acto mismo del entendimiento.

La derrota universal del comunismo, en mayor medida simbolizada a través del derrumbe del muro de Berlín, provee a los sujetos expositores de un arsenal negativo estandarizado, del mismo modo en que se constituye el nazismo. El arrastre negativo compromete la opinión y, sobre todo, crea un receptor que, al evadir someter a juicio profundo los elementos que percibe, solo aceptará predios dogmáticos de comunicación. Es otra de las formas de manifestación de la magia en nuestros tiempos, pues cualquier relación, por manipulada e incongruente que sea, desacredita los lineamientos que pueden subsistir en sus preceptos. Por tal razón, el habla de las campañas de propaganda, tanto de tipo comercial como política, se halla en modo extremo codificada. Los vocablos son elegidos en relación con los elementos perceptivos que el receptor puede poner en evidencia. El *slogan* responde a un precocido de significación que bien cumple la regla de no llevar a primer plano la esencia del producto ofrecido, ya sea un frasco de crema dental o un presidente de país o de organización mundial, así como el proyecto de transformación social implica, en simpatético uso del mensaje, la demanda insatisfecha del elector, aunque de ningún modo la solución concreta ni, menos aun, la revelación asociativa de las causas de fondo. O sea, la cultura, cada vez más convertida en recurso instrumental, aplaza el sentido profundo, de razonamiento intelectual, de sus estamentos básicos, para sobrevivir interactuando en los predios mercantiles. Como un producto más de los que cotidianamente deben ser consumidos, la cultura se presenta fuera de su carácter sistémico, desmembrada en piezas que, aunque aparenten un renovador modo de componer ropajes, continúan resentidas

en sus propias costuras, en la esencia fundamental de sus tejidos.

El llamado de Gianni Vattimo a rescatar el comunismo ideal, luego de la muerte del comunismo real, entraña el doble riesgo de arrastrar como significado el paquete de errores que fueron inherentes al sistema, como el de reconvenir, en virtud de la estrategia que debe hacerse pertinente a través del comentario comunicativo, en una flexibilidad democrática mediante la cual se siga haciendo sostenible la reducción de todo a mercancía. Ambos latentes, dinámicos, prestos para aprovecharse de oportunidades y cansancios, pero no imprescindibles. El trabajo que resta se relaciona, en verdad, con la virtud que se tenga para no dejarlos insertarse en las claves estructurales del sistema. Es necesario, pues, que el sentido intelectual no descuide el espectro de profundidad de sus proposiciones, que llame cada vez a análisis consciente a las nuevas circunstancias y que aplique, no solo en un espíritu afín al que propone Vattimo, todas y cuantas veces sea útil y siempre que esas claves estructurales no se coloquen como moneda de cambio en los patrones del juicio, la crítica de la crítica al capital.

Entre las estrategias de un comunismo cultural, humano, productivo, generador de riquezas, debe incluirse la de salvar, junto a la permanencia del sistema, la posibilidad de vencer en cada una de las veces, el temor a lanzarse a las expediciones de análisis, al reconocimiento a través de un pensamiento complejo, aun sin la lumbre de la rama dorada entre las manos. Cuando el sistema de pensamiento consigue desprenderse de ese efecto mágico de relación significativa que en las batallas interactivas por la geografía global se posiciona, y sobrepasa además el ámbito, limitado en sí mismo, del sofisma formal, tautológico, para insertarse en el sistema estructural de la cultura, cada jirón de presupuestos teóricos —científicos, empíricos, filosóficos, poéticos, en fin...— puede dejar un aporte de

resistencia al empuje del sistema depredador del capital financiero y la contracultura. “Hay días en que me levanto con una esperanza demencial, momentos en los que siento que las posibilidades de una vida más humana están al alcance de nuestras manos”, confiesa el escritor Ernesto Sábato.<sup>104</sup> En esos días, añade, se decide a escribir con ansiedad febril. Al hacerlo, sus preocupaciones por las circunstancias que atrofian la existencia humana, van dejando la huella del conocimiento adquirido, de los gustos, costumbres y manías con las que mejor se reconcilia su agobiada percepción.

Aunque cierta tendencia crítica lapidaria, incuestionable, insiste en que el mercado del arte y la cultura ha perdido los valores artísticos, ha desechado tanto el legado del malestar y la inconformidad burguesa como el espíritu de ruptura y la necesidad de cambio vanguardista y se ha colocado en marcos estrechos de consumo fácil, el horizonte cultural no se ha cerrado a cal y canto, sino que está, en efecto, sitiado. ¿Qué habrá ocurrido antes para que los valores del arte, con su larga y probada tradición, para que la cultura, imprescindible para la identificación y crecimiento de los pueblos, llegasen al borde del abismo, a punto de convertirse en monumentos museables? Entre muchos detalles, suposiciones, anécdotas, la respuesta se centra en un único elemento: ha estallado una guerra cultural. Y a esa guerra no se le vislumbra el final en ninguno de los horizontes inmediatos, ni tampoco en otros de futuro cercano.

Las guerras, por justificados que se vean sus motivos, por justas que parezcan sus causas, dejan horror, espanto, errores, injusticias, crueldad, miseria material y humana, supeditadas todas sus acciones a la lógica esencial de vencer en el mayor número posible de batallas. Todo se convierte en posible si de fondo lo escolta el sacrosanto motivo

<sup>104</sup> Ernesto Sábato: *La resistencia*, Grupo Editorial Planeta Argentina/Seix Barral, Buenos Aires, 2001, p. 11.

de aportar una victoria. Una conducta en esencia militar sustituye a trancos las normas culturales. Se teoriza en principio para desbancar los presupuestos enemigos, e imponer infalibilidad de los propios, sin que el conocimiento ocupe un protagonismo cierto. Se crea mucho más para el derrocamiento antes que para sostener. La literatura de toda la segunda mitad del siglo xx está saturada de historia en esencia negativa. Al novelista Ernest Hemingway, quien presenta los horrores de uno y otro bando en la guerra española, salvando para el bien a los republicanos a pesar de todo, se le critica duramente, justo desde el lado de los republicanos, haber presentado esas aristas crueles. En lo militar no se discuten las órdenes ni se cuestionan los motivos de la lucha en sí, mucho menos los métodos. Se obedece y se cumple para ganar méritos y ascender en la escala y poder, cada vez más, llegar a esa información subterránea que, en tanto se forma fila, permanece oculta, vedada por las capas que hacen de ella un mecanismo cultural de alienación.

Es arduo, pues, si es usted una persona que no sufre aspiraciones desmedidas de dominio y gloria vacua, y se siente agredido, difícilmente responderá mostrando el otro flanco; se ocultará, o devolverá el golpe, multiplicado si es posible, pero no se quedará recibiendo castigo hasta perecer. Contra desastres naturales, por ejemplo, se crean alternativas de protección, neutralización o disminución de los efectos. Así mismo, en el campo cultural las acciones de guerra producen nuevas acciones de guerra, en cadena de ataque y resistencia que, al mostrarse solapadas, camufladas en forma de divertimento, son aún más difíciles de contrarrestar. Los estrategas permanecen en la élite de los ejércitos, en tanto la carne de cañón se enfrenta despiadadamente. Así el cine, transformado en industria, pasó a cumplir códigos preestablecidos de servicio al hacer subliminal. La literatura, convertida en fenómeno de éxito, se reconstituyó como un ariete en los costados más débiles de

los bandos en pugna. Y la música, el teatro, la danza, las artes, en fin, y la cultura, llevada hasta sus más generales expansiones. Ante el constante bombardeo, el trabajo de zapa, las explosiones de minas y atentados continuos, el placer y el goce quedaron marcados por un vacío de sentido que se ha hecho ya requisitorio. Ese es el resultado de la guerra cultural: una caída estrepitosa del valor del arte y la cultura; una sustitución de los productos insustituibles de la mente humana por el producto sustituible de la reproducción mecánica, interesada y dotada de tecnología, pero mecánica en sí, pues no se arriesga a concentrarse en territorio de nadie, donde no puede atrincherarse, donde muy pocos correrán el riesgo de acogerlo.

En los deportes de equipo, a diario se comprueba que aquel que consigue imponer su propio ritmo de juego a un contrario de ritmo en esencia diferente, alcanza en un alto porcentaje la victoria. El ritmo depredador de la guerra cultural que en los marcos globales del imperio se ha implantado, es del todo inapropiado para una idea socialista de la humanidad. No es virtual esa guerra, ni siquiera intangible, o invisible, por más que se impute a la cultura tales atributos, sino en esencia material, garantía y seguro de vida del mercado y su “mano invisible”.

La guerra cultural se gana, paradójicamente, con la paz.

¿Cómo sembrar la paz cuando por todas partes te agreden con la guerra? Pues esa es otra historia que, en su momento, deberá ser contada.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABAD NEBOT, FRANCISCO: "Ideas y contexto teórico en *La estructura del texto artístico*", en *Entretextos*, revista electrónica semestral de estudios semióticos de la cultura, Granada, mayo de 2004, no. 3. URL: <http://www.ugr.es/~mcaceres/Entretextos/entre3/abad.htm>
- ACANDA, JORGE LUIS: "El malestar en los intelectuales", en revista *Temas*, La Habana, abril-junio de 2002, no. 20 // [filosofi@.cu](mailto:filosofi@.cu)
- \_\_\_\_\_ : "La encrucijada epistemológica y la resacralización del mundo", en revista *Ara*, La Habana, marzo de 1998, no. 4 // [filosofi@.cu](mailto:filosofi@.cu)
- \_\_\_\_\_ : "La confluencia que se frustró: psicoanálisis y bolchevismo", en revista *Temas*, abril-junio de 1998, no. 14 // [filosofi@.cu](mailto:filosofi@.cu)
- \_\_\_\_\_ : De Marx a Foucault: poder y revolución, en AA. VV. *Inicios de Partida. Coloquio sobre la obra de M. Foucault*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2000 // [filosofi@.cu](mailto:filosofi@.cu)
- ACOSTA MATOS, ELIADES: *El Apocalipsis según San George*, Casa Editora Abril, Ciudad de La Habana, 2005.
- \_\_\_\_\_ : "Moral, ética y justicia", en *Cuba Socialista*, La Habana, no. 43.
- ADELL, JORDI: "World-Wide Web: un sistema hipermedia distribuido para la docencia universitaria", en Blazquez, F., Cabero y F. Loscertales (coord.): *Nuevas tecnologías de la información y la comunicación para la educación*, Ediciones Alfar, Sevilla, 1994.
- ADORNO, THEODOR W.: *Dialéctica negativa*, Tauros, Madrid, 1975.
- \_\_\_\_\_ : *Mínima Moralía*, Alfaguara, Madrid, 1987.
- Traducción de Joaquín Chamorro.

- 
- \_\_\_\_\_ : *Teoría estética*, Orbis, Barcelona, 1983.  
Traducción de Fernando Riaza.
- ADORNO, THEODOR W. Y MAX HORKHEIMER: *Dialéctica del iluminismo*, Escuela de Filosofía, Universidad ARCIS. Ed. digital, en <http://www.philosophia.cl>.
- \_\_\_\_\_ : *La sociedad. Lecciones de sociología*, Ediciones Proteo, Buenos Aires, 1969. Traducción de Floreal Mazía e Irene Cusien.
- ADORNO et al.: *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, 1ª ed. en alemán 1969, Grijalbo, Barcelona-México D. F., 1973. Traducción de Jacobo Muñoz.
- AGAMBEN, GIORGIO: *Profanaciones*, Adriana Hidalgo editora S.A., Buenos Aires, 2005. Traducción de Flavia Costa y Edgardo Castro.
- \_\_\_\_\_ : “Política del exilio”, en *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, Barcelona, 1996, nos. 26-27. Traducción de Dante Bernardi.
- \_\_\_\_\_ : “Qué es un campo”, en *Artefacto. Pensamientos sobre la técnica*, Buenos Aires, 1998, no. 2. Traducción de Flavia Costa.
- AGGER, BEN: “Critical Theory, Poststructuralism, Postmodernism. Their sociological relevance”, en *Annual Review of Sociology*, 1991, no. 17. URL: <http://www.uta.edu/huma/illuminations/agger2.htm>
- \_\_\_\_\_ : “Postponing the Postmodern”, en *Cultural Studies*, 1996, t. 1. <http://www.uta.edu/huma/illuminations/agger1.htm>
- AGGER, GUNHILD: “Intertextuality Revisited: Dialogues and Negotiations in Media Studies”, URL: [http://www.uqtr.quebec.ca/AE/vol\\_4/gunhild.htm](http://www.uqtr.quebec.ca/AE/vol_4/gunhild.htm)
- AGUIRRE ROMERO, JOAQUÍN MA.: “Artes de la memoria y realidad virtual”, en *Espéculo*, revista de estudios literarios, Universidad Complutense de Madrid, no. 2. URL: <http://www.ucm.es:80/info/especulo/numero2/memoria.htm>
- \_\_\_\_\_ : “El futuro del libro”, en *Espéculo*, revista de estudios literarios, Universidad Complutense de

- Madrid, no. 5. URL: <http://www.ucm.es/OTROS/especulo/numero5/futlibro.htm>
- \_\_\_\_\_ : “Literatura en Internet. ¿Qué encontramos en la WWW?”, en *Espéculo*, revista de estudios literarios, Universidad Complutense de Madrid, no. 6, URL: [http://www.ucm.es/OTROS/especulo/numero6/www\\_lite.htm](http://www.ucm.es/OTROS/especulo/numero6/www_lite.htm)
- \_\_\_\_\_ : “La incidencia de las redes de comunicación en el sistema literario”, en *Espéculo*, revista de estudios literarios, Universidad Complutense de Madrid, no. 7. URL: <http://www.ucm.es/OTROS/especulo/numero7/sistemat.htm>
- \_\_\_\_\_ : “Cultura y redes de comunicación: las revistas electrónicas”, en *Espéculo*, revista de estudios literarios, Universidad Complutense de Madrid, no. 11. URL: [http://www.ucm.es/info/especulo/numero11/rev\\_elec.html](http://www.ucm.es/info/especulo/numero11/rev_elec.html)
- ALFONSO GONZÁLEZ, GEORGINA: “Los disfraces axiológicos de la cultura del poder”, en revista *Temas*, julio-septiembre de 1998, no. 15.
- ALTHUSSER, LOUIS: *Guía para leer El Capital*, México, Siglo XXI Editores, 1968.
- \_\_\_\_\_ : *Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1974.
- \_\_\_\_\_ : *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1988.
- \_\_\_\_\_ : *Escritos sobre psicoanálisis, Freud y Lacan*, Siglo XXI Editores, México, 1996.
- AMIN, SAMIR: “Islam político y globalización imperialista”, en *rodelu.net*, octubre 19 de 2001. URL: <http://www.rodelu.net/amin/amin00.htm>.
- \_\_\_\_\_ : “Capitalismo, imperialismo, mundialización”, en *rodelu.net*, octubre 19 de 2001. URL: <http://www.rodelu.net/amin/amin01.htm>. Traducción de Emilio H. Taddei.

- \_\_\_\_\_ : “EE. UU.: El control militar del planeta”, en *rodelu.net*, abril 27 de 2003. URL: <http://www.rodelu.net/amin/amin02.htm>. Traducción de Beatriz Morales.
- \_\_\_\_\_ : “La ideología estadounidense”, en *rodelu.net*, Junio 15 de 2003. URL: <http://www.rodelu.net/amin/amin03.htm>. Traducción de Gabriela Fonseca.
- \_\_\_\_\_ : “El imperialismo no es una fase, sino una característica permanente del capitalismo”, entrevista de Isabel Monal, en Ubieta Gómez, Enrique (selección): *Por la izquierda. Veintidós testimonios a contracorriente*, Ediciones ICAIC/Editorial José Martí, La Habana, 2007.
- ALDAZ, MAITÉ: “Sujetos, masas y máquinas en el cine de las vanguardias históricas”, en *Youkali*, revista crítica de las artes y el pensamiento, diciembre 2007, no. 4. tierra-denadie ediciones. URL: [www.youkali.net](http://www.youkali.net); [www.tierradenadieediciones.com](http://www.tierradenadieediciones.com)
- ANDERSON, PERRY: *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en Occidente*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1981.
- \_\_\_\_\_ : “Historia y lecciones del neoliberalismo”, en Deslinde, URL: [http://www.correntroig.org/IMG/pdf/neoliberalismo\\_P.\\_Anderson.pdf](http://www.correntroig.org/IMG/pdf/neoliberalismo_P._Anderson.pdf)
- \_\_\_\_\_ : “Internacionalismo. Un breviario”, en URL: <http://www.correntroig.org/IMG/pdf/internanderson.pdf>
- \_\_\_\_\_ : “Renovaciones”, en *New Left Review*, mayo-junio de 2000, no. 2.
- ANTUNES, RICARDO: “El caracol y su concha: Ensayo sobre la nueva morfología del trabajo”, en *Herramienta*, no. 31, en URL: <http://www.herramienta.com.ar:80>
- \_\_\_\_\_ : “Al final, ¿quién es la clase trabajadora hoy?”, en *Herramienta*, no. 36, en URL: <http://www.herramienta.com.ar:80>
- APPEL, KARL-OTTO: “¿Es adecuada, para la justicia global, la concepción política del “consenso sobrepuesto”?”, en

- URL: <http://www.uca.edu.sv/facultad/chn/c1170/apel1.htm>
- APPADURAI, ARJUN: *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, Ediciones Trilce S.A., Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2001.
- \_\_\_\_\_ : “Grassroots Globalization and the Research Imagination”, en *Public Culture*, 12 de enero de 2000.
- \_\_\_\_\_ : “Deep Democracy: Urban Governmentality and the Horizon of Politics”, en *Public Culture*, 14 de enero de 2002.
- \_\_\_\_\_ : “La globalización y la imaginación en la investigación”, UNESCO, en URL: <http://www.unesco.org/issj/rics160/appaduraispa.html>
- ARÁN, PAMPA OLGA: “El (im)posible diálogo Bajtín-Lotman. Para una interpretación de las culturas”, en *Entretextos*, revista electrónica semestral de estudios semióticos de la cultura, Granada, noviembre de 2005, no. 6. URL: <http://www.ugr.es/~mcaceres/Entretextos/entre6/dialogo.htm>
- AUSTIN, JOHN LANGSHAW: *Cómo hacer cosas con palabras*, edición electrónica de la Escuela de Filosofía, Universidad ARCIS. URL: <http://www.philosophia.cl> [Paidós, Buenos Aires, 1971].
- BAGDIKIAN, BEN H.: *The Media Monopoly*, Beacon Press, 1997.
- \_\_\_\_\_ : “The Lords of the Global Village”, en *The Nation*, 12 de junio de 1989.
- \_\_\_\_\_ : “The 50, 26, 20... corporations that own our Media”, en URL: <http://www.fair.org/extra/best-of-extra/corporate-ownership.html>
- BAJTÍN, MIJAÍL M.: *Problemas literarios y estéticos*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1986.
- \_\_\_\_\_ : “Literatura, cultura y tiempo histórico”, en *Textos y contextos 1* (v. Navarro, Desiderio).
- \_\_\_\_\_ : *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: El contexto de François Rabelais*,

- en Marxists Internet Archive, diciembre de 2001. URL: <http://www.marxists.org/espanol/bajtjn/rabelais.htm>
- BAQUERO HERRERA, MAURICIO: *Globalización y derecho financiero: La nueva propuesta del comité de Basilea relacionada con estándares de supervisión bancaria*, en <http://eumed.net> (128).
- BAREI, SILVIA N.: “Configuraciones migrantes. El «ensemble» en la frontera de arte y cultura”, en *Entretextos*, revista electrónica semestral de estudios semióticos de la cultura, Granada, noviembre de 2005, no. 6. URL: <http://www.ugr.es/~mcaceres/Entretextos/entre6/configuraciones.htm>
- BARRIOS NAPURÍ, CARLOS (comp.): *La relación global-local: Sus implicancias prácticas para el diseño de estrategias de desarrollo*. Publicación de la Red Académica Iberoamericana Local-Global, marzo de 2007, en URL: <http://eumed.net> (259)
- BARTHES, ROLAND: *El grado cero de la escritura seguido de Nuevos ensayos críticos*, Editorial Siglo XXI, editores, 1973.
- \_\_\_\_\_ : *Mitologías*, Siglo XXI Editores, 1999. Traducción de Héctor Schmucler.
- \_\_\_\_\_ : *La aventura semiológica*, Paidós ibérica, 1993. Traducción de Ramón Alcalde.
- \_\_\_\_\_ : “Cultura y tragedia. Ensayo sobre la cultura”, en *Analítica.com*, URL: <http://www.analitica.com/bitblio/barthes/culture.htm>
- BAUDRILLARD, JEAN: *El sistema de los objetos*, Siglo XXI Editores, México, 1969. Traducción de Francisco González Aramburu.
- \_\_\_\_\_ : *Cultura y simulacro*, Editorial Kairós, Barcelona, 1978. Traducción de Pedro Rovira.
- \_\_\_\_\_ : “La violencia de lo global”, en URL: [http://www.ctheory.net/text\\_file.asp?pick=386](http://www.ctheory.net/text_file.asp?pick=386)
- \_\_\_\_\_ : “Duelo”, en *Fractal*, octubre-diciembre de 1997, año 2, volumen II, no.7. <http://www.fractal.com.mx:80/F7baudri.html>. Traducción de Mauricio Molina.

- BAUMAN, ZYGMUNT: *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Editorial Gedisa, Barcelona, 2000. Traducción de Victoria de los Ángeles Boschioli.
- \_\_\_\_\_ : "Culture and Management", en *parallax*, 2004, vol. 10, no. 2.
- \_\_\_\_\_ : "De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad", en Hall, Stuart & Du Gay Paul (comps.): *Cuestiones de identidad cultural*, Amorrortu, Buenos Aires, 2003. Traducción de Horacio Pons.
- BECK, ULRICH: *La sociedad del riesgo global*, Siglo XXI Editores, Madrid, 2002. Traducción de Jesús Alborés.
- \_\_\_\_\_ : "La paradoja de la globalización", en *El País*, 5 de diciembre de 2002. Traducción de Jesús Alborés.
- \_\_\_\_\_ : "La cuestión de la identidad", en *El País*, 11 de noviembre de 2003. Traducción de Jesús Alborés.
- \_\_\_\_\_ : "Dios es peligroso", en *El País*, 12 de enero de 2008. Traducción de Martí Sampons.
- \_\_\_\_\_ : Giddens, Anthony & Scout Lash: *Moderización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Alianza Editorial, Madrid, 2001. Traducción de Jesús Alborés.
- BEINSTEIN, JORGE: "Rostros de la crisis. Reflexiones sobre el colapso de la civilización burguesa", Seminario internacional "Colapsos ecológico-sociales y económicos", UNAM, 2008, en URL: <http://www.rebellion.org/docs/75463.pdf>
- \_\_\_\_\_ : "Las crisis en la era senil del capitalismo. Esperando inútilmente al quinto Kondratieff", en *El Viejo Topo*, Barcelona, febrero de 2009, no. 253. URL: <http://www.rebellion.org/docs/82165.pdf>
- \_\_\_\_\_ : "El concepto de crisis a inicios del Siglo XXI. Pensar la decadencia", en *Herramienta*, no. 30. URL: <http://www.herramienta.com.ar:80/>
- BELL, DANIEL: *El fin de las ideologías*, Tecnos, Madrid, 1964.
- \_\_\_\_\_ : *El advenimiento de la sociedad post-industrial*, Alianza Editorial, Madrid, 1976.
- \_\_\_\_\_ : *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1977.

- \_\_\_\_\_ : "Internet y la nueva tecnología", en *Letras Libres*, enero de 2000, año 2, no. 13. URL: <http://www.mty.itesm.mx/dhcs/deptos/ri/ri95-801/lecturas/lec235.html>
- BELLO, WALDEN: "The post-Washington dissensus", en *The Inquirer*, 17 de septiembre de 2007. URL: <http://opinion.inquirer.net/viewpoints/columns/view/20070917-88955>
- BENJAMÍN, WALTER: *La obra de arte en la era de la reproducción técnica*, edición digital, [www.philosophia.cl](http://www.philosophia.cl) / Escuela de Filosofía Universidad ARCIS.
- \_\_\_\_\_ : *Para una crítica de la violencia*, edición digital, [www.philosophia.cl](http://www.philosophia.cl) / Escuela de Filosofía Universidad ARCIS.
- \_\_\_\_\_ : *Sobre algunos temas en Baudelaire*, edición digital, [www.philosophia.cl](http://www.philosophia.cl) / Escuela de Filosofía Universidad ARCIS.
- BENSAÏD, DANIEL: "En un contexto de crisis. Desafíos que bien valen una apuesta arriesgada. Un nuevo reparto violento", en *Herramienta*, no. 23. Traducción de Aldo Romero.
- \_\_\_\_\_ : "La política como estrategia", en *Herramienta*, no. 24.
- \_\_\_\_\_ : "Multitudes ventrílocuas. (A propósito de *Multitud*, de Hardt y Negri)", en *Herramienta*, no. 28. Traducción de Esteban Justo y Aldo Casas.
- \_\_\_\_\_ : "La humanidad más allá del Capital", en *Herramienta*, no. 37. URL: <http://www.herramienta.com.ar:80/>. Traducción de Andrés Lund Medina.
- BENVENISTE, ÉMILE: *Problemas de lingüística general I y II*, Siglo XXI Editores, México, 1986, 1987.
- BERGER, PETER L. & THOMAS LUCKMANN: *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires, 2001. Traducción de Silvia Zulueta.
- BERLÍN, ISAIAH: "La declinación de las ideas utópicas en Occidente", en *Estudios Públicos*, verano 1993, no. 53. Traducción de Centro de Estudios Públicos.

- \_\_\_\_\_ : “¿Qué es la libertad política”, en *DDooss*. URL: [http://www.ddooss.org/articulos/textos/Isaiah\\_Berlin.htm](http://www.ddooss.org/articulos/textos/Isaiah_Berlin.htm). Traducción de Laura Emilia Pacheco
- BERMAN, MARSHALL: “Marx y el futuro”, en URL: <http://www.desco.org.pe/qh/qh100mbe.htm>
- \_\_\_\_\_ : “El camino ancho y abierto”, en *Gaceta del Instituto Colombiano de Cultura*, abril de 1993, no.16. Traducción de Magdalena Holguín.
- BERMÚDEZ, EMILIA Y GILDARDO MARTÍNEZ: “Los Estudios Culturales en la era del ciberespacio”, en *Convergencia*, revista de ciencias sociales, septiembre-diciembre de 2001, no. 26.
- BERNSTEIN, BASIL: “Clases sociales, lenguaje y socialización”, en *Class, Codes and Control. Theoretical Studies Towards a Sociology of Language*, London, 1971, vol. I. Traducción Mario Díaz. URL: [http://www.infoamerica.org/documentos\\_pdf/bernstein05.pdf](http://www.infoamerica.org/documentos_pdf/bernstein05.pdf)
- \_\_\_\_\_ : “Clases sociales y pedagogías: visibles e invisibles”, en *Class, Codes and Control. Theoretical Studies Towards a Sociology of Language, London, 1975*, vol. 3. Traducción de Mario Díaz. URL: <http://www.rebellion.org/docs/82165.pdf>
- \_\_\_\_\_ : “La relación entre los códigos sociológicos”, en *Class, Codes and Control. Theoretical Studies Towards a Sociology of Language*, London, 1975, vol. 3. Traducción Mario Díaz. URL: [http://www.infoamerica.org/documentos\\_pdf/bernstein07.pdf](http://www.infoamerica.org/documentos_pdf/bernstein07.pdf)
- BEST, STEVE: “Weird Science: Sustainable Development, Deep Ecology, and Social Critique”, en URL: <http://www.uta.edu/huma/illuminations/best3.htm>
- BEST, STEVE & DOUGLAS KELLNER: “Debord, Cybersituations, and the Interactive Spectacle”, en URL: <http://www.uta.edu/huma/illuminations/best6.htm>
- \_\_\_\_\_ : “Postmodern Politics and the Battle for the Future”, en URL: <http://www.uta.edu/huma/illuminations/kell28.htm>
- BHABHA, HOMI K.: *El lugar de la cultura*, Manantial, Buenos Aires, 2002. Traducción de César Aira.

- BIAGINI, HUGO E.: *Entre la identidad y la globalización*, Editorial Leviatán, Buenos Aires, 2000.
- BLEIFUSS, JOEL: *Conozca a su enemigo. Una breve historia de las corporaciones*, en *These Times magazine*, febrero de 1998, en URL: <http://liborstauro.com.ar>
- BONFIL BATALLA, GUILLERMO: "Descolonización y cultura propia", en revista *Signos*, no. 36.
- \_\_\_\_\_ : "La nueva política de los indios: un reto a la creatividad latinoamericana", en González Casanova, Pablo: *Cultura y creación intelectual en América Latina*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- BORGATA, EDGAR F. & RHONDA J. V. MONTGOMERY (eds.): *Encyclopedia of Sociology* (Second Edition), Macmillan Reference USA, 2000.
- BORGMANN, ALBERT: "Society in the Postmodern Era", en *The Washington Quarterly*. URL: <http://www.twq.com/winter00/231Borgmann.pdf>
- BORÓN, ATILIO: *Imperio e imperialismo*, Fondo Cultural del ALBA, La Habana, 2006.
- \_\_\_\_\_ : "La filosofía política clásica y la biblioteca de Borges", en Introducción a *La filosofía política clásica. De la antigüedad al renacimiento*, Biblioteca Virtual CLACSO, <http://www.clacso.org/>
- BOURDIEU, PIERRE: *El oficio de científico. Ciencia de la Ciencia y reflexividad*, Anagrama, Barcelona, 2003. Traducción de Joaquín Jordá.
- \_\_\_\_\_ : "Acerca de la televisión", en URL: [http://www.avizora.com/publicaciones/television/textos/0005\\_sobre\\_television.htm](http://www.avizora.com/publicaciones/television/textos/0005_sobre_television.htm)
- \_\_\_\_\_ : *Las estructuras sociales de la economía*, Manantial, Buenos Aires, 2001. Traducción de Horacio Pons.
- \_\_\_\_\_ : *Sociología y cultura*, Grijalbo, México, 1990. Traducción de Martha Pou.
- BOURDIEU, PIERRE & JEAN-CLAUDE PASSERON: *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Fontamara S.A., México, 1996.

BRAUDEL, FERNAND: *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, 1968.

\_\_\_\_\_: *La dinámica del capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986. Traducción de Rafael Tusson Calatayud.

BRITTO GARCÍA, LUIS: *El imperio contracultural: del rock a la postmodernidad*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 2005.

Cabanilles, Antonia: "Semiótica de la cultura: los modelos de autodescripción", en *Entretextos*, revista electrónica semestral de estudios semióticos de la cultura, Granada, mayo de 2004, no. 3. URL: <http://www.ugr.es/~mcaceres/Entretextos/entre3/cabanilles.htm>

CALLINICOS, ALEX: "Las universidades en un mundo neoliberal", en *rebelión.org*. Traducido de *Universities in a neoliberal World*, Bookmarks Publications, Londres 2006.

CAPRETTINI, GIAN PAOLO: "La noción de límite en la semiótica textual de Iuri M. Lotman", en *Entretextos*, revista electrónica semestral de estudios semióticos de la cultura, Granada, noviembre 2004, no. 4. URL: <http://www.ugr.es/~mcaceres/Entretextos/entre4/caprettini.htm>;

CASTELLS, MANUEL: *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, 3t., Siglo XXI Editores, México, 1999/ Alianza, Madrid, 1999.

\_\_\_\_\_: "¿Fin del Estado-Nación?", en *El País*, 26 de octubre de 1997.

\_\_\_\_\_: "Tras la siembra de los vientos", en *El País*, 4 de junio de 1998.

\_\_\_\_\_: "El Mundo según Davos", en *El País*, 12 de febrero de 1999.

\_\_\_\_\_: "Seattle y el cinismo neoliberal", en *El País*, 3 de enero de 2000.

\_\_\_\_\_: "Globalización y antiglobalización", en *El País*, 24 de julio de 2001, *Posdatas*. URL: <http://es.geocities.com:80/posdatas/castells0207.html>

- \_\_\_\_\_ : *Comunicación móvil y sociedad, una perspectiva global*, en <http://www.eumed.net> (312)
- CASTRO GÓMEZ, SANTIAGO: “Althusser, los estudios culturales y el concepto de ideología”, en URL: <http://www.oei.es>
- CEPAL: *Los caminos hacia una sociedad de la información en América Latina y el Caribe*. Conferencia Ministerial Regional Preparatoria de América Latina y el Caribe para la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información, República Dominicana, 29-31 de enero de 2003.
- CHACÓN, ALFREDO (selección y prólogo): *Cultura y dependencia*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1975.
- CHANDLER, DANIEL: Semiotics for Beginners, en URL: <http://www.aber.ac.uk/media/Documents/S4B/semiotic.html>
- CHARTIER, ROGER, ALFONSO MENDIOLA E ILÁN SEMO: “El malestar en la historia” (DISCUSIÓN), en *Fractal*, octubre-diciembre de 1996, año 1, vol. I, no. 3. URL: <http://www.fractal.com.mx:80/F3malest.html>
- CHESNAIS, FRANÇOIS: “Tendencias profundas del imperialismo y realidad de las relaciones políticas mundiales”, en *Herramienta*, no. 2. URL: <http://www.herramienta.com.ar:80/...=173>
- \_\_\_\_\_ : “Como la crisis del 29 o más... Un nuevo contexto mundial”, en *Herramienta*, no. 39, URL: <http://www.herramienta.com.ar/...=61>
- \_\_\_\_\_ : “Fin de un ciclo. Alcance y rumbo de la crisis financiera”, en *Herramienta*, no. 37, URL: <http://www.herramienta.com.ar/...=82>
- \_\_\_\_\_ : “Las relaciones de propiedad y las relaciones sociales de producción en la lucha por el socialismo” (Foro Social Mundial Porto Alegre 2002), en *Herramienta*, no. 19, URL: <http://www.herramienta.com.ar:80/...=38>
- \_\_\_\_\_ : “Orígenes comunes de la crisis económica y la crisis ecológica”, en *Rebelión.org*, 03-01-2009.
- \_\_\_\_\_ : “Raíz, génesis y consecuencias del crash bursátil”, en *Herramienta*, no. 22, URL: <http://www.herramienta.com.ar:80/...=6>

- CHESNAIS, FRAÇOIS Y CLAUDE SERFATI: "Caracterización del capitalismo a fines del siglo xx", en *Herramienta*, no. 3. URL: <http://www.herramienta.com.ar:80/varios/3/3-2.html>
- CHICHARRO CHAMORRO, ANTONIO: "Organización textual y comportamiento receptor: aspectos de la teoría semiótica de Lotman en la teoría empírica de la literatura de S. J. Schmidt", en *Entretextos*, revista electrónica semestral de estudios semióticos de la cultura, Granada, mayo de 2004, no.3. URL: <http://www.ugr.es/~mcaceres/Entretextos/entre3/chicharro.htm>
- Chomsky, Noam: *El control de los medios de comunicación*, Librostauro.com.ar
- \_\_\_\_\_ : "El control de nuestras vidas", conferencia dictada el 26 de febrero de 2000 en el Kiva Auditorium, Albuquerque, New México, en Librostauro.com.ar. Traducción de Artur Colom.
- \_\_\_\_\_ : *La responsabilidad de los intelectuales*, Galerna, Buenos Aires, 1969. Traducción de Jorge Promio.
- \_\_\_\_\_ : "What makes mainstream media mainstream?", en *Z Magazine*, octubre, 1997.
- \_\_\_\_\_ : "El lavado de cerebros en libertad es más eficaz que en las dictaduras", en *Le Monde Diplomatique*, agosto de 2007. Traducción al castellano: Mabel Sarco, en *Mariátegui. La revista de las ideas*. URL: <http://www.nodo50.org/mariategui/index.htm>
- \_\_\_\_\_ : "El itinerario hacia la gran estrategia imperial", en Ubieta Gómez, Enrique (selección y prólogo): *Por la izquierda. Veintidós testimonios a contracorriente*, Ediciones ICAIC/Editorial José Martí, La Habana, 2007.
- CHOSSUDOVSKY, MICHAEL: "La criminalidad de la política exterior estadounidense. De la Doctrina Truman a los neoconservadores", en *Rebelión.org*, 13-02-2007. Traducción de Sinfo Hernández.
- \_\_\_\_\_ : "China y EE.UU.: El operativo psicológico derechos humanos en Tíbet", en *Rebelion.org*, 20-04-2008. Traducción de Germán Leyens.

- 
- \_\_\_\_\_ : “Hambre global”, en Rebellion.org, 12-05-2008. Traducción de Horacio J. Garetto.
- \_\_\_\_\_ : “Una injusticia: ¿Quién estaba detrás del atentado de Bali de octubre de 2002?”, en Rebellion.org, 17-11-2008. Traducción de Beatriz Morales Bastos.
- \_\_\_\_\_ : “Colapso financiero global”, en Rebellion.org, 24-09-2008. Traducción de Sinfo Hernández.
- \_\_\_\_\_ : “El corredor euroasiático. La geopolítica de los oleo y gasoductos y la Nueva Guerra Fría”, en Rebelión.org, 27-08-2008. Traducción de Germán Leyens.
- \_\_\_\_\_ : “Tres necesidades vitales en peligro. La crisis global: Alimento, agua y combustible”, en Rebelión.org, 10-06-2008. Traducción de Germán Leyens.
- \_\_\_\_\_ : “Pakistán y la «guerra global contra el terrorismo», en Rebelión.org, 13-01-2008. Traducción de Beatriz Morales Bastos.
- \_\_\_\_\_ : “¿Quién estaba tras los ataques de Mumbai?”, en rebelión.org, 06-12-2008. Traducción de Sinfo Hernández.
- \_\_\_\_\_ : “Un segundo 11-S. Un elemento integral de la doctrina militar estadounidense”, en Rebelión.org, 03-11-2008. Traducción de Sinfo Hernández.
- \_\_\_\_\_ : “La criminalización del Estado: “Kosovo independiente”, un territorio bajo control militar de EE. UU.-la OTAN”, en Rebelión.org, 09-02-2008. Traducción de Beatriz Morales Bastos.
- \_\_\_\_\_ : “La desestabilización de Pakistán”, en Rebelión.org, 03-01-2008. Traducción de Beatriz Morales Bastos.
- \_\_\_\_\_ : “Mentiras políticas y desinformación mediática en relación a la pandemia de gripe porcina”, en Rebelión.org, 04-05-2009. Traducción de Beatriz Morales Bastos.
- DAHL, ROBERT: “¿Qué instituciones políticas requiere una democracia a gran escala?”, en *La democracia. Una guía para los ciudadanos*, Editorial Taurus, Madrid, 1999.

- URL: <http://www.cholonautas.edu.pe/modulos/biblioteca2.php?IdDocumento=0030>
- DEBORD, GUY: *La sociedad del espectáculo*, 1967, en URL: [http://www.pamiela.org/sociedad\\_espectaculo/Espect0.htm](http://www.pamiela.org/sociedad_espectaculo/Espect0.htm)
- DEBORD, GUY & GILL J. WOLMAN: *Métodos de tergiversación*, en <http://www.geocities.com/SoHo/Lofts/8666/directa.htm>
- DERRIDA, JACQUES: *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*, “Injunciones de Marx”. Edición digital de *Derrida en castellano*, URL: <http://www.jacquesderrida.com.ar>. Traducción de José Miguel Alarcón y Cristina de Peretti. En francés: Éditions Galilée, 1993.
- DOMOULIN, JOHN (introducción y selección): *Cultura, sociedad y desarrollo*, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1973.
- DORFLES, GILLO: *Símbolo, comunicación y consumo*, Editorial Lumen, Barcelona, 1967.
- DUCROT, OSWALD Y TZVETAN TODOROV: *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, 10ma ed. en español, Siglo XXI Editores, 1984. Traducción de Enrique Pezzoni.
- DURKKEIM, EMILE: *Las reglas del método sociológico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986. Traducción de Ernestina de Champourcín.
- ECO, UMBERTO: *Obra abierta*, 1ra. ed. 1962, Editorial Seix Barral, 1983.
- \_\_\_\_\_ : *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*, 1ra. ed. 1964, Editorial Tusquets, Barcelona, 1985.
- \_\_\_\_\_ : *La transparencia de la ilusión*, 1ra. ed. 1968, Editorial Lumen, Barcelona, 1985.
- \_\_\_\_\_ : *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*, 1ra. ed. 1968, Editorial Lumen, Barcelona, 1989.
- \_\_\_\_\_ : *Tratado de semiótica general*, 4ta. ed., 1ª edición 1975, Editorial Lumen, 1988.

- 
- \_\_\_\_\_ : *Semiótica y filosofía del lenguaje*, Editorial Lumen, Barcelona, 1990.
- \_\_\_\_\_ : “Semiótica de la representación teatral”, en Magaly Muguercia: *Semiología y teatro*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1988.
- \_\_\_\_\_ : “Retórica e ideología”, en Desiderio Navarro: *Textos y contextos 1*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1986.
- \_\_\_\_\_ : *Los límites de la interpretación*, Editorial Lumen, Barcelona, 1992.
- \_\_\_\_\_ : *Seis paseos por los bosques narrativos*, Editorial Lumen, Barcelona, 1996.
- \_\_\_\_\_ : *El nombre de la rosa*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989.
- \_\_\_\_\_ : “Los marcos de la «libertad» cómica”, en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, México, 1998.
- ELIADE, MIRCEA: *Lo sagrado y lo profano*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1967.
- \_\_\_\_\_ : *El mito del eterno retorno*, “Myth in the Nineteenth and Twentieth Centuries”, en *The Dictionary of the History of Ideas*, URL: <http://etext.lib.virginia.edu/DicHist/dict.html>
- ENGELS, FEDERICO: *Antidühring*, Editorial Pueblo y Educación, Ministerio de Educación Superior, La Habana, 1970.
- ENZENSBERGER, HANS MAGNUS: “Las aporías de la vanguardia”, en revista *Sur*, Buenos Aires, noviembre-diciembre de 1963, no. 285, edición digital Letra E.
- FIGUEROA ESTEVA, MAX: *La dimensión lingüística del hombre*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983.
- FOUCAULT, MICHEL: *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, 1ra. ed. 1966, Siglo XXI, Editores, 1968. Traducción de Elsa Cecilia Frost.
- \_\_\_\_\_ : *Historia de la locura en la época clásica*, V. I, 1ra. ed. 1964, edición digital, Proyecto Espartaco

- <http://www.proyectoesspartaco.com>. Cf. Fondo de Cultura Económica, Bogotá, Colombia, 1993.
- \_\_\_\_\_ : *El orden del discurso*, 1ra. ed. 1970, Tusquets, Buenos Aires, 1992. Traducción de Alberto González Troyano.
- \_\_\_\_\_ : *La verdad y las formas jurídicas*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1996. Traducción de Enrique Lynch.
- FREUD, SIGMUND: *Obras escogidas de Sigmund Freud*, 3t., Ediciones de Ciencia y Técnica, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972.
- FUKUYAMA, FRANCIS: "El fin de la historia", en *The National Interest*, verano 1988. Artículo basado en la conferencia que el autor dictara en el John M. Olin Center for Inquiry into the Theory and Practice of Democracy de la Universidad de Chicago, los Estados Unidos.
- \_\_\_\_\_ : *El futuro después del fin de la Historia*. Conferencia dictada en el Centro de Estudios Públicos de Chile, el 13 de noviembre de 1992, edición digital traducida al castellano.
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR: *Las culturas populares en el capitalismo*, Casa de las Américas, La Habana, 1982 (2da. ed. Editorial Nueva Imagen, México, 1984).
- \_\_\_\_\_ : "Cultura y poder: ¿Dónde está la investigación?", en revista *Signos*, Editorial Seix Barral, Barcelona, julio-diciembre de 1988, no. 36.
- \_\_\_\_\_ : "¿Por qué legislar en las industrias culturales?", en *Tablero*, revista del Convenio Andrés Bello, no. 64.
- GARCÍA DEL CUETO, MARIO: *Historia, economía y sociedad en los pueblos de habla inglesa del Caribe*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982.
- GASKELL, IVAN: "Interdisciplinary Aesthetics", en *Aesthetics On-line*, URL: <http://www.aesthetics-online.org/ideas/gaskell.2.html>
- GEERTZ, CLIFFORD: *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1989.

- GENOSKO, GARY: *McLuhan, Baudrillard and Cultural Theory*, Canada, 1998. URL: <http://www.epas.utoronto.ca/epc/srb/cyber/gen1.html>
- GEORGE, SUSAN: *Informe Lugano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002.
- \_\_\_\_\_ : *Otro mundo es posible si...*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005.
- GLASOV, KARA-MURZA Y BATCHIKOV: *El libro blanco. Las reformas neoliberales en Rusia. 1991-2004*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007. Traducción de Antonio Fernández Ortiz.
- GONZÁLEZ CASANOVA, PABLO: *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la academia a la política*, Anthropos Editorial, México, 2004.
- \_\_\_\_\_ (coordinador): *Cultura y creación en América Latina*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- GOLINGER, EVA: *Bush vs. Chávez. La Guerra de Washington contra Venezuela*, Editorial José Martí, La Habana, 2006.
- GRAMSCI, ANTONIO: *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Editorial Lautaro, Argentina, 1960.
- \_\_\_\_\_ : *La formación de los intelectuales*, Grijalbo, México, 1967. Traducción de Ángel González Vega.
- \_\_\_\_\_ : *Antología*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
- GREIMAS, ALGIRDAS JULIEN: "Luis Hjelmslev", en *El siglo de la Lingüística*, Cuadernos H, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1974.
- GRÜNER, EDUARDO: *El fin de las pequeñas historias*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2002.
- GURVITCH, GEORGES: *Dialéctica y sociología*, Alianza Editorial, Madrid, 1969.
- HABERMAS, JÜRGEN: *El pensamiento postmetafísico*, Taurus, México, 1990.
- \_\_\_\_\_ : *Teoría de la Acción Comunicativa I. Racionalidad de la acción y racionalización social*, Taurus,

- Madrid, 1999. Versión castellana: Manuel Jiménez Redondo.
- \_\_\_\_\_ : “Modernidad versus postmodernidad”, en José Picó (comp): *Modernidad y postmodernidad*, Barcelona, Alianza Editorial, 1988.
- HALL, STUART & PAUL DU GAY (comps.): *Cuestiones de identidad cultural*, Amorrortu, Buenos Aires, 2003. Traducción de Horacio Pons.
- HARDT, MICHAEL Y TONI NEGRI: *Imperio*, Harvard University Press, Cambridge, Massachussets, 2000. Traducción de Eduardo Sadier. URL: <http://www.chilevive.cl>; <http://www.pixfolder.com/images/5095.pdf>
- HEBDIGE, DICK: “The function of subculture”, en Simon During (ed.): *The Cultural Studies Reader.*, 2da. ed., New York, Routledge, 1999. URL: <http://web.syr.edu/~tjconnel/145/Hebdige-Subculture.html>
- \_\_\_\_\_ : “Hiding in the Light”, en *Comedia*, London, 1988. URL: [http://bulletin.region.ulsu.ru/science\\_about\\_youth/hiding\\_in\\_the\\_light](http://bulletin.region.ulsu.ru/science_about_youth/hiding_in_the_light)
- HERMAN, EDWARD S.: “The propaganda model revisited”, en *Monthly Review*, Julio de 1996. URL: <http://musictravel.free.fr/political/political7.htm>
- HINKELAMMERT, FRANZ J.: *El sujeto y la ley. El retorno del sujeto reprimido*, Editorial Caminos, La Habana 2006.
- HJELMSLEV, LUIS: *El lenguaje*, Editorial Gredos, Madrid, 1968.
- HOUTART, FRANÇOIS: *Mercado y religión*, Editorial de Ciencias Sociales-Ruth Casa Editorial, La Habana, 2007.
- HUNGTINTON, SAMUEL P.: *El choque de las civilizaciones*, Paidós, Buenos Aires-Barcelona-México, 1996. (En inglés: *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Simon and Schuster, Nueva York, 1996).
- Internet Eyclopedia of Philosophy, The (IEP)*, editores: James Fieser y Bradley Dowden. URL: <http://www.iep.utm.edu/>
- JAHN, JANHEINZ: *Muntu: Las culturas neoafricanas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1963.

- JAKOBSON, ROMAN: "Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de afasia", en *Lingüística 4*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1974.
- JAMESON, FREDRIC: *Ensayos sobre el posmodernismo*, Ediciones Imago Mundi, Buenos Aires, 1991. Traducción de Esther Pérez.
- KAPLAN, MARCOS: "Estado, cultura y ciencia en América Latina", en González Casanova, Pablo (coordinador): *Cultura y creación en América Latina*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- KATZ, ADAM: "Postmodern Cultural Studies: A Critique", en *CulturalLogic*, 1997, t. 1, no. 1. URL: <http://clogic.eserver.org/1-1/katz.html>
- KLEIN, NAOMI: *No Logo. El poder de las marcas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007. Traducción de Alejandro Jackl.
- \_\_\_\_\_: *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Paidós Ibérica, 2007. Traducción de Isabel Fuentes García, Albino Santos, Remedios Diéguez y Ana Caerols.
- LA ROSA PINEDO, AMARO: *Los medios y la audiencia en una sociedad globalizada. Apuntes para una sociología de la comunicación*, en eumed.net 712
- LECHNER, NORBERT: "Especificando la política", en Carlos Cabrera Rodríguez (comp.): *Sociología política. Selección de lecturas I*, Editorial Félix Varela, La Habana, 2004.
- LÉVI-STRAUSS, CLAUDE: *Antropología estructural*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970.
- \_\_\_\_\_: *Arte, lenguaje, etnología*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1970.
- \_\_\_\_\_: *Mitológicas: I. Lo crudo y lo cocido; II. De la miel a las cenizas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.
- LOJKINE, JEAN: "Por una sociología del Capital", en *Youkali*, revista crítica de las artes y el pensamiento, no. 5. URL: <http://www.youkali.net>

- LOTMAN, IURI M.: "Semiótica del texto", en revista *Criterios*, enero de 1987-diciembre de 1988, nos. 21-24.
- \_\_\_\_\_ : "Semiótica de la escena", en *Criterios*, enero de 1987-diciembre de 1988, nos. 21-24.
- \_\_\_\_\_ : "Acerca de la semiosfera", en *Criterios*, julio-diciembre de 1991.
- \_\_\_\_\_ : "El arte canónico como paradoja informacional", en *Criterios*, julio-diciembre de 1991.
- \_\_\_\_\_ : "El lugar del arte cinematográfico en el mecanismo de la cultura", en *Criterios*, julio-diciembre de 1991.
- \_\_\_\_\_ : "Para la construcción de una teoría de la interacción de las culturas (el aspecto semiótico)", en *Criterios*, julio-diciembre de 1994, no. 32.
- LOTMAN IURI M. Y ZARA Mints: "Literatura y mitología", en *Criterios*, julio-diciembre de 1991.
- LUHMANN, NIKLAS: "Sobre la obra de arte", en revista *Fractal*, no. 28. URL: <http://www.fractal.com.mx:80/F28luhmann.html>
- \_\_\_\_\_ : "Speaking and silence", en URL: <http://www.libfl.ru/Luhmann/Luhmann1.html>
- \_\_\_\_\_ : "Globalization or world society: How to conceive of Modern Society?", en URL: <http://www.libfl.ru/Luhmann/Luhmann2.html>
- \_\_\_\_\_ : "The modernity of Science", <http://www.libfl.ru/Luhmann/Luhmann3.html>
- LUXEMBURGO, ROSA: *Reforma o revolución*, edición digital. en marxist.org
- MANHEIM, KARL: *Ideología y utopía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- MARCUSE, HERBERT: *Eros y civilización*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968.
- \_\_\_\_\_ : *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968.
- \_\_\_\_\_ : *Ensayos sobre política y cultura*, Editorial Planeta-De Agostini, S.A.

- \_\_\_\_\_ : “Acerca del carácter afirmativo de la cultura”, en *Cultura y sociedad*, Editorial Sur, Buenos Aires, 1967.
- MARTÍN-BARBERO, JESÚS: “Lo popular hoy: existencia múltiple, conflictividad y ambigüedad”, en revista *Signos*, Editorial Seix Barral, Barcelona, no. 36.
- \_\_\_\_\_ : *De las hegemonías a las apropiaciones. Formación del campo latinoamericano de estudios de comunicación*, edición digital URL: [http://mt.educar.chile.cl/archives/barbero\\_hegemonias%a0apropiaciones.pdf](http://mt.educar.chile.cl/archives/barbero_hegemonias%a0apropiaciones.pdf)
- \_\_\_\_\_ : “Figuras del desencanto”, en revista *Número*, Bogotá, no. 36. URL: <http://www.revistanumero.com/36fig.htm>
- \_\_\_\_\_ : “Dinámicas urbanas de la cultura”, en *Ciudad virtual de antropología y arqueología*. URL: <http://www.naya.org.ar/articulos/jmb.htm>
- \_\_\_\_\_ : “Euforia tecnológica y malestar en la teoría”, en *Diálogos de la comunicación*, abril de 1988, no. 20. *Diálogos*, noviembre 1998, URL: [http://www.infoamerica.org/documentos\\_pdf/martin\\_barbero4.pdf](http://www.infoamerica.org/documentos_pdf/martin_barbero4.pdf)
- MARTÍNEZ DE ALBENIZ, IÑAKI: “La ambivalencia de lo popular en los estudios culturales”, en *Papeles del CEIC # 2*, diciembre 2001. URL: <http://www.ehu.es/CEIC/papeles/2.pdf>; [http://www.infoamerica.org/documentos\\_pdf/hogart01.pdf](http://www.infoamerica.org/documentos_pdf/hogart01.pdf)
- MAYNTZ, RENATE: *Sociología de la organización*, Alianza Editorial, Madrid 1967. Traducción de José Díaz García.
- MATTELART, ARMAND: *La comunicación-mundo: Historia de las ideas y estrategias*, Siglo XXI Editores, 2003. Traducción de Gilles Miltigner.
- \_\_\_\_\_ : “Del humanismo universalista al proyecto global. Función geopolítica de la cultura”, en *Le Monde Diplomatique* en español, octubre 2001, URL: [http://www.infoamerica.org/teoria\\_articulos/mattelart1.htm](http://www.infoamerica.org/teoria_articulos/mattelart1.htm)
- MARCUSE, HERBERT: *Cultura y sociedad*, Buenos Aires, Editorial Sur, 1967.

- MARX, KARL: *El capital. Crítica de la economía política*, 3 ts., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana 1980.
- MC LUHAN, MARSHALL: "Media and the Structured Society", en *The McLuhan Dew-Line Newsletter*, julio de 1969.
- \_\_\_\_\_ : "Reading and the future of private identity". URL: [http://www.chass.utoronto.ca:80/mcluhan-studies/v1\\_iss1/1\\_1art1.htm](http://www.chass.utoronto.ca:80/mcluhan-studies/v1_iss1/1_1art1.htm)
- MERLEAU-PONTY, MAURICE: *Signos*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1964.
- MÉSZÁROS, ISTVÁN: "La teoría económica y la política: más allá del capital". Disertación para la conferencia El pensamiento económico y su relevancia en el mundo de hoy, Caracas, 10-12 de septiembre de 2001. Traducción de Gladys Sanz.
- \_\_\_\_\_ : *Socialismo o barbarie. La alternativa al orden social del capital*, Editorial de Ciencias Sociales, Pasado y Presente XXI, La Habana, 2005.
- \_\_\_\_\_ : *La teoría de la enajenación en Marx*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005.
- MILLS, CHARLES WRIGHT: *La imaginación sociológica*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1966. Traducción de Florentino M. Torner.
- MONOD, RICHARD: *Los textos de teatro*, Editorial Pueblo y Educación, 1989.
- MOORE, MICHAEL: "Bernie Madoff, chivo expiatorio" en *Rebelión.org*. Cf. [http://www.time.com/time/specials/packages/article/0,28804,1894410\\_1893837\\_1894189,00.html](http://www.time.com/time/specials/packages/article/0,28804,1894410_1893837_1894189,00.html)
- MORIN, EDGAR: *Introducción al pensamiento complejo*, en URL: [http://www.avizora.com/publicaciones/epistemologia/textos/0026\\_introduccion\\_pensamiento\\_complejo.htm](http://www.avizora.com/publicaciones/epistemologia/textos/0026_introduccion_pensamiento_complejo.htm)
- \_\_\_\_\_ : *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, UNESCO, París, 1999.
- \_\_\_\_\_ : "El pensamiento ecologizado", en *Gazeta de Antropología*, 1996, no. 12. URL: <http://www.>

- ugr.es:80/~pwlac/G12\_01Edgar\_Morin.html; Traducción de José Luis Solana Ruiz.
- \_\_\_\_\_ : “Antropología de la libertad”, en *Gazeta de Antropología*, 2000, no.16. URL: [http://www.ugr.es:80/~pwlac/G16\\_01Edgar\\_Morin.html](http://www.ugr.es:80/~pwlac/G16_01Edgar_Morin.html); Traducción de José Luis Solana Ruiz.
- \_\_\_\_\_ : *Autobiografía*, edición digital en [www.pensamientocomplejo.com.ar](http://www.pensamientocomplejo.com.ar)
- \_\_\_\_\_ : “Globalización: civilización y barbarie”, en diario *Clarín*, enero 15 de 2003, año 7, no. 2481. Traducción de Cristina Sardoy.
- \_\_\_\_\_ : “La cultura, en la globalización”, diario *Clarín*, 18 de marzo de 2003, año 7, no. 2542. Traducción de Cristina Sardoy.
- \_\_\_\_\_ : “La epistemología de la complejidad”, en *Gazeta de Antropología*, 2004, no. 20. Traducción de José Luis Solana Ruiz.
- MUGUERCIA, MAGALY (comp): *Semiología y teatro*, Editorial Pueblo y Educación, 1988.
- NAVARRO, DESIDERIO: *Cultura y marxismo. Problemas y polémicas*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1986.
- \_\_\_\_\_ : *Ejercicios del criterio*, Ediciones Unión, La Habana, 1988.
- \_\_\_\_\_ : *Textos y contextos 1* (selección, traducción y prólogo), Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1986.
- \_\_\_\_\_ : *Textos y contextos 2* (selección y traducción), Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989.
- PAREDES, JUAN PABLO: “Estudios culturales y crítica de la ideología en un contexto postideológico”, en *Ciencias Sociales Online*, marzo 2006, t. III, no. 1.
- PAVIS, PATRICE: *Diccionario del teatro. Dramaturgia, estética y semiología*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1988. Traducción de Fernando del Toro.
- \_\_\_\_\_ : “Producción y recepción en el teatro: la concretización del texto dramático y el espectador”, en revista *Criterios*, enero de 1987-diciembre de 1988, nos. 21-24.

- PETRAS, JAMES: "Modernidad y holocaustos del siglo xx. Construcción del imperio y asesinato masivo", en revista *Laberinto*, 30 de julio de 2006. URL: <http://laberinto.uma.es>
- PETRAS, JAMES, LUCIANO VASAPOLLO, HENRY VELTMAYER Y MAURO CASADIO: *Imperio con imperialismo. La dinámica globalizadora del capitalismo neoliberal*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.
- QUINO (Joaquín Lavado): *Mundo Quino*, Ediciones Casa de las Américas, La Habana, 1985.
- \_\_\_\_\_ : *¡Qué presente impresentable!*, Editorial José Martí, La Habana, 2006.
- RAMONET, IGNACIO: *Propagandas silenciosas. Masas, televisión y cine*, Fondo Cultural del ALBA, La Habana, 2006. Traducción de Isora Acosta Real.
- \_\_\_\_\_ : "El desastre mediático". Epílogo al libro *Perlas 2. Patrañas, disparates y trapacerías en los medios de comunicación*, de Pascual Serrano, en *Rebellion.org*, 10-04-2008.
- RIBEIRO, DARCY: *El proceso civilizatorio. Etapas de la evolución sociocultural*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- \_\_\_\_\_ : *Las Américas y la civilización*, Ediciones Casa de las Américas, La Habana, 1992.
- \_\_\_\_\_ : "Civilización y creatividad", en A. CHACÓN (selección y prólogo): *Cultura y dependencia*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1975.
- RICHARD, NELLY: "Antidisciplina, transdisciplina y redisciplinamientos del saber", en *Revista de Estudios Sociales*, Universidad de los Andes/Fundación Social, 1ro. de agosto de 1998.
- ROITMAN ROSENMAN, MARCOS: *Las razones de la democracia en América Latina*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana 2007.
- ROSENTHAL, M. Y IUDIN, P.: *Diccionario filosófico*, Edición Revolucionaria, La Habana 1985.
- RUANO, SOLEDAD: "Las industrias culturales, el negocio de la era digital", en *Revista Razón y Palabra*, México, abril-

- mayo de 2007. URL: <http://www.cem.itesm.mx/dacs/publicaciones/logos/actual/sruano.html>
- SAID, EDWARD: *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Paidós, 1996. Traducción de Isidro Arias.
- SALTOS GALARZA, NAPOLEÓN (editor): *Reflexiones sobre la crisis. Construyendo alternativas*, Foro Mundial de Alternativas, Quito, 2008.
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, ADOLFO: *Ensayos a tiempo y destiempo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana 2004.
- SAUNDERS, FRANCIS STONOR: *La CIA y la Guerra Fría cultural*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003. Traducción de Rafael Fontes.
- SAUSSURE, FERDINAND DE: *Curso de lingüística general*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
- SAVRANSKI, I.: *La cultura y sus funciones*, Editorial Progreso, Moscú, 1979.
- SCHILLER, HERBERT I.: “La fabricación de un consenso descebrado en Estados Unidos. Para hegemonía del «business»”, en *Le Monde Diplomatique*, julio-agosto de 1999.
- SCHULTE-SASSE, JOCHEN: “La evaluación literaria: una retrospectiva”, en revista *Criterios*, enero 1987-diciembre de 1982, nos. 21-24. Traducción de Desiderio Navarro.
- SEN, AMARTYA: “El futuro de Estado del bienestar”, conferencia pronunciada en el Círculo de Economía de Barcelona, en *La Factoria*, febrero de 1999, no. 8. URL: <http://www.lafactoriaweb.com/articulos/amartya.htm>
- \_\_\_\_\_: “La cultura como base del desarrollo contemporáneo”, en *Diálogo*, UNESCO.
- SENNET, RICHARD: *La corrosión del carácter. Consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005. Traducción de Daniel Najmías.
- SLAVOV, IVÁN: *El kitsch. Fenomenología, fisonomía y pronóstico*, Editorial Arte y Literatura, La Habana-Sofía, 1989.
- SMUTS, ARON: “Video Games and the Philosophy of Art”, en *AestheticOn-Line*, URL: <http://www.aesthetics-online.org/ideas/smutts.html>

- SPENGLER, OSWALD: *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la Historia Universal*, edición electrónica en URL: [http://www.laeditorialvirtual.com.ar/Pages/Spengler\\_Oswald/LaDecadencia\\_DeOccidente\\_Vol01\\_00.htm](http://www.laeditorialvirtual.com.ar/Pages/Spengler_Oswald/LaDecadencia_DeOccidente_Vol01_00.htm). Traducción de Manuel G. Morente.
- \_\_\_\_\_: *El Hombre y la técnica*, Editorial Ver, Buenos Aires, 1963. Traducción del alemán: Manuel G. Morente.
- Standford Encyclopedia of Philosophy*, The (SEP): (Editor Principal: Edward N. Zalta; Editor Asociado: Colin Allen; Editor Asistente: Uri Nodelman) URL: <http://plato.stanford.edu:80/>
- TAYLOR, CHARLES: *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998.
- THOMSON, GEORGE: *Los primeros filósofos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
- \_\_\_\_\_: *Marxismo y poesía*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1969.
- \_\_\_\_\_: *Esquilo y Atenas*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1981.
- TODOROV, TZVETAN: *Teorías del símbolo*, Monte Ávila Editores, 1991.
- \_\_\_\_\_: "El cruce de las culturas", en revista *Criterios*, La Habana, enero-diciembre de 1990, nos. 25-28. Traducción de Desiderio Navarro.
- TOURAINÉ, ALAIN: *Las transformaciones sociales del siglo XX*, Discurso de apertura a la Primera Reunión Provisional del MOST (Intergovernmental Council of the Management of Social Transformations Programme), París 7-10 de marzo de 1994, en URL: <http://inicia.es/de/cgarciam/Touraine01.htm>
- TURNER, RALPH: *Las grandes culturas de la humanidad*, 2t., Edición Revolucionaria, La Habana, 1970.
- UBIETA GÓMEZ, ENRIQUE (selección): *Por la izquierda. Veintidós testimonios a contracorriente*, Ediciones ICAIC/ Editorial José Martí, La Habana 2007.

- USPENSKI, BORIS A.: "Sobre el problema de la génesis de la Escuela Semiótica de Tartu-Moscú", en *Entretextos*, revista electrónica semestral de estudios semióticos de la cultura, Granada, noviembre de 2003, no. 2. URL: <http://www.ugr.es/~mcaceres/Entretextos/entre2/escritos12.htm>
- \_\_\_\_\_: "Interpretación semiótica de la composición del Políptico del Cordero Místico de Gante, de Van Eyck (perspectiva divina y humana)", en *Entretextos*, revista electrónica semestral de estudios semióticos de la cultura, Granada, noviembre de 2004, no. 4. URL: <http://www.ugr.es/~mcaceres/Entretextos/entre4/uspenski2.htm>
- VANSINA, JAN: *La tradición oral*, Editorial Labor, S.A., Barcelona, 1967.
- VASAPOLLO, LUCIANO: *La cara sucia de la globalización*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.
- VATTIMO, GIANNI: *Ecce Comu*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.
- VEBLEN, THORSTEIN: *The Theory of the Leisure Class. An Economic Study in the Evolution of Institutions*, New York, London, Macmillan, february 1899.
- \_\_\_\_\_: *Teoría de la clase ociosa*, Fondo de Cultura Económica, Alianza, Madrid, 2004.
- VEGA CANTOR, RENÁN: *Un mundo incierto, un mundo para aprender y enseñar. Las transformaciones mundiales y su incidencia en la enseñanza de las Ciencias Sociales*, 2t, Fundación Editorial El Perro y la Rana, Caracas 2008.
- VOIGT, VILMOS: "El cambio en la literatura folklórica", en revista *Criterios*, julio-diciembre de 1994, no. 32.
- VV AA: *Videoculturas de fin de siglo*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1990. Traducción de Anna Giordano.
- WALLERSTEIN, IMMANUEL: *Los intelectuales en una época de transición*. Ponencia presentada en el Coloquio Internacional Economía, Modernidad y Ciencias Sociales, Guatemala, marzo de 2001, en URL: <http://fbc.binghamton.edu/iwguat-sp.htm>

WEBER, MAX: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Premia Editora, México, 1991.

\_\_\_\_\_ : *Sociología de la religión*, Ediciones elaleph, en URL: [www.elaleph.com](http://www.elaleph.com)

\_\_\_\_\_ : “La objetividad cognitiva de la ciencia social y de la política social”, en *Ensayos sobre metodología sociológica*. URL: <http://inicia.es/de/cgarciam/weber01.htm>

WOLF, MAURO: *La investigación de la comunicación de masas*, Editorial Félix Varela, La Habana, 2005.

YÚDICE, GEORGE: *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

\_\_\_\_\_ : “Contrapunteo estadounidense/latinoamericano de los estudios culturales”, en *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Daniel Mato (compilador). CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Caracas, Venezuela. 2002. URL: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/cultura/yudice.doc>; <http://av.celarg.org.ve/Recomendaciones/yudice.htm>

ZACK, NAOMI: “Feminist Aesthetics in Feminist Theory: A Recent Case Study”, en *Aesthetics On-line*. URL: <http://www.aesthetics-online.org/ideas/zack.html>

ŽIŽEK, SLAVOJ: *Goza tu síntoma. Jacques Lacan dentro y fuera de Hollywood*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1994.

